«Benigno»
(Dariel Alarcón Ramírez)

Memorias De Un Soldado Cubano

Vida y muerte de la revolución

Memorias



Fabula
Tusquets Editores

Annotation

Hemos aquí ante un libro absolutamente insólito, explosivo por su contenido, escrito por un simple campesino cubano que en 1957, por razones más personales que ideológicas, se convierte en soldado de la guerrilla encabezada por Fidel Castro y el Che Guevara en la Sierra Maestra, lucha al lado de éstos hasta la victoria de la Revolución, comparte responsabilidades con los vencedores, es reclutado por el Che en África y, en 1966, parte con éste a la 'campaña' de Bolivia, donde el Che encontrará la muerte al año siguiente y de donde él sale como un superviviente algo desengañado, lo cual no le impide volver a Bolivia por segunda vez. De regreso a Cuba, le destinan a la formación militar de los guerrilleros internacionales y a peligrosas misiones secretas. De campesino analfabeto a miembro de la Seguridad del Ejército y oficial del Ministerio del Interior, 'Benigno', su nombre de batalla, recorre toda una intensa vida de combatiente de la Revolución, surcada de toda suerte de aventuras y peripecias.En el año en que se celebra el treinta aniversario de la muerte del Che, Memorias de un soldado cubano, que hasta hoy sigue fiel a quien considera su 'maestro' en la Revolución, es un libro estremecedor y revelador. Publicado primero en francés, aparece ahora en su lengua original, enteramente corregido y ampliado gracias a la colaboración inestimable de Elizabeth Burgos.

Dariel Alarcón Ramírez

Memorias de un soldado cubano

Introducción

La vida de Benigno ilustra de manera diáfana la coincidencia íntima entre vida e historia; en él ambas constituyen una trama conformando una entidad única. Y en ese despertar de la toma de conciencia histórica, en ese desatar la madeja del recuerdo, despliega una red que abarca cuarenta años de vida dedicada a la acción; a la impaciencia. Su propósito no debe tomarse como una simple denuncia, sino como la voluntad de mostrar otros senderos que nos conduzcan a un régimen que, para «ir logrando más lentamente lo que la esperanza pide y lo que la necesidad reclama», no exija el precio de tanto sacrificio. Benigno, al ir desvelando escenas de su vida, desvela también la cara oculta de la historia, desde la perspectiva de una doble mirada: la del testimonio y la del sentir. Es cierto que no debe confundirse historia con memoria, pero tampoco es menos cierto que sin ella la historia no sería más que un espacio despojado de aquello que la originó: lo íntimamente humano. Las memorias de Benigno se sitúan precisamente en ese espacio en el que memoria e historia alcanzan la misma alcurnia; zona intermedia donde aparece lo acaecido sin la máscara de la interpretación; materia bruta, diamante en estado puro. Por ello no debe esperarse la precisión del historiador de oficio, que sustenta y configura su visión en la distancia del tiempo y en el razonamiento del análisis de archivo. El suyo es el relato vivo, en el que vida y sucesos aparecen confundidos en una misma jerarquía. Por ello la andadura de Benigno no es, y no puede ser, una mirada distante y fría; por el contrario, es una voz henchida de pasión, ternura, indignación, sin dejarse enceguecer por una subjetividad arbitraria; todo cuanto afirma lo sustenta con ejemplos, con hechos; prueba de la gran lucidez alcanzada tras largos años de reflexión, y en ello radica uno de sus mayores aportes: lucidez ante sí mismo, ante los hechos y ante los personajes, hoy míticos, cuya intimidad le tocó compartir. El nos revela la cotidianeidad de los héroes; y es precisamente esa familiaridad inseparable de lo cotidiano lo que le autoriza esa mirada lúcida, exenta de toda sacralización, que invita a bajar los mitos del tabernáculo, a medirlos con la medida de lo humano y otorgarles su justo lugar. Demuestra también que los personajes míticos no escapan a las contingencias elementales de la vida, que finalmente los hechos históricos tienen lugar, muchas veces, en un escenario terriblemente

trivial, doméstico, exentos de toda sensación de epifanía. Benigno nos conduce al otro lado del telón, al espacio donde tienen lugar las puestas en escena, donde se elaboran los ropajes y afeites, y donde se pone punto final a las versiones de la trama, tragedia u otro género, destinadas al público.

De oficio, guerrero profesional. La suya fue una entrega absoluta, ejercida en los escenarios más variados del mundo; trayectos sorprendentes si se toma en cuenta cuán distante se encontraba de ellos. Pero así lo dispuso el destino cuando situó a Benigno, sin que mediara su voluntad, en el camino del Ejército Rebelde; incorporado a un proyecto de poder condicionado por una fe ciega en un hombre y en la meta que éste se había propuesto. Sin embargo, tras haber sobrevivido a tantas batallas, poco a poco, ayudado por la lucidez serena de aquel que ha nacido y crecido en comunión con la tierra, se percató de que, por haber ido tan lejos en la creencia, en la fe absoluta en el guía, había descuidado lo más inmediato que estaba a su alcance, aquello que, por estar demasiado cerca, suele escapar a la vista y por ello suele tomar mucho tiempo antes de llegar a nuestro campo de visión: esa nueva capacidad de ver no coincidía con las creencias que le habían inculcado como verdades absolutas. Se manifiesta entonces una realidad que estaba al acecho, pero que no quería, que no podía ver por haber ido demasiado lejos y ser demasiado incondicional: la historia de una toma de conciencia, historia también de un desamor, revelación de un modo nítido y claro de la faz oculta de su propia acción.

Alfabetizado siendo ya adulto, desarrolló la facultad de memorizar propia de quienes no han tenido un acceso temprano al filtro de la palabra escrita. Memorizar es también una manera de ver y de aprender a ver bien. La memoria es su único soporte y la palabra, el medio de transmisión; no s raro entonces que, en ese andar y desandar del recuerdo, Benigno haya favorecido aquellos hechos e imágenes que, por haberle llegado tan hondo, han permanecido intactos, con su carga de afecto, y hoy hagan eco con su voz. Sus recuerdos son la historia tal y como la vivió, tal y como la sufrió; porque de lo que él trata, y de lo que se trata aquí, es de Historia; de una historia reciente e inmediata, cuya sangre aún no se ha secado, y de la mucha que tal vez quede aún por derramar.

Este arte de memorizar deviene testimonio cuando ya se han vivido tantas circunstancias, cuando el recuerdo está poblado de tantos rostros que fueron cercanos, ya desaparecidos —de amigos o de enemigos—,

cuando ya los afectos y odios son apenas un rastro difuso, cuando se alcanza ese grado de saturación que requiere que se aligere el peso para aligerar el paso. Darle libre curso a ese lento pasar revista del tiempo transcurrido, de la vida que va quedando atrás porque el devenir se acorta, requiere detenerse en el camino y darse el tiempo para la reflexión, la paciencia de indagar, de hurgar en los acontecimientos, realizar la tarea del filósofo al intentar desentrañar la verdad oculta entre los espejismos de versiones forjadas en la urgencia de las coyunturas, despojadas de su verdadera circunstancia, convertidas luego en versiones oficiales. Respondiendo a la llamada de esta urgencia, Benigno detuvo su marcha de guerrero incansable para pensar en su vida y en la de esa pasión compartida por todos los que allí han nacido: Cuba.

Benigno creció entre las montañas en los parajes de Cuba más aislados y protegidos de la influencia urbana: en la Sierra Maestra. Allí donde se gestó el hecho más controvertido y de mayor alcance de la historia latinoamericana del siglo xx: la Revolución cubana, cuya repercusión en la historia contemporánea, a pesar de su desgaste, sigue apareciendo aún como un hecho referencial y, para muchos, en América Latina, un ejemplo de afirmación nacional ante los mandatos de Estados Unidos, en contraste con el acatamiento dócil que se le profesa en el mundo.

Benigno todavía no era mayor de edad cuando se vio al frente de un cargo de responsabilidad, y es más, todavía era casi analfabeto. Esos son los motivos que atraen y hacen fascinantes las revoluciones: el trastocamiento de los esquemas. El hecho insurreccional le marcó un destino, su vida tomó un giro que lo condujo a los más variados escenarios de la geografía del mundo: Argelia, el Congo, Bolivia, Angola y, por supuesto, la propia Cuba. En el bohío donde Benigno llevaba una vida apacible, a lo Pablo y Virginia, junto a su «guajirita», tuvo lugar el primer acto con la irrupción en la escena lamartiniana de unos barbudos armados y hambrientos. Los tomó por la Guardia Rural, dócilmente les procuró alimento, pero resultaron ser miembros del Ejército Rebelde del cual nunca había oído hablar. Hecho que imprimió un vuelco absoluto en su vida, llamada a transcurrir sin sorpresas mayores, cultivando su tierra, criando sus animales, formando una familia y enfrentando los conflictos cotidianos

con el terrateniente de la región. El resultado fue, como represalia, el asesinato de Noemí, su guajirita, a manos del ejército regular. Busca entonces la protección de los causantes indirectos del drama; se enrola en el Ejército Rebelde porque no le queda otra alternativa y porque estaba poseído por el deseo de venganza. De allí pasa directamente al oficio de guerrero profesional, que, tras el triunfo de la revolución, y en nombre de la «solidaridad internacional», siguió ejerciendo sin descanso durante largo tiempo; con apenas un poco más de medio siglo, su vida ha abarcado un buen número de acontecimientos mayores generados por la política guerrera de Cuba, que han dejado ya su huella en la historia contemporánea. Merece entonces tratar de situar, aunque sea a grandes rasgos, el contexto y las circunstancias que los generaron y los hombres que fueron sus principales actores. La vida de Benigno resume cuarenta años de historia contemporánea durante los cuales Cuba, en realidad Fidel Castro, irrumpe en el escenario mundial rompiendo las reglas del juego e imponiendo su propia ley, una visión maniqueísta de la historia y hasta su propio imaginario de la historia; polariza las fuerzas sociales y políticas, interrumpiendo los procesos reformistas o socialdemócratas en gestación, y desvastándolos, allí donde ya existían. El motor de su acción ha sido medirse con el poder norteamericano y para elfo ha empleado el voluntarismo y la osadía. Ha fundamentado sus métodos de accción en dos vertientes antagónicas, la norteamericana y la soviética: en el plano nacional, los mecanismos de poder y control internos se inspiran en el estalinismo más obsoleto; mientras que en el plano de la acción subversiva internacional opera la relación especular con Estados Unidos; crea a imagen del poder del norte, en lugar, de Ranger, Tropas Especiales, en lugar de la CIA, el Departamento de Operaciones Especiales y el Departamento América. Estos aparatos mostrarán un alto grado de profesionalidad, su acción se ejerce en los más variados rincones del mundo. Nunca en la historia, un país de tan pocos recursos ha tenido una proyección mundial de las proporciones que ha tenido Cuba. En América Latina, cuya especificidad es la producción de caudillos, hasta ahora no ha habido un ejemplo que pueda equipararsele al de Fidel Castro; antes bien, su característica común es el de su extremo espíritu parroquiano, por lo que se han conformado con imponer su poder en su propia parroquia. Es cierto que Bolívar, el de mayor proyección política, condujo su acción allende las fronteras de su país, pero nunca se le ocurrió la idea de

desarrollar una acción desestabilizadora a nivel mundial. Los únicos que se le pueden comparar en osadía a Fidel Castro son los conquistadores españoles, pero se puede aducir que actuaron sin conocimiento de causa; actuaron casi a ciegas, ignorando el alcance de sus hazañas. En cambio, la voluntad de Fidel Castro de irrumpir e imponerse en el escenario político mundial ha sido obra de una decisión consciente, a la que le ha dedicado cada gesto de su vida, y por la que ha hecho pagar a todo cubano un alto precio en dolor y sufrimiento.

** * **

Al llegar a París en 1994, la editorial francesa Librairie Arthème Fayard le propuso a Benigno que diera cuenta de su experiencia vital en unas memorias. Habló durante muchas horas ante una grabadora llenando una cantidad ingente de cintas que luego fueron transcritas, traducidas al francés y publicadas en París en 1996.

Era necesaria una edición en la propia lengua de Benigno. Dada la importancia histórica de estas memorias para el público de lengua española, en España y en América, Tusquets Editores creyó conveniente, de acuerdo con el autor, volver a las cintas grabadas y, con su participación, ampliar ciertos aspectos apenas esbozados, ordenar cronológicamente la narración, aportar notas aclaratorias acerca de los personajes citados y profundizar, en la medida de lo posible, en la reflexión personal acerca de los hechos en los que él tomó parte al tiempo como protagonista y como testigo privilegiado. Me encargaron a mí ese trabajo, que realicé durante meses en París, en estrecha colaboración con Benigno, a quien, por mis propias circunstancias personales, ya conocía desde los tiempos de mis estancias en Bolivia y de Cuba.

Debo aclarar ante todo, porque es de suma importancia, que he respetado en todo momento la «voz» de Benigno, ya que no debemos olvidar que su narración es esencialmente oral. Y es que, precisamente en esa oralidad, en su espontaneidad, en su terrible sencillez, radica la fuerza de este testimonio a la vez explosivo y conmovedor.

Elizabeth Burgos París, enero de 1997

Primera parte
De la Sierra Maestra a La Habana

1
Todo aquello terminó cuando llegaron los rebeldes a mi casita

De mi niñez recuerdo que....

Eran las cuatro, porque el tren que mata a mi abuelo era el de las cuatro; yo estaba jugando con mi tía Olga que me llevaba dos o tres años más —yo tenía cuatro o cinco años. Vivíamos en un barracón que daba a una laguna. De repente vemos a Elpidio, que también vivía por allí cerca de la laguna, venir a todo galope gritando desde lejos:

—Olga, Olga, dile a tu mamá que el tren de las cuatro mató a Sergio.

Allí comienzan mis sufrires mayores, porque mi abuela, al morir mi abuelo, que era un obrero asalariado de la caña, se quedó sin medios y tuvo que abandonar su casa, y me entregó a mi tío. Mi abuela tuvo once hijos, la más chiquita era Olga —a mí, mi madre me había dejado al cuidado de mi abuela desde muy pequeño—; entonces, mi abuela me lleva a casa de su hijo Emiliano que vivía en el Doce y Medio, y que tenía una mejor situación de vida, y me deja a su cuidado. Aquél resultó ser un criminal, me imponía tareas que me era imposible por mi edad cumplir, me daba unas golpizas tremendas, a tal punto que Patria, su mujer, a quien por haberme defendido le dio dos palizas, me inducía a huir; me decía:

—Váyase hijo, ese salvaje lo va a matar.

Hasta que una noche, después de una paliza que casi me mata, ella vela hasta que mi tío Emiliano se duerme, me llama haciéndome señas con la mano para que no haga ruido, me lleva al patio y me entrega una jabita con dulce de guayaba, café y quince centavos:

—Váyase hijo, váyase, antes de que este salvaje lo mate.

Yo ya tenía entre seis y siete años. Casi llorando le pregunté:

—¿Pero adónde voy a ir?

Salgo lloriqueando del patio, me alejo de la casa y a la salida veo el caballito de mi tío, lo monto y cabalgo hacia la Sierra Maestra, llego a un río, estoy entretenido viendo las piedras en el agua, de repente siento un tropel que se acerca, tiemblo de miedo: pienso que es mi tío que viene a

buscarme. Veo que es un señor montado en un mulo y lleva dos mulitos más; me pregunta:

—¿Adónde vas tan temprano?

—Por ahí —le digo.

Mira los hematomas que tenía en la cara y en todo el cuerpo y me pregunta:

—¿Quién te pegó? ¿Tu madre?, ¿tu padre?

—No, mi tío —le digo.

Lanza toda clase de improperios contra mi tío, me pregunta si quiero irme con él, acepto, y nos vamos cabalgando por la orilla del río; comimos rápidamente pan con salchichón, porque dijo que el camino era largo. Me sentía muy contento, porque mientras más nos adentrábamos en el monte, más me sentía seguro de que mi tío no me iba a encontrar. Ya casi de noche llegamos a su casa; era un rancho muy limpio, y vivía solo. Al día siguiente me desperté un poco asustado, pero me tranquilicé cuando me dijo que el vecino más próximo vivía a más de diez kilómetros. El enseguida me puso un trabajo; desgranar el arroz para dar de comer a las gallinas, también tenía que alimentar a los puercos. Con fibras de un árbol y con hojas de plátano me hace un colchón; el primer colchón que tuve en mi vida. De una ropa vieja, me confecciona también mi primer pantalón largo; seguro que era feo y mal cortado, pero yo lo veía bellísimo, porque me sentía hombre con aquel pantalón.

Le fui contando de a poquito mi vida y lo que sabía sobre mis padres; porque fue después del triunfo de la Revolución cuando conocí a mi madre y supe con mayor precisión todos los detalles. Mi padre, Víctor Roselló, era de una familia de terratenientes de origen español, y era jefe militar de la región de Manzanillo. Mi madre y toda su familia eran asalariados y trabajaban en las propiedades de la familia de mi padre. Mi madre, a pesar de ser de piel blanca, tenía rasgos africanos; era muy mestiza, tenía el pelo muy crespo y la nariz chata. La familia de mi padre se oponía a esa relación. Ya en aquella época, los padres de mi padre habían desaparecido, y queda a la cabeza de la familia la tía Tula, que dirigía y administraba las propiedades. Las relaciones entre mi padre y ella no son buenas; él entonces se dedica a la vida militar. En el momento de mi nacimiento él se enferma de tuberculosis y tiene que irse a La Habana a curarse. Mi madre tuvo que internarse en el monte, porque la tía Tula quiso quitarle el niño, que era yo, para criarlo y educarlo, ella se negó, y es cuando mi madre me deja en casa

de mi abuela y se va a trabajar como doméstica a Manzanillo. Al principio, ella iba a verme todos los domingos; tenía que ir a caballo porque la casa estaba a treinta kilómetros. Luego ya iba cada dos domingos, luego mi abuela se mudó más lejos, se le hizo muy difícil a mi madre visitarme, y así nos fuimos alejando.

El señor que me recogió se llamaba don Vidal García del Valle. Mi vida con don Vidal fue muy hermosa. El me dio una educación, me inculcó la seriedad, la honradez, el respeto, pero todo con mucho amor; pasaron cosas en nuestras vidas muy hermosas. El era vasco, me hablaba mucho del País Vasco, me decía: «Algún día lo visitarás, irás a la feria de Pamplona», por eso fue tan importante para mí visitar Pamplona; ha sido mi primer viaje desde que estoy en París. Los domingos, cuando íbamos a lavar la ropa al río, él se ponía a cantar en vasco, yo me reía y le decía que parecía un perro aullando, porque no entendía las palabras. Después de lavar la ropa, él asaba dos pollos y comíamos opíparamente: no nos faltaba comida. Así fui entrando poco a poco en su vida. Al cumplir los diez años, se dan las fiestas que celebran el 10 de octubre de 1868, fecha en que se da el levantamiento de Carlos Manuel de Céspedes contra el poder español, decretando la libertad de los esclavos, fecha que nosotros llamamos del Grito de Yara. Era una fiesta muy importante y muy bonita que duraba varios días; era también una feria de productos de toda la región; también había bazares, juegos, y venían prostitutas. Ese día recogimos sesenta quintales de café y don Vidal decidió que fuéramos a la feria. Dejamos los caballos en una casa para que nos los cuidaran: don Vidal me compra dos mudas de ropa, un sombrero y un par de botas mexicanas, que eran mi sueño. Todo eso le costó cincuenta pesos. Luego me da cinco pesos para que vaya a divertirme, y me dice de venir a recogerlo a una casa en donde él se quedó: en esa casa había prostitutas. En el lugar de la feria había una ruleta que tenía un ratoncito que marcaba el número ganador. Me atrajo lo del ratoncito; jugué dos veces y perdí, a la tercera gané, entonces me dijeron que escogiera un regalo; yo no sabía qué escoger. Entonces el señor que tenía la ruleta me apuraba porque tenía que continuar el juego, me mostró unos vasos que tenían escrito: «Para mamá», «Para papá»; yo escogí el que decía «Para papá». Salgo corriendo a buscar a don Vidal, lo llamo a gritos, él sale a la puerta asustado, entonces le entrego el paquete, lo abre, pone el vaso en el suelo y me da un abrazo muy muy fuerte, y veo que le corren lágrimas por las mejillas que le llegan hasta la boca; era la primera vez que

veía a un hombre llorar. Me toma en brazos y me dice: «Vamos a festejan». Compra una botella de vino y me dice: «Hoy le autorizo a tomarse una copa de vino». Siento aquella bebida muy amarga, entonces le pido vino dulce, compra una botella de vino dulce, y pasamos la noche comiendo, festejando, muy alegres. En la madrugada me dice:

—¿No oye una vocesita? Nos llama el bohío, los animales tienen hambre.

Compra muchas botellas de vino y de ron: me extraño porque sólo en Navidad compraba vino y turrón. Durante el camino fue cantando, y echándose sus tragos. Cuando llegamos a la casa me dijo: —Vaya y diga a don Medina que venga para acá con todos sus instrumentos de música y todos sus hijos, que vamos a hacer una fiesta.

Era una familia en la que todos tocaban un instrumento musical. Cuando llegamos, don Vidal había matado un puerco, un pavo y varios pollos. Les dijo que quería celebrar que ahora tenía un hijo; ya estaba medio borracho. A él le gustaban mucho las canciones de Panchito Riset, pidió que se las cantaran. Aquélla fue la época en que se dio cuenta, por lo que yo le había ido contando sobre mi vida, que yo era el hijo de Víctor Roselló, el hombre que lo había ayudado cuando llegó a Cuba. El llegó de Bilbao en un barco; llegó indocumentado; normalmente las autoridades cubanas tenían que virarlo a España. Cuando le llevan aquel español a mi padre, que era la máxima autoridad militar de Manzanillo, tenía que decidir sobre la suerte de aquel hombre, le manda a dar comida y lo mete al calabozo. A los dos días lo saca y le dice:

—Tú ves aquella montaña que se ve allá, es la Sierra Maestra, ésos son terrenos del Estado; trata de llegar al Firme de la Maestra, trata de meterte allí, que allí nadie te irá a buscar; quédate allí hasta que cambien los tiempos.

El se interna en el monte y trabaja durísimo, logrando así establecerse; ya cuando él me recoge, su situación era bastante buena. La nuestra fue una vida bellísima; aquel lugar era un conjunto perfecto de belleza, y don Vidal era la parte mayor de esa belleza.

Fueron pasando los años. Cuando tuve quince años se organizó una reunión de campesinos de la zona, como era la costumbre, para ponerse de acuerdo para el desmonte. Haciendo el desmonte, un árbol le cae encima a don Vidal causándole fracturas de todo tipo, en todo el cuerpo; fue un día de enero a las diez de la mañana. Lo llevamos en una hamaca hasta el caney de

Las Mercedes, allí en el camión de un español llamado Germán Chaleco, lo llevamos al hospital civil de Manzanillo. Me mandó regresar a la casa. Yo fui a verlo a los cuatro días. No entré al hospital: le hablé desde la ventana; me dio terror verlo todo enyesado. Me dijo que se sentía muy mal y que tenía hambre, que lo estaban matando de hambre. Me dio instrucciones sobre lo que debía hacer con las siembras, los animales; en quién podía confiar, en quién no. Regresé a la casa, que eran ocho horas de camino, y le asé dos pollos, le preparé café y le compré tabaco. Cuando volví al hospital y vio toda aquella comida, se puso a llorar. Enseguida se comió un pollo, el otro pollo lo escondió debajo de la almohada para que la enfermera no lo viera porque le estaba prohibido comer. Me dijo que en una de las esquinas, en donde estaba la caja del café, había algo enterrado que era para él y para mí, que era dinero, me hizo jurar de no decírselo a nadie. Regresé cuatro días más tarde, veo la cama vacía; pensé que se había ido con Germán Chaleco. Pero entonces aparece un hombre alto y me dice:

—¿Tú eres el hijo del gallego que estaba aquí?

—Sí —le contesto.

—Al fin llegaste, se murió hace dos días.

Aquellas palabras fueron para mí como que la tierra se abría. Pregunté en dónde lo habían enterrado, me dice que todavía no lo habían hecho porque se necesitaba dinero para hacerlo. Me pregunta si tengo dinero, le entrego cien pesos que llevaba envueltos en un pañuelo. Compré un sarcófago, pedí a un herrero que le hiciera una cruz con la fecha de su muerte: 23 de enero de 1955, la del nacimiento no la puse porque no la sabía.

Regreso a la casa, trato de hacerle honor a su memoria trabajando. Allí me dediqué a vivir solo. Cuando cumplí mis dieciséis años, aparece un hombre llamado Orestes Guerra González, que me pide trabajo. Comienza a hablarme de unas primas solteras que viven en la región y me dice que la más chica me vendría muy bien a mí como mujer, pero que el padre no acepta que nadie se le acerque a sus hijas. Entonces le dije que le preguntara a su prima si quería ser novia mía. Ella me manda a decir que sí. Me siento triunfal, construyo una casa nueva, acondiciono todo. Al mes le digo a Orestes Guerra que le dijera a la chica que si quería venir a vivir conmigo. Ella acepta, le doy cita a las diez de la noche, en una zona boscosa de árboles frutales. Espero largas horas durante la noche y ya cuando creía que no iba a llegar, de repente veo un bulto: era la guajirita que traía su ropa en

la espalda amarrada en una sábana. La subo al caballo y salimos como alma que lleva el diablo; llegamos a la casa en la madrugada. Luego, los dos solos, nos moríamos de vergüenza, pasamos el día sin saber qué hacer, de qué hablar; yo esperaba la noche para tocarla, porque nada había sucedido durante el día. A los cuatro días, sintiéndome el hombre más feliz de la tierra, me encuentro en una loma y veo a un campesino acercarse a lo lejos; me doy cuenta que no es del lugar; oigo una voz que me llama: «Lalo, Lalo, ven que te buscan». Regreso corriendo a la casa y me encuentro con un hombre grande y fuerte que llevaba un machete en la mano. Era el padre de Noemí. Me dio frío, calor, no sabía qué hacer. El hombre me mira de arriba abajo y me dice:

—¿Así que usted es el culicagado que se ha llevado a mi hija y se ha reído en mi cara?

Como los animales tenían la costumbre de rodearme cuando yo llegaba para que les diera de comer, justo, como por arte de magia, en ese momento llegan las gallinas, los puercos, todos los animales y me rodean. El me pregunta:

—¿A qué se dedica? ¿Todo esto es suyo?

Le digo que cultivo café, entonces dice:

—Sabe usted que yo vine a buscar a mi hija y darle cuatro planazos al que se atrevió a reírse de mí; pero viendo que, aparte de que usted se ve que es muy trabajador, es usted de todas maneras un culicagado, le dejo a ésta, que también es una culicagada, pero sepa que de mí no se ríe nadie. Usted es el hijo de don Vidal que ha muerto, ¿no es cierto?

Le dije que sí, pero todavía temblaba.

—¿Cuánta gente trabaja aquí?

Cuando le dije que yo solo, se quedó muy sorprendido.

Ya cuando la situación se hizo más liviana, le dije a Mami que hiciera café.

La casa era muy limpia, con una mezcla de ceniza y tierra blanca, bien apisonadas, le había hecho un piso que quedó muy bonito, con un caña de bambú logré llevar directamente agua desde el manantial hasta la cocina.

Para la cogida del café se aparece el viejo con los hijos a ayudarme y me dice que es una contribución de la familia. Al terminar la recogida, me preguntó si yo aceptaba que me dejara su hija mayor para enseñar a Noemí, que todavía era una chiquilla, a manejar la casa. José Solano Piñeiro se

llamaba, y al triunfo de la Revolución lo intervinieron y le quitaron casi todo lo que tenía.

Yo daría todo por volver a aquella época: hoy mismo, con la edad que tengo, si pudiera hacerlo, volvería a irme a vivir a aquel lugar; pero todo eso se acabó cuando llegaron los rebeldes.

2
Yo de Revolución no entendía nada en absoluto, pero de venganza sí supe a los diecisiete años

¡Pero un día me la mataron a Mami!

Mami, así llamaba yo a mi guajirita Noemí, mi señora.

Los de Batista, la Guardia Rural.

La sacaron de la casita a rastras, por los brazos, la tiraron al monte, ya muerta, sin vida, mi Mami.

Allí, en aquel entonces, empezó todo para mí. Porque yo de revolución no entendía nada, en absoluto. ¿Y cómo?, no sabiendo ni leer ni escribir; y del desembarco del *Granma*[1] y de Fidel y sus compañeros, lo ignoré todo hasta enero de 1957, cuando comienzo a tener relación con la guerrilla, sin saber lo que era aquello. Vivía en un mundo muy aparte, en un lugar del que apenas salía una o dos veces al año al pueblito más cercano, para comprar lo imprescindible: sal, azúcar, bacalao, cigarrillos y tabacos, fósforos, y todas esas cosas. De la aventura aquella, pues, no sabía nada; vivía en el corazón de la Sierra Maestra: un lugar cercano a La Plata, muy inhóspito. Los vecinos más cercanos distaban a un mínimo de cinco kilómetros.

Pero de venganza sí que supe, a los diecisiete años.

Fue la primera mujer de mi vida, la guajirita aquella de quince años...

Cuando llegaron los soldados de Batista, acto seguido, pegaron candela a mi casita, la que me había dejado don Vidal al morir, que era de fibras de palma. El había muerto en enero de 1955, y lo que voy contando aquí sucedió el 25 de marzo de 1957.

Yo me había escondido a toda prisa detrás de un árbol al sentir el tremendo tiroteo del ejército, que llegó por sorpresa a la casita cuando estaba trabajando en mi campo. Y allí, detrás de aquel árbol, empecé a llorar. No sabía qué hacer, no hallaba adónde ir. Me encontraba solo otra vez. Sin mi padre y, ahora, sin mi Mami.

Todo comenzó para mí el 16 de enero de 1957, sobre las cuatro o las cinco de la tarde, mientras me encontraba echándoles comida a mis cerdos. Llegaron a mi casa dos individuos que parecían ser de la Guardia Rural de Batista, y temí que vinieran a desalojarme. En esos años de la dictadura se

solía desalojar a los campesinos de sus casas cuando su terreno no les era propio. Sentí un miedo tremendo. Me preguntaron que qué hacía allí; dije que echarles comida a mis cerdos, y me hicieron una serie de otras preguntas: adónde iban esos caminos, quién vivía por allí, quiénes eran los vecinos más cercanos, y ese tipo de cosas. Yo, muy asustado, les iba contestando. Siguiendo convencido de que se trataba de la Guardia Rural, hice como suelen hacer los campesinos en esas situaciones: me puse muy sumiso, sirviéndolos en mi propia casa, obsequiándoles con cuanto tenía de comer. Les brindé bananos —que tenía muchos, ya maduros—, empezaron a comer y noté que tenían mucha hambre; eso me pareció algo raro, pero a la vista de que tenían un fusil al hombro y vestían de verde olivo, seguí pensando que se trataba de guardias. Me preguntaron si podían tomar todo el banano que quisieran y yo les dije que sí. Cogieron una cantidad grande y la echaron en unas canastas de bejuco silvestre; más de trescientos bananos se llevaron por el río corriente abajo. Y me quedé bastante asombrado.

Al poquito tiempo, acaso unos veinte minutos, volvieron con la canasta vacía y me preguntaron que si tenía café; asimismo, les iba a colar café para los dos, como usualmente hacía, que para eso tenía un pequeño recipiente como de un litro, pero ellos me dijeron que no.

—No, allí no.

Fui a buscar entonces un cubito que tenía agua potable para mí, en la esquinita de la casa; un cubito tipo campesino, pero brillante, limpito. Y aquello no me parecía bien, porque, con el humo de los leños, me lo iban a ahumar, pero tampoco me opuse, por supuesto. Ellos, en vez de la ración que yo acostumbro, fueron moliendo en el batán para café y arroz —que es un pedazo de tronco como de un metro de alto, con un hueco donde se fricciona con otro leño de unas cinco pulgadas de ancho— como dos kilos de café; se coló en el cubo aquél, y otra vez salieron por el río hacia abajo. Yo seguía callando, pero muy pronto regresaron con el cubo.

Me preguntaron entonces si podía venderles un cerdo; les dije que sí e iba a coger uno de los pequeños, ya que los hombres eran dos nada más, cuando uno de ellos, Camilo se llamaba, y bien que lo iba a conocer en los años que siguieron, dijo que no.

—No, guajiro, ése no; ¡aquél!

Era un puerco grande, como de unas trescientas libras, que yo tenía preparado para mi consumo. Aquello me dio tristeza, pero tampoco podía oponerme, así que me mataron al cerdo. Algo entonces empezaba a

confundirme, pues, cuando llegaban los de la Guardia Rural, de inmediato se sentaban a mandarme, mientras que éstos, ahora, era como si trabajaran junto conmigo.

Cuando ya empezaba a oscurecer, apareció un grupo de hombres, con caras extrañas, casi todos una barbita rala, muy pequeña; pasaban de cuarenta. Me asombré, mi miedo se fue multiplicando, me eché a temblar sin poder contenerme. Un individuo se me acercó y empezó a hacerme una serie de preguntas; que qué se decía entre los vecinos más cercanos sobre el desembarco de Fidel Castro; y eso y lo otro, pero contesté que nada sabía, y era cierto; por allí, de todo aquello no se había hablado nada, pero el hombre me siguió interrogando, y yo sin poder decirle más que eso, que no sabía. Estaba muerto de miedo, preguntándome qué me iría a pasar después.

Bueno, allí comieron aquel cerdo, con muchas viandas, como yuca, malanga, plátano, algún arroz que prepararon. Después, pasaron la noche por allí afuera.

Me sorprendió sobremanera reconocer a un guajiro que era de la región y que yo conocía, a un tal Eutimio Guerra,[2] que ya con verlo me sentí un poquito más tranquilo; se me acercó, habló conmigo, y así me tranquilicé. Desgraciadamente, aquel Eutimio llegó a ser el primer traidor del Ejército Rebelde; fue por su culpa que los soldados de Batista mataron a mi Mami, a mi guajirita Noemí, mi señora.

Al amanecer, como a las cinco de la mañana, se fueron retirando, llevándose una gran cantidad de mercancía; viandas, café, arroz que yo tenía, algunos cigarrillos y puros también. Me aconsejaron que no hablara con nadie de su presencia allí.

Un personaje me causó un especial asombro, Juan Almeida Bosque se llamaba. Más tarde sería ascendido a comandante, era negro y traía una serie de collares muy a la usanza de lo que en Cuba llamamos el brujero, o el santero, y en mi mente existía la idea de que el santero todo lo podía, todo lo sabía. El vino a conversar conmigo y bastante me asustó cuando me avisó: «Mira, tú no vayas a decir nada a nadie de que nosotros hemos estado aquí, porque enseguida lo sabremos, y verás lo que te pasa».

Cogí un miedo rotundo, pero desde aquel momento colaboré con ellos, sin saber siquiera lo que era un colaborador.

El primer informe que les di, como insistían en preguntarme sobre las personas de la zona, quiénes eran los buenos, quiénes los malos, fue sobre un cierto Chicho Osorio, que era mayoral de todos aquellos terrenos que

nosotros ocupábamos. Les dije que el hombre era malísimo, que no nos dejaba bajar al mar a hacer sal, que tenía unos cocales muy grandes en los montes y que no nos dejaba ir a coger los cocos, aunque se echaran a perder; que nos tiraba tiros al aire si nos acercábamos y que, a veces, cuando tomaba tragos, incluso nos pegaba. Así fue como colaboré un poco en aquellos momentos.

Eso sucedió, lo repito, el día 16 de enero. El 18 se dio el primer combate del Ejército Rebelde, que fue dirigido por Fidel, en la desembocadura del río La Plata, y, al día siguiente, me enteré de que, además de atacar y quemar el cuartel de La Plata, matando a muchos militares, habían ajusticiado a Chicho Osorio, pegándole un tiro. Me sentí contento por la muerte del mayoral, y también por la de aquellos militares, pues su presencia en la zona nos mantenía bajo la constante amenaza del desalojo.

Cuando los guerrilleros volvieron por mi casa, les serví ya con más alegría, con más confianza, sabiendo lo que ellos habían logrado; les brindé cuanto tenía. Entonces me preguntaron si tenía dinero y contesté que no; me dejaron doscientos pesos para que les fuera a comprar sal, azúcar, tabacos y cigarrillos, leche condensada y botas de cualquier número.

Salí ya un poco entusiasmado y, en dos o tres bodegas, les compré lo pedido. Al regresar, se me ocurrió que a unos veinte kilómetros vivía un gallego del que mi difunto padre, o sea, el hombre que me crió a mí y que consideraba mi padre, antes de morir me había aconsejado tenerle al paisano suyo toda la confianza: que cualquier problema que yo tuviera, cualquier situación que pudiera ocurrir, yo sin más ni más fuera a hablarlo con el español aquel. Así que fui y le expliqué todo el asunto. Pensaba que me iba a dar el consejo de virarme de la zona sin decir palabra, pero ocurrió todo lo contrario; más bien me dijo: «Mira, no vayas a hablarle nada de esto a nadie y, si vuelven por allí, dales todo cuanto tengas. Y tampoco les vayas a cobrar; si algo vale lo que tú les des, avísame, que yo te pago. Ayúdalos, son gente buena. Ellos vienen a traer el bienestar a Cuba, vienen aquí para que todos sean propietarios de sus terrenos, para que puedan trabajar y sembrar libremente».

Recordando a mi padre, lo escuché con mucha atención. ¡Madre mía! ¡Ojalá hubiera sabido lo que iba a pasar, a raíz de la traición de aquel malvado de Eutimio Guerra!

Sin él, no me la hubieran matado, a Mami. Y tampoco hubieran quemado la casita de mi padre.

3
Con la ametralladora de Yayo Palomares entre las manos, ya me sentía más seguro

A esas alturas del 25 de marzo, ya los rebeldes habían incursionado por mi casa como cinco o seis veces. Con Camilo Cienfuegos,[3] uno de los dos primeros que habían subido a mi casita, nos hicimos muy familiares, pues era una persona muy simpática, muy agradable. Contaba muchos cuentos y me hablaba de cosas de las cuales yo nunca había escuchado hablar, y de La Habana tanto y más, incluso me prometió que me iba a casar con la hermana de él. Y eso que, al triunfo de la Revolución, cuando la busqué a esa hermana, resultó que la tal hermana no existía. ¿Y qué?, tampoco era cosa del otro mundo, porque Camilo siempre fue un compañero muy amigo, muy humano.

Así que, hallándome yo solito, perdido, sin casa, sin padre, sin mujercita, hice lo que me había dicho Camilo, lo que me habían dicho los guerrilleros, que conocí sin saber que lo eran, caso que ocurriera algo: que fuera a ver a una mujer en Minas del Frío. Fui a dar adonde esa señora, Irene Mompié, porque no me quedaba otro remedio. Cuando llegué allí, me sentí altamente traicionado, porque ella, una mujer de más o menos unos cuarenta y cinco años de edad, me dijo no conocer ningún grupo, a ningún Fidel o a ningún Camilo o quien fuera. Pero de repente me habló como si fuera yo un niño, que de hecho casi lo era todavía, y me dijo:

—Bueno, quédate acá en mi casa, de acá no vayas a salir, yo tan sólo voy a una gestión y enseguida vuelvo. Y ¡ojo!, si viene el ejército, tú te escondes y no te dejas ver.

Pasadas unas cuatro horas ella regresó, entonces cogió un saco, echó dentro una hamaca, una colcha, un jarro, una cuchara, un plato, bolsitas de sal y de azúcar, dos latas de leche condensada, y me dijo:

—¡Vamos!

A las once de la noche, más o menos, llegamos adonde estaba Fidel con su grupo. Por suerte estaba Camilo de guardia y al verme me preguntó:

—Pero guajiro, ¿qué haces tú por aquí?, ¿qué te pasa?

Yo me abracé a él, llorando y repitiendo:

—Los soldados me mataron a Mami.

Camilo me fortaleció un poco hablándome de cosas bárbaras que hacía el ejército, asegurándome que nos íbamos a vengar de aquello. Yo seguía sollozando junto a él cuando apareció Fidel y también me preguntó que qué pasaba. Yo le informé de cómo habían sucedido las cosas y él también se condolió. Pero el problema estaba claro: ¿dónde podían ellos mandarme? Por ser yo tan joven, sin ningún tipo de experiencia en la lucha, y además no sobraba ninguna arma para mí. Entonces pensaron enviarme a Manzanillo, en la costa oeste de la Sierra Maestra, junto a una hermana de Celia Sánchez, para que ella me utilizara como mensajero.

* * *

De Celia Sánchez Manduley[4] quisiera explicar aquí mismo un poco quién era y qué papel inmenso desarrolló en el transcurso de la Revolución. Celia nació y se crió, como hija de un médico que también fue un gran luchador, en un lugar llamado Pilón, cerca de Manzanillo, en la costa sur de Oriente. Nacería por 1925 o 1926, porque ella era un poquito más vieja que Fidel.

Fue una luchadora incansable contra todo lo que iba en contra del ciudadano cubano, para eso estuvo trabajando siempre. Era muy amorosa de José Martí y, en una oportunidad, cuando ella era estudiante, subió a la elevación más alta que existe en Cuba, el pico Turquino, a depositar allí un busto de José Martí —para eso se necesitaba coraje y resistencia física, pues no era fácil el ascenso.

Después de que se organizó el ataque al cuartel Moncada, el día 26 de julio de 1953, Celia se unió al M-26,[5] y cuando el desembarco del *Granma*, el 2 de diciembre de 1956, ella, junto con Frank País,[6] organizó las fuerzas campesinas en apoyo al desembarco y prolongó ese trabajo a la zona de la costa sur, o sea, Pilón, Campechuela, Medialuna, Niquero. Trabajó incansablemente en aquello y a ella se le debe, considero yo, el que Fidel pudiera salvarse y escapar a la Sierra Maestra con la ayuda de los campesinos que había reclutado. Ella misma quedó trabajando clandestinamente en las zonas del llano hasta que, a mediados de 1957, también subió para la Sierra Maestra.

Desde aquel momento esa mujer, sumamente inteligente, se convirtió en la ayudante ejecutiva de Fidel; los dos confeccionaban mapas para ataques a cuarteles u otras operaciones contra el enemigo. Ella no

solamente ayudaba, a la vez discutía, con un muy buen dominio de la táctica, y llegó a adquirir un prestigio enorme dentro de las fuerzas rebeldes; todos la amábamos y la respetábamos con mucha fuerza. Para mí y para muchos otros era casi como el segundo jefe del Ejército Rebelde aunque oficialmente no lo fuera, pero, de hecho, en caso de que faltara Fidel, ella podía decidir en cualquier situación, tomar las disposiciones y las ordenanzas que hicieran falta. A cualquier comandante o capitán, al frente de cualquier grupo, ella le ordenaba y dirigía; después ella informaba a Fidel sobre la determinación que había tomado, él siempre la aceptaba. Es innegable que Fidel siempre sintió por ella un gran respeto y una gran admiración; no es que él lo dijera nunca, pero nosotros lo veíamos en sus actuaciones de cada día.

Esto se lo ganó ella por su inteligencia, por su valor, por su abnegación total con vistas al triunfo de la Revolución. Otra cosa que más hacía resaltar a Celia era aquel amor que sentía por todo el mundo; recuerdo muchas oportunidades en las cuales personas que no eran revolucionarias, pero que estaban necesitadas, iban a pedirle ayuda, y no importaban sus condiciones políticas para que ella les diera una buena satisfacción y resolviera cualquier problema.

Cuando Celia Sánchez murió en 1979, era secretaria de la Presidencia, del Consejo de Ministros y del Consejo de Estado y además de miembro del Comité Central, tenía el rango de ministro. Seguía siendo una persona altamente admirada por el pueblo, aunque en muy pocas oportunidades se la viera en un acto público acompañando a Fidel; su papel era organizarlo todo para que el acto saliera perfectamente bien. Al contrario de muchos otros, ella no buscaba ser vista en los actos, ni salir en la televisión.

Independientemente de su arduo trabajo en el Comité Central y en el gobierno, debo aclarar que Celia era el brazo derecho de Fidel para todos los asuntos sin excepción alguna. Y realizaba un montón de otras tareas también. Le gustaba mucho la arquitectura y fue capaz de diseñar el parque Baconao, en un centro turístico de Pinar del Río, así como también el parque Lenin, en La Habana, la presa y su conjunto, donde tenía planificado hacer un centro turístico popular. Hizo otras obras, como escuelas en las zonas orientales, ayudó a diseñar vías de comunicación, o un sinnúmero de diseños hechos por ella que se llevaron a cabo, como por ejemplo el Campamento de Tarará para recreación de niños, o el campamento de pioneros, que, mientras ella vivió, permaneció en muy buenas condiciones,

aunque hoy está un poco deteriorado. Era una mujer con una capacidad de trabajo extraordinaria.

En su relación con Fidel se han podido insinuar cosas, pero lo cierto es que él la veía como a una hermana mayor. Yo conocía a casi todo el Ejército Rebelde y pude vivir mucho tiempo alrededor de Celia y Fidel; y en ninguna oportunidad pude suponer que existiera otro acercamiento entre Celia y Fidel que no fuera el del trabajo. Me causaba mucha admiración el respeto mutuo que existía entre ellos. Por ejemplo, en algunas oportunidades, cuando Celia ordenaba hacer algo y Fidel no lo sabía, llegaba éste y preguntaba:

—¿Y esto quién lo mandó hacer?, ¿por qué se hizo esto?

Y entonces, cualquier compañero informaba:

—Comandante, eso lo mandó hacer Celia.

Entonces, él de inmediato contestaba:

—Está bien, si lo mandó hacer Celia, está bien.

Después, en alguna oportunidad, preguntaba:

—Celia, ¿quién lo mandó hacer?

Y ella le decía:

—Eso lo mandé hacer yo por esto y esto.

El decía:

—Está bien.

Eso fue todo lo que yo pude ver y verdaderamente nunca me gustó escuchar a nadie comentar que Celia y Fidel se relacionaban amorosamente; puedo decir que no es cierto, que lo que sí había era una comprensión de trabajo y de sacrificio, fortalecida por los muchos años de lucha.



Dicho todo esto sobre Celia Sánchez, vuelvo al momento que yo iba contando.

Ir a vivir a Manzanillo ya hubiera sido toda una nueva vida para mí, pero, como la idea no me gustó nada, empecé a clamar a Camilo para que no me dejara ir. No sé de qué se valió, pero es un hecho que Fidel dejó que me quedara y que Camilo se convirtiera como en mi tutor. Así es como yo hice mi vida junto a Camilo durante los primeros tiempos de la Revolución.

También me había caído simpático el Che, que ya conocía más o menos como médico, pues él iba asistiendo a los campesinos de la zona: lo había oído nombrar a menudo, lo había visto las veces que había estado en

mi casa e incluso a mí me había curado algunas llagas que tenía yo en los pies. Pero el Che era una persona muy diferente de Camilo, con un carácter más serio, de palabras muy precisas, que yo no comprendía todas. Camilo tenía un vocabulario más campechano, más cubano, lo entendía mejor y me sentía más cómodo con él. También es verdad que el Che no era cubano, sino argentino.

Así que a partir de ese día del 25 de marzo, me quedé ya como combatiente en el Ejército Rebelde y me relacioné especialmente con un hombre, Yayo Palomares se llamaba, que tenía una ametralladora, muy grande, muy linda, una Mendoza mexicana. Entonces le serví de ayudante, pasándome los días limpiando el arma y todas esas cosas: siempre junto a Camilo.

Y llegó el día en que se dio el segundo combate en el río La Plata, en la primera quincena de agosto. Se había recibido de los campesinos del lugar la información de que habían llegado unos ochenta soldados al lugar. Entonces Fidel mandó al combate a unos cuarenta. Pero la información había sido mala, porque, en vez de ochenta soldados, había doscientos. De todos modos fuimos al combate. A mí no me permitieron ir, por no tener experiencia ninguna, pero Camilo me llevó escondido. Fui de ayudante de Yayo Palomares, muy contento por sentir la primera experiencia de un combate, pues no sabía lo que era. Este empezó a desarrollarse sobre las dos de la mañana. Y resulta que la ametralladora de Yayo, que tanto había admirado, resultó muy mala, de inmediato se encasquilló. El me gritó: «Guajiro, corre adonde Godoal Montano, y dile que me preste la baqueta».

Godoal Montano fue uno de los primeros combatientes campesinos que se unieron a Fidel y era además sobrino de Crescencio Pérez,[7] gran dirigente campesino de la Sierra Maestra, que, como después lo supe, con Celia Sánchez, Frank País y el doctor René Vallejos[8] había organizado en la Sierra Maestra las milicias del Movimiento 26 de Julio. La baqueta era sencillamente un alambrón para sacar el cartucho que se hubiera quedado en la recámara. Fui corriendo, llegué como a unos veinte metros, pero entonces hubo una explosión terrible; se abrió una cavidad muy grande, resultado de un bazucazo. Volví hacia donde estaba Yayo y empecé a llamarlo y él no respondía, y no lo pude encontrar. Con mi inexperiencia saqué una caja de fósforos y encendí uno, allí, en medio del combate. Entonces sí que le vi, a Yayo, tirado boca arriba sobre una piedra. Viendo la

llama del fósforo, el ejército abrió un fuego cerrado sobre el sitio en donde yo me encontraba, pero, bueno, no consiguieron herirme.

Estuve allí, tirado junto a Yayo, y me puse a llorar. Muertos sí que había visto ya, pero por muerte natural, por enfermedad o accidente; porque, cuando mataron a mi Mami, vi que la mataban desde lejos, y allí mismo enterraron su cadáver los soldados. Nunca antes había visto un hombre así destrozado por un artefacto. Escuché unas voces que resulta eran las voces de retirada, sólo que entonces no supe lo que significaban porque no las conocía. El tiroteo siguió, pero, cuando empecé a buscar a mis compañeros, ya no encontré ninguno, únicamente a los cuatro muertos que quedaron en el campo de batalla después de ese combate que había sido tan desigual. Cuando me di cuenta de que estaba solo y que debía marcharme, no supe qué hacer, si llevarme al muerto o la ametralladora. Las armas eran lo más importante para nosotros, pero también me daba una pena muy grande dejar aquel hombre allí.

Aunque yo no había cumplido todavía los dieciocho años, estaba muy fuerte gracias a todos los trabajos que había cumplido por aquellos montes. Entonces me eché el cadáver a cuestas, me enganché también la ametralladora y agarré por una quebrada hacia arriba. Así caminé casi hasta el amanecer. Cuando ya no pude más, dejé al hombre sobre una piedra para descansar, y al momento me di cuenta de que a mi izquierda quedaba el campamento de donde habíamos salido. Dejé allí el cuerpo con la ametralladora y me acerqué al lugar.

Al llegar, resulta que Fidel les estaba echando una descarga descomunal a todos los que volvían del combate, llamándolos cobardes, pendejos y un montón de insultos más. Y a Camilo le echaba en cara el haberme llevado a mí, suponiendo que yo también me había quedado allá entre los muertos. En eso aparecí yo, empapado de la sangre de Yayo, hecho polvo y además lleno de miedo al oír el pleito aquel. Entonces uno gritó:

—Camilo, ¡allí llega tu guajiro! ¡Allí llega tu guajiro!

Miraron todos hacia mí y Fidel dijo:

—Pero viene herido, ¡viene herido!

El Che se acercó y empezó a auscultarme. Y como yo estaba prácticamente muerto, ni atinaba a hablar, ni a contestar a lo que el Che preguntaba:

—¿Por dónde te han herido?, ¿por dónde te han herido?

Y ya, como al minuto, le dije:

—No, yo no estoy herido. Esta sangre es la de Yayo, que lo mataron.

—¿Y cómo ha sido, donde está?

—Yo lo traje hasta allá arriba, lo tuve que dejar allí porque ya no podía con él.

Entonces cuatro o cinco compañeros fueron a buscar el cuerpo de Yayo y la ametralladora. Esto fue motivo para que Fidel se pusiera más furioso aún, poniéndome como ejemplo y rugiendo:

—¡Miren ustedes, partida de rajados, este niño que nunca había ido a un combate ha sido capaz de sacar a su compañero y salvar el arma, y ustedes han dejado perder tres armas y se han olvidado de los compañeros!

Bueno, ya cuando se acababa aquello, el Che le dijo a Fidel:

—Mira, yo creo que debemos adiestrarlo un poco, porque me parece que va a servir; miedo es como si no tuviera.

Camilo me preguntó que si quería coger la ametralladora de Yayo Palomares; contesté enseguida que sí. Ya con aquella arma me sentía dueño de la Sierra Maestra y veía más posible vengar a mi guajirita.

Ya he comentado que en aquellos momentos yo no me alcé, ni me incorporé a la lucha por revolucionario; ni siquiera conocía el significado de la palabra Revolución. No sabía ni leer ni escribir, era analfabeto por completo. Yo me alcé buscando un medio de venganza, por todo lo que me habían hecho sufrir los militares de Batista o tipos como el mayoral ese que los guerrilleros ahora habían ajusticiado. Y por la muerte de mi guajira, y por la quema de la casita de mi padre. Con la ametralladora de Yayo Palomares entre las manos, ya me sentía más seguro. A Camilo le encargaron que me adiestrara. Así fueron transcurriendo algunos tiempos, hasta que subieron a la Sierra Maestra Frank País, Haydée Santamaría, Armando Hart y junto con ellos un grupo de estudiantes de Santiago.

* * *

Ya que he hablado de Celia, y dado que ahora aparece Haydée,[9] que fue la otra gran heroína de la Revolución, voy a hablar de ella un poco.

Tanto con Haydée como con su marido, Armando Hart,[10] yo llevé unas relaciones muy íntimas cuando, en 1968, vivíamos una casa al lado de la otra en Siboney, en la Calle 182 entre la Avenida 3 y la 5. Daba la casualidad de que quedábamos los únicos vecinos allí, ellos y yo con mi mujer. Entonces es cuando algunos revolucionarios comenzaron a hablar de

Haydée, a hacer conjeturas sobre ella y a lanzar rumores sobre la vida de privilegios que llevaba.

Es cierto que Haydée demostraba tener un nivel de vida por encima del de los demás, hasta el punto de tener tres criadas, dos chóferes y un tercero para buscar los víveres de la casa. También alimentaba cuatro o cinco niños del barrio que iban a la casa a jugar con sus hijos —les regalaba juguetes y todo tipo de alimentos—, más una cantidad de hijos de guerrilleros latinoamericanos que habían muerto en combate o estaban en la guerrilla en sus países. Buscó a un ingeniero y a un arquitecto para que, en el patio, le hicieran una casa de juguetes para su hija, Celia María, una réplica de la casa donde ella había nacido, que llenó de juguetes que hizo traer de Europa.

Había puesto a su hermana Aída al frente de lo que en Cuba se llamaba Recuperaciones de Valores del Estado: esto le permitía sacar todos los muebles, electrodomésticos, etcétera, que allí se encontraban y hacer regalos de juegos de muebles, o vajillas de loza fina, a distintas amistades. A mí mismo me regaló una vajilla completa, con bandejas de plata y jarrones de plata también. A Pablito Milanés, Silvio Rodríguez y Noel Nicola, tres cantautores surgidos de la llamada «canción protesta», les entregó casas en repartos residenciales, completamente amuebladas. Debo aclarar que éstos habían sido víctimas del sectarismo desencadenado en la televisión y ella los protegió. Ella era muy amiga de los artistas, y siempre se opuso al sectarismo en la cultura.

Entonces se empezó a hacer una serie de conjeturas sobre ella y la vida pomposa que dicen que llevaba. En distintas oportunidades fue llamada al Comité Central, allí la criticaron seriamente y, en una madrugada, al salir muy afectada de una de esas reuniones, conduciendo su auto, tuvo un accidente de tránsito que casi le costó la vida. Esto nunca se divulgó, por lo que el pueblo no se enteró por tratarse de una de las solas mujeres que acompañaron a Fidel en el asalto al cuartel Moncada, y además era hermana de Abel Santamaría, el que era el segundo jefe del M-26, que murió precisamente en el Moncada. No obstante, después de recuperarse de su accidente, continuó siendo presidenta de la Casa de las Américas, y, según los rumores que circularon en los medios oficiales, fue cometiendo errores más graves todavía; por ese motivo fue citada de nuevo a una reunión al Comité Central, y, a la vista de las decisiones que allí se tomaron, ella se suicidó en 1979.

Luego me fui dando cuenta que, en realidad, las acusaciones que se le hicieron a Haydée fueron causadas por una campaña organizada por el propio Armando Hart, su marido, que se sentía acosado por las críticas de Haydée, quien le exigía compostura en relación a la pareja. La actitud de Haydée se debía a la conducta que Armando había comenzado a tener desde cuando fue nombrado primer secretario del Partido en la provincia de Oriente. De hecho, Armando Hart comenzó a tener relaciones amorosas con otras mujeres, se hacía llevar mujeres por avión desde La Habana a Santiago y entabló relaciones amorosas con una mujer con la que luego se casó. Haydée criticaba y desmoralizaba a Armando cuando éste fue nombrado ministro de Cultura durante las reuniones que tenían lugar en el Ministerio. Núñez Jiménez, viceministro de Cultura, ayudó a Armando Hart en la campaña difamatoria contra Haydée, hasta llevar el caso ante el Comité Central. La verdad de las cosas es que tanto Armando Hart como Núñez Jiménez tenían muchos celos de Haydée por su autoridad en el medio de la cultura, y por el cariño que le tenían los artistas e intelectuales, no sólo de Cuba, sino de América Latina y hasta de Europa. El objetivo era lograr la destitución de Haydée y así tener ellos el campo libre en el mundo intelectual en el que ellos no tenían mucha influencia. Haydée, desde el triunfo de la Revolución, se dedicó a trabajar en el campo de la cultura, a desarrollar las relaciones con los artistas e intelectuales de América Latina. A ella se debe la creación de la Casa de las Américas, la creación de varios premios literarios. Muchos artistas cubanos trabajaban con ella y, por su autoridad como dirigente histórico de la Revolución, éstos gozaban de bastante libertad.

Cuando se comparan los privilegios de los que gozan los dirigentes cubanos, sin hablar del tren de vida de Fidel y de Raúl, las críticas que se le hacían a Haydée, por tener dos chóferes y varias criadas, hoy las considero ridiculas. Es cierto que tenía ese personal y cuotas elevadas de abastecimiento, pero eso se debía a que había convertido su casa en un verdadero hogar internacional de niños. Gracias a ella esos niños tuvieron un hogar. Es cierto que sacaba cosas de Bienes del Estado, pero era para hacer regalos a la gente que quería, o que pensaba que los merecía.

Hoy Armando Hart está considerado por sus hijos, Abel y Celia María, como el responsable de la muerte de su madre; y Abel se ha vuelto casi loco.



Un día que íbamos caminando por la Sierra Maestra, Fidel iba hablando con varios compañeros y yo oí que hablaban de recolectar dinero. Sin saber cuál era su fin, me atreví y le dije a Camilo:

—Oye, la verdad es que sí tengo dinero.

El contestó de inmediato.

—Pues dámelo acá, dámelo acá, que se está recogiendo dinero para comprar armas.

—Pero es que no lo tengo aquí.

—¿Y dónde lo tienes?

—Allá cerca de mi casita que quemaron, allá escondido.

Entonces Camilo me preguntó que cómo lo escondí, le expliqué y él volvió a hablar con Fidel:

—Oye, Fidel, dice el guajiro este que él tiene dinero, allá arriba escondido.

Fidel me llamó, me echó el brazo y enseñándome unos pesos me dijo:

—A ver, ¿serán así como éstos?

—Son de ésos.

—¿Pero qué cantidad?, ¿así?

—No, no, mucho más; ¡bastante!

Y me enseñó otro poco y yo insistí:

—No, no, es más que eso. Son dos tonguitas[11] así.

—¿Y cómo lo tienes?

—Bueno, en un paño; allí puse el dinero. Mi padre me dijo que le echara ceniza de leño, que lo envolviera bien y después lo metiera en un hule, de los que sirven para mantel, pero yo lo puse en una lata grande y la aplasté con la boca para abajo y listo.

—Bueno, ese dinero estará bien, estará intacto.

Entonces Fidel dio la orden de recoger el campamento, ya que todos íbamos a partir hacia el lugar donde yo tenía el dinero. Caminamos toda la noche y llegamos al otro día, como hacia las cuatro de la tarde, a un lugar llamado La Habanita, bastante cerca de donde había desembarcado el *Granma*. Subimos a buscar el dinero aquel. Ai parecer, yo lo había enterrado más profundo de lo que pensaba. Camilo empezó a hacerme bromas:

—Oye guajiro, aquí no hay nada; eso te lo han sacado y, si no lo encontramos, te vamos a fusilar por habernos hecho hacer esta caminata tan violenta.

Hasta que al fin di con la lata esa, y fue motivo de alegría muy grande. Saqué mi lata, empecé a esparcir la plata, y entonces hubo un momento que me chocó. Vinieron, cogieron todo aquel dinero y dieron un poco a uno, un poco al otro, y así se lo repartieron; todo el mundo empezó a contar, y a mí, que era el dueño de aquel dinero, no me dieron nada.

Me senté en una piedra, como un poco triste, pensativo, digamos. Fidel vino hacia donde yo estaba y me preguntó:

—Guajiro, ¿para qué querías tú ese dinero?

—Pues bueno, yo lo quería para, cuando tuviera bastante, comprar una finquita en el llano, y también un caballo y una montura.

—Escúchame, chico. Con este dinero vamos a comprar muchas armas y con las armas vamos a ganar la Revolución. ¿No te gustaría, en vez de un caballo, tener una máquina o un *jeep*?

—Sí, claro que sí.

Me acordé de un senador, llamado Lalo Roca, que en las proximidades de la Sierra Maestra tenía un chalet muy lindo y un *jeep* parqueado delante. Por eso añadí:

—Bueno, entonces, al triunfo de la Revolución voy a ser como Lalo Roca, ¿no?

Basado sobre esa ilusión me conformé con que cogieran mi dinero. Así siguieron las cosas, y yo fui desempeñándome en los combates con la ametralladora aquella, a duras penas porque se me encasquillaba mucho.

4
La cosa linda era esa otra ametralladora; con aquella arma tan bonita y tan grande me sentía rey

Ya los rebeldes habían lanzado combates muy fuertes; el más conocido es el de San Ramón.

En los primeros días de junio de 1957 tomé parte en el segundo combate de Pino del Agua, que fue un combate bastante duro. Yo seguía con Camilo, pero en ese momento mi ametralladora se echó a perder por completo, y no pude entrar en el combate. Camilo me dio un revólver que tenía en una mochila y fui avanzando junto a él, que llevaba una Thomson.

Al frente vimos un nido de ametralladoras. El me dijo:

—Mira, guajiro, arrástrate hasta aquel árbol que está allí. Yo te voy cubriendo y, cuando llegues al árbol, te agachas, coges esta granada y se la tiras a las ametralladoras.

Camilo me había enseñado a tirar granadas, y aquello no era ya ningún problema, y además yo estaba muy impuesto en tirar piedras, y fuerzas sí que las tenía. Acto seguido, cogí y fui a rastras, pero, como no estaba acostumbrado a hacerlo, perdí la dirección. Escuché una voz que me decía:

—Guajiro, maricón, guajiro maricón, ¡párate!

Me paré, pues, y cuando me di cuenta, yo había ido por otro lado y estaba como a unos diez metros de los soldaditos, y Camilo me hacía señas para que me agachara; pero yo me puse en pie, cogí la granada, le quité la clavija y la tiré como una piedra. Le di en el pecho a un soldado; allí explotó la granada y me eché a correr. Cuando regresé para ver todo aquello, había un soldado muerto y dos heridos. Pero la cosa linda era esa otra ametralladora, con tres patas y una cinta con más de doscientas balas que enrollé en el arma, me eché la ametralladora a cuestas, agarré también un fúsil y me retiré. Para mí había cumplido con lo que me tocaba, había hecho lo mío, pero resulta que me perdí de nuevo. No me encontraban, y la gente empezó a bronquear a Camilo otra vez: «Coño, ahora sí que se te perdió tu guajiro, ¡se apendejó, se acobardó!».

Yo había cogido por un rumbo distinto al de ellos, loma arriba. Como estábamos cerca de la costa, caminé lejos, siempre loma arriba, lo más lejos era lo mejor. Pero me sentía rey, porque iba con aquella arma tan bonita y tan grande, hasta que llegué a casa de un campesino, Polo Torres, a quien apodaron Capitán Descalzo, que fue uno de los guías del Che y que jugó un papel muy importante en el Ejército Rebelde, sobre todo recogiendo avituallamiento. Le pregunté y entonces él me orientó. A los tres días me incorporé al grupo.

Aquello fue un nuevo motivo de alegría. No me recibieron digamos que como un héroe, ya que me echaron una descarga por haberme perdido, pero también me alabaron y Camilo estaba contento, decía: «Ese es mi producto, mi producto, y ¡no me vuelvan a decir que mi guajiro se apendejó! Miren, cada vez que desaparece, ¿qué es lo que hace?».

Ya con eso me sentía feliz, orgulloso, pero me vino un momento de tristeza porque varios compañeros deseaban hacerse con la ametralladora que yo había llevado hasta allí. Esos compañeros, al ver mi estatura más bien diminuta, dijeron que mejor tomara un fusil, un M1 que sí lo podría maniobrar bien, y que para otro compañero sería la ametralladora. Entonces me senté con mi M1, amontonado y triste, hasta que llegó Camilo y me preguntó:

—¿Qué te pasa?

—No, mira la mierda que me dieron, y yo quería la ametralladora.

—¿Tú quieres la ametralladora?

—Yo sí, yo quiero la ametralladora.

Unos cuantos compañeros, entre ellos Luis Crespo, empezaron a decir que yo solamente era un niño, que cómo la ametralladora, y aquello, esto y lo otro. Entonces se levantó el mismo Fidel y dijo:

—No, ¡esperen, esperen! Será un muchacho, todo lo que quieran, pero sí tuvo coraje para coger esta ametralladora y cargársela durante tres días, arrastrándola con bejuco, pues ahora, si le ponemos dos ayudantes y le enseñamos, la puede cargar perfectamente. Así que, si la quieres, guajiro, es tuya; tómala. Camilo, enséñale a trabajar con ella.

A los pocos días llegó justamente Braulio Coronel, que, bajo Batista, había sido sargento ametrallador en la guarnición del Moncada, pero que, por sus orígenes populares y a la vista de los crímenes de la dictadura, se había incorporado al M-26. Su acción fue determinante en más de un

combate y constituyó un grupo de ametralladores, del cual la mayoría cayó en combate.

Así fueron ocurriendo las cosas. Yo, en cierta manera, ya era un poco admirado por mis compañeros; al no ver miedo en mí, me miraban como a un hombre jovencito, por cierto, pero capaz de hacer muchas cosas.

En aquellos momentos se constituyó la Columna 4, con el Che como jefe, en la zona de lo que se llama La Mesa: El Hombrito, Alto de Conrado, La Nevada. Camilo fue designado jefe de la vanguardia de la columna. Hasta aquel momento, él había sido jefe de una escuadra de la vanguardia de lo que era nuestra Columna 4 —eso era para desinformar al enemigo, porque columnas 2 y 3 no teníamos—, y allí pasó a dirigir un pelotón, o sea, tres escuadras, más o menos veinticinco hombres.

De nuevo, Camilo me llevó con él; me fui junto al Che y Camilo para aquella otra zona. A los pocos días, se dio orden a Camilo de bajar al llano para operar en el triángulo Bayamo-Holguín-Manzanillo.

Y Camilo me escogió a mí entre los trece hombres que llevaba; allí pudimos dar unos golpes muy grandes. Hubo que pelear día y noche en distintos lugares, sin tener campamento fijo. En el plazo de un mes ya habíamos mandado noventa fusiles para arriba, a la Sierra, y dos camiones cargados de comida. Además, Camilo establecía contacto con los movimientos de la tres ciudades que he dicho, así como también con Tuna.

Aquello fue transcurriendo en el llano durante tres o cuatro meses. Y después de varios combates fuertes llegó la hora de la gran ofensiva del enemigo, o sea, a finales de mayo de 1958, ya a Camilo lo habían ascendido a comandante. Fidel le dio la orden de subir a la Sierra Maestra para reforzarle con lo que ya no eran trece hombres sino veintiséis, con buenas armas y muy bien escogidos, capaces de cualquier cosa. Así que subimos por una zona llamada Casa de Piedra, que da paso a un lugar llamado Santo Domingo. Allí nos encontramos con la concentración del Ejército Rebelde.

El comandante Hubert Matos[12] fue profesor en Manzanillo, tenía cercado al único militar que sembró el terror en el Ejército Rebelde, el coronel Sánchez. Sánchez Mosquera fue aquel oficial que conseguía atravesar la Sierra de un lado a otro por donde se le antojaba, y nos desbarató el campamento en dos o tres oportunidades. Lo reconocía incluso el mismo Che. Reseño esto porque mucho se ha tratado de mostrar a Hubert Matos como hombre cobarde y yo no lo estimo así; cuando, después de la revolución, hubo el problema con Fidel sobre la orientación comunista de la

Revolución, fue apresado, juzgado y condenado a veinte años de cárcel. Yo creo que durante la lucha, Hubert Matos se comportó como un hombre extremadamente valiente, con ideales distintos a los de Fidel, pero extremadamente valiente. Lo considero muy respetable y fue muy digno como revolucionario —a su forma y no a la manera que quisieron imponerle. Siempre sentí respeto por él, y no solamente hoy en día, que tengo más clarividencia de las cosas, siempre le tuve ese respeto como hombre valiente e íntegro. De lo que después ocurrió con él comentaré más adelante.

En los primeros días de junio de 1958, subimos pues por Casa de Piedra y dimos un golpe de efecto muy grande. Allí encontramos unos moles de piedra enormes, con algunas cavernas donde estaban escondidos los soldados. Hicimos un ataque comando en aquel lugar, tomando sesenta fusiles, haciendo once bajas y tomando veintitrés prisioneros. Todo aquello siguiendo a Camilo Cienfuegos. Ese hombre arrastraba pueblos, y también a nosotros, como si nos llevara atados por el cuello, pero nosotros nos dejábamos llevar con un gusto terrible.

5
Fue entonces cuando supe que se iba a producir la invasión hacia Occidente

La gran ofensiva comenzó a mediados de mayo de 1958, hacia el 20, más o menos. Aquel golpe serio que dimos antes fue una gran ayuda para Hubert Matos, que era entonces jefe de aquella situación, así como para todos los que le ayudaban, como Ramón Paz, el comandante Arturo Duque de Estrada, Braulio Coronel, Rafael Castro, Víctor Mora, Angelito Verdecía. En efecto, habíamos logrado sacar a los guardias de los refugios donde estaban metidos.

De allí continuamos hacia La Plata, específicamente hacia la casa de Irene Mompié, donde se encontraba Fidel con la comandancia. Fidel decidió que se nos diera un día de descanso, después de nuestra dura caminata desde el llano. Le ordenó a Celia que nos diera una comida más copiosa, una muda de ropa, incluso las botas. Al día siguiente, nos envió a la zona entre Puñalón, el Jigüe y el Naranjal, donde se había cercado al comandante Quevedo. Estuvimos combatiendo día y noche hasta el 22 de julio, día en que Quevedo y sus fuerzas se rindieron.

No sabía que ya se estaba organizando la invasión a Occidente. Fidel mandó al grupo de Camilo para la zona de Providencia, específicamente a un lugar llamado El Salto, para que tomásemos un descanso. Incluso nos dio dos vacas para que las matáramos y las comiéramos, como para fortalecemos por lo que se avecinaba. El día 29 un mensajero mandado por Fidel llegó para pedirle a Camilo quince hombres de los mejores. Camilo le dijo a Pinares: «Escoge a otros catorce hombres y vete al Alto de la Llorosa, que allí te espera Fidel. Preparen las armas, que seguro van a pelear. Y no olviden que son mis hombres, tanto para el combate como para el comportamiento».

Fuimos, pues, llenos de gloria, como llevando el cuño de Camilo puesto en el pecho; porque verdaderamente nuestro grupo cumplió maravillas en la Sierra, cosas de las que honradamente otros grupos no habían sido capaces —con excepción del grupo de Angelito Verdecía, que también hizo maravillas, ése en el llano, hasta el punto de que Fidel lo tituló

como el hombre que había enseñado al ejército a pelear en el llano, y de pie en vez de tendido. Angelito fue un campesino que logra en corto tiempo ser ascendido a capitán por su labor y destreza en el combate, y buenas dotes de dirigente; muere en la ofensiva, en Río Magdalena, en una emboscada.

Cuando llegamos a la loma, nos encontramos con que las fuerzas enemigas se estaban acantonando en Las Mercedes, donde el Che estaba ya librando fieros combates. Habían llegado también los hombres de René Ramos Latour,[13] más conocido por Daniel. Daniel había ocupado el puesto de Frank País cuando éste fue asesinado, a los veinte años, en Santiago, el 30 de julio de 1957. Fidel quería que Daniel fuera tomando experiencia en lo que es la dirección de un combate. Entonces le entregó a él también las fuerzas que llevaba Pinares, poniendo a éste como su segundo para que le asesorara. Además, Fidel le dio la responsabilidad a Pinares de buscar un buen lugar para una emboscada.

Celia, sentada en su mochila, file tomando nombre y apellido de cada uno de los participantes, así como apuntó el armamento y las municiones que cada uno llevaba, que nos dieron bastantes. De allí salimos el 29 por la noche. Como yo era conocedor del lugar, se me dio la tarea de ser el práctico del grupo; llegamos a Jobal sobre las cinco de la mañana y se buscó el lugar conveniente para la emboscada.

Ahora bien, sólo diecisiete de nosotros teníamos experiencia de combate, ya que los otros formaban parte del quinto contingente, mandado por los estudiantes de Santiago para incorporarse a la guerrilla. Aquellos bisoños sabían mucho de la lucha clandestina en la ciudad, pero nada de lo que era el combate en el monte. De todos modos, se tomaron las posiciones, se hizo la apreciación y se dio la orden de combate. En un lugar que tenía buena visibilidad se puso un punto de observación y se le dio la responsabilidad al compañero Horacio Polanco, ya veterano y verdaderamente muy valiente. El, con binoculares y encaramado en un árbol, vigilaría el camino por donde debían bajar unos doscientos soldados, y con un detonador eléctrico en la mano haría estallar la mina que teníamos ya sembrada. Esa sería la señal para comenzar el combate.

Pero sucede que, cuando Horacio vio aparecer al ejército bajando por la loma y empezó a contar los soldados, se dio cuenta que, en vez de doscientos, ya habían aparecido quinientos soldados, más muchos otros que seguían. Se aterrorizó. Saltó del árbol, considerando que se debía dar la voz de retirada. Y salió corriendo, dando él mismo la voz de retirada sin que

nadie se lo ordenara. Y los muchachos nuevos aquellos, al ver aquel hombre de melena y barba espesa que corría y daba la voz de retirada, todos de inmediato le siguieron. Nosotros estábamos en otro sector de fuego y no advertimos lo ocurrido. Así que nos quedamos solitos; diecisiete hombres encabezados por Daniel.

Ai llegar el ejército adonde estábamos, Pinares se inquietó: ¿qué pasaba?, ¿por qué Horacio no explotaba la mina? Los soldados ya los teníamos cerquita, y no podríamos retiramos sin ser vistos; de todas maneras habríamos de pelear. Pinares, acto seguido, agarró dos granadas, las lanzó, y empezamos el combate. Los agravantes contra nosotros eran muchos: estábamos ya en el llano, éramos una fuerza muy pequeña, además el ejército llevaba dos o tres meses de operaciones y estaba loco por salir. Por eso venían tantos soldados, y apoyados por ocho aviones que iban bombardeando la zona. Nos cercaron y, en tres o cuatro oportunidades, tuvimos que pelear cuerpo a cuerpo. A la una de la tarde ya estábamos en una situación extremadamente difícil. Yo tenía dos ayudantes en la ametralladora. Uno me lo hirieron, un tiro le cortó un dedo por completo, y el otro se me acobardó, salió huyendo y me abandonó. No me quedó más remedio que quitarme la camisa y envolvérmela en el brazo izquierdo, abandonar el trípode de la ametralladora y ponerme el arma en el brazo para continuar combatiendo.

Así lo estábamos haciendo, con Daniel y un compañero llamado Vecino a mi lado, y Pinares un poco más lejos, cuando tiraron un morterazo que hirió a Daniel a la altura del hígado y a mí en una rodilla, pero, bueno, una pequeña astilla nada más, pude seguir en el combate. Mientras tanto, Pinares y Vecino se pusieron a socorrer a Daniel, tuvieron que buscar a dos o tres compañeros para sacarlo del lugar y llevarlo a la comandancia donde se encontraba Fidel. Pero, como no eran conocedores de la zona, se perdieron, y el Che se enteró de la herida de Daniel recién a la seis de la tarde. Llegó corriendo, pero ya Daniel acababa de morir desangrado.

Regresamos al lugar de donde habíamos partido; que fue posible porque Pinares adoptó la táctica de lanzar todo el armamento que habíamos cogido al enemigo a un lugar donde posteriormente pudiéramos recogerlo y, al estar haciendo eso, nos dimos cuenta de que por allí podíamos escapar, combatiendo desde el mismo río. Como el enemigo, que había recibido orden de retirada, y lo que le interesaba era salir de la Sierra y llegar con

vida a la ciudad, no nos opuso tanta resistencia en ese frente, resultó relativamente fácil romper el cerco.

Al llegar, le informamos a Camilo de lo acontecido. Fidel le echó una buena descarga a Horacio por haber tomado la iniciativa de dar la orden de retirada, y a otro combatiente, un veterano también, que había huido junto con él, pero como la cosa ya se podía entender, puesto que llegaron más soldados de lo que se esperaba, y además Fidel había mandado a Daniel, que no tenía ninguna experiencia, a dirigir el combate para que se fogueara, no se tomó ninguna medida drástica.

Fue entonces cuando supe que se iba a producir la invasión hacia Occidente. Se comenzó a seleccionar a los hombres para aquel valiente proyecto, y yo no contaba con ser seleccionado, pero muy al contrario, resultó que hubo una disputa entre el Che y Camilo, que estaban respectivamente al mando de las Columnas 8 y 2, y ambos me consideraban un gran ametrallador. Al fin, se decidió que yo fuera en la 2 con Camilo.

6
Nunca se podrá aquilatar el precio del fusilamiento de aquel hijo de dos pobres campesinos

El 20 de agosto de 1958, día en el que Fidel leyó en Radio Rebelde un parte largo donde recapitulaba todas las batallas desde el 29 de junio en Santo Domingo (Meriño, el Jigüe, el segundo combate de Santo Domingo, Las Vegas, Las Mercedes), a mí me sucedió un hecho que me impresionó sobremanera. Tenía un ayudante, un campesinito muy valiente, diecisiete años, pero que cometió la falta de sustraer de una mochila una lata de leche condensada y tres tabacos. Se le celebró un juicio, pues ya en aquellos momentos se había constituido en el Ejército Rebelde una auditoría, siendo el auditor general del Ejército Rebelde Sorí Marín, y como se había determinado que cada columna debía tener un auditor, en la nuestra fue el entonces capitán William Gálvez.

A ese niño le condenaron a muerte. No obstante, primero se mandó el resultado del juicio a la comandancia donde estaba Fidel para que decidiera. Y Fidel fríamente dijo: «Hay que fusilarlo para dar un escarmiento».

Aquello sí que me dolió, tanto y tanto que hoy aún lo recuerdo con muchísimo dolor, porque era un chico muy valiente, un hijo de campesinos que igual que yo no sabía ni leer ni escribir; tampoco entendía bien por qué estaba ayudando a Fidel, pero sí era fiel a la causa y por eso aquel asunto me dolió tremendamente. Nunca se podrá aquilatar el precio del fusilamiento de aquel hijo de dos pobres campesinos que, además, era hijo único, y eso que los padres le habían pedido a Camilo que se lo cuidaran. Camilo se negó a presenciar el fusilamiento y se fue detrás de un árbol, no sé si le saldrían las lágrimas o qué pasaría, pero se mostró muy triste, creo que hasta se arrepintió de haber autorizado el juicio. Allí le quise más aún, a Camilo.

Aquello me dejó tan conmovido que nunca pude borrar de mi memoria ese acto, y cuando volví de Bolivia, en 1968, y fui a esa zona, de donde habíamos partido para la invasión, lo primero que hice fue acudir al lugar

de la tumba, sabiendo que los padres mantenían una vigilancia permanente; así pude visitarles. Ellos, diez años después de la muerte de su hijo, a mí y a mi familia nos recibieron como si acabaran de perderlo. No me hizo falta solidarizarme porque ya, de hecho, lo estaba; me busqué una mata de flores y la planté en su tumba. Después, mantuve comunicación con sus padres, y cada vez que me escribían ponían algo sobre el chico, cosas como: «La mata de rosas que usted plantó en la tumba de nuestro hijo sigue vivita, sigue de lo más linda; bien se ve con cuánto amor usted la sembró». Me sentí muy feliz de poder ayudarlos un poco económicamente, como ayudándoles a conseguir los materiales para construir una casita más confortable, o comprarles un refrigerador en La Habana, porque ellos no tenían.

El problema fue que al chico se le hubiera celebrado un juicio. Desde aquel momento el señor William Gálvez empezó a caemos extremadamente mal, porque además había celebrado el juicio de una forma muy sádica; cuando dio lectura al acta de acusación, lo hizo de forma burlona, riéndose irónicamente, humillando al chico delante de todos; se le sentía alimentarse con lo que le iba a suceder al chico; no fue verdaderamente un papel de justicia, pues él se sentía contento haciendo aquello, sin tomar en cuenta siquiera que él también habría podido ser fusilado, porque a él mismo poquitos días antes se le había incorporado a la columna como prisionero y posteriormente hizo la invasión como capitán auditor hasta Las Villas —pero siempre como preso. Porque, a pesar de ser hoy general de brigada, la historia de este señor no es muy brillante que se diga. Me explico: él se incorporó al Ejército Rebelde jactándose de haber ajusticiado al coronel del ejército de Batista, Fermín Cowley, cuando el que realizó el atentado verdaderamente fue el capitán Carlos Borges, que Gálvez abandonó herido después de esa operación, seguro que el ejército mataría a Carlos Borges. Pero un día, Carlos Borges, al que se creía muerto, aparece por la Sierra, como por arte de magia, e incluso llega contando la historia de cómo realmente había sucedido el atentado. William Gálvez fue entonces hecho prisionero, pero sin hacérsele juicio, puesto que en aquel momento no existía todavía la Auditoría. No se le pudo quitar su grado de capitán porque decían que se lo había dado Frank País. Encontrándose prisionero en la Sierra, le rogó a Camilo que lo incorporara a su columna. Como Camilo ya tenía la autoridad de un gran dirigente, le hizo la petición a Fidel de que se lo cediera como combatiente. Fidel, haciendo algunas aclaratorias, accedió.

Ocupó el cargo de la Auditoría, porque estaba en segundo año de derecho, una manera de darle una actividad porque nadie quería combatir bajo sus órdenes. Por eso digo que William Gálvez pudo también ser fusilado; sus faltas eran mayores que las de robar una lata de leche y dos tabacos. Abandonar a un compañero herido y apropiarse de su historia es una falta muy grave.

Al chico se le celebró el juicio en el campamento de la Columna 2, pero la decisión no podía ser tomada por Camilo, era necesario mandar un mensaje al Estado Mayor para que Fidel lo aprobara. Lo que Camilo solicitaba era que, por la falta que había cometido, al chico se le quitara el privilegio de hacer la invasión. Con aquella sanción nosotros estábamos muy de acuerdo, y lo que nos sorprendió grandemente es que, cuando, encontrándonos alrededor de un cajón jugando baraja, precisamente Camilo jugando de compañero con el chico, llegó el mensaje de Fidel. Pienso que fue por lo muy impresionado que estuvo que Camilo, de una forma fría, le dijo al chico, mirándole a la cara:

—A las cuatro de la tarde te vamos a fusilar; Fidel lo ha aprobado.

Nos miramos, creyendo que aquello era una broma de Camilo, porque Camilo siempre estaba bromeando, pero después me di cuenta que Camilo se había quedado blanco. El chico, con una sangre más fría todavía que la de Camilo, siguió jugando y dijo:

—Está bien.

Al rato Camilo terminó aquella partida, se paró y se fue. Vino otro compañero a jugar con el chico. Como había perdido mi gorra en el combate de Jobal, el chico sacó la suya y me dijo:

—Toma, Lalito.

—¿Y para qué me das la gorra?

—A mí me van a fusilar a las cuatro, y tú no tienes gorra.

Estaba en los diecisiete años. Oyéndolo me amargué, pero no lo creí, seguí pensando que no era posible: ¿cómo quitarle la vida a un amigo, a un compañero, a un hombre tan valiente como era el chico? Que no se tomara en cuenta que era un menor de edad y que habían sido sus padres quienes lo habían confiado al Ejército Rebelde, precisamente para que no cayera en manos del ejército de Batista. Cuando efectivamente llegaron las cuatro de la tarde, seguía sin creer que tal era la orden dictada por Fidel; fusilarlo para dar un ejemplo a la Columna 2 y a los otros invasores, porque en el transcurso de la invasión íbamos a pasar por muchas propiedades privadas e

importaba que tuviéramos mucho respeto, y nadie robara nada. Pero entonces lo amarraron a un árbol, mientras que ese señor William Gálvez sádicamente iba haciendo los preparativos para el fusilamiento, como si de una fiesta se tratara; de ahí que nunca pudo caber en mi mente ese señor ni mucho menos en mi pecho.

Del momento mismo del fusilamiento yo, honradamente, no puedo decir nada, sólo que mi mente quedó totalmente en blanco; por lo fuerte que fue el impacto que sufrí, no alcanzaba a pensar nada. Hice lo mismo que Camilo, me aparté para no ver aquello, me fui detrás de una casa y me tapé los oídos para tampoco oír la descarga. Muchos compañeros hicieron lo mismo que Camilo y que yo, y ellos también siempre recordaron con mucha tristeza lo que fue verdaderamente un crimen.

Más adelante, William Gálvez sería degradado en dos oportunidades. Es cierto que sabe trabajar, por eso tiene ahora el grado de general de brigada; pero hace como seis u ocho años que no tiene cargo; se dedica a escribir historias que nadie aprueba, porque es extremadamente mentiroso y se carga con victorias en las que nunca ha estado ni a diez kilómetros de ellas siquiera. Fue degradado después de haber caído preso en Angola por unas barbaridades que hizo allí, causando la muerte de veintisiete oficiales, y, desde entonces, se le mantiene en su casa, activo pero sin trabajar.



Camilo siempre tuvo un amor extraordinario por el general Antonio Maceo Grajales, uno de los jefes de la revolución de 1895, incluso a nuestra Columna 2 la había denominado «Antonio Maceo». Camilo ya había intentado varias veces explicarnos quién era Maceo y, por el interés que mostrábamos, se comprometió con nosotros a que en el transcurso de la invasión, cada día nos hablaría media hora de aquel héroe. Y así lo cumplió.

Camilo vivía locamente enamorado de las acciones y principios morales y combativos de Antonio Maceo, que era un humilde campesino de la parte oriental de Cuba, nacido en San Luis, hijo de una familia numerosa que, en masa, se alzó en armas, cuando, el 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes dio en Cuba el primer grito por la abolición de la esclavitud, en la Demajagua. Aquella guerra duró diez años, con distintos dirigentes en armas; entonces hubo disparidades políticas que Maceo no aceptó. Se destaca Antonio Maceo por haber sido un bravo combatiente que intervino en más de doscientos combates y que fue herido diecinueve veces.

Maceo se vio obligado a marcharse al exilio en Centroamérica, en Honduras, Salvador, Guatemala y Nicaragua. Allí empezó a reorganizarse, y también estuvo en contacto con José Martí, nuestro héroe nacional, y los dos se pusieron de acuerdo para una nueva expedición a Cuba. Maceo entonces llegó nuevamente al mando de una expedición con el objetivo de invadir la isla de oriente a occidente. Desde aquella época es uno de nuestros luchadores más admirados por su coraje en el combate, por su dignidad. Tuvo frases muy hermosas, que supo llevar a la realidad. Hubo un momento en el que la guerra ya se tenía prácticamente ganada y entonces los norteamericanos quisieron hacerse sus aliados y ayudar a los cubanos, ya cuando a éstos no les hacía falta su ayuda, pero Maceo se negó rotundamente.

«Los españoles son mis enemigos, pero me pondría a su lado si los americanos agredieran mi tierra.»

Esa fue la causa de que Camilo denominara a su columna Columna 2 Antonio Maceo.



Cuando se recibió la orden de emprender la marcha hacia Occidente, estábamos siendo azotados por un pequeño huracán, los ríos se llenaban de agua y era imposible cruzarlos en aquellos momentos; Camilo ordenó esperar a que bajaran las aguas. Pudimos entonces salir el día 22 de agosto de 1958, bajo un ciclón, de El Salto y la zona de Providencia ya directamente para Las Villas y Camagüey. Caminamos unos cinco días hasta llegar a un lugar llamado Peralejo, sobre la carretera de Bayamo a Manzanillo. Es un lugar muy histórico, pues allí se dio uno de los combates más sangrientos de la guerra de independencia, entre Antonio Maceo y el general español Martínez Campos; Camilo nos explicó quién era ese general y político español que, en el año 1874, encabezó el pronunciamiento de Sagunto, restaurando la monarquía en España, que fue nombrado luego capitán general y jefe de las fuerzas de operaciones en Cuba, que negoció la paz del Zanjón en 1878 y que fue enviado de nuevo a Cuba al estallar la revolución de 1895. Allí llegamos a las diez de la noche, y Camilo, durante casi una hora, nos explicó todo aquello, con un fervor tan puro, tan revolucionario, que llegué a sentirme como un Maceo más al empezar esa invasión a Occidente. Creo que eso me ayudó mucho, porque siempre recordaba las palabras tan hermosas que nos decía Camilo. Eso me

daba más fuerzas y bien me hacían falta, pues mi artefacto de hierro que llevaba a hombros pesaba treinta y siete libras.

Salimos ochenta y dos de la Sierra y llegamos setenta y dos; dos hombres perdimos por muerte, y los otros ocho regresaron por enfermedad o por quedarse descalzos. Camilo, como siempre, se mostró extremadamente cuidadoso con sus hombres, hasta se podría decir que hizo la invasión dos o tres veces, porque él se pasaba las noches caminando del primer hombre de adelante al último de atrás, alentándolos continuamente, dándoles fuerza, hablando con ellos, ayudando al que se sintiera mal, descargándole de la mochila o del fusil.

Así el camino hasta la provincia de Las Villas, capital Santa Clara, duró treinta y tres días muy difíciles; anduvimos más de trescientos kilómetros y sólo pudimos comer once veces, y fueron comidas muy magras, como una yegüita que nos comimos cruda, otra vez jutías sancochadas, y así sucesivamente. Cuando llegamos a Las Villas, al lugar llamado Jobo Rosado, el 7 de octubre de 1958, allí nos esperaban dos grupos, uno del Partido Socialista Popular —nombre que llevaba el antiguo Partido Comunista de Cuba—, al mando del comandante Félix Torres, y otro del M-26, al mando de Regino Machado. Nos enteramos de que había una disputa entre los dos grupos; ninguno quería unirse al otro. El M-26 tenía unos sesenta hombres, el PSP unos ciento cuarenta. Camilo, con su ingenio habitual, logró suavizar aquella situación y unió a ambos grupos con la Columna 2. Constituimos así una columna mayor, que empezó a operar en toda aquella zona. Debo decir que en el lugar llamado Cueva de los Indios, el 6 de octubre, en el río Jatibonico, nos había esperado una comitiva enviada por Félix Torres, con comida y calzado, bajo los azotes de un ciclón. Gracias a Félix Torres y a sus hombres, Camilo y los suyos pudimos continuar combatiendo porque habíamos llegado extenuados. Es importante recalcar esto, porque siempre se ha dicho que el PSP no participó para nada en la lucha contra Batista; tal vez los dirigentes no lo hicieran, aunque Carlos Rafael Rodríguez[14] sí estuvo en la Sierra con Fidel, muchos militantes combatieron; en la zona del Escambray hubo gente del PSP alzada. Félix Torres todavía vive, tiene ochenta años, fue uno de los héroes de la toma de Yaguajay, participó en todos los combates que realizamos en la costa norte de Las Villas. Muchos oficiales del ejército de hoy fueron sus combatientes. Hoy está marginado.

El ejército de Batista sabía, por supuesto, que nosotros íbamos haciendo aquella travesía; nos seguía una columna enemiga muy importante, comandada por el capitán Antonio Bom Lui, de origen chino, que era un gran capitán de academia, muy honrado y valiente. Al llegar nosotros a las inmediaciones de Yaguajay, el enemigo sorprendió a los grupos aquellos del M-26 y del PSP, y se encontró con nosotros. Allí se produjo el primer combate serio en la provincia de Las Villas y, a continuación, liberamos algunos pueblitos: General Carrillo, Jarahueca, Iguará, Perea, Mayajigua, Venegas. Y entre el 19 y el 31 de diciembre de 1958 luchamos para liberar Yaguajay, con el rendimiento de Bom Lui. Nos preparábamos a festejar la entrada del año nuevo, cuando Camilo recibió órdenes de Fidel por Radio Rebelde.

7
Con la columna de Camilo llegamos a La Habana el día 2 de enero de 1959

Ya en aquel momento éramos cerca de trescientos combatientes, pues se habían incorporado unos cuantos milicianos, que eran civiles que se iban sumando a la lucha. La diferencia entre los milicianos y nosotros era que constituían una fuerza paramilitar, mientras que nosotros ya éramos militares, aunque no fuéramos de carrera. Había gente de todas las edades, se integraban sin armas, se les llamaba colaboradores; sólo después de algún tiempo iban adquiriéndolas y pasaban a llamarse milicianos, en honor a las milicias de la guerra civil española. Era gente que simpatizaba con el M-26, por inspiración o porque el enemigo los perseguía sin razón alguna, se iban al monte como una vía de escape. Eran como una fuerza intermedia entre el civil y el combatiente. Por lo general resultaron ser buenos combatientes.

Nuestro papel era tomar Matanzas y La Habana, y también ver cómo andaba el Che por Santa Clara. Cuando llegamos a Santa Clara, ya el Che tenía cercada la ciudad, con el cuartel Leoncio Vidal. Le quisimos brindar ayuda pero no la aceptó; prefirió que continuáramos, ya que él se las iba a arreglar perfectamente. Así que seguimos para Matanzas, cuyo regimiento tenía unos cuatro mil soldados, pero ni fue preciso combatir; bastó con que Pinares entrase a parlamentar con el ejército, éste se rindió y entregó todas las armas. Se le entregó el poder al M-26, a las milicias y a cuatro o cinco oficiales que Camilo dejó de su columna.

Aquí es cuando empezaron a surgir cosas que nosotros, los combatientes, mal podíamos admitir: el aprovechamiento de aquella situación por parte de mucha gente sobre quienes hasta entonces nunca habíamos oído. Cuando llegamos, la vanguardia, a un lugar llamado La Virgen del Camino, en La Habana, ya a unos quince kilómetros del cuartel de Columbia, Camilo dio la orden de que se parase la columna para reorganizarla, pues bastante se había deshecho durante la marcha. Camilo se encontraba en un lugar llamado El Cotorro, que dista más de seis kilómetros de La Virgen del Camino, y nosotros allí ya teníamos una caravana masiva

de autos, camiones, *jeeps*; algunos con brazalete del M-26 que habían fabricado ellos, otros con pistola o fusil, y ¡todo el mundo para La Habana! Allí fue donde empezó a incorporarse todo el que quiso y después se fabricó la fachada que más convino.

Llegamos a La Habana en la tarde del día 2 de enero de 1959, más exactamente al aeropuerto de Columbia, ante el campamento de Columbia, o sea, el Estado Mayor de las fuerzas de Batista. Allá acampaba toda la oficialidad logística y de operaciones del ejército, con unos diez mil soldados. El aeropuerto servía para algunas líneas aéreas civiles, pero sobre todo para los militares. Pues tampoco tuvimos que combatir; nuestras fuerzas no alcanzaban para medirse con aquéllas, ni mucho menos, pero aquellos diez mil hombres estaban desmoralizados, y además el pueblo nos ayudó mucho. Desarmamos a esos militares y fuimos juntándolos en distintos lugares del campamento. A mí se me dio la responsabilidad de lo que eran las compañías A y B y el Círculo de Oficiales. En cada una de esas compañías había doscientos militares, y en el Círculo de Oficiales, doscientos veinticinco. Viendo que tendría que hacer rondas de un lugar a otro, clavé tablas en las puertas, con clavos grandes; las ventanas no eran ningún problema, pues tenían barrotes de hierro y se podían dejar abiertas.

No obstante mis precauciones, recuerdo que sí dejé que uno de esos asesinos escapara. La cosa sucedió así: el día 4 llegó una chica muy hermosa preguntando por un cierto capitán, quería saber cómo lo habíamos tratado, hasta que me pidió que por favor que le llevara un papelito. Yo tomé el papel y se lo llevé, porque de veras la chica me agradaba mucho y me hubiera gustado conversar más con ella. Encontré al capitán, le entregué la carta y él me preguntó:

—¿Por qué usted no me deja ir a ver a la niña? Tengo que verla.

—¿Quién es ella?

—Es mi señora.

Tanto me interesaba esa mujer, lo confieso, que fue una razón más para no dejarlo ir. Pero el hombre siguió insistiendo e insistiendo, hasta al fin decirme:

—Rebelde, si usted me deja ir adonde está ella, yo le voy a revelar un gran secreto.

—¿Y qué secreto me vas a contar tú?

—Bueno, ábrame la puerta, que si se lo cuento acá adentro me van a matar.

—Espérate un momento, que ahora llego.

Entonces llamé a Pinares, que estaba de jefe de todos nosotros, y que también hacía ronda para traemos agua, algo de comer. Le llamé como mi jefe, como persona más instruida. Pinares vino, hizo salir al capitán y le preguntó:

—A ver, muchachón, ¿qué es lo que tú quieres?

—Mire, lo que yo quería decirle es que no se vayan a comer el almuerzo porque a toda la carne en vez de sal le han echado cianuro.

Pregunté yo:

—¿Qué carajo es cianuro?

—¿No sabe lo que es cianuro?

—No...

Entonces Pinares:

—No seas animal, cianuro es un veneno, un veneno que mata.

Y corrió a buscar a Camilo, dejándome con la orden de avisar a todos los rebeldes para que ninguno fuera a comer, con lo que yo me olvidé del capitán y éste aprovechó para largarse, por supuesto. Entonces llegó Camilo y como si no pasara nada mandó:

—Bueno, vamos a comer, ¡sirvan la mesa!

Al terminar de servir, Camilo añadió:

—Nosotros tenemos siempre el lema de que los prisioneros primero y los rebeldes después, si queda algo. Bueno, así que ustedes, a la mesa. —Y preguntó a uno—: ¿Usted es el cocinero?

—Sí, comandante, sí.

—Venga usted, que también usted tiene el honor de comer aquí. ¡Siéntese allí!

El cocinero empezó a temblar. Camilo agarró un bistec con una servilleta y le dijo:

—Lo cojo con la servilleta para no servirlo con mis manos sucias. ¡Coma, coma!

Y el tipo empezó a sudar, casi sollozando contestó:

—No, no, no...

Entonces, a un perro que pasaba Camilo le echó la carne, el perro comió y cayó. Dijo Camilo:

—Ustedes lo único que merecen es que yo los ametralle a todos sentados ahí en la mesa, pero eso no se debe hacer. Pinares, manda buscar

un par de guaguas. Y a ellos, todos para La Cabaña.[15] Después se investigará, pero ahora ¡todos para allá!

Segunda parte
El poder revolucionario

8
El 5 de enero, Camilo entra desarmado al Palacio de Gobierno

La tarde del 5 de enero de 1959, cuando Batista había huido de la isla cinco días antes, Camilo me mandó a un lugar llamado San Ambrosio, por el lado este de La Habana, al lado de los muelles. Allí es donde se encontraba la jefatura central de todo lo que era la logística del ejército de Batista en general. Su orden era guardar todas las armas en un lugar seguro, y todo aquel que no pareciera confiable, meterlo en un calabozo. Cumplí con lo pedido, y el día 5 por la noche, cuando Camilo me mandó buscar, estaba todo listo, bien organizado.

A las dos de la mañana, Camilo llamó a Pinares para hacerle saber que, mediante una tregua que se había pedido, iba a entrar al Palacio de Gobierno para parlamentar. Y le ordenó:

—Si a las dos y media no he salido, tú abres fuego sobre el Palacio sin vacilar ni un segundo.

—Comandante, ya sabe usted que no vacilaré.

—Recuerda bien que yo debo salir por la puerta principal. Si me asomo a uno de los balcones y te hago señas, no me creas, será que algo sucede. Así que a las dos y media en punto.

Nos pusimos alertas y Camilo entró desarmado en el palacio; nosotros quedamos muy expectantes y preocupados. Diez minutos antes de las dos y media, Camilo apareció en un balcón del palacio haciendo como una cruz con los brazos.

—Pinareño, no hay problema, ¡ya está todo resuelto!

—No, muchachón, recuerda lo que se planteó, tú bajas por allí al frente. Y te quedan diez minutos no más.

Faltando sólo cinco minutos para cumplir el tiempo, salió Camilo por la puerta principal, con una sonrisa, y dijo:

—Ya no hay problema. Pinares, pasa adentro con unos cuantos muchachos y recoge todas las armas que hay.

Se recogieron todas las armas y cada cual se fue para sus lugares, yo para San Ambrosio como se me había designado, con el primer teniente

Carlos Mir que posteriormente ascendió a comandante. Allí empezaron a suceder una serie de cosas no habituales para mí; la primera fue que Camilo me había ascendido a capitán, a los dieciocho años. Y es que yo tenía mucho respeto por las personas mayores y me daba vergüenza que compañeros, ya de treinta y tantos años, que igual hubieran podido ser mi padre, me hicieran el saludo debido a mi nuevo rango y me pidieran permiso para esto y lo otro. Por eso solía quitarme mis grados y echármelos al bolsillo, para no verme en esa situación. Y las órdenes las pedía de favor: «Oye, por favor, ¿tú me puedes hacer esto?». Además, yo practicaba mucho el usted.

San Ambrosio, como dije antes, era la dirección logística de las Fuerzas Armadas en general. Yo nivel no tenía ninguno, todavía era analfabeto, pero Camilo lo que más bien buscaba en aquellos momentos eran hombres de un grado de confiabilidad total; a éstos los mandaba al frente de las dependencias principales para asegurar la seguridad, no a reiniciar el trabajo verdaderamente, porque no había condiciones todavía, pero bueno, aquello ya empezaba a funcionar un poco.

El lugar en donde yo estaba tenía un taller de talabartería en el que se fabricaban todos los equipos para la Guardia Montada, allí trabajaban más de cuatrocientos obreros, y estaban todos los talleres centrales de las confecciones militares y también trabajaban unas ochocientas mujeres. Se dio la orden de que se siguiera trabajando. Comencé, pues, a dirigir aquello. Estaba también todo lo que es avituallamiento, víveres y demás, y también el material de guerra. A veces, todo aquello parecía una locura; lo mismo llegaban un camión o dos, cargados de armas, y yo no sabía dónde mandarlos poner, qué tipo de conservación o de almacenamiento darles.

Y otro problema que tenía yo personalmente era el no saber escribir todavía. En febrero, Camilo ordenó hacer un pago al Ejército Rebelde, porque nadie cobraba nada y, entonces, los que tenían el vicio de fumar no podían hacerlo. De forma que la reacción intentaba sobornar a los rebeldes, les pagaba la comida en cualquier lugar, les compraba ron y cigarros, se iba más o menos sociabilizando con ellos y así recibía bastante información. Muchos rebeldes, por falta de experiencia, bajo el efecto del trago, y en cualquier lugar, eran capaces de hablar sobre cualquier cosa, fuera secreta o no. Así que se ordenó pagar un salario momentáneo: setenta y cinco pesos de soldado a teniente, y de primer teniente a comandante, ciento veinticinco

pesos. Aquello no era mucho, la verdad, pero podía bastar para sufragar los gastos de primera necesidad y pasar el mes.

Y en eso me sucedió algo inusual. Se me apareció el comandante Eddy Suñol, que en aquel momento era jefe del ejército de Holguín, casi en la otra punta de la isla, buscando el capitán Alarcón. Y a mí no se me conocía por Alarcón, sino por «el guajiro de La Plata» o La- lito. Cuando me vio Suñol, me preguntó:

—¿Dónde está el capitán Alarcón?

—Soy yo, comandante.

—Ah, no comas mierda, ¡vete por allí!

Y siguió buscando al capitán Alarcón. Ya se estaba hartando cuando le vino un sargento que, aunque había sido de la tiranía, estaba con nosotros por no haber tenido problema ninguno, y le salió al paso:

—No, mire, comandante, el capitán es éste.

Suñol asombrado me preguntó de nuevo:

—¿De verdad que tú eres el capitán Alarcón?

—Soy yo.

—Bueno, dime, chico, ¿cuál es el problema, que el ejército mío hace tres meses que no cobra?

—¡Y yo qué sé! Yo no sé nada de eso. —A ese sargento le mandé—: Vete a ver a Marbea y pregúntale qué es lo que pasa con el pago este...

Luis Marbea fue un sargento de la tiranía, pero gozaba de buena reputación; había demostrado ser un hombre bueno, sin ningún tipo de problema; además era una persona inteligente, por ese motivo se quedó en el cuartel a trabajar con nosotros, a enseñamos y a ayudarnos. Como él conocía perfectamente la organización del cuartel, yo lo cogí de ayudante mío. En la actualidad ya es un periodista jubilado, él entonces ya me triplicaba en edad. Le tenía confianza porque era muy bueno y me ayudó mucho.

Llegó Marbea y me comentó:

—Mire, capitán, debe ser que usted no firmó las nóminas de pago del ejército de Holguín.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Que si usted no firma las nóminas, Operaciones Mecánicas no hace el cheque.

Operaciones Mecánicas era el servicio donde se confeccionaban los cheques de pago, donde había el personal técnico encargado de hacer

funcionar las máquinas. Me desayuné con eso. Sí, se daba el caso que me dieron papeles para firmar, pero yo no sabía para qué. Marbea fue y volvió, y me dijo:

—Sí, efectivamente, mire, usted no ha firmado los papeles.

Entonces le dije a Suñol, eran como las diez de la mañana:

—Bueno, mire, comandante, venga a buscarlos por la tarde.

Eran sólo cuatro nóminas que tenía que firmar, que abarcaban el pago total; los cheques estaban hechos, pero no despachados. Pero a mí me hacía falta mucho tiempo para firmar, porque Carlos Mir, que estaba conmigo, recién me había enseñado a poner mi nombre. Me lo había escrito en un cartoncito: Dariel Alarcón Ramírez. Entonces, cada vez me encerraba en un cubículo, escondiéndome para que nadie me viera, y calcaba mi nombre; para firmar tres o cuatro nóminas de aquéllas me echaba cualquier tiempo.

En efecto Suñol regresó por la tarde, vio a Marbea y fueron a buscar los cheques. Sólo que a Suñol le entregaron dos sacos grandes, sacos blanquitos que decían: Banco Nacional de Cuba. Me di cuenta y le pedí explicaciones a Marbea:

—Ven acá, ¿qué lleva Suñol en esos sacos?

—Es el dinero para el ejército de él, allá en Holguín.

—¿Y por qué le dieron todos esos cheques a Suñol?

—¡Pues los papeles que usted firmó!

Me atormenté, de repente me acordé de aquel muchacho que habían fusilado por robar tres tabacos y una lata de leche condensada. Me dije, «¡Ave María!», y arranqué para Columbia a hablarlo con Camilo, como el ángel salvador. Cuando llegué al Estado Mayor General, él no estaba pero me encontré con su hermano Osmany Cienfuegos y con Sergio del Valle. A Osmany le conté lo que me había pasado, la cochinada que a mi parecer me había hecho Suñol, aunque en realidad no había culpa ni por parte de Suñol ni de Marbea. Osmany, al instante se dio cuenta de la barbaridad que yo había cometido, tomó el asunto muy en serio e incluso empezó a llamar a todos los demás combatientes, amigos míos, y a contarles. Yo imaginaba que recibiría un pequeño aliento de Osmany al contarle todo, pero resulta que me puse peor aún.

Subí para el despacho de Camilo y me senté a fumar y a esperarlo, hasta la hora que fuese. Pero cuando llegó Camilo lo interceptaron y le hicieron el cuento diciéndole:

—Allí está tu guajiro, allá arriba, vuelto loco y con todo el miedo por lo que hizo.

Camilo, cuando me veía, su saludo característico era echarme el brazo, jalarme por el pelo, que yo lo tenía largo; siempre era muy afable conmigo, me contaba chistes, me hacía bromas. Pero aquel día, cuando abrió la puerta del despacho, sólo miró hacia donde yo estaba y me dijo muy serio:

—¿Qué tal, guajiro?

Ese saludo acabó por deslumbrarme por completo, ya me sentía fusilado sentado en aquel sofá. El se instaló en su butaca y se agarró la barba, mirándome serio, pero seño, para dárselas o para tratar de no reír, no supe cuál de las dos.

—A ver, ¿cuál es el problema?

—No, mira, que allá en San Ambrosio llegó el hijo de puta ese de Suñol y me hizo firmar unos papeles, y de allí se ha llevado dos sacos de cheques así de tamaño.

—¿Y qué?

—Pues yo he venido aquí porque tú tienes la culpa, que yo cuando llegamos aquí te dije que lo único que quería era una escopeta y una pistola para irme para arriba, para mi finca, y tú me dijiste que me tenía que quedar, que yo era capitán.

—¿Y qué?

—Digo que tú eres el culpable de esto.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Bueno, que me des permiso para ir allá a la sierra y vender mi íinquita para pagar los cheques esos.

—Mira, guajiro, tu finquita y diez finquitas como la tuya no darían para la mitad de esos cheques, así que estás embarcado.

Se me salieron las lágrimas. Y Camilo, ya no pudiendo aguantar, por fin soltó la risa que había ocultado. Se me acercó y dijo:

—Escúchame, pedazo de animal. Mira que alguien tiene que firmar esas cosas. Yo iba a poner otra gente allí, pero no pude hacerlo y tuve que mandarte a ti. Fíjate que también, por esos papeles que tú dices, todos cobramos, incluso Fidel, Raúl, el Che. Tú eres el que autoriza el pago de nuestras Fuerzas Armadas y, si tú no firmas, nadie cobra.

—Bueno, pues yo no quiero seguir allí, que me pongan en otro sitio.

En eso apareció el Che, que oyendo aquella situación, me dijo:

—¡Vente conmigo!

—¡Pues vale!

Pero entonces Camilo insistió:

—No, no, no..., no. Che, déjamelo, que lo voy a poner de jefe de la Policía Militar en La Habana.

Y de hecho lo hizo, a principios de mayo de 1959. Allí me sentí más cómodo, era una cosa bastante sencilla para mí: patrullar, ordenar las patrullas y distribuirlas entre zonas, o tratar de mantener el orden. Incluso con detenciones, claro está. Eso era lo que hacíamos, con los cuatrocientos hombres que tenía a mi mando. En su mayoría eran del Ejército Rebelde, pero casi todos con un tiempo de incorporación pequeño, de algunos meses tan sólo. De oficiales más viejos, más veteranos, tenía seis nada más.

Asimismo, tenía que dar cobertura a Norma Porras y a Silvio Castillo, dos miembros de la clandestinidad dedicados a descubrir todos los posibles lugares donde se hubieran escondido esbirros de Batista; ellos iban, los localizaban, me avisaban y, entonces, yo con la Policía Militar iba y hacía los allanamientos; después los llevábamos en una guagua nuestra, un autobús militar, y los mandábamos directamente a los calabozos de La Cabaña, allí cesaba entonces nuestra responsabilidad. También dimos cobertura a otras provincias en algunas oportunidades.

* * *

Fue estando en San Ambrosio que conocí de verdad a mi madre. Los domingos todo el mundo salía del cuartel a visitar a la familia, a algún pariente, menos yo que no tenía a nadie y me quedaba solo en el cuartel.

Había un sargento de la tiranía que se había unido a nosotros; un día me preguntó por qué no salía los domingos. Como me inspiró confianza, le cuento la historia de mi infancia; él me dice que ese problema puede resolverse. Un día viene y me dice que sabe la vía para encontrar a mi madre; pagando treinta pesos poniendo un aviso en los periódicos. El anuncio decía: «Un hijo busca a su madre», eso fue a finales de enero de 1959, y en el mes de marzo aparece mi madre. Yo me encontraba en mi oficina, vino un soldadito a avisarme que una señora me buscaba. Vi a la señora sentarse en la sala de espera; pensé que vendría a hacer un reclamo porque algún rebelde habría faltado al respeto a una hija suya; eso sucedía con frecuencia al triunfo de la Revolución. Cuando la hago pasar, la noto muy nerviosa, y ella me dice:

—Usted puede hacer el favor de pararse.

Yo lo hago, me mira y me dice:

—Eres el puro retrato de tu padre, soy tu madre.

Sentí una mezcla de alegría, de miedo, de dolor. La miraba, no lograba creerlo, quería reír, llorar, pero no me salía nada. Me doy cuenta que por esa falta de reacción mía debía parecerle que la trataba con frialdad, y eso la cohibía, o tal vez se sentía avergonzada, tal vez por no poder explicar la razón de aquella separación, el hecho de no haberme dado el calor de madre. Atino a decirle:

—Vamos al frente a tomar un refresco.

Ella pidió un café y se puso a fumar; yo fumaba Regalías, ella, La Corona. Le pregunté por qué fumaba La Corona en vez de Regalías, me contestó que porque eran muy caros. Cuando le quise dar una cajetilla de Regalías, me dijo que en realidad prefería La Corona porque eran más fuertes.

La llevé a un hotel en La Habana Vieja, el Hotel New York, la puse en una buena habitación, iba todos los días a comer con ella y me pasaba el día pensando en ella: yo dudaba de que fuera realmente mi madre. Es a los cinco días, después de hablar mucho con ella, que comienzo a sentir una cierta seguridad. Entonces es cuando busco al sargento Luis Marbea, el que me dio la idea y ayudó con el anuncio en los periódicos, y le digo que le quiero presentar a mi madre. El se comportó muy caballero con ella y nos invitó a comer a su casa.

Le compré toda clase de regalos: vestidos, cosméticos, zapatos, tratando de encontrar la forma de compenetrarme con ella. Tenía que hacer esfuerzos muy grandes para querer a mi madre. Me pasaba noches de desvelo pensando en lo que iba a decirle al día siguiente; me asaltaba de nuevo la duda, utilizaba medidas de comprobación, la invitaba a hablarme de la familia, porque seguía dudando. Un día le pedí que fuéramos a Oriente, que quería conocer a mi familia. Lo hicimos, allí conocí a mis tíos; ella en cambio vivía en Manzanillo. Le pedí una foto de mi padre, pero ella no tenía. Fue el mismo sargento que me ayudó a encontrar a mi madre quien me dijo que, si mi padre era militar, que buscara su expediente en los archivos y seguro que allí encontraría una foto: en efecto, en los archivos había dos fotos; fue así que pude verle la cara a mi padre.

En aquella época yo tenía dos novias y una amante: un día la llevé a Alta Habana a presentarle a una de mis novias, que hoy es periodista; honradamente, a la amante no la quería, pero ésa fue la que mi madre

prefirió, porque ésta la trató muy bien. La otra novia era Magaly Esther, que vivía en Yaguajay, en la costa norte de Las Villas, lugar en donde la columna de Camilo dio su último combate, en diciembre de 1958, que fue cuando la conocí, y le prometí que volvería para casarme con ella. Esa era la novia que yo quería de verdad, y se la quise presentar a mi madre, pero ella dijo: «No, a ver a guajiras no voy».

Cuando voy a visitarla después del triunfo, ya vestido de oficial, ella se me esconde porque no tiene zapatos. Me lo dice una vecina, Magaly Galván, y es ella quien me asesora sobre la talla y número de calzado de Magaly. Le compro ropa y zapatos, regreso a Yaguajay y hago una fiesta. Decidimos casarnos el 6 de septiembre, día de mi f cumpleaños. Pero llegado el momento, el notario me pide mis documentos; como era menor de edad, no tenía veintiún años, tenía que llevar una autorización de mis padres y también la partida de nacimiento; yo no sabía ni lo que era eso. Busco a mi madre para que me dé la autorización y haga los trámites para lo del certificado de nacimiento. Cuando se entera de que me voy a casar con Magaly, la guajira, se niega del todo a hacer las gestiones y dice que es una guajira muerta de hambre y piojosa. Ella prefería mi novia de La Habana que era burguesa y rica, pero yo me sentía muy mal en ese medio; comer con servilleta, con varios cubiertos a la vez, sentía que me ahogaba en aquel ambiente. La reacción de mi madre me puso muy mal.

Fui a ver al juez, que, al ver que a pesar de mi edad yo era capitán del Ejército Rebelde, trató de ayudarme, me aconsejó entonces, ya que mi madre se negaba a hacer el trámite para inscribirme en el registro, le pidiera a mis tíos de hacerlo. Fueron pues dos tíos matemos quienes me inscribieron; por eso no pudieron hacerlo bajo el apellido de mi padre: yo debería llamarme Dariel Roselló Alarcón, y no Dariel Alarcón Ramírez; cosa que siempre me ha dolido mucho, porque siempre me han hablado muy bien de mi padre, y fue él quien ayudó a don Vidal cuando llegó a Cuba.

9
Nosotros teníamos un lema: fidelismo sí, comunismo no

A Manuel Urrutia[16] lo habían nombrado presidente constitucional —en realidad no había nada de constitucional en eso— y a Fidel, primer ministro; pero, ya desde febrero de 1959, comienzan a surgir problemas de poder entre él y Fidel, sobre todo por la influencia del comunismo que Urrutia veía imponerse cada día más. Urrutia planteó varias veces renunciar y Fidel no aceptó. Luego, cuando ya le convenía, fue que Fidel, en julio de 1959, provocó unas crisis, planteando que iba a renunciar a su cargo. Cuando se conoció que Fidel iba a renunciar, él, que era nuestro máximo dirigente, nuestro ídolo, creó una gran confusión en el pueblo; entonces, todos lo que formaban la mesa directiva del M-26 (Juan Almeida, Camilo Cienfuegos, no recuerdo si el Che, pero creo que también) llamaron a una huelga general en todo el país, el 17 de julio. A las diez en punto de la mañana todo el mundo, automóviles, autobuses, trenes, fábricas, todo el mundo debía parar media hora exigiendo a Fidel que retomara su cargo. Fue una cosa muy emotiva, muy patriótica y todo el mundo la hizo al unísono a las diez de la mañana. A mí me cogió esa media hora frente a los veinticinco pisos del hotel Habana Hilton, el que hoy día se llama Habana Libre, cerca de la escalinata de la universidad. Allí me quedé media hora parado, gritando «¡Viva Fidel!». Y a las diez y media se dio por la radio la noticia de que Fidel había retomado el poder. Fue un motivo de fiesta durante el resto del día; la gente tomaba ron, bailaba, corría por las calles. Yo, bueno, regresé a San Ambrosio, porque en el recinto de San Ambrosio también estaba acantonada la Policía Militar.

En aquellos momentos al frente de la dirección de San Ambrosio había aparecido José Quevedo, un comandante del ejército de Batista, que habíamos hecho prisionero en la Sierra Maestra, cuando la gran ofensiva, y se había hecho fidelista. De hecho él se sumó al proceso revolucionario y Fidel le dio el grado de comandante del Ejército Revolucionario. A Quevedo no lo repudiábamos porque respetábamos su valor y su actitud: no había masacrado a ningún campesino ni abusado de nadie, había sido

valiente en el combate, y a Quevedo lo encargaron de organizar aquel servicio.

Aquí es cuando comienzan a cambiar las cosas para mí. Fui destituido de la Policía Militar, sin haber hecho nada, y mi cargo se lo otorgaron a un tal capitán Mario Toranzo Ricardo. Ni siquiera me explicaron por qué. Al principio sentí como un alivio, porque, al dejar de ser jefe de aquello, se me dejaba más libertad de vivir a mi antojo.

Empezaba, pues, el tiempo del «sectarismo», o sea, el sistema político que trató de implantar Aníbal Escalante, uno de los primeros dirigentes del Partido Socialista Popular. En su grupo había gente como Carlos Rafael Rodríguez, que ha ocupado, hasta hoy, altos cargos en el gobierno; Osvaldo Dorticós Torrado, que luego fue presidente de la República; José Machado Ventura; Blas Roca Calderío o Lázaro Peña, el Negrito, que era secretario general de la Central de Trabajadores de Cuba. En aquel momento se iban organizando las Casas del Movimiento 26 de julio, entonces también ellos empezaron a formar Casas del PSP, porque era la época en que todavía no había una fuerza política única, y los del PSP lograron conseguir mando dentro de la dirección política del país, y lograron imponer la política que el pueblo llamó: el «sectarismo»; los del PSP buscaban ocupar puestos de mando, con una política muy represiva; prohibir películas, fiestas religiosas, imponer la censura, y quitarle el lugar a la gente del M-26 y del Directorio Revolucionario que habían hecho la revolución.

En noviembre de 1960 me plantearon que debía incorporarme a un batallón de trabajo, mandado por el comandante Belarmino Castilla, el Batallón 9, cuyas fuerzas principales iban a estar acantonadas en la provincia de Pinar del Río. Así es como, al mando de una compañía, fui a trabajar para establecer las primeras cooperativas que se comenzaron a hacer: empecé a construir las de Angosta y de San Ignacio, así como un cebadero de ganado vacuno llamado El Corojal. Como a los cuatro meses, nos sacaron de Pinar del Río a todo el batallón y nos mandaron directamente para El Caney de Las Mercedes, donde está hoy la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, en el oriente del país, ya en las estribaciones de la Sierra Maestra.

Al llegar al Caney de Las Mercedes nos encontramos con unas condiciones pésimas. Primero, porque el jefe de aquel contingente era el comandante Armando Acosta Cordero, el tipo más déspota dentro del Ejército Rebelde, el menos querido, que también era del PSP. Acosta se

había alzado junto al Che cuando éste llegó al Escambray, y sabíamos que era un cobarde, que había huido en los combates, sorteando al enemigo. Por eso, y por su carácter déspota, no teníamos ninguna gana de aceptarlo, pero tampoco había otro remedio. Para más ironía del destino, Acosta llevó al lugar a dos esbirros, a Genovevo, conocido por el Negrito, y a Villasmil, a quien Acosta puso de jefe de personal para todo aquel contingente. Villasmil, personalmente, no era déspota, pero, de todas formas, el que nos pusieran como jefe, a nosotros que éramos rebeldes históricos, a un miembro del ejército de la tiranía, eso no podíamos entenderlo, era algo muy desagradable. Claro que protestamos, pero la protesta nuestra no se hacía eco porque el sectarismo que se sembró allí fue implacable; nos daba un miedo terrible.

Entonces, aquel negro tosco llegó y nos mandó formar en fila. Me dijo:

—Fórmeme para aquí a los soldados, para acá a los suboficiales, para allá a los oficiales.

Bueno, yo los formé, ¿no? Pero después se acercó y dijo:

—Todos los que tengan pistola, que la depositen allí en esas cajas y le pongan una tarjetica con su nombre. Aquí no se puede andar armado.

Y eso que nosotros considerábamos que, bueno, lo principal era andar armado. Acto seguido, de forma burlona, nos preguntó:

—¿Quiénes saben manejar vehículos?

Levantamos la mano unos cuantos. Entonces él dijo a todos los demás:

—Ustedes me esperan aquí.

Y a nosotros, los que habíamos levantado la mano, nos llevó debajo de unas matas, y allí lo que había eran ciento y pico de vagones, como carretillas de cargar material. Nos dijo:

—Bueno, allí tienen los vehículos. Cada uno de ustedes coja una carretilla de esas, un pico y una pala.

Casi todos éramos fundamentalmente campesinos y no teníamos miedo al trabajo, lo sabíamos hacer, pero aquella forma de tratamos nos pareció más bien fuera de lugar. El Negrito nos explicó entonces cuáles eran las normas establecidas; se nos darían seis días de pase cada dos meses, pero para eso tendríamos que comenzar con la formación a las seis de la mañana. Al que llegara tarde, cuando se pasara lista, se le pondría un reporte y perdería dos días de pase; al ausente a la formación, tres días. Al ausente del trabajo, los seis días enteros. Tiempo después, cuando llegué a ver películas sobre los campos de trabajo de los nazis, me pareció que

bastante parecido era lo que nosotros habíamos vivido allí. También se nos delimitaron áreas; teníamos derecho a llegar hasta el río de Yara o el de Las Mercedes, donde estaba el campamento de las Marianas Grajales, y, por la parte del este, hasta el Central Estrada Palma, de industria azucarera. Pero de este marco no podíamos salir.

Allí habían congregado gran parte del Ejército Rebelde. Esto coincide con la época en la que el PSP comienza a pedir la parte de poder que, según ellos, les correspondía. Pero el objetivo era sacarnos de la circulación, separamos y, al mismo tiempo, ocupar nuestros puestos; se amparaban en el argumento de que éramos analfabetos. Fidel los dejaba maniobrar porque le convenía; permitió que nos alejaran de las grandes unidades militares y nos encerraran y nos quitaran las armas, pero lo hizo porque comenzó a notar la inconformidad que comenzaba a haber dentro del Ejército Rebelde; porque nosotros teníamos un lema: fidelismo sí, comunismo no.

Comenzamos a trabajar, pues, pero hubo situaciones muy difíciles; por ejemplo, en los primeros tiempos tuvimos que dormir bajo los árboles, en hamacas. Entonces se hizo un comedor, de mala construcción además, y a unos cinco o seis metros solamente del comedor y de la cocina se sacrificaban cada día cuatro vacas, de forma que aquello resultaba un mosquero increíble, no había manera de que en un plato de comida no encontráramos ocho o diez moscas. Después, como a unos doscientos metros de donde se cocinaba, tuvimos que edificar una especie de barraca de madera, forrada con tela metálica, eso por las moscas y los mosquitos; allí dentro no teníamos ni luz, ni agua potable, ni nada. Mientras tanto, construíamos la casa de vivienda para el comandante Armando Acosta Cordero, y para una de sus amantes que se trajo con él. Por cierto, que era una casa muy diferente al barracón nuestro, pues hasta se le puso una planta eléctrica, aire acondicionado y demás; también llegó un buen cocinero que vestía totalmente de blanco. Claro que el propósito inicial no era aquél, sino levantar la primera ciudad escolar del país, que llevaría por nombre Camilo Cienfuegos.

Sobre la muerte de Camilo voy a comentar ahora mismo, porque muchas de estas cosas comenzaron a suceder después de su desaparición. Teóricamente, Camilo quedaba como un gran héroe de la Revolución y bien se merecía que le dieran su nombre a aquella ciudad escolar, y en esto, por supuesto, no discrepo yo.

10

Fidel aprovechó la desaparición de Camilo para echarle la culpa a Hubert Matos y quitarle así toda posibilidad de apoyo en el pueblo

La muerte de Camilo Cienfuegos queda para muchos de nosotros una cosa misteriosa. Seguro que este misterio cualquier día podrá esclarecerse, no se sabe cuándo, pero por ahora sigue siendo un misterio. Camilo murió el 28 de octubre de 1959, y todavía cada año nuestro pueblo, ya sea en mares, ríos, lagunas o presas, deposita sus flores con mucho amor, con mucho respeto. Siempre fue Camilo un ser predilecto de todo el pueblo de Cuba.

Por haber estado en la columna de Camilo en aquellos días, puedo contar cómo vimos que ocurrieron las cosas. Salíamos de Yaguajay, en la provincia de Las Villas, para ir hacia Matanzas. Camilo, que siempre se ocupaba mucho de sus hombres, nos reunió a todos y nos preguntó cuáles de nosotros habíamos hecho noviecita en Yaguajay. Eramos catorce, incluyéndole a él y a mí también. Entonces él dijo que cuidado con hacerle una mala jugada a una de esas mujeres de Yaguajay, que eso sería como hacerle una mierda a él mismo. Por lo tanto, nos pidió que nos casáramos con las novias que habíamos escogido. La mía, que era la segunda mujer en mi vida, fue mi esposa durante catorce años. Planifiqué casarme el día 6 de septiembre de 1959, víspera de mi cumpleaños, pero me encontré con el problema de ser considerado menor de edad y de no estar inscrito en el registro civil, tal como he contado. Hice lo necesario y determiné casarme el 23 de octubre. El día 22 se hicieron todos los preparativos, compramos una gran cantidad de comida y bebidas, pues yo había invitado a todos los invasores. Había dinero, pues Camilo había responsabilizado a Sergio del Valle para que, cuando se fuera a casar un miembro de la columna, cada combatiente, a costa de lo que fuera, entregara cien pesos para la fiesta de la boda. El mismo lo que hacía era pagar al matrimonio los gastos de quince días en el hotel, en nombre de las Fuerzas Armadas, y personalmente

también nos hacía un presente, como el juego de cuchillos y tenedores de plata, que lo guardo en mi casa sin haberlo usado todavía nunca.

Camilo apareció el día 22 con todos los invasores en dos omnibuses y, bueno, el resultado fue que, cuando amaneció el día 23, ya la bebida casi había expirado y hubo que comprar más. Además, las gentes del pueblo, al saber que Camilo estaba allí, concurrieron a la cita enseguida, y todo el dinero que me habían recogido tuve que gastarlo en bebidas. Me acuerdo que una botella de coñac valía 1,90 pesos, y no había restricciones. Nos casamos a las cuatro de la tarde y, precisamente en aquel momento, mandaron buscar a Camilo con toda urgencia de La Habana sin precisar el motivo. El salió para La Habana diciéndome que siguiéramos de fiesta. Todavía quedaban muchas bebidas de las que había comprado por la mañana y así lo hicimos. El día 25 por la noche, mi señora y yo fuimos a Varadero a pasar la luna de miel. Y fue en Varadero donde me enteré del problema de Hubert Matos; se decía que había fomentado una rebelión con el ejército de Camagüey, en contra de Fidel.

* * *

Es necesario aclarar ciertas cosas sobre este combatiente.

Hubert Matos, por sus condiciones tanto a nivel cultural como político, fue escogido, en 1957, por el M-26 para ir a Costa Rica al frente de un grupo de revolucionarios, a conseguir armas para ayudar el movimiento en Cuba; según oí en la Sierra, hizo ese trabajo a la perfección. A principios de 1958, Hubert Matos regresó con su grupo por la zona de Cayo Espino, en la costa sur de Oriente, con un avión cargado de armas y una serie de avituallamiento más; ropa, zapatos, mochilas y demás cosas necesarias para la lucha. Entre ese grupo de hombres iban Díaz Lanz, el piloto, también miembro del movimiento, y Conrado Bécquer, entre otros: los dos se asilaron en los Estados Unidos, poco antes del caso Matos, porque vieron venir la situación. Al ver llegar todo ese armamento, Fidel se puso muy contento, felicitó a Hubert Matos por el coraje de aterrizar en aquel lugar en las márgenes de la Sierra Maestra, donde no existía un campo de aterrizaje, y eso que no era una avioneta sino un DC 4. Una columna se formó con aquel armamento, y a Hubert Matos se le nombró comandante de la misma.

No habían transcurrido unos días cuando ya Hubert Matos estaba atacando al central azucarero Estrada Palma, donde se encontraba encantonada una fuerza bastante importante del ejército de Batista, y logró

ganar la batalla; demostró fuerza, decisión y valor en ese combate. Hubert Matos siguió participando en distintos combates, hasta llegar la gran ofensiva del ejército de Batista contra el Ejército Rebelde. A él lo enviaron entonces a una zona conocida por Santo Domingo, en las inmediaciones de la Sierra Maestra. Allí Hubert Matos hubo de enfrentarse a uno de los coroneles batistianos con más capacidad de combate y decisión: el coronel Sánchez Mosquera, del que ya he hablado. Hubert Matos cercó allí a ese coronel, que inclusive resultó herido. Era la primera vez que, en la Sierra Maestra, al coronel Sánchez Mosquera se le hacía huir con toda su tropa. Ni el mismo Che Guevara había logrado echarlo del territorio donde él operaba. Desde entonces Hubert Matos participó en varios combates bastante sangrientos, bastante fuertes, no de horas sino de varios días, y, al frente de la columna Antonio Guiteras, tomó Santiago de Cuba; y el 1 de enero, junto a Raúl Castro, toma el cuartel Moncada.

Al triunfo de la Revolución, se le dio la orden de quedarse en la provincia de Camagüey, una ciudad bastante grande de la parte oriental, y se le puso al frente de la dirección del Ejército Rebelde de Camagüey. Allí es cuando comienzan a suceder cosas extrañas.

Según la información que se le proporcionó al pueblo de Cuba, Hubert Matos habría traicionado la causa de la Revolución, pero nunca se dijo de qué manera. Un buen día, en La Habana, en el Teatro del Estado Mayor General, Ciudad Libertad, anteriormente Columbia, se juzgó a Hubert Matos por traición. Pasó veinte años en la cárcel sin pedir perdón y sin doblegarse a la voluntad de Fidel; salió de la cárcel al cumplir su condena, y hoy vive en el exilio. Algunos cubanos empezaron a decir que Hubert Matos había sido un cobarde. Ya lo dije antes, siempre estuve convencido de su valor y cualidades, aunque no tuve la suerte de combatir en su columna; siempre lo he admirado y respetado porque ha sido un hombre firme en su conducta; fue y sigue siendo un hombre valiente, porque así lo demostró. Los que mantienen en Cuba que Hubert Matos fue un cobarde deberían darse cuenta que entonces están juzgando también a Fidel, porque él fue quien lo nombró comandante y lo puso al mando de una fuerza muy importante.

Hoy se sabe que Hubert Matos nunca se alzó, sino que, cansado de pedirle una entrevista a Fidel para expresarle su desacuerdo con la orientación comunista que le estaba dando a la Revolución y el mucho poder que le estaba dando al PSP, le envió una carta renunciando a su cargo.

Viendo el peligro que aquello representaba, por la mucha popularidad de Hubert Matos, Fidel lo mandó apresar y escogió a Camilo, que tampoco estaba de acuerdo con el comunismo, para realizar esa tarea. Fidel aprovechó la desaparición de Camilo para echarle la culpa a Hubert Matos, despertando así la ira del pueblo en su contra, y quitándole toda posibilidad de apoyo. Fue al regreso de ir a apresar a Hubert Matos que desapareció el avión de Camilo.

* * *

Volviendo a Camilo. Aquel día yo quedé a la escucha de lo que iba sucediendo. El 27 por la mañana dieron la voz por la radio de que Camilo había desaparecido. Dejé a mi señora en el hotel, me fui a la parte central de Cuba, me agencié un batallón y empezamos a rastrillar la isla, de norte a sur y de este a oeste; en eso me pasé veinte días, no sólo yo, sino casi todo el ejército, y por distintas zonas. Bueno, buscamos a Camilo en todo Cuba como aguja en un pajar, hasta en lugares en que se sabía que en realidad no podía haber caído, como en la parte oriental.

Hay una serie de cosas incoherentes en este asunto. Camilo se había dirigido a Camagüey con sus escoltas, el hoy coronel Manuel Espinoza y otro compañero conocido por Tétiro, pero que casualmente llevaba el mismo nombre y apellido que el Che: Ernesto Guevara. Cuando ya se encontraban en Camagüey, se hizo el apresamiento de Hubert Matos y todo su Estado Mayor, se los condujo hacia el cuartel de Columbia. Y entonces, no se sabe por qué motivo, la escolta de Camilo se quedó en tierra y él salió, solo con su piloto en una avioneta de cuatro plazas, un Cessna, a rendir parte a La Habana de lo sucedido en Camagüey. Tampoco los dos escoltas supieron por qué los dejaban en tierra, eso dicen ellos mismos; que aquello no fue una orden de Camilo.

Hace poco, conversando con Manuel Espinoza que es gran amigo mío, él se atrevió a decirme que estaba plenamente seguro de que la desaparición de Camilo había sido planificada por Fidel y Raúl, porque Camilo ya sonaba más en Cuba que el propio Fidel: ésas fueron textualmente sus palabras. Aunque hasta ahora no lo manifesté, hace mucho tiempo que ésas son mis ideas y también las de muchos invasores de la columna de Camilo. Porque nos dimos cuenta que, a partir de la muerte de Camilo, se fueron tomando más y más represalias contra nosotros, en lugar del cumplimiento de la orden que Fidel había dado al principio, que, mientras existiera un

rebelde en La Habana, debería ser de los hombres de Camilo, por haber sido suyo el honor de haber tomado La Habana y Matanzas.

Terminada mi luna de miel, por aquella época se había decidido llevamos a escuelas de superación, para damos una preparación conforme a los deseos de Camilo, pero, al desaparecer Camilo, ocurrió todo lo contrario, empezaron a quitamos de nuestros puestos. No así, sin embargo, a Arnaldo Ochoa, pues él fue uno de los primeros que mandaron, junto a otros doscientos hombres, a la URSS, al primer curso de formación de oficiales que se dio en 1961. A Arnaldo, muchos años después, le tocó mucho peor, pero ocurrió bastante después, cuando la Causa 1 de la que hablaré más adelante. Fuera de él, todos los miembros de la columna de Camilo fuimos despojados de nuestros cargos, sin que nos explicaran por qué. Quizás algunos pudimos cometer errores, como William Gálvez, que fue sustituido, destituido y degradado unas cuantas veces, aunque bien se lo había ganado por su mal proceder y por varias cosas incorrectas que había cometido, eso es verdad. Pero a los demás nunca se nos dieron explicaciones.

A mí, por ejemplo, como ya he explicado, me dejaron algún tiempo de jefe de la Policía Militar en La Habana, pero a los pocos meses ya no tenía cargo. Al único que mantuvieron, además de Arnaldo Ochoa, fue a Sergio del Valle, hoy uno de los asesores de Raúl Castro, que a la desaparición de Camilo había quedado en representación de la Columna 2. Sergio del Valle se mantuvo siempre en ascenso, y fue muy merecedor de eso, porque siempre ha trabajado muy arduamente, con un amor muy grande, con una limpieza y una pureza totales, y llegó hasta ser miembro del Buró Político, ministro del Interior, ministro de Salud Pública. En estos momentos Sergio está un poco mal de salud y se queda en casa, pero sigue yendo una que otra vez a realizar trabajos varios. Algunos invasores hemos abordado con él ese tema de la desaparición de Camilo en varias oportunidades, le hemos manifestado nuestro criterio, pero él no nos ha dado una solución; ni una aprobación, ni tampoco lo contrario. Lo único que nos ha dicho, porque él es una persona muy noble, muy cuidadosa: «Muchachos, no comenten eso, no comenten eso».

Es lo que nos ha aconsejado. No sé si tal vez pienso de una manera maligna, pero esa respuesta de Sergio suena a una confirmación, aunque, por cierto, no quiero involucrarlo en lo más mínimo; le tengo un respeto

muy grande por la limpieza con la que siempre ha trabajado. Es el hombre más honesto que he conocido.

11
El sectarismo y la construcción de la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos: yo fui uno de los primeros en rebelarse

Volvamos al Caney de Las Mercedes y a la construcción de la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, fue allí en donde se expresó con mayor saña el sectarismo de la gente del PSP hacia los campesinos que veníamos de la Sierra Maestra, que éramos oficiales pero muchos éramos analfabetos.

En la casa recién construida, el comandante Acosta se aposentó con su querida, su cocinero, que les servía a la carta, con luz, aire acondicionado, televisión y demás. Nosotros, en cambio, ni teníamos agua potable; debíamos ir a buscarla al río, en unos recipientes que trasladábamos sobre un camión. Para bañamos también teníamos que bajar al río, mientras que a Acosta le construimos un baño con todas las condiciones, y eso que la mayoría de los que estábamos allí, por lo menos entre los oficiales, éramos compañeros que habíamos pasado prácticamente dos años combatiendo en la Sierra. Acosta apenas había estado tres o cuatro meses, pero, aunque bien sabíamos que era un cobarde, logró ser comandante y encima mandamos a nosotros. Todo aquello iba creando un disgusto masivo, pero no se podía protestar.

Entonces el horario de trabajo era de siete de la mañana a doce del día y de dos a cinco de la tarde. En ese transcurso de tiempo, el sargento Genovevo, el Negrito, que era el jefe de la fuerza de trabajo, andaba montado en un *jeep* dando vueltas, y a cualquiera de nosotros que encontrara parado, fumando un cigarro, o tomando agua o sentado para descansar un poco, le ponía un reporte y se lo entregaba al comandante Acosta. Esto nos disgustaba más aún. Muy grave era también considerado faltarles al respeto a Genovevo o a Villasmil, llamándolos esbirros o lo que fuera, o también decirle una palabrota al médico, que éste sí que era un hijo de puta y un criminal, tenía un cubículo con una serie de estantes llenos de medicinas y, al que llegara quejándose de algún dolor o algún malestar, el

médico metía la mano en cualquier pomo, sin mirar, y le soltaba un puñado de comprimidos.

Y todos los que habían sido reportados durante el día, ya por faltas graves, a la tarde un altoparlante ios llamaba por nombre y apellido para que se presentaran con todas sus pertenencias al sargento, quien ya tenía lista una carta tirada en mimeógrafo y que decía: «El señor, o el ex rebelde, Fulano, de tal causa es baja de las filas del ejército por no querer construir en la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, a los tantos días del año tal...». Y se le entregaba la carta que, además de la inscripción «Al darse de baja por alta inconveniencia al servicio», llevaba un cuño amarillo, transversal, que rezaba «Deshonroso». Claro que semejante carta de licenciamiento no servía para presentarse a ningún lado, eran credenciales muy feas.

Allí permanecí casi un año. Yo fui uno de los primeros que empezaron a rebelarse. Ocurrió que, en aquel momento, comenzó a publicarse un periódico interno, del Caney de las Mercedes, titulado *Hoy*, un periódico en papel de máquina, e hicieron obligatorio para todo el mundo suscribirse a aquel periódico, que era precisamente del PSP. Yo no sabía ni leer ni escribir, apenas malamente firmaba mi nombre. Cuando vinieron a afiliarme al periódico, les dije que no, que no sabía leer y que para qué lo quería si no había ni un mono para ver, solamente palabras escritas. A todos los que nos opusimos a inscribimos al periódico aquel se nos consideró contrarrevolucionarios. De entrada, Acosta armó un aparato de la Seguridad del Estado y, a cada uno de aquellos que no estábamos afiliados al periódico, nos puso un compañero que nos seguía paso a paso adondequiera que íbamos. También Acosta dictó una ley, que todos los que teníamos auto debíamos depositar la llave al sargento Villasmil. Yo clamé que mi auto no iba a entregárselo a nadie, puesto que me lo habían dado Camilo y Fidel, y que para podérmelo quitar tendrían que hacerlo Camilo o Fidel, y, como además Camilo había muerto, sólo Fidel podría hacerlo. Aquello, después de lo del periódico, fue suficiente para que yo tuviera un muy mal precedente con Acosta.

En eso, o sea, a principios de 1962, apareció por allá una delegación china, que no sé quién rayos la llevó a aquel sitio, pero apareció. Ya habíamos acabado los primeros bloques de la ciudad escolar, y de eso estábamos muy contentos porque en general todos los miembros del Ejército Rebelde, aparte de ser fidelistas, éramos camilistas al ciento por ciento y nos llenaba de regocijo y de orgullo el haber construido aquello

que llevaba el nombre de Camilo Cienfuegos. Era uno de los hombres más queridos de todo el Ejército Rebelde, y para nosotros tenía un significado muy importante, y al haberse dado ya su pérdida nos sentíamos comprometidos con él. Aquello era como una forma de decirle «¡Presente!». Pues apareció esa pequeña delegación china, y Acosta dio la orden de concentrar a todas las tropas rebeldes que estaban cu los alrededores, porque se iba a convocar un acto. Y primeramente bailó Alicia Alonso: la muy célebre bailarina de ballet. Nosotros, que éramos campesinos, lo único que conocíamos era la música mexicana o guajira, y de ballet clásico y de la gran bailarina Alicia Alonso no sabíamos nada. Cuando ella subió al escenario a bailar su ballet, nosotros no entendimos lo que hacía y ni aplaudimos, lo único que hicimos fue dedicarnos a mirar cuál de las chicas físicamente estaba mejor.

Después subió Armando Acosta con un discurso; más que un discurso una especie de conferencia, explicándoles a aquellos chinos cómo se había hecho la invasión por el Che Guevara desde el Jíbaro, desde Las Mercedes, hasta la parte central del país, en el Escambray y Las Villas. Eso, perfecto; pero él siguió contando también cómo Camilo Cienfuegos había hecho la invasión. Allí estaban compañeros que sí habían conocido a Camilo, que habían luchado junto a él y mucho mejor hubieran podido comentar aquellas hazañas. Pero que un cobarde, como era Acosta, se atreviera a hablar del hombre que nosotros considerábamos como el más valiente, eso me sacudió fuertemente. Para colmo, el tipo llegó a decir algunas cosas en su cronología que no eran ciertas, porque así no habían sucedido en la columna de Camilo. Entonces yo, con la sangre envenenada, me levanté y le dije a Acosta:

—Oye, eso es mentira, eso que tú estás diciendo es mentira; eres un pendejo de mierda.

Acto seguido les ordenó a los de la Policía Militar que tenía a sus lados:

—¡Cójanlo preso!

Corrí para mi auto, que lo tenía cerca, abrí el maletero, saqué una Baby Thomson que allí tenía y, sin ya preguntar, les tiré un rafagazo. Aquello fue terrible; los chinos aquellos tirándose por debajo de la tarima, y una gritería, bueno... Entonces me salieron muchos policías militares por detrás, como para cogerme, pero eran mis amigos y me dejaron escapar. Me monté en mi auto, pero otros tendieron un cable en la carretera para que no pasara.

Entonces bajé, cogí la Baby Thomson, le di un rafagazo al carro, al tanque de la gasolina, le pegué candela y me fui a pie. Más allá, como a un kilómetro, un compañero mío que tenía su auto guardado en casa de un campesino, me dijo: —Coge el auto y piérdete, porque te van a matar.

Arranqué y vine a dar a La Habana.

12
El sectarismo y el primer alzamiento contra la Revolución

Al otro día apareció en La Habana el comandante Armando Acosta Cordero con un cartapacio de papeles en los que me llamaban de todo, menos revolucionario: más bien, que yo era totalmente un contrarrevolucionario. Acosta me acusaba incluso de haber dirigido un grupo dentro de la ciudad escolar y eso era una mentira grosera, por supuesto. Yo no dirigía a nadie, lo único es que, efectivamente, protestaba.

Aquí cabe indicar que el comandante Acosta no pasó a retiro antes de 1993 exactamente. Lo pasaron a retiro por los muchos conflictos que había habido en su dirección: dondequiera que estuvo surgían graves problemas de corrupción, de desvío de recursos. Si nunca lo denuncié fue sólo porque ya lo habían hecho una cantidad innumerable de compañeros. Además, en esa época nos faltaban, digamos, una serie de ideas. Nosotros teníamos un fidelismo muy arraigado, pero con un nivel muy bajo, y a Acosta le conservábamos un cierto respeto porque fue nombrado comandante por el mismo Che, y escogido para dirigir la construcción de la Ciudad Escolar Camilo Cien- fuegos por Raúl Castro, a quien también respetábamos muchísimo. Claro que todos esperábamos que se tomasen medidas contra Acosta y, de hecho, el propio Raúl tuvo que sacarlo de allá, pero esto sucedió como ha ocurrido todo en Cuba desde hace tiempo: cuando uno se estrella en un lugar, lo pasan a otro superior. A Acosta lo quitaron de jefe de la ciudad escolar pero lo mandaron para Santiago de Cuba como primer secretario del Partido Comunista en aquella ciudad; o sea, más bien lo ascendieron.

Volviendo a lo que iba contando: al llegar a La Habana, yo fui directamente a ver a Sergio del Valle, que en aquellos momentos era jefe del G5 —de la contrainteligencia militar—, para contarle lo que me había pasado. Sergio, que ya he dicho era, y sigue siendo, una persona muy bella, extremadamente honrada, me dijo:

—Mira, Lalito, estáte tranquilo por ahí, no digas nada, espera a ver cómo yo resuelvo este problema. Porque, al igual que tú, aquí hay más de

cien soldados que han regresado del Caney de Las Mercedes, casi por tu misma vía. Hay que ver cómo se resuelve esto.

Porque en El Caney de Las Mercedes sucedió que, cuando llegaba el día de pago, se licenciaban masivamente a ochenta, cien, ciento cincuenta soldados. Se les entregaba una muda de ropa de civil, se los llevaba en un camión hasta el pueblito de Yara y se les decía:

—De aquí para adentro ya no pueden entrar más.

Eso con su correspondiente carta de licenciamiento que decía: «Por alta inconveniencia al servicio».



Mientras esperaba a que Sergio del Valle decidiera, Amoldo Martínez Andrade se había alzado en la provincia de Las Villas con un grupo de doce hombres. Bien le conocía yo: Amoldo había sido ayudante de mi ametralladora de Las Villas para acá, porque, cuando la columna de Camilo llegó a la provincia de Las Villas, a mi ayudante de antes, Arnaldo Ochoa, se le dio una ametralladora Johnson y se le ordenaron otras tareas. Amoldo Martínez Andrade era un hombre muy valiente, y cuando después lo tuve en la Policía Militar, lo hice sargento mayor. Pero desde hacía algún tiempo se había puesto en contacto con Pepe Viatón, ex capitán del Ejército Rebelde, que se había alzado en la Sierra Maestra, y él se alzó en la parte central del país. ¡De San Ambrosio mismo se llevó éste las armas! Pepe Viatón era muy conocido y querido dentro del Ejército Rebelde; fue uno de los primeros campesinos en aliarse con Fidel en la Sierra Maestra.

Considerando que Amoldo y yo habíamos sido amigos, se decidió prepararme para que me infiltrara entre sus hombres. Eso era asunto del G2, o Departamento de Seguridad del Estado, que en aquellos momentos se llamaba DIER (Dirección de Investigación del Ejército Rebelde) y que era comandado por Abelardo Colomé Ibarra, el actual ministro del Interior, conocido por Furry. Todas las cosas venían bien, pues, como ya lo conté, yo me había casado, precisamente, en el pueblo de Yaguajay, dentro de la zona donde estaba alzado Amoldo. Entonces me plantearon que abandonara mi casa en La Habana, que me fuera a Yaguajay donde mi suegro y que comentara a todas voces por allá que había salido del Ejército Rebelde por no querer ser comunista, y que el Ejército Rebelde se iba a convertir en comunista. Así iban mis explicaciones en Yaguajay:

—¿Qué te pasó, Lalito?

—Pues, me licencié.

—¿*Y* por qué?

—Porque yo no quiero ser comunista. Fidelista sí que lo soy, pero comunista, jamás en la vida.

En menos de quince días, como bien lo esperábamos, ya Amoldo Martínez contactó conmigo y en el acto me nombró jefe de logística de la guerrilla contrarrevolucionaria. O sea, que la idea del G2 funcionó estupendamente. La idea no fue de Sergio del Valle, lo que sucedió es que a un buen compañero mío, el capitán Deni, que estaba precisamente entonces en el G2, le conté lo que me había pasado en Las Mercedes, y fue él quien comenzó a prepararme, dándome la tarea de contactar con las distintas organizaciones contrarrevolucionarias que existían en La Habana. Deni sencillamente le expuso a Sergio que yo me iba con él. Después, fui a Las Villas y me puse en contacto con Amoldo Martínez, quien me dio datos, y seguí haciendo contactos en La Habana. Mi labor, específicamente, era llevar a las distintas zonas alzadas avituallamiento, o sea, comestibles, medicinas, dinero, ropa, armas, todo lo que yo recogía de las organizaciones urbanas de Santa Clara, Cienfuegos y La Habana. Si los alzados tenían algún herido, pues yo lo sacaba, lo llevaba a cualquier casa de algún amigo y allí lo curaba uno de los médicos que teníamos reclutados para la contrarrevolución.

También recibíamos informaciones de la CIA, de algunos infiltrados nuestros. Yo servía de intermediario: recibía los distintos documentos que llegaban, de acuerdo al lugar que me daban de contacto, y se los llevaba a Amoldo. Dos funcionarios eran mis contactos con la DIER, el capitán Deni en la parte central del país y el capitán José Abrantes Fernández en La Habana. Estos eran los únicos dos oficiales que sabían sobre mi infiltración en aquel grupo. También tenía tres buzones en La Habana. Cuando algún trabajo me daba un motivo para ir a La Habana, me ordenaban aprovechar el viaje para que depositara información en uno de esos buzones, que eran casas de agentes también; dejaba una notificación sellada de adónde iba, a qué direcciones me habían mandado, etcétera.

En aquellos momentos yo ya sabía leer y escribir un poquito, me estaba alfabetizando y tenía más o menos un segundo grado. Me costaba mucho trabajo escribir, pero ya lo hacía. Así era capaz de dejar en los buzones los nombres de los contactos que iba a ver, adónde los iba a ver, lo que iba a buscar, lo que se me encargaba, en dónde lo iba a recoger. La

mayor parte de las cosas las cargaba yo mismo. Cuando iba a recoger armamentos para la contrarrevolución, debía tratar de informar al G2 con antelación para buscar así una forma de crear dificultades a la entrega del armamento.

Aquel armamento provenía del que tenía escondido mucha gente en La Habana, o de los antiguos miembros del ejército de la tiranía que lo iban vendiendo. Otras armas llegaban clandestinamente de listados Unidos, en lanchas rápidas que se infiltraban rápidamente y enseguida desaparecían. Esto ocurría fundamentalmente por la parte central de la provincia de Las Villas, la de Cienfuegos, otras veces por la de Matanzas, que era la más rápida: Varadero y Cárdenas, específicamente, se utilizaron mucho.

Así fui trabajando; llevaba todos los avituallamientos hacia los distintos lugares y sacaba a mucha gente que se estimaba debía salir de la zona para La Habana o para Morón, en la costa de Camagüey. Esta situación también se aprovechó para infiltrar a algunos agentes nuestros, así se pasaron unos cuantos. Mi tarea era delatar al G2 dónde se iba a dar una acción, cuándo se iba a poner una bomba, poner en conocimiento todo lo que lograba saber, por ejemplo, sobre los medicamentos, las farmacias, qué médico, quién o qué hospital colaboraba con los alzados. Del hospital Calixto García saqué mucho, y del que se llama actualmente hospital Fajardo también conseguí muchas medicinas. Allí teníamos a tres médicos, incluso el jefe de los servicios médicos, que llevaba un seudo y sólo se le conocía por Andrés. Existía también una clínica en Santa Clara, llamada Marta Abreu, que también suministró bastante ayuda. Por otra parte, yo iba recogiendo dinero, mucho dinero, y todo eso se lo hacía llegar a Amoldo, o al lugar donde él me hubiera dicho que lo depositara.

A mediados de 1964 las cosas se fueron agravando, fue creciendo la lucha en el Escambray, hasta el momento en que nombraron a Arnoldo comandante en jefe de todos los grupos armados y alzados en la provincia; él mismo operaba específicamente en la zona norte. Allí hubo una acción muy intensa del ejército de Fidel que fue bloqueando los principales pueblos, todas las vías de acceso. Entonces los alzados empezaron a recibir su avituallamiento por vía aérea de Estados Unidos. Hacían puntos de señales y allí se recogían los paracaídas. Para eso tenía yo operadores que establecían contacto por radio y después me indicaban el punto para que fuera allí con algunos acompañantes. El avión venía, cumplía su objetivo y seguía de largo sin haber aterrizado. Nunca supe si también lanzaron

paracaidistas norteamericanos, además de los paquetes. Algunos dicen que sí, pero yo personalmente nunca vi a ninguno. Cuando se iba a tirar algún paquete, siempre se avisaba con tres o cuatro días de antelación, de forma que, si tenía tiempo, iba a Santa Clara y ponía en conocimiento al G2 dónde iba a ser el descenso. Eso nos sirvió más de una vez, pues así se pudo recoger los paquetes antes que los contrarrevolucionarios. Para eso utilizamos a menudo la zona central de Las Villas, que era la más factible, porque en la zona montañosa era difícil recogerlo antes que el enemigo, por lo angosto del monte y de las lomas, y por las pendientes. Hacíamos señales falsas, y listo. Claro que el aviador traía una carta de vuelo y buscaba la ubicación no demasiado lejos del punto que tenía señalado, pero atraerlo y desviarlo de tres a cuatro kilómetros más para abajo sí se podía hacer.

Cuando yo informaba a Amoldo de una hora falsa y a mi gente la verdadera, una de mis explicaciones era que el avión había llegado adelantado y que la señal no se pudo hacer en el horario convenido. Entonces se culpaba a la gente que había venido, se les pasaba un mensaje echándoles una descarga por haber salido a una hora que no era la convenida, por haber tirado el paquete en un lugar no convenido, y tal y cual, y que, por culpa de ellos, el avituallamiento había caído en manos de los milicianos. En aquel momento había en operaciones aproximadamente unos diez mil milicianos de Fidel en la zona norte de Las Villas, bajo las órdenes de tres comandantes de alto prestigio en la lucha guerrillera: Puerta, Tomassevich y Pinares. Los milicianos a los que me refiero, que combatían a los alzados, llegaron a constituir un cuerpo de sesenta mil hombres. También es bueno aclarar que este ejército paramilitar contó con un importante apoyo de asesoramiento, técnico y militar, de altos oficiales soviéticos, muy experimentados en la lucha antiguerrillera, como fue el caso del coronel Ruiz, un hispanosoviético, asesor principal de Raúl Castro en esa lucha.

El primer alzamiento se da ya en 1959 en Las Villas, cuando Pepe Viatón, capitán del Ejército Rebelde, en una violenta discusión con el comandante Cristino Naranjo, en Columbia, Ciudad Libertad, sobre la línea comunista que estaba tomando la Revolución, lo mata y, como era campesino, se alzó en la Sierra Maestra: «Si esto es comunismo, hay que alzarse otra vez», le dijo Viatón a Cristino Naranjo, antes de dispararle.

La familia Viatón era muy numerosa y, desde 1957, colaboró con Fidel. Y ya en 1959 tuvieron la claridad de virarse contra la revolución. Al

darse el alzamiento de Pepe, el gobierno tomó represalias contra toda la familia Viatón. La lucha contra los alzados duró hasta 1965; fueron totalmente exterminados porque se fueron peinando, prácticamente, todas las zonas de la isla. También se tomaron medidas de desalojo y desplazamientos masivos, contra su voluntad, *de* campesinos de una zona a otra para cortarle las fuentes de apoyo a los alzados. A los familiares, en particular a los hijos de ios alzados, se les aisló y concentró en una zona llamada Rancho Mundito. Se les ha dado un trato de favor, para neutralizarlos e impedir que rindan culto a sus padres, alzados y muertos en combate.

13
Infiltrado entre los alzados: en realidad aquella gente tenía una visión más clara que nosotros mismos

En 1962 la situación de los alzados se volvía más crítica, y también la mía en medio de ellos: empezaba a existir una cierta sospecha sobre mí, una sospecha que no noté yo mismo, sino precisamente Arnoldo oyendo hablar a su gente. En aquellos momentos se estaban cogiendo prisioneros en La Habana, Santa Clara y Matanzas a muchos colaboradores con los que yo tenía que contactar, y el ejército de Fidel también cogía medicinas, víveres, ropas, armamentos. Al regresar de La Habana adonde Amoldo, un campamento en la llamada Cueva de los Indios, cerca del pueblito de Mayajigua, allí me esperaba una orden de detención. En tales casos siempre he tenido yo un arma fundamental, que es la tranquilidad: por difícil que sea la situación, no me pongo nervioso, es cuando más pausado estoy, y esto me permite hacer lo necesario para salir del paso. Allí me tuvieron encañonado Amoldo y un ayudante suyo llamado Compa. Empezó Arnoldo a interrogarme, dándome datos concretos, y yo me quedé callado esperando que terminara su interrogatorio. Traté de no contestar nada. Se le veía que estaba muy molesto; al terminar me preguntó:

—Bueno, ¿qué tienes que decir de todo esto?

Yo, con toda la calma, le contesté:

—Chico, yo lo único que tengo que decirte de todo esto es que puedes hacer lo que tú quieras, porque en verdad yo soy un gran comemierda. Tú fuiste subalterno mío desde que eras soldado, y he venido a ponerme bajo tus órdenes cuando yo, al venir aquí, tenía que haberte exigido ser el jefe, ¿no? Esa es la estupidez mía, haber dejado yo mis grados de capitán y, además, haberlo dejado todo, mi casa y todo, para seguirte a ti. ¿No te parece? —Proseguí—: Bueno, actúa como tú quieras. Total, el hombre se muere en cualquier parte. Ahora, yo lo único que te puedo decir es: ¿dónde está tu hermana? Tu hermana la saqué yo de aquí y la tengo escondida en una dirección en La Habana, y tú sabes dónde, y a tu hermana no le ha

pasado nada, ¿verdad? Y la niña de Placeta, de la provincia de Sancti Spíritus, tabién la tengo yo guardada en La Habana y tampoco le ha pasado nada.

A la muchacha, muy linda y muy valiente, pero que estaba totalmente quemada en la zona central, la había sacado disfrazada de hombre y llevado a La Habana para el barrio de Versalles. En realidad, el G2 sabía dónde la tenía, pero inteligentemente me dejó aquella cobertura. Al parecer, ellos ya sabían que se estaba preparando algo contra mí, pero, según me dijeron después, no me lo habían transmitido para evitar que yo me pusiera nervioso y quizá me delatase, poniendo en peligro mi vida. De eso les dije yo que, si no me tenían confianza, si me consideraban un cobarde, pues ya no aceptaría más ningún trabajo de ese tipo.

Al final convencí a Amoldo, diciéndole:

—Bueno, mira, así están las cosas, si me vas a matar, me matas, y si no me matas, pues búscate a otro que se haga cargo de todo esto, porque yo, desde ahora, me quedo aquí adentro contigo y ya no me muevo.

Se quedó pasmado, y eso que más de uno de sus hombres ya me tenía una soga preparada, considerándome un traidor. Viendo que él estaba tratando de reflexionar y que me había escuchado, me quedé allí tranquilo. Hasta que vino y me dijo:

—Mira, Lalito, voy a confiar una vez más en ti.

—No, Amoldo, en mí no confíes una vez más, porque si me mandas para afuera, afuera me quedo y ya no entro más. Tú ahora me dejas aquí dentro.

Hasta el punto de que tuvieron que pedirme de favor que conservara mi cargo y siguiera con lo que estaba llevando en aquel momento. Esa situación era muy difícil. No teniendo por qué quedarme en el monte, salí tranquilamente y fui a casa de mi suegro, donde estaba mi mujer, en las afueras de Yaguajay.

Pero allí sucedió que uno de los que había sido ayudante mío cuando la invasión estaba en operación en aquella zona. Era muy amigo de la familia de mi mujer, hasta el punto que le preparaban su ropa y a menudo iba a descansar allí. Y se da que, al triunfo de la Revolución, yo tenía dos autos: el Cadillac de 1959, que me había ofrecido Camilo, y un Chrysler de 1958, que yo había encontrado abandonado. Como ese hombre también era muy amigo mío, yo le había dejado el Chrysler diciéndole:

—Bueno, quédate con él hasta que a mí me haga falta.

Al pasar por la zona de Las Villas le había pedido que, por favor, me devolviera el Chrysler aquel, pues el Cadillac yo mismo lo había quemado en el camino a Las Mercedes. A él no le gustó la idea, porque se iba quedar a pie o tendría que tomar un *jeep* y, además, ya había dicho por todas partes que aquel auto era suyo.

Y entonces empezó a hacer comentarios, a decir que yo andaba raro, que él no entendía por qué yo me había licenciado del ejército. Además, ¿por qué en mis horas libres me dedicaba en Yaguajay y en otros pueblitos cercanos a jugar a los gallos? Las peleas de gallo se dan apostando dinero; y a mí, como campesino, me gustaban y me dedicaba bastante a aquello. El, considerándome como un pervertido, como alguien que se había descompuesto, aprovechó lo del juego para hacer una denuncia al propio G2 de que yo me estaba involucrando con una serie de gentes contrarrevolucionarias, y, cada día, él contaba más de lo que yo iba haciendo, y todo, claro está, para quedarse con el auto.

Bueno, del encuentro con Amoldo llegué como a las cinco de la tarde, me bañé, cené y descansé un poco de todas esas impresiones. Entonces la situación se complicó más aún. Resulta que Amoldo había mandado a una guardia a vigilarme en secreto, porque sí que me había creído, pero no del todo. Yo no había notado nada, pero allí, en el patio, que era grande y lleno de árboles frutales, estaba esa guardia disimulada por la noche, velando cada movimiento mío o cualquier cosa que pudiera suceder cerca de la casa. Y bien, a las dos de la mañana llegaron tres patrulleros del G2. Mi mujer me avisó; ella estaba muy mal, estaba hasta un poco enferma de los nervios, porque ella nada sabía de que yo estuviera infiltrado. Era muy revolucionaria mi mujer y no me entendía, pero yo no podía hablarle de nada. Lo peor era que no toda su familia era revolucionaria, de forma que yo llegué a estar más apoyado por su familia que por ella misma. No conocían ellos mi verdadero papel, por supuesto, sólo sabían que había dejado el ejército y me aprobaban. De todos modos mi mujer me avisó, diciendo:

—Hay tres carros del G2 allí, están tirando a la esquina y tomando posición.

Buena suerte tuve de que la casa hiciera esquina y que, detrás de la esquina, la calle no continuara. Le contesté a mi mujer:

—Diles que no estoy.

Abrí una ventana de atrás y me lancé hacia los árboles frutales del patio. Entonces me encontré con dos tipos y les iba a tirar, aunque no a matar; les iba a tirar porque la orden que yo tenía era que ningún miembro del G2 debía enterarse de mi papel. Pero tampoco lo hice, y seguí corriendo. Los hombres también corrían tras de mí, yo creía que me iban persiguiendo; no sabía que eran los hombres de Arnoldo. Entonces logré perderme en el monte y llegué de nuevo adonde estaba Arnoldo, como a las cinco de la mañana. El me recibió con una carcajada, muerto de risa, me abrió los brazos y me abrazó, diciendo:

—No, no me cuentes nada, ya lo sé todo.

Allí es donde me dio él la tarea de sacarlo de aquel lugar, porque entonces sí me creyó todo lo que yo le había dicho del cerco que había, con más de diez mil efectivos, y de la gente que los comandaba. Yo lo saqué, con un grupo de treinta y seis hombres, por debajo del puente del río Jatibonico y lo llevé hacia un lugar próximo a la costa, como la única vía de salida, planteándole que allí no había milicianos porque era una zona muy cenagosa, de acceso muy difícil y además llena de mosquitos. El me contestó que, en una situación como aquélla, poco importaban los mosquitos. Así que nos metimos por allí y yo los llevé a la finca de los padres de mi suegro, en unos cañaverales. Al frente tenían la carretera que va del pueblo de Yaguajay al de Caibarién y a nuestras espaldas la costa norte de la isla, una franja más o menos pantanosa que oscila entre dos y tres kilómetros de ancho. Allí amanecimos, fuimos a buscar una vaca, la matamos, con esa carne tuvimos para comer dos días, y al tercer día aparecieron los milicianos, tratando de hacer un rastrillaje de la carretera hacia el mar. Yo seguía dentro del cerco junto con Amoldo, como dándole una prueba de confiabilidad. No debía regresar al pueblo hasta que no tuviera orientaciones.

Le pedí a Arnoldo que me dieran un fusil, pues lo único que llevaba era una pistola. El ordenó a uno de sus ayudantes que me diera el suyo, que era un Fal, de fabricación belga. Ya teniendo el fúsil, traté de alejarme un poco de Amoldo. Este, tomando en consideración que yo tenía tanta y más experiencia que él en la lucha de guerrilla, me dijo:

—Ponte para allá, en donde está aquel grupo, para que de allí tú me los orientes. Tú los vas a mandar.

Ahora los milicianos estaban a unos quinientos metros nada más, el cerco se iba cerrando. Lo que buscaba era una buena piedra para

esconderme, pues no me gustaba nada la idea que la misma gente mía me matase o me hiriese. Esto era por la mañana, y yo le planteé a Amoldo romper el cerco en la noche. El me contestó que había tomado otra decisión: esperar hasta las cuatro de la tarde, hora en que los milicianos se sentarían a comer, dejando un hombre donde ahora había cuatro. Efectivamente es lo que hicieron y, entonces, Amoldo se tiró al contraataque, pero salió precisamente por la cocina de los milicianos, que es donde lo mataron. Me quedé atrás, sin moverme de la desgraciada piedra que había localizado por la mañana. Di la orden de avanzar a todos los que estaban a mi alrededor y también empecé a tirar con el Fal, pero inclinando el fusil: para que los otros vieran que sí estaba tirando, porque quedaban todavía huellas de la sospecha. Así que tiraba y tiraba e iba dando órdenes, pero quedándome atrás de mi piedra. Ocho tan sólo lograron escapar, cinco fueron hechos prisioneros y, de los treinta y seis que eran, el resto murió en el combate. Yo seguí escondido detrás de la piedra.

Como venían haciendo un rastrillaje dos milicianos, cada uno con una ametralladora de esas checas modelo 25, que eran muy malas, cuando me vieron, me dieron la orden de rendirme. El fusil Fal lo eché al suelo.

Uno de los milicianos gritó al otro:

—Tira, tírale al hijo de puta este, hay que matarlos a todos.

Entonces yo dije:

—¿Pero por qué me van a tirar? ¿Tú no ves que yo no estoy tirando? Mira mi fusil allí.

Bueno, me llevaron prisionero y, cuando fuimos llegando a la carretera, me encontré con Pinares, que había sido mi jefe en la invasión, y Pinares, con su exaltación habitual, me dijo:

—Carajo, Lalito, hijo de puta, te voy a matar, ¡cabrón! Tú eres de los alzados también, ¡hijo de puta!

En eso llegó Tomassevich. A él le habían comunicado que dentro del grupo de Amoldo Martínez había uno que era de la gente nuestra. Me miró y preguntó:

—¿Tú quién eres?

—Yo soy Alarcón.

El le dijo a Pinares:

—¡Deja eso!

Me montó en el *jeep* y se inquietó:

—¿No estarás herido, no tienes nada?

—No, nada, ningún problema.

Trajeron al hermano de Amoldo Martínez, que era primer teniente en nuestras filas, para que reconociera a su hermano, y él dijo que sí, que efectivamente era su hermano.

A mí me llevaron para La Habana.

Antes de concluir estos capítulos dedicados a la Revolución en Cuba y pasar al plano internacional, me gustaría añadir lo que ahora pienso sobre esos alzados que llamaron bandoleros, aunque hoy día ya no me parece que se los debería considerar bandoleros. En realidad, aquella gente tenía una visión bastante más clara que nosotros mismos de lo que iba a suceder en Cuba, y por eso determinaron combatir a Fidel con las armas en la mano, volviendo otra vez al monte.

El drama fue, por una parte, que la ayuda muy fuerte que les prestó Estados Unidos —esto queda clarísimo— no se dio como hubiera sido conveniente. Y, por otra parte, los alzados empezaron, después de tiempo, a ser dirigidos por gentes inmorales y sanguinarias, bandoleros de verdad, incluso sicarios que habían estado en el gobierno de Batista. En realidad, las dos cosas tienen que ver, pues Estados Unidos logró convencer a esos cabecillas de subir al monte, acompañados por muchos hombres buenos que sí tenían intenciones sinceras y amaban a su país. Honradamente, tengo que reconocer, y lo siento grandemente, que nosotros los revolucionarios no nos hayamos también dado cuenta, en aquella época, de lo que iba a suceder en Cuba, porque, si hubiera habido alguien de prestigio para dirigir esa nueva guerrilla, seguramente las cosas habrían tomado un curso muy diferente.

Sea lo que sea, es un hecho que Cuba llegó a tener esa contrarrevolución, con una fuerza mucho más grande de lo que generalmente se supone en Europa. Ya en el Escambray llegó a haber un aproximado de diez mil alzados, distribuidos en más de cuarenta grupos. En la provincia de Pinar del Río su número osciló entre doscientos y trescientos hombres, alzados en la cordillera de los Organos. En la Sierra Maestra estuvieron unos mil, comandados primero por Pepe Viatón y, después, por distintos jefes de grupos que fueron surgiendo. Incluso en Matanzas, en la ciénaga de Zapata, en el Pan de Guajaibón, en todas esas zonas, hubo una serie de grupitos dispersos de quince a veinte hombres.

Si no se logró hacer más, la culpa la tiene Estados Unidos por haber escogido para dirigir a esos grupos a gente sin prestigio ni moral, cuyas acciones obligaron al propio campesinado a ayudar al ejército de Fidel

Castro para evitar que se fusilara o se guindara a gente indefensa, que se les quemara sus viviendas, que se les violara a sus mujeres o a sus hijas. Y, además, Estados Unidos muchas veces engañó a los alzados del monte, dándoles su apoyo de acuerdo con las medidas que ellos entendían y no cuando verdaderamente les hacía falta. No les administraron lo que les era necesario y dejaron infiltrar en las organizaciones, en el seno del propio Estados Unidos, a muchos cubanos castristas. A mí me parece que la culpa de que Fidel haya perdurado en Cuba por tantos años no pueden los americanos echarla a nadie más que a ellos mismos.

Y para terminar, en el momento no sentí ningún malestar en llevar a la muerte a Amoldo Martínez, que había sido un compañero muy querido durante la invasión, y tampoco a sus compañeros; porque, en aquellos momentos, yo era un fidelista ciego, pensaba estar dándolo todo a la causa de mi país, que consideraba muy bonita, y consideraba a Fidel el hombre de la verdad, y por eso consideraba que era Amoldo quien estaba haciendo cosas muy malignas. Después, claro que mucho he reflexionado sobre lo que verdaderamente estaba sucediendo entonces.

Durante años estuve convencido de todo cuanto había hecho. Al cabo de los años me he visto obligado a una reflexión, y ha sido en los momentos libres, en conversaciones conmigo mismo, que he hecho un recuento de lo vivido, que me fui dando cuenta que mi Revolución no era todo lo pura que Fidel decía, pues me daba cuenta que se hacían cosas deshonestas, como la que ahora recuerdo; el caso del piloto Betancourt, que le brindó a Fidel la oportunidad de acusar a la Iglesia de estar conspirando activamente contra la Revolución.

Betancourt fue un piloto que, un día, pistola en mano, obligó a la tripulación a desviar el avión en el que viajaba, pero ésta lo engaña y el avión aterriza de nuevo en el aeropuerto de Rancho Boyeros, en La Habana. Betancourt logra evadirse y esconderse gracias a la ayuda que le prestamos nosotros, los miembros de la Seguridad del Estado, haciéndonos pasar por gente amiga. Nos dieron la orden de no apresarlo para someterlo a control y detectar sus contactos. Desconozco cuáles eran los vínculos de la Iglesia con los desafectos al proceso revolucionario, pero había gran interés por parte del gobierno de demostrar públicamente la participación de la Iglesia en actos contra el gobierno. Y, cuando en compañía de dos agentes más de la Seguridad, nos dirigimos a una iglesia que nos habían indicado nuestros superiores, a tratar de convencer al cura párroco de autorizar el traslado del

prófugo al recinto de la iglesia y lo acogiera bajo su protección, el sacerdote se opuso rotundamente. Lo visitamos tres veces insistiendo en lo mismo. Por supuesto nosotros nos presentamos, no como Seguridad del Estado, sino como miembros de una organización contrarrevolucionaria. A la tercera vez, tanto le rogamos que no dejara abandonado a un hombre que corría peligro de muerte que, al fin, accedió. (En otros casos empleamos el chantaje; por ejemplo, cuando un cura tenía una relación amorosa, amenazábamos con revelarla públicamente; ante ese dilema se veía obligado a aceptar.) La casa en la que se encontraba Betancourt en Arroyo Arena, era de un señor que estaba en contra del comunismo, pero muy ingenuo, pues, al primer cuento que le hicimos, aceptó esconder a Betancourt. Mientras tanto, a través de los medios de comunicación, manteníamos, sin interrupción, un suspenso sobre el caso Betancourt. Informábamos que le seguíamos los pasos, que ya estaba a punto de ser apresado. Después de haberlo llevado a la iglesia, organizamos un operativo de captura, no sin antes haber convocado a las radios y televisiones, para que fuera apresado Betancourt ante los ojos del pueblo y quedara demostrada la participación de la Iglesia en actividades ilegales.

Yo participé directamente en otros dos operativos contra iglesias. En otra iglesia reclutamos a un empleado que nos permitía acceder de noche al recinto. Colocábamos toda clase de explosivos en diferentes escondites, hasta en el altar mayor. Al día siguiente, mientras se celebraba la misa y, como siempre, habiendo convocado a los medios de información, aparecía la Seguridad del Estado realizando un allanamiento a la vista de los fieles, para demostrarles que la casa de Dios era una mentirosa en la que se almacenaban explosivos para asesinar al pueblo.

Estas cosas, y muchas más, la degradación personal de los dirigentes comprometidos con la corrupción, en malversaciones, me han llevado a darme cuenta de que he sido una pieza más de las que ha manipulado Fidel para cometer sus fechorías.

Tercera parte
Exportar la Revolución

14
Fui de pura casualidad a combatir al Congo

Cuando volví a La Habana, no recuerdo si fue en febrero o marzo de 1964, al salir de la lucha contra los alzados, retomo mi grado de capitán; como miembro del Ministerio del Interior, ascendía no en grado sino en cargo, como suele hacerse en el Ejército, pero ya se me reconocía mi actuación; es cierto también que el sectarismo ya casi había desaparecido: Aníbal Escalante había salido de la dirección de las ORI (Organizaciones Revolucionarias Integradas), que reunían las fuerzas políticas que realizaron la revolución. Se me nombró miembro del Batallón de Seguridad del Estado Mayor General, con el comandante Orestes Guerra, así que volví a una vida militar más normal.

Pero, al transcurrir como un par de meses, me vinieron a buscar otra vez y me mandaron entrenar a un grupo de venezolanos del MIR[17] en Oriente, por semejarse esta región a ciertas partes de Venezuela, donde se iba a organizar allá la guerrilla. Después hice el mismo trabajo también en la parte central de Cuba, o en la provincia de Pinar del Río, de acuerdo con las nacionalidades de los alumnos, que eran muy variadas. Había en aquellos momentos como una locura de liberación, venía gente tanto de países africanos, como Congo, Zaire, Tanzania, Yemen, Sierra Leona, Guinea Ecuatorial, y después, en los años setenta, Cabo Verde, la gente de Amilcar Cabral, de la Guinea Bissau de Arístedes Pereira, así como de países latinoamericanos, de Venezuela, Colombia, Guatemala, etcétera.

Muchas veces esos militantes eran, además, de varias organizaciones; entonces se hacía una compartimentación, se les ponía bajo la dirección de jefes distintos. Entre éstos destacaban: Sergio del Valle,[18] que era el jefe para toda Africa, Víctor Dreke,[19] Rolando Kindelán[20] y otros. Venezuela por sí sola ya dio trabajo a gente tan importante como eran los comandantes Tomassevich, Angel Frías, Arnaldo Ochoa, Reynerio Jiménez Laje, Walfrido Pérez, Orestes Guerra, Ermes Cardero. Aquella época fue muy turbulenta, y como nos decía Raúl Roa García, entonces ministro de Asuntos Exteriores, nosotros éramos una unidad satélite que disparaba cohetes por cualquier parte sin saber adónde irían a parar.

Entonces fue, a mediados de 1965, creo que en junio, cuando yo fui a dar al Congo, antes de que llegara el Che. Y llegué por casualidad, porque para el Congo se había hecho en Cuba una selección entre los combatientes negros, los que más se parecieran a los congoleños. En aquella selección participó mucho el Che. Normalmente a mí lo que me tocaba era llevar una carga de armamento al puerto congolés de Punta Negra. Pero el barco tuvo que zarpar precipitadamente de Punta Negra mientras yo me encontraba haciendo entrega del armamento a un representante de Agostinho Neto,[21] que no iba a la lucha en aquellos momentos, pues estaba todavía coordinando la preparación de sus hombres. A su vez, este hombre de Agostinho Neto debía llevar las armas después hasta el lugar de destino, por una vía que sólo ellos conocían.

Yo iba supuestamente a llevar sal al Congo belga en el *Camilo Cienfuegos*, pero, en realidad, el barco también llevaba armas; borrábamos los números y el escudo cubano para poder descargarlas en Africa. En esa misión iban los hermanos de la Guardia: Patricio oficiaba de capitán, y Tony, de primer oficial. Era la comitiva de siempre que se encargaba de las operaciones clandestinas: Briones Montoto[22] al frente de la misión, jefe de Tropas Especiales: casi todos éramos de Tropas Especiales. Y ocurrió que las autoridades de Punta Negra amenazaron con un registro y el barco se vio obligado a zarpar de inmediato, dejándonos a mí y a dos compañeros más que estábamos en tierra. Me vi obligado a quedarme en el Africa, y como, por medidas de seguridad, había dejado mi documentación en el barco, no me quedaba más remedio que salir por Argelia; en aquella época Cuba mantenía relaciones muy buenas con Argelia.

Yo no sabía ni media palabra de francés, y tampoco teníamos embajada en el Congo, pero un oficial nuestro, el que nos guiaba, nos gestionó la documentación, y así pasamos, casi por una vía clandestina, a Argelia. De allí Osmany Cienfuegos, hermano de Camilo, involucrado en los asuntos africanos por aquella época, que también era jefe del Campamento 1 de Mayo, en la Sierra del Rosario, destinado a norteamericanos, sobre todo negros, nos llevó con él a Dar es Salam, en Tanzania, donde sí teníamos embajada y, cuando allí me vio el Che, me pidió que me quedara con él y me hizo jefe de una compañía de la vanguardia.

Así es como empecé la lucha en el Congo. Cuando nos estaban repartiendo los seudónimos africanos a los cubanos, pregunté:

—Y yo, ¿cómo me llamo?

Dreke dice:

—Tú te llamas Katanga.

Entonces, como un compañero negro, muy amigo mío, también se llamaba Katanga, Dreke decidió llamarme Katanga I, y al otro, Katanga II. A veces nos llamaban también, Katanga el blanco y Katanga el negro.

Nosotros llevábamos cuatrocientos dieciséis Fal para el Congo. Pero entonces apareció, además, un barco chino cargado de armamento, especialmente doce ametralladoras de cuatro bocas, sesenta morteros calibre 82, y al menos doscientos lanzacohetes RPG 2, un montón de ametralladoras con trípodes, más de mil fusiles AK y una cantidad extraordinaria de pistolas TT, que es una pistola china feísima, pero muy buena. Además, cantidad de teléfonos y mucho avituallamiento, como carnes en conserva, ropa, zapatos y también medicinas, antibióticos sobre todo. No he sabido nunca si la llegada de aquel barco chino estaba arreglada con el Che o si fue una casualidad.

Entonces, con todo ese material, como Massemba-Debat,[23] Soumaliot[24] y otros dirigentes que pretendían dirigir la lucha desde París no aparecían, el Che tuvo que formar ocho columnas en vez de las dos que tenía previstas. En las columnas iban congoleños y cubanos mezclados, pero, aunque se había creado una oficialidad congoleña y nosotros, en principio, sólo les debíamos servir de asesores, acabamos siendo los cubanos los jefes y todo lo decidíamos. Los africanos hablaban francés, porque eran más bien del Zaire, o sea, del Congo belga, pero sobre todo swahili, tal como las tribus de Tanzania.

Considero que no hubo un acuerdo chino-cubano, pero sí creo que lo hubo Che-Congo-China, que es uno de los motivos que ocasiona los problemas entre Fidel, Raúl y el Che. Cuando el Che regresa de su gira por los países africanos, se le comienza a acusar indistintamente de prochino y de trotskista. Dreke, Pablo Rivalta, Tumi, todos, a su regreso del Congo, también fueron acusados de prochinos y de ser demasiados cheístas. Estas acusaciones fueron totalmente abiertas después de la muerte del Che, pero ya desde antes de la salida del Che a Bolivia había comenzado esa campaña contra sus seguidores. Dreke era jefe de la Dirección Política de las Fuerzas Armadas, le quitaron ese trabajo y lo mandaron para el Ejército Juvenil del Trabajo; y eso que Dreke era muy íntimo del Che, pero muy íntimo; se lo quiso llevar con él a Bolivia.

En Africa yo estaba en el primer campamento, en el de la vanguardia, encargado de cuidar de la seguridad del campamento de la comandancia, que era el del Che. Allí comenzaron las operaciones. Fui el primero en hacer una: con mi avanzada, estaba como *a* unos veinte kilómetros de la comandancia, en territorio de Tanzania todavía. Entonces llegaron dos camiones cargados de mercenarios enemigos y yo tenía esas ametralladoras de cuatro bocas que quería probar. Conmigo iban ciento diez hombres, de los cuales tan sólo ocho eran cubanos. Dimos el primer golpe, pero, tal y como le informé al Che, no pudimos coger nada porque hice aquella emboscada con un fuego masivo, incluyendo las cuatro bocas, y, cuando abrimos fuego, los camiones cogieron candela. Se perdió todo el avituallamiento que traían y no se pudo recoger a muertos ni a heridos, todos los mercenarios se quedaron en las llamas. Matamos a todo el mundo de una vez; fue un golpe demoledor. Aquellos mercenarios eran todos blancos, se decía que de varias nacionalidades, es posible que irlandeses, franceses también, algunos portugueses. Iban cerca de cien hombres en los dos camiones, que no eran muy propios para la guerra, pues de origen eran camiones distribuidores de cerveza.

Lo que pasó es que nuestros propios soldados congoleños, que nunca habían oído una potencia de fuego de tal índole, cogieron miedo a nuestro propio tiroteo: más de la mitad tiró las armas y me abandonó. Lo mismo fue sucediendo en los demás grupos cada vez que había una acción. En vez de combatientes, a las columnas nuestras solían venir a sumarse familias hambrientas, madres con dos o tres hijos cada una. Yo así traía diez o doce negras de aquellas, con quince o veinte niños. Es que en aquella lucha total no querían quedarse por donde pasábamos, tenían miedo a que los mercenarios vinieran a exterminarlas, entonces se venían detrás de nosotros. Tuvimos que compartir nuestra comida con estas familias porque verdaderamente nos daban lástima, pero fue peor, porque, al ver que además les dábamos comida, ya no nos querían dejar.

Las comunicaciones con Cuba no eran fáciles porque los equipos de radio que teníamos no eran los adecuados; sólo podían servir para comunicaciones que no excedieran de cuarenta kilómetros. Aquello nos trajo serios problemas, pues cada vez que queríamos comunicarnos con Cuba había que viajar a Dar es Salam, lo que necesitaba dos o tres días. Recorríamos a pie un par de millas, hasta un determinado lugar donde se podía coger un jeep o un Landrover, que había muchos.

Nos encontrábamos en una situación muy mala, ya que era el enemigo quien nos mantenía en jaque. Empezábamos a dar buenos golpes, pero cada día íbamos perdiendo más hombres, no por muerte sino por huida. A tal punto que nos vimos en la obligación de ir tirando las armas al agua para que el enemigo no las cogiera. La situación nos fue afectando, reagrupamos más a los cubanos. En aquel momento, Massemba-Debat y demás viajaron a Cuba; nosotros habíamos oído por Radio Habana Cuba los festejos que se hicieron a su llegada y en todos los lugares donde se les llevó. Hicieron una petición a Fidel de tanques y aviones. Al regresar a París empezaron a lanzar partes de guerra que no correspondían con la realidad: que había habido un combate en tal zona, que se había hecho prisioneros a cuatrocientos mercenarios, cogido mil y no sé cuántas armas, y cosas semejantes. Entonces se determinó mandar a Osmany Cienfuegos desde Cuba hasta Dar es Salam para ver por dónde quería el Che que se mandaran los tanques. Al llegar al Congo, Osmany se dio cuenta de que todo aquello era mentira y que nosotros éramos los que estábamos a punto de que nos cogieran.

También llegó un capitán muy valiente, Bartelemí, a quien nosotros llamábamos Lawton porque era del barrio que así se llama en La Habana. El estaba encargado de nuestros abastecimientos y también de las comunicaciones; vino a vemos, pero ya no pudo salir porque había demasiadas patrullas de fragatas congoleñas en el lago Tanga- nica, de forma que él ya no podía comunicarse con la embajada de Cuba en Dar es Salam. Entonces, en acto de audacia, cogió una radio soviética R 105 que tenía, se arrastró por la noche hasta una concentración de mercenarios que tenían una antena de alto alcance y la conectó a la suya. Así pudo comunicarse con la embajada de Cuba y recibir las orientaciones sobre lo que debía hacer. De allí pidió que se le mandara una barcaza. Esta llegó hasta un lugar donde estaba Lawton, y él continuó en lo que casi era un acto suicida. Traía consigo veinte congoleños, que eran muy buenos y le respondieron siempre. Estos tenían que pasar la barcaza entre dos fragatas que en el lago estaban como a unos diez kilómetros una de la otra. Se apagaron los motores de la barcaza y los negros fueron empujándola; así pasaron y llegaron adonde estábamos nosotros, el Che y el resto de los cubanos, cogidos en un cerco de unos veinte kilómetros cuadrados. Lawton llevaba órdenes de Fidel de sacar de allí al Che y a todos los cubanos que pudiera, a costa de lo que fuera.

Entonces se procedió a embarcar a los cubanos: pero allí había todavía todas esas mujeres con sus hijos que nos seguían y que también querían huir; ellas empezaron a montarse en la barcaza y nosotros a bajarlas. Entonces el Che nos riñó, diciendo que primero había que sacar a las mujeres y los niños, y solamente después a nosotros. *Per o* Lawton contestó que no, que él llevaba órdenes precisas del mismo Fidel de sacar al Che. Se tornó en discusión, pero Lawton no hizo caso al Che. «Si yo le tengo que amarrar a usted, yo le amarro, pero usted se va primero, y todos estos negros yo los tiro para el agua. Así, si llegan esas gentes, no van a encontrar ninguno de nosotros, sólo estas negras con sus hijos, que no les importan. En cambio, si nos encuentran a nosotros, lo más probable es que nos maten a todos. Ya ve que es usted el que tiene que salir».

Verdaderamente Lawton tuvo un papel muy determinante. Al fin el Che entra en la barcaza y empezamos a subir todos los cubanos. Después Lawton pidió a todos los que sabíamos nadar que empujáramos la barcaza nadando hacia la orilla ya que los motores debían estar apagados. Así, saliendo a las nueve de la noche, logramos cruzar al otro lado a las cinco de la mañana, pero no empujando todo el tiempo, claro, sólo en un trecho. La barcaza llevaba ciento dieciocho hombres: era una plataforma de cargar bananas y mercancías.

La retirada de la zona de operaciones comienza el 20 de noviembre de 1965; el 21 nos embarcábamos, abandonando la zona de operaciones. El Che había llegado a Tanzania el 19 de abril.

15
Algo penoso fue que nunca supimos lo que fuimos a hacer al Congo

Permanecimos siete meses en el Congo, y el Che, once ausente de Cuba. Nunca pudimos determinar quién era el verdadero jefe de las fuerzas enemigas. Había un general al frente de las tropas enemigas que se decía que era congoleño, pero era blanco. Tenía que serlo, además, porque los mercenarios blancos nunca se hubieran dejado mandar por un negro. Además, en la guerrilla nuestra, tampoco los congoleños se dejaron mandar por un cubano que fuera negro, decían que los que mandan eran los blancos. A mí, siendo blanco, sí me obedecían, yo hubiera podido hacerles cualquier cosa, pegarles, darles en la cara, ellos hubieran cruzado los brazos y agachado la cabeza.

Llegamos, pues, a la embajada cubana en Dar es Salam. El Che nos explicó que él saldría para Argentina, incondicionalmente, y nos pidió que nosotros regresáramos a Cuba. Unos irían con él, pasando por Checoslovaquia, otros irían por Argelia. Ya les había dicho a Pombo y Tuma que los mandaría a Bolivia para que llevaran unos maletines llenos de pistolas Browning que les cogimos a los belgas, para que lo esperaran en la frontera argentina, pero entonces se determinó que primero regresarían a Cuba para despedirse de sus familias y así se hizo.

El Che entonces se encontraba muy mal. Estaría en unos cincuenta y cinco kilos aproximadamente. Ya en el Congo le había empezado a atacar seriamente el asma y, a causa de los parásitos, una diarrea aguda durante dos meses. Del Congo nos llevaron a Praga. En enero de 1966. Allí el Che fue llevado a una casa de la Seguridad Cubana, cerca de Praga, en la ruta hacia Bohemia; allí permanece con Aleida, su mujer, curándose hasta marzo. Ante su negativa de regresar a Cuba, viaja, el entonces ministro el Interior, Ramiro Valdés, a Praga a convencerlo. El no quería por ningún motivo regresar a Cuba. Uno se pregunta qué fue lo que sucedió entre él y Fidel. El se fue de Cuba como desesperado; como a refugiarse a otra parte. Porque, en el Congo, todo el mundo se sorprendió al verlo llegar; sobre

todo los dirigentes congoleños. Era claro que no había condiciones para nuestra presencia allí.

Cuando llegamos a Praga, el Che nos ordenó regresar a Cuba mientras él se quedaba para hacerse curar antes de partir para Argentina. Nos dijo que nos fuéramos tranquilos a despedirnos de nuestras familias y demás, que él iba a mandar una carta a Fidel para que nos permitiera salir a Argentina. Así nos fuimos más conformes, pero, cuando Fidel se enteró de la decisión del Che, le ordenó pasar por Cuba a él también. Primero le mandó médicos a Praga, así como también a Armando Campos y a Juan Carretero,[25] ambos colaboradores directos de Piñeiro en el Departamento América.[26] No sé qué fue lo que le dijeron, pero lo convencieron de volver a Cuba.

En abril de 1966 lo llevaron allí, a la provincia de Pinar del Río, en la zona de San Andrés, y lo alojaron en una mansión muy linda, conocida por la Casa del Americano, en el alto de una loma. El lugar reunía todas las condiciones y se le hizo un tratamiento, así como una sobrealimentación, de forma que el Che se recuperó rápidamente de todos los males que tenía. Tal vez los lazos familiares influyeron en su regreso. Aleida acababa de parir, y también estaban los otros hijos, Hildita, del primer matrimonio, y, del segundo, Aleida, Celia María, Camilo y Ernesto, recién nacido.

Además de sus problemas de salud, parece que el Che estaba muy afectado moralmente, psicológicamente. Se sentía engañado por los dirigentes congoleños, llevaba un disgusto muy fuerte; en Cuba se les había recibido a bombo y platillo, y él estimaba que no se lo merecían. Creo, aunque en aquellos momentos esas cosas no las determinaba con nosotros, que él tenía la voluntad de ir a luchar a Argentina por esa razón; era como si tuviera la oportunidad de poder continuar el sueño suyo, de quedar fiel a lo que él pensaba sin tener que rendir cuentas a nadie. Más que todo, el Che era un hombre de convicciones; hubiera hecho cualquier cosa por la lucha, a tal punto que yo siempre tuve miedo a un castigo del Che: sus castigos verdaderamente eran despiadados, podía dejar a un hombre dos o tres días sin comer, ponerlo seis horas de guardia sin importarle su agotamiento, etcétera. Para mí, en ese aspecto, él tenía poco tacto, porque, después de que había impuesto un castigo, ese hombre debía hacer cosas extraordinarias para ganarse de nuevo la confianza. Eso era un poco ridículo, uno se decía: «Ahora te estás destacando, ¿no? Pues sí, destácate, ¡tienes tiempo para eso!».

Nunca entendí eso del Che, pues un hombre puede cometer cualquier error, pero puede superarlo también. Por eso al Che le teníamos a la vez admiración y miedo, y a veces me parece que, cuando el respeto se perdía un poco, él hacía uso de nuestra admiración.

* * *

Ya en Bolivia, a mí, personalmente, una cosa me dolió muchísimo, que él no me reconociera como vanguardia, que era un honor que se le hacía a veces a un combatiente ante los demás compañeros. Eso pasó el 12 de marzo de 1967, cuando Marcos (el nuevo seudo de Pinares) y todos los demás llegamos al campamento. Yo había tenido que hacer todo el camino descalzo, llegué en la tarde, dormimos y, en la mañana, salí con cuarenta y seis kilos a cuestas otra vez para llevar al grupo del Che comida, ropa y zapatos, pues ellos también venían descalzos.

Aquí cabe aclarar lo que quizá sea un detalle sobre lo que se ha ido diciendo, como un ejemplo del extremismo del Che, acerca de que en el Congo forzara a los cubanos a ir descalzos. Eso no es cierto. Lo que pasó es que hubo muchos cubanos que, por flojos, dejaron en el barco o en la embajada las botas que hubieran debido llevar y fueron con zapaticos no propios para el monte, zapaticos de ciudad. A ésos, cuando llegaron a la selva, sus zapatos no les duraron ni una semana. El Che había llevado una reserva para aquellos a los a que se le fueran rompiendo las botas, pero no había bastantes para los que habían llevado zapaticos suaves, entonces el Che lógicamente les dijo: «Zapatos no hay, caminen descalzos, ustedes que por flojos dejaron sus botas. Estas son para los hombres que sí trajeron las suyas, por si se les rompen. Ustedes no tienen derecho a ello, ¡quítenselas al enemigo!». Claro que no es fácil andar descalzo por el monte, en los primeros diez o quince días el dolor es espantoso, pero la culpa no era del Che.

En Bolivia me pasó lo mismo, porque se me utilizó para pasar a la gente al otro lado de un río que estaba hondo; me quité las botas en una orilla, la balsa se rompió y me quedé del otro lado sin ellas. El Che trató de culparme como que había sido un descuido mío, pero no lo era. Sí, recuerdo que andar así descalzo era terrible, terrible.

Pues, volviendo a aquel día, como yo me había ido a la desembocadura del río con el médico peruano que llamábamos el Negro, es cuando vi una avioneta volando río arriba, río abajo. Consideré que el ejército venía

bajando por el río y que se iba a topar de frente con los nuestros, que estaban totalmente desprevenidos, cansadísimos y ya diezmados. Entendí que, bueno, lo mejor que podía hacer era situarme en un lugar que había allí desde donde tenía un dominio absoluto con mi ametralladora. Eso serviría para aguantar al enemigo y también ponerle un aviso al Che, pues, mientras yo aguantaba al enemigo, el Negro iría río abajo a encontrarse con nuestros combatientes. El Che, al hacer la evaluación, reconoció mi trabajo a medias; dijo que sí, que había sido un esfuerzo muy grande, muy bonito, pero que no por eso me daba el título de vanguardia, pero me sobresaltó cuando dijo al concluir, habiendo reconocido a otros como el Rubio o San Luis: «Pero no podemos nombrar a Benigno entre las vanguardias por haber decidido quedarse esperando dos días en la desembocadura del río».

En el Congo también hubo cosas así. El Che impuso un reglamento: que el cubano que realizara un acto sexual con una congoleña tenía que casarse y regresar a Cuba con esa mujer, independientemente de que fuera ya casado o no. Un día, a uno que estaba casado en Cuba y tenía dos hijos, lo cogieron haciendo el amor con una congoleña. Los casaron y, como lo que decía el Che siempre se cumplía, ese compañero ya vio llegar el momento en que estaría obligado a marcharse con aquella negrita. El era negro también. El Che le dijo:

—Tienes que llevártela.

El compañero se apoderó en un combate de unos cuantos francos y se los dio a la negra para que se fuera; ella se fue, le salía mejor, y él se quedó librado de ella. A los pocos días, el Che le preguntó:

—¿Y tu negra?

—No sé, hace como tres días que no la veo.

Pero el Che mandó a buscar a la señorita en una aldea cercana, y entonces el hombre aquel se pegó un tiro. Aquello fue feo, nosotros nos lamentamos, pero el Che nos echó una descarga diciendo que eso era por lo indisciplinados que éramos, que si no no sucederían tales cosas y que por eso se tomaban medidas severas, para evitar que se diera un relajo total. Tuvimos que ponemos duros al prepararnos para enterrar al compañero, porque el Che, por darle sepultura al compañero, prácticamente consideraba que estábamos desobedeciendo sus órdenes. Eso no nos gustó, decíamos: «El Che es demasiado duro, eso no se puede, ¿cómo vamos a dejar a este compañero mal enterrado, de esa forma?».

Logré ver que el Che actuaba según cómo amaneciera su carácter.

Si se encontraba contento, tranquilo, él actuaba con más cariño, más respeto. Pero allí, en aquel lago, andaba muy impaciente, no se tranquilizaba, le cogían largas horas en la noche caminando o leyendo, sin esa tranquilidad que le permitiera decir: voy a tirarme a descansar seis horas, a dormir.

* * *

Otra cosa penosa era que prácticamente ni sabíamos por qué motivo habíamos ido al Congo. Eramos simple y llanamente soldados que cumplíamos lo que se nos ordenaba. La opinión que hoy tengo es que nosotros estuvimos en el Congo como unos mercenarios más, no en las intenciones sino en los hechos. Yo entiendo que todos debimos ser bien informados de lo que íbamos a hacer, de lo que íbamos a enfrentar, de la situación política, ideológica y demás, independientemente de que muchos tuviéramos bajo nivel cultural.

Pero no se nos impartió ningún tipo de curso, como de geografía, historia, o de política. Lo que sí hizo el Che fue damos clases culturales a mí y al Tuma. Yo estaba siempre fuera de su alcance, pero venía dos o tres veces por semana para que me pusiera las tareas, entonces me las llevaba o las hacía allá en el campamento. Con el Tuma, el Che lo tenía más difícil, porque siempre el Tuma le decía: «No, no, estudie usted; cuando haya que pelear usted me avisa».

Lo del Congo fue muy atropellado. Pero era imposible decirle al Che lo que pensábamos; nosotros nos dedicábamos a adorar al Che, sus errores siempre tratábamos de esconderlos, tal vez debido a nuestra inmadurez. El Che nos trataba como si fuéramos marionetas. No contábamos como oficiales. Por más responsabilidades que teníamos, no teníamos derecho a voto. Cuando nos llamaba a una reunión, era para una descarga. A ninguno preguntaba su opinión. A cualquiera que se atrevía a preguntar algo le respondía tan irónicamente, que uno quedaba desautorizado de antemano. «Usted se calla, no opina», era su respuesta.

Pero no sólo con nosotros se comportaba así; también lo hacía con Aleida, su mujer. Cuando ella daba una opinión que a él no le gustaba, delante de todo el mundo la mandaba a callar con brusquedad. Pero tal vez sea una costumbre argentina, porque tengo amigos argentinos que también tratan a su mujer con mucha brusquedad y sin importarles si están delante de otras personas, las humillan; eso a mí me molesta mucho.

El Che tenía relaciones con otras mujeres, pero él era muy discreto en eso. Pero pienso que a él no le hacían falta las mujeres; eran más bien como un objeto del cual se servía.

Era duro con los demás, porque lo era también consigo mismo.

En el Congo tuvo una diarrea intermitente que se le salía sin darse cuenta, lo que lo obligaba a ponerse compresas; nosotros le hacíamos bromas diciéndole que le había llegado la regla. Pero a pesar de su enfermedad quería seguir luchando, no quería regresar a Cuba. Eso es lo que más admiro de él; esa voluntad de seguir queriendo, aunque no pueda más.

Fidel no estuvo de acuerdo con la ida del Che al Congo; de ahí el empecinamiento del Che de no querer volver a Cuba. Según he podido captar, había dos puntos fundamentales por los que Fidel se orientaba con respecto al Che y su ida: uno, por las implicaciones de Cuba como gobierno en la zona y las consecuencias que esto podría traerle. El otro —y por eso, al mismo tiempo le convenía que se fuera— era la rivalidad conocida de Fidel, que no permite que a su alrededor se encuentre alguien con más conocimiento o de mayor importancia que él. Para aquella época, la proyección del Che era enorme debido a las responsabilidades que había ido acumulando. Como comandante, tenía responsabilidades en el ejército, además se ocupaba del Ministerio de Industria, del de Comercio Exterior, viajaba constantemente buscando vías de comunicación y apoyo diplomático, por lo que su imagen cada día crecía más. El pueblo de Cuba se va haciendo una imagen muy positiva, muy grande de él, entonces aquello comenzó a caerle mal a Fidel, sobre todo a Raúl. La gente decía: Che-Fidel, mientras que la figura de Raúl quedaba muy opacada; entonces surgen problemas entre Fidel y Raúl. Ese fue el conflicto principal; entre las ambiciones de mando de los hermanos Castro. A tal punto, que dentro de las Fuerzas Armadas se comentaba: «¡Oye tú! Nada más que se oye hablar del Caballo, y del Caballito, nada». El Caballito era Raúl, y eso llegaba a sus oídos.

16
Reencuentro con el Che

Cuando el Che regresó a Cuba, como ya lo dije, en abril de 1966, nosotros no tuvimos conocimiento de eso; sólo sabíamos que en Praga él se había comprometido con nosotros —conmigo, Pombo, Tuma, Papi[27] y otros compañeros— para ir a la Argentina, o Bolivia, siendo el verdadero objetivo Argentina. Yo sentía en mí un compromiso moral con él de ir a Argentina a ayudarle a hacer su revolución.

Al mi regreso del Congo a Cuba, en diciembre de 1965, volví a mis mismos quehaceres de antes: el entrenamiento de extranjeros. Se me mandó primero a la provincia de Pinar del Río y, después, por otras partes del país, al Escambray y también la parte oriental, para entrenar a todo tipo de latinoamericanos: argentinos, chilenos, bolivianos, brasileños, uruguayos, guatemaltecos, costarricenses, algunos nicaragüenses, un grupito de ecuatorianos. Una escuela de entrenamiento muy importante era el Punto Cero en Guanabo, al este de La Habana, donde se recibía todo tipo de extranjeros, pero compartimentados: no se podían mezclar entre sí. Les enseñábamos a preparar explosivos, a abrir cualquier tipo de caja fuerte, a poner minas cazabobos, les dábamos clases de espionaje y contraespionaje, así como de tiro antipersonal, de defensa personal, de primeros auxilios y demás.

En el mes de junio de 1966 me mandaron para la provincia de Oriente a entrenar un grupito de colombianos, entre ellos el cura Domingo Laín, miembro del grupo de guerrilleros colombiano encabezado por Fabio Vásquez, que murió luego en combate. Aquel entrenamiento empezó como todos, pero debía durar sólo dos meses, pues ellos habían salido con ese margen de tiempo nada más y después tenían que reingresar de nuevo. En los primeros días del mes de julio tuve un accidente: me hernié bilateralmente en la ingle y fui sometido urgentemente a una operación quirúrgica. Sólo llevaba diez días de haber sido intervenido cuando me pasaron un recado de Raúl Castro dando la orden de que el primer capitán Manuel Hernández Osorio y el capitán Dariel Alarcón Ramírez se presentaran el lunes a las ocho de la mañana en la Habana, al despacho del

ministro del Ejército, Raúl Castro, en el Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas.

Así lo hicimos; aunque a mí no me querían dar de alta en el hospital, me fui, con todos los puntos todavía, a pesar de la protesta de los médicos, responsabilizándome de lo que me sucediera. Cuando llegamos al Estado Mayor, nos presentamos ante el ayudante del ministro, el comandante Moisés Shio Wong, de origen chino, que había sido invasor con el Che. Allí empezaron a llegar compañeros que conocía desde hacía muchos años, como los comandantes: Antonio Sánchez Díaz (Pinares), Juan Vitalio Acuña (Joaquín), Gustavo Machín Hoed de Beche (Alejandro), José María Martínez Tamayo (Ricardo); los capitanes: Manuel Hernández Osorio (Miguel), Jesús Suárez Gayol (Rubio), Eliseo Reyes (San Luis), Orlando Olo Pantoja (Antonio), Alberto Fernández Montes de Oca (Pacho); el primer teniente: Carlos Coello (Tuma); primer capitán: René Martínez Tamayo (Arturo), Leonardo Tamayo Núñez (Urbano), Harri Villegas Tamayo (Pombo); el primer teniente y médico Octavio de la Concepción de la Pedraja (Muganga, Moro). Cuando ya estuvimos todos reunidos, el comandante Shio Wong llamó al ministro: «Compañero ministro, ya todos los compañeros citados están aquí».

En eso, Raúl salió a la puerta y nos mandó pasar. Yo en verdad me sentía un poco confuso, me extrañaba mucho aquella llamada urgente al Estado Mayor General e iba un poco asustado. Aunque yo no había hecho nada malo, pensaba que todo podía ser por problemas del entrenamiento, de los grupos de extranjeros, etcétera. Pero cuando miramos a Raúl, le vimos un carácter halagüeño, fácil, no de un tipo molesto ni nada, entonces me di cuenta que no se trataba de echamos ningún regaño. Al pasar nosotros por su lado, él nos fue dando la mano y, con la otra, nos daba una palmadita en el hombro. Entramos en su despacho, nos brindó café y puros, y nos dijo: «Bueno, felicidades, debo comunicarles que ustedes han sido seleccionados para cumplir una misión muy importante».

No nos dijo nada más, nos volvió a dar la mano y se despidió de nosotros. Bajamos al parque y allí había un camión con un toldo; de conductor iba el comandante Tomassevich, y aquello nos sorprendió sobremanera, pero, bueno, como que ya se había hablado de una misión especial, subimos en el camión aquel, se cerró el toldo y pasamos a atravesar La Habana. Fuimos directamente a un lugar llamado San

Francisco, situado en la parte occidental del país, específicamente donde comienza la Sierra del Rosario, entre los pueblitos de Artemisa y Cabaña.

Allí había una barraca que ya conocía, una especie de campa- mento, y esperaban tres oficiales: uno que iba a hacer de cocinero, otro que se encargaría de la logística y el tercero estaría de ayudante. Nos explicaron que allí había un poco de armamento: fusiles Fal belgas, R10 norteamericanos, Garan M-l también norteamericanos, algunos fusiles mecánicos Springfield, carabinas M1 y M2, bastante parque, bazucas norteamericanos calibre 88,9, morteros calibre 81, cañones 57 mm norteamericanos sin retroceso, ametralladoras belgas Uzi y norteamericanas M3 y Thomson...

Entonces Tomassevich se fue sin decimos nada y decidimos comenzar a practicar con todo aquel armamento. Me dieron la tarea de profesor de tiro, ya que era uno de los que más conocimiento tenía de armamento, especialmente del armamento norteamericano. Pinares se puso de profesor de táctica; el Rubio, de topografía; Alejandro, de historia de América Latina, pero específicamente de Venezuela. Nosotros considerábamos que el lugar adonde íbamos debía de ser Venezuela o Colombia, ya que eran los dos países en donde existían frentes armados, y escogimos más bien Venezuela. A través del *Libro de los tres continentes*[28] nos dedicamos a estudiar Venezuela, a grandes rasgos, porque el libro no explicaba mucho. San Luis daba clases de supervivencia y Manuel Hernández Osorio, con la ayuda de Antonio, clases de explosivos, de explosivos caseros. Teníamos muy buena alimentación, no nos faltaba prácticamente nada.

Como a los diez días volvió Tomassevich, que también se había estado preparando, él para ir a Venezuela. Le preguntamos que cuándo nos íbamos, hacia dónde y con quién, pero él contestó que no sabía nada, que lo único que podía decimos era que nos iba a llevar ahora para otro lugar donde se hallaba un español llamado Ramón y que teníamos que tener un poco de ecuanimidad con él porque, según decía Fidel, era un poco malcriado, grosero. Nosotros le contestamos que no importaba, con tal de irnos pronto. Teníamos una fiebre tremenda de lucha intemacionalista. Así que salimos rumbo a Occidente, en el mismo camión con su toldo, hacia un lugar llamado San Andrés de Taiguanabo, próximo a Viñales, ya en el corazón de la cordillera de los Organos. Allí llegamos a una casa muy bella, que era todo un contraste con el lugar. En aquel mogote mejor se hubiera esperado ver algún bohío campesino, y lo que vimos fue una mansión al estilo del

barrio de Miramar,[29] con una piscina muy linda que se surtía de un manantial, con un establo y buenos caballos de pura sangre, y todo así de lujo. Entonces nos bajamos del camión y Tomassevich le dijo a Pinares: «Pinares, prepara el grupo, yo voy a avisarle al doctor que ya ustedes están aquí».

Todos estábamos a la expectativa, esperando ver salir a un individuo vestido de verde olivo, con ropa ajada, una pistola a la cintura y un par de botas rusas, como un hombre que estuviera en entrenamiento, preparándose para la guerrilla. Pero continuó el contraste, pues llegó un señor que era todo un caballero, vestido de cuello y corbata, con traje de corte a la parisién, zapatos bien lustrados, calvicie muy pronunciada, espejuelos montados al aire, fumando pipa y caminando muy pausadamente como si no tuviera tantas ganas de llegar hasta nosotros. Al mirarlo pensé: «Este no puede ser el hombre que se va a alzar con nosotros, no tiene la más mínima característica de ser un guerrillero ni mucho menos. Con este estalage que tiene, este hombre no puede ir a ninguna lucha». El por fin se acercó a nosotros y Tomassevich le dijo:

—Mire, doctor, éstos son los hombres de los cuales el comandante le había hablado, a ver qué le parecen.

Nos seguía mirando con una mirada penetrante y como un poco burlona. Por fin le dijo a Tomassevich:

—A mí me parece que son todos unos comemierda.

Nosotros lo miramos estupefactos, ya con ganas de irle arriba, pues más insultante no podía ser. Entonces él vino, siempre con una risita burlona, y nos dio la mano a cada uno de nosotros diciendo:

—Mucho gusto. Ramón.

Y así a cada uno. Cuando terminó, Tomassevich le preguntó: —Bueno, ¿qué le parece ahora?

—Para mí siguen siendo los mismos comemierda.

Aquello era una humillación muy grande y muy difícil de aguantar. Pero allí nos quedamos, mirando a aquel hombre que no nos agradaba en absoluto. Hubo un momento de silencio, y entonces, él miró a Pinares y le dijo:

—Yo a ti te conozco.

—A mí es imposible que usted me conozca.

—¿Tú no eres el comandante Pinares?

—Sí, sí, yo mismo, soy el comandante Pinares.

Aquello, en un tono bastante altanero, como que hasta ese señor lo podía reconocer. El doctor prosiguió:

—Entonces tú eres aquel que, cuando la crisis de octubre,[30] andaba aquí por Pinar del Río en un jeepecito todo destartalado, con el bolsillo lleno de tabacos, metiéndoles mentiras a los campesinos.

Pinares, al sentirse ofendido, tomó poses agresivas, pero lo hizo de una forma un poco cómica y nosotros empezamos a reír, y también se reía el personaje aquel. En medio de esa risotada, el Rubio rompió el grupo, fue hacia el doctor y lo agarró por el cuello diciendo:

—Coño, ¡qué bicho eres tú!, coño, ¡qué bicho eres tú!

Nosotros miramos un poco incrédulos al Rubio, no nos parecía bien que hiciera eso. Entonces, al ver que permanecíamos inmóviles, nos miró a todos, sin soltar del cuello al doctor con el brazo derecho, y, extendiendo el brazo izquierdo, nos dijo:

—Coño, muchachos, ¡es el Che!

Corrimos hacia ellos, empezamos a mirar a aquel hombre, a buscarle algún parecido al Che, pero no lo logramos. Acto seguido, Pinares le mandó quitar el saco, se quitó su camisa verde olivo y se la puso, le quitó los espejuelos, le puso su gorra para taparle la calvicie, y así apareció la imagen del Che, claro que sin la barba, y aquello fue un motivo de alegría muy grande. El Che no había intentado humillamos, tan sólo ponía a prueba el trabajo técnico que se le había practicado. Todos nosotros éramos viejos amigos suyos, viejos combatientes junto a él y, efectivamente, no lo habíamos reconocido. Ya podía pasearse por el mundo, que el enemigo no lo detectaría con facilidad. El estaba muy contento y felicitó por el trabajo realizado a los «ramiritos», que así llamábamos a los miembros de la Seguridad por ser Ramiro Valdés el ministro del Interior.

17
Entrenamiento con el Che

Allí comenzó el Che a explicamos todo cuanto íbamos a hacer. Nos entregó un armamento importante a cada uno, específicamente un fusil soviético AK para llevarlo con nosotros permanentemente, y, además, un Fal, un Garan, un Springfield y una carabina M1 para realizar tiro con ese armamento menos con el AK, pues ya sabíamos todos manejarlo. Después allí teníamos Thomson, M3, Panton argentinas, versión de la M3 en 9 mm, MP 40 alemanas, que eran las que se usaron en la segunda guerra mundial, ametralladoras calibre 9 mm y morteros calibre 81 y calibre 60, bazucas calibre 88,9, cañones 57 norteamericanos y cañones chinos. Todo un arsenal de armas para entrenamos.

El Che nos planteó de inmediato que teníamos que hacer el esfuerzo de olvidar nuestra condición de oficiales para convertimos de nuevo en soldados. Así nos explicó que ese mismo día habríamos de comenzar a hacer guardia y que él también se pondría en la lista, pues, lo mismo que a nosotros, le hacía falta ser entrenado y haría lo mismo que el resto de los que estábamos allí. También dijo que a partir del día siguiente comenzaríamos el tiro, empezando a las seis de la mañana: se daría la diana a las cinco, y entre cinco y seis, deberíamos realizar el aseo personal, desayunar y trasladar cada uno los fusiles a utilizar durante el día, así como la cantidad de municiones necesaria. El tiro se terminaría, a costa de lo que fuera, a las once del día. Precisó que el promedio del tiro debía ser de un noventa, quien no lo hiciera perdería un punto y el que llegase a perder diez puntos perdería el derecho a marchar con él. De las once a las doce del día tendríamos una hora de descanso, durante la cual habríamos de limpiar los fusiles utilizados en el tiro e ingerir el almuerzo.

A las doce se emprendería una caminata de doce kilómetros por las lomas, con una mochila de cuarenta y cinco kilos encima. La caminata habría de concluir a la seis de la tarde, y el que no cumpliera perdería un punto. Aquello no era tan difícil para nosotros, la caminata siempre se terminó a las cinco y cuarto o a las cinco y media. A las seis de la tarde nos tocaría otra hora de descanso, entonces podíamos bañamos en la piscina,

tomar algún trago, allí teníamos bebidas de unas cuantas marcas y también helados, pues Celia Sánchez había tenido la delicadeza de mandamos unos congeladores. En esa hora podríamos jugar dominó o naipes, o ajedrez, que jugábamos mucho, y se cenaba. A las siete se comenzaría de nuevo: el Che había planteado que era necesario hacer clases culturales. Para esto nos había dividido en dos grupos, yo, con Urbano, Arturo y Braulio, en el grupo de más bajo nivel, de cuarto grado, digamos. En el otro grupo, de nivel de secundaria: Alejandro y Rubio, como universitarios que eran, fueron asignados para ser los maestros de matemáticas, español e historia, y, para el grupo nuestro, el mismo Che fue nuestro profesor en las tres materias durante dos horas de clase diarias.

Terminábamos las clases culturales a las nueve de la noche; allí venía un reposo de unos diez minutos y tomábamos café, helado o lo que quisiéramos. A las nueve y diez continuábamos con una hora de francés, porque también planteó el Che que, como el viaje nuestro iba a ser a través de Europa, era necesario estudiar francés. El mismo, con una gramática francesa y algunos documentos, nos impartía a todos las clases de francés. A las diez volvíamos a tomar otros diez minutos para fumar un cigarrillo y demás. Después, como íbamos a salir para Bolivia, y en concreto hacia una región en donde predominaba el habla quechua, también nos daba dos horas de quechua todos los días, hasta la doce de la noche. A esa hora, pues, concluía nuestro entrenamiento y nos retirábamos a descansar, totalmente agotados. Muchas fueron las veces en las que pensé que verdaderamente el Che era un hombre de una fuerza extraordinaria, a pesar de su asma, porque hacía el mismo entrenamiento que nosotros y, a la vez, era nuestro profesor en todas esas materias. Y yo me preguntaba en qué tiempo él preparaba esas clases, porque sí que las llevaba preparadas, tenía un guión de clase, hacía preguntas de control, todo estaba bien organizado.

Los sábados y domingos de ninguna manera eran días de descanso, muy al contrario. El entrenamiento no paraba y además solíamos tener visitas de los principales dirigentes, como Ramiro Valdés, Osvaldo Dorticós, que era el presidente de aquella época, miembros del Buró Político y también otros que no eran del Buró; Manuel Piñeiro, como jefe del Frente Liberación, que después se vino a llamar Departamento América, Osmany Cienfuegos, como presidente del OSPAAAL (Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, Africa y América Latina), Celia Sánchez, que era la responsable de avituallamiento y logística, y, en dos

oportunidades, Orlando Borregos,[31] viceministro del Azúcar, a petición del Che.

Todos los fines de semana solía también venir el propio Fidel; era cuando él se tomaba el tiempo de explicarnos la situación de la lucha, la situación específica de Cuba y convencernos de cuál era nuestro papel, cuál era nuestra lucha. El partía de la situación política, económica y social de Cuba, nos planteaba que, por mantener el imperialismo su bloqueo, Cuba se veía en la necesidad extremadamente difícil de coger a sus profesores, así como al ochenta por ciento del ejército, y a un gran por ciento de los obreros fabriles, para llevarlos a la caña y garantizar la zafra, y que esto traía como consecuencia que el país no podía desarrollar culturalmente a su población, a sus jóvenes, y por lo tanto se iba estancando. Por eso era necesario desviar la atención de los yanquis hacia otro lugar de América, pero que fuera un lugar lejano porque, según decía, aunque Centroamérica reunía condiciones para la lucha, no era el lugar más favorable para lo que se perseguía, que era aliviar la tensión sobre Cuba.

Fidel nos daba una explicación histórica, militar y guerrillera de todo cuanto éramos nosotros, de dónde habíamos surgido, en qué nivel social y demás nos encontrábamos. Como si estuviera haciendo a la vez una concienciación y un recuento. El planteaba que era necesario preparamos con fuerza y ahínco, de forma tal que, si a Cuba le costaba diez mil dólares preparar a un hombre como nosotros, al imperialismo le costara más de cien mil destruirlo, que eso era ya una forma de desgaste para el imperialismo. Pero además de ese papel de revolucionarios cubanos teníamos otro, que era el de servir en América del Sur como entrenadores y asesores de las guerrillas, en la primera línea de combate, donde se diera la posibilidad de la muerte de cualquiera de nosotros. Y Fidel nos decía que nuestra lucha sería larga y cruenta, oscilaría entre diez y quince años, y que la posibilidad de regresar a Cuba con vida era mínima. Aunque también nos explicó que se estaban preparando unos barcos pesqueros, que pescarían cerca de la frontera marítima de Chile, para los heridos que no pudieran recuperarse en la guerrilla, con Salvador Allende, entonces presidente del Senado, que se había comprometido a ayudar y, de hecho, lo hizo; y en los partidos de izquierda chilenos, a través de Chile, se podría hacer una filtración, y ése sería el único motivo para regresar antes del triunfo.

Pero lo más importante era que el hecho de llevar nosotros la lucha a América del Sur traería como consecuencia que el imperialismo, que en

aquellos momentos tenía toda su fuerza concentrada sobre Cuba, cogería un miedo terrorífico a la idea de una nueva Cuba en el subcontinente, y de inmediato los yanquis levantarían, por lo menos, el cincuenta por ciento de la presión que ejercían sobre Cuba para desplazarla a América del Sur. Eso favorecería a Cuba, le daría al país la facilidad de sacar a sus profesores de la agricultura y llevarlos a las aulas, y ya entonces Cuba no se vería obligada solamente a subsistir: tendría posibilidades de desarrollo. Muchas veces vino Fidel a hablamos así, insistiendo siempre en los mismos puntos. Siempre también subrayaba la importancia de la voluntariedad total. En nosotros ya estaba arraigada una serie de cosas, una fe ciega en luchar por Cuba y por Fidel contra el imperialismo, dondequiera que fuese necesario.

Y teníamos otro acicate más, que era la carta de despedida que el Che había hecho al pueblo de Cuba y que Fidel leyó el 3 de octubre de 1965, cuando el Che se encontraba en el Congo, en el discurso en el que anunciaba el nacimiento del Comité Central del Partido: aquello nos obligaba más aún porque nos veíamos un tanto como el propio Che. Debo reconocer que en mí había entonces un fanatismo totalmente ciego; lo único que yo veía era guerra, Revolución y Fidel.

Por cierto, estando reunidos en el campamento de la comandancia en el Congo, al Che le sorprendió sobremanera la publicación de esa carta. Se disgustó mucho al escuchar la lectura por Fidel de esa carta. Según sus palabras textuales, a ese documento no se le podía dar lectura sino en caso de que algo anormal sucediera con su persona, era como una especie de testamento. El Che se quitó la gorra y la estrujó entre sus manos y dijo con indignación: «Las cosas están tomando otro curso, pues se están violando los acuerdos hechos entre amigos que parecen desaparecer, y entre sombras asoma el culto a la personalidad, Stalin parece que no ha muerto», y se retiró sin terminar de escuchar el discurso.

Yo no entendía nada de lo que el Che decía; apenas si sabía quién era Stalin. Allí estaban Fernández Mell, el doctor Menchero y Muganga, seudo de Octavio de la Concepción, también conocido por el Moro, que murió en Bolivia. Aquellas palabras me quedaron dando vueltas en la cabeza. Lo del culto de la personalidad, según entendía, era el Che Guevara, el hombre que el pueblo de Cuba amaba y respetaba más. El que el hombre al que América, y buena parte del mundo, le tenía una gran confianza, reconociera los méritos de Fidel, como lo hacía en esa carta, tenía un mérito extraordinario. Más tarde caí en la cuenta que una de las razones que llevó a

Fidel a publicar esa carta era, precisamente, las alabanzas que el Che le hace, sobre todo cuando el Che dice: «Mi única falta de alguna gravedad es no haber confiado más en ti desde los primeros momentos de la Sierra Maestra y no haber comprendido con suficiente celeridad tus cualidades de conductor y de revolucionario. Pocas veces brilló más alto un estadista que en esos días [se refería a la crisis del Caribe], me enorgullezco también de haberte seguido sin vacilaciones identificado con tu manera de pensar y de ver y apreciar los peligros y los principios».[32]

18

Se nos dijo que nuestro objetivo inmediato era llevar la Revolución a Bolivia

Fue en aquel campamento que por fin se nos informó para dónde íbamos a salir: Bolivia. A partir de ese momento se nos habló a diario sobre las organizaciones políticas bolivianas y, principalmente, del Partido Comunista, cuyo secretario general era Mario Monje. En aquellos momentos ya en Cuba se había preparado un grupo de bolivianos, formado por los hermanos Peredo (Inti y Coco), el Loro, el Ñato y otros más que después cayeron en Bolivia. Eran miembros del Partido Comunista boliviano, incluso algunos del Comité Central. Se nos dijo que, como ninguna de las otras organizaciones de izquierda en Bolivia tenía intención de ir a la lucha, no se tomaban en cuenta, por el momento, que ya estarían obligadas más tarde a sumarse al Partido Comunista, siguiendo sus órdenes y directivas, cuando este partido se hubiera lanzado a la lucha de guerrilla. El Inti y Coco Peredo llegaron a Cuba en el mes de abril de 1966, prácticamente cuando se dio también el regreso del Che del Congo; esos bolivianos se entrenaron al mismo tiempo que los cubanos y que el Che, pero en un campamento diferente, pero mientras se entrenaban nunca supieron que nosotros y el Che también nos entrenábamos; de hecho, algunos hicieron el viaje a Bolivia en el mismo avión que el Che, por supuesto sin saberlo: Aniceto, Pedro, Ñato, Chapaco, Lorgio Vaca, Maimura y Walter.

Se nos planteó que nuestro objetivo inmediato era llevar la Revolución a Bolivia y que, después de establecemos allí, la lucha se extendería a Argentina, Brasil, Perú, Uruguay... No así en Chile, pues este país se mantendría como reserva estratégica, primero para aprovechar sus dos mil millas de frontera marina, porque los partidos chilenos de izquierda siempre estaban dispuestos a ayudar, y, segundo, porque se pensaba que, en aquellos momentos, Chile no tenía condiciones para la lucha armada. Chile, en realidad, serviría como una fuente de abastecimiento para toda la guerrilla sudamericana. De Paraguay no se habló mucho, pues se decía que su núcleo revolucionario era muy pequeño y débil, incluso se hallaba en la

clandestinidad fuera del país. Igualmente, parecía que en Ecuador el movimiento era muy pobre y que los revolucionarios ecuatorianos sólo comenzarían a sumarse a la lucha después de que América del Sur estuviera totalmente en llamas.

En Bolivia se planteaba que Mario Monje, a nuestra llegada, se incorporaría de inmediato a la lucha, pero no directamente en el monte. Se había discutido mucho con él al respecto y, al fin y al cabo, Mario Monje se quedaría en la ciudad al frente de la lucha clandestina, mientras serían los hermanos Peredo los que subirían al monte. En Bolivia se iban a abrir dos frentes: uno en la zona de Chuquisaca, departamento de Sucre, y el otro en el Alto Beni. Se nos explicó que nuestro primer objetivo, al llegar a Bolivia, no sería el de pelear, sino abrir una escuela de preparación guerrillera. El 20 de diciembre de 1966 habría concluido ya la entrada de los cubanos y de los primeros sesenta bolivianos, ya deberíamos estar en el monte. El Che sería el primero en llegar y, de inmediato, se haría un llamado a todos los dirigentes sudamericanos en el área para que concurrieran a Bolivia con sus hombres por las vías que señalara Mario Monje, de forma que, a principios de 1967, ya estuvieran todos los que se irían a entrenar allí, argentinos, brasileños, peruanos, bolivianos.

Específicamente, mi papel era formar una especie de pelotón de combatientes de varios países que tendría que preparar como puntas de vanguardia, ametralladores y exploradores. Mi primera tarea sería hacer una incursión con aquel grupo hasta la frontera con Argentina, abrir una senda e impartir clases prácticas, ya sin ninguna de teoría, excepto enseñarles a orientarse con la brújula y por las estrellas; los astros que servían para orientarse en Bolivia no eran los mismos que en Cuba, pero si se explicaba bien era fácil, y también era fácil entender la topografía. Se harían paradas para practicar tiro, según las condiciones de los lugares por donde fuéramos. Establecido el camino aquel hasta la frontera con Argentina, yo regresaría por la misma vía para reconocerla bien, porque los argentinos que yo estuviera enseñando tendrían posteriormente que guiar un grupo que ya se preparaba. Al regresar yo tomaría un nuevo camino y haría lo mismo, esta vez hacia Brasil. Aquella fase de preparación debía durar seis meses, al cabo de los cuales quedarían distribuidos los frentes.

Al concluir estas exploraciones saldría rumbo a Sucre con un grupito pequeño, no más de seis hombres, y ya no con armas largas, sino con armas cortas, porque iríamos hacia una zona bastante poblada de campesinos.

Nuestro papel sería entonces descubrir un cuartel en la zona de Chuquisaca o Sucre, pues el Che pensaba dar el día 26 de julio —día del aniversario del asalto al cuartel Moncada que dirigió Fidel en Santiago de Cuba en 1953—, exactamente, un golpe en el cuartel que hubiéramos escogido, con todos los alumnos, para darles su bautismo de fuego y determinar allí cuáles eran aptos para la guerra y cuáles no. Con esa fecha se buscaba saludar la Revolución cubana al mismo tiempo que hacer conocer el movimiento de liberación nacional de Bolivia.

Según lo que llegué a entender, el Che planteaba que al concluir aquella fase, y una vez establecido el frente en Bolivia, él pasaría a Argentina con los argentinos y algunos cubanos, Inti quedaría de jefe en la región de Sucre, Coco sería el jefe en el Alto Beni, región que ya había sido estudiada por Régis Debray, Carlos Lamarca en el Brasil y Raúl Sendic en el Uruguay; ni de Venezuela ni de Colombia nos ocuparíamos, porque ya esos países tenían sus frentes organizados, prosiguiendo el proyecto del Che de crear dos, tres, muchos Vietnam. Cada frente pasaría por su vía. A los peruanos en cambio no les habíamos abierto senda, porque el Perú quedaba muy distante; hubiera sido necesario atravesar todo el altiplano al descubierto, luego el Beni. Ellos tendrían que arreglárselas por distintas partes de la frontera para llegar hasta Perú y comenzar también la lucha antes de terminar 1967. Esas cosas, todo lo que era el plan de acción, nos las explicaba el Che, mientras la necesidad de convertimos en mártires de la Revolución latinoamericana nos la planteaba Fidel.

El logró convencemos de que verdaderamente el papel que nosotros íbamos a hacer sería de una extraordinaria hermosura. Nos planteaba que cualquier hombre podía morir en cualquier lugar sin nadie saberlo, o morir en el seno de su familia y al cabo de un corto tiempo estaría ya olvidado. Mientras que nosotros seríamos héroes de la Revolución latinoamericana y perduraríamos como bandera para siempre. Aquello nos entusiasmó bastante y nos interesaba por las palabras lindas con las que hablaba, de una forma llena y cargada de sentimiento. Nos recordaba las necesidades del pueblo cubano, y nosotros, que íbamos a dejar en Cuba nuestro cuadro familiar, decidimos que era más hermoso convertirse en un héroe que vivir una vida de a poquito, llena de miseria y calamidad. Empezamos a pensar que, por lo pronto, nuestros familiares y todos cuantos nos conocieran, incluso todos aquellos que no nos conocían por no haber nacido todavía, nos verían con orgullo.

Así que nos marchamos satisfechos con todo lo que se nos había inyectado en nuestro cerebro. Considero que se nos transformó totalmente, hasta la forma de pensar y de idear, porque yo antes no pensaba así, no veta desde ese ángulo la Revolución. Para mí, honrada mente, me bastaba con haber hecho la mía, pues yo con eso me sentía plácido, consideraba haber hecho algo grande ya. Y, siendo capitán, con un auto, con una casa radicada en Miramar, sentía bastante tener que deshacerme de todo aquello y dejar además mi esposa que tanto quería, para sumarme a la lucha. Y más con lo que nos pronosticaba el Che: para que hiciéramos más fuerte el entrenamiento, él nos ponía como ejemplo las invasiones que habíamos hecho de Oriente hasta el centro de Cuba, cuando caminamos treinta y tres días por terrenos extremadamente accidentados o muy cenagosos, con tan sólo once comidas bastante magras, y nos decía que eso comparado con lo que nos esperaba en Bolivia era un paseo turístico. Pensábamos que el Che exageraba, pero, en realidad, tenía toda la razón; no teníamos experiencia de la América del Sur, no conocíamos la cordillera de los Andes ni todos los tipos de insectos malos y de animales salvajes que allí existían.

Así fuimos llevando adelante nuestro entrenamiento, que cada día se hacía más difícil. Como a los quince días de haber empezado, se apareció Fidel con toda la documentación nuestra, donde se detallaba lo que iba a servirnos de biografía y de leyenda para el cambio de nuestra identidad. Nosotros lo recibimos con mucho agrado, pues, como esa documentación debía ser aprendida de memoria, vimos la posibilidad de quitamos de encima las clases culturales y el francés. Porque para mí, no teniendo ni el sexto grado, estudiar francés, al igual que a los otros, era una tortura permanente. Cada semana el Che nos examinaba y había que aprobar el examen, el que no aprobara perdía puntos. Y a la postre nos dimos cuenta que aquello no había servido para nada: yo no pasé por Francia en aquel momento, y cuando tuve la oportunidad de encontrarme con franceses, no sabía ya pedir ni agua; se me había olvidado todo.

Entonces, cuando Fidel hubo traído esa documentación, de inmediato fuimos a ver al Che y le planteamos que para poder estudiarla era necesario dejar las clases culturales y el francés. Pero él tranquilamente nos contestó que no tenía la culpa de que en La Habana siguieran siendo unos irresponsables, que esos documentos tenían que haber llegado al mismo tiempo que nosotros para poder integrarlos en el plan de estudio del entrenamiento y que, por lo tanto, esa documentación el que no se la

aprendiera no iba con él, de manera que sólo nos quedaba el remedio de aprenderla en el horario libre. Aquello se volvió una guerra: le preguntamos cuál era el horario libre y él nos dijo que después de las doce de la noche: en vez de hablar de mujeres, jugar dominó o tomamos tragos, bien podríamos estudiar los documentos. Yo muchas fueron las noches en las que no dormí, sorprendiéndome la diana mientras estudiaba. Es que yo iba a salir a Bolivia como ecuatoriano, entonces tenía que estudiar sobre la historia del Ecuador, yo que ni sabía en qué parte del hemisferio quedaba ese país.

Tuve la suerte de hacer pareja con Alejandro. Los dos íbamos de ecuatorianos, como también otra pareja. Se había dado la orden de compartimentar y estudiar en parejas. Alejandro tenía experiencia del mundo exterior y una buena preparación; me ayudó mucho y, más que estudiar para él mismo, se dedicó a enseñarme a mí. Lo hizo de verdad con mucha entereza y se lo agradezco, porque, de no haber sido por él, no hubiera aprendido nada. Pero así aprendí todo eso tan bien que aún hoy creo poder recordar todas las leyendas que se me habían inventado al respecto de Ecuador. Yo en la documentación me llamaba Benigno Soberón Pérez, y él, Alejandro Raizuaga, ya no sé cuál era su segundo apellido. Eramos codueños del almacén Europa, situado en la Avenida 9 de Octubre en Guayaquil, entre las calles Pichincha y Chimborazo; aquel almacén tenía siete pisos y se dedicaba a la venta de artículos norteamericanos, desde la aguja de coser hasta el automóvil. Yo era de origen campesino, venía de la provincia de Esmeralda, ya en la zona amazónica, y mi fortuna la había adquirido a través de mi padre que había sido un contrabandista.

Cada día nuestro entrenamiento era más duro, pero cada día íbamos mejor, a tal punto que algunos realizábamos la caminata en dos horas y veinte minutos, cosa extraordinariamente difícil, y por eso nos solían llamar «guajiros salvajes», «guajiros brutos», «animales» y otros calificativos de la misma índole. Cuando venía Fidel, también se nos hacían exámenes, por ejemplo exámenes de Interpol: nos vestíamos de traje, cogíamos nuestras valijas en la mano, simulábamos llegar a un aeropuerto. Entonces Fidel y Ramiro Valdés hacían de base de Interpol, nos interrogaban sobre nuestra biografía y sólo después nos daban el visto bueno.

Todo este entrenamiento lo concluimos el 15 de octubre de 1966. Pero tres días antes sucedió algo un poco pesado. Estaba previsto que nosotros debíamos partir directamente del lugar de entrenamiento hacia Bolivia, o

sea, que no podríamos despedirnos de nuestros familiares. Yo no protesté ni exigí nada, pero sí consideré que era una cosa bruta, bastante inhumana, porque, si íbamos a una misión donde existía la posibilidad de nunca regresar ni de volver a ver a los nuestros, yo pensaba que por lo menos debería permitírsenos despedirnos de nuestros seres más queridos. Y hubo un altercado, pues Ramiro Valdés cometió el error, favorable para nosotros, de llevar a Aleida, la esposa del Che, para dejársela allí durante los días que quedaban de entrenamiento. El Che, esos últimos días, ya no hacía la caminata, porque tenía que trabajar duramente: él llevaba documentación de reserva por varias nacionalidades y tenía que aprender más leyendas que nosotros. Cuando Ramiro Valdés llegó allí con la señora del Che, éste formó una bronca espectacular, le echó en cara veinte mil cosas a Valdés. A Aleida ni la dejó bajar del auto, ni la saludó. Lo que salvó la situación fue que justamente entonces llegó Fidel en un *jeep* mientras nosotros bajábamos por la carretera. Cuando Fidel nos vio, se paró, nos invitó a subir al *jeep* y nos preguntó cómo estábamos, le dijimos que bien, pero añadimos:

—Lo que pasa, que arriba hay una bronca del carajo.

—¿Qué pasa?

Le contamos lo sucedido y él dijo:

—Yo voy a resolver eso.

Al llegar vio al Che muy violento y le dijo:

—Ramón, permíteme, es verdad que se hizo algo sin consultar contigo, pero considera que, si hay un culpable, soy yo. Porque yo me puse a pensar lo siguiente: como nosotros tenemos confianza en que estos hombres te van a seguir y no importa que conozcan todo lo que conocen, mejor vale que cada uno tenga cuatro o cinco días para despedirse de sus familias.

Entonces el Che contestó:

—Bueno, si así es, estoy de acuerdo que Aleida se quede aquí, pero, si no, se va ahora mismo.

Así se arregló la situación.

Cuarta parte
Con el Che en Bolivia

19

Mario Monje en ningún momento quiso la lucha armada para su país, y éste es un punto esencial

El 15 de octubre partimos hacia La Habana a una casa en las afueras de la ciudad, donde actualmente vive Raúl Castro. Allí nos concentramos, incluyendo el Che y su señora, y, al amanecer del 16, nos dieron permiso para quedamos cuatro o cinco días con nuestras familias. En realidad, cogimos bastante más que eso, pues, al verse que todos manteníamos un silencio absoluto sobre lo sucedido, se tuvo confianza en nosotros. Aparecimos en nuestras casas como si llegáramos de la Unión Soviética; todo aquello estaba preparado de antemano. En efecto, al despedimos de nuestros familiares, les habíamos dicho eso, que íbamos a un curso a la Unión Soviética y así lo propagaron a su vez las familias a los vecinos y demás. Ramiro Valdés en esto hizo un trabajo bastante lindo, porque nos llevó todo tipo de papeles, sobres, sellos de la Unión Soviética, así que escribíamos desde el campamento como si allá estuviéramos. Además, cada uno de nosotros le hizo a Ramiro una lista de objetos, como planchas, radios, ropa, zapatos para los niños y la señora, y todo eso se compraba en la URSS, se ponía en un paquete en el que nosotros poníamos una carta nuestra, y entonces iba un oficial a nuestra casa a entregarlo como si se hubiera recibido de la Unión Soviética. Nuestros familiares, claro, lo hacían ver entre los vecinos y amigos, confirmando que verdaderamente estábamos en la URSS. Así que todo salió muy bien, y cuando de sorpresa llegamos a nuestras casas, dijimos estar de vacaciones.

Como los vuelos a la URSS eran los lunes nada más, en un TU 114 de Aeroflot, que no era sino un cajón volante y uno llegaba a la URSS hecho un loco, se acordó que cada lunes saldría una pareja; la primera en salir fue la de Che Guevara y Pacho, el 19 de octubre exactamente. El lunes siguiente, Marcos y San Luis; el otro, Joaquín y Manuel Hernández Osorio, y así sucesivamente. Alejandro y yo salimos en la primera quincena de noviembre y llegamos a Bolivia el día 10 de diciembre. Es que los itinerarios nuestros eran complicados y tomaban tiempo. El Che, por ejemplo, salió de Cuba a Moscú, Praga, París, Río de Janeiro y Corumbá,

que está en la frontera entre Brasil y Bolivia, después a Cochabamba por carretera y a La Paz por vía aérea. Otras parejas salieron a través de Italia; a Alejandro y a mí nos tocó Roma por Alitalia, después Dakar, Río de Janeiro, Buenos Aires, Santiago de Chile, Arica y La Paz. Después hicimos todos la misma ruta de La Paz hasta Santa Cruz, por carretera. La última pareja llegó el 18 de diciembre, fue la de el Rubio y Antonio. Cuando llegamos nos encontramos con una serie de problemas, el primero fue que Mario Monje no aparecía.

Habían llegado al lugar algunos compañeros como Rodolfo Saldaña,[33] boliviano, miembro del Partido Comunista boliviano, responsable en La Paz. De Perú venía Sánchez para contactar con el Che y ponerlo al tanto de una serie de cuestiones que nosotros no conocimos cuáles eran. Al llegar ya estaba construida una casa con techo de calamina, allí estaban: Serapio Aquino Tudela, Apolinar Aquino Quispe y el Loro, como patrón de aquel lugar, todos bolivianos. Pero lo malo, además de que Mario Monje no venía, era que casi no había armamento. Lo poco que encontramos era muy malo, generalmente del utilizado por los checos en la segunda guerra mundial, como la famosa ametralladora ZB 30 y fusiles Mauser checos, que, aunque el ejército boliviano también los tenía, eran de pésima calidad, no servían para andar alzados ni mucho menos, la ZB 30 pesa más de diez kilos.

La Casa de Calamina era un centro de recepción, donde se esperaba a la gente que iba llegando para llevarla hasta el campamento central, a una distancia de unos diez kilómetros, a través del río Ñancahuasu. Ya teníamos un buen avance en las construcciones, con unas cuantas cuevas para el almacenamiento de logística, así como otras para un futuro hospital; también construimos una cueva para una radio transmisora, todo en cuevas muy bien preparadas para que no se localizaran fácilmente por el enemigo. Se construyeron distintos caminos de maniobra, una defensa circular al campamento, y se realizaron distintas exploraciones para conocer el lugar en donde estábamos.

Se trataba de organizar todo aquello, pero bien veíamos el disgusto del Che al ver que Mario Monje no aparecía. Todo empezaba a torcerse, pues de los compromisos hechos no había sido cumplido prácticamente ninguno, no había avituallamiento, ninguna logística, salvo lo poquito que compró el Loro, y algo que habían llevado Coco y Papi, pero, de todo lo prometido por Mario Monje, no había absolutamente nada. El aseguró que compraría

todo lo que eran víveres, medicinas, armamento, ropa, zapatos, hamacas y nylon para la lluvia. ¡Y nada! Papi compró unas lonas para hacer hamacas pero eran blancas y se tuvieron que teñir de verde olivo con unas pastillas; y parece que la aplicación fue demasiado fuerte, porque las hamacas duraron poco, se pudrieron. El Che estaba en un estado de impaciencia tremendo, muy malhumorado, y a nosotros mismos por cualquier cosa nos contestaba de mala forma. Y las noticias que traían las gentes que venían a visitamos más bien le iban molestando más, como por ejemplo cuando vino Sánchez el peruano, o también cuando el Loro le contó de algunas cosas que Monje le había planteado, como que ninguno del Partido iría a la lucha, ni de la Juventud Comunista tampoco.

Teníamos conocimiento de que, después de los acuerdos que se habían tomado entre el Che, Fidel y Monje, se había informado a los distintos dirigentes latinoamericanos y éstos estuvieron de acuerdo con el papel que Mario Monje iba a jugar. Pero la cosa era clarísima: en realidad, Mario Monje en ningún momento quiso la lucha armada en su país y siempre se opuso a ella, y éste es un punto esencial. Monje sólo se comprometió a ayudar a cualquier movimiento que surgiera, del partido que fuera. Apoyaría a todos los movimientos en el área, pero él, personalmente, únicamente buscaba crear las condiciones para que su partido llegara al poder por otra vía que no fuera la de las armas. En Cuba se le había tratado de convencer una y mil veces de que se sumara al movimiento armado, hasta el punto de que se le veía a Mario Monje tan preocupado, como si se ejerciera una presión demasiado fuerte sobre él. Y, si al fin aceptó lo que se le pedía, sólo fue para que le dejaran salir de Cuba. Solía verlo bastante, puesto que fui uno de los que en 1966 lo entrenamos al tiro de pistola en Punto Cero, tal como entrenamos a otros dirigentes, por ejemplo, a los guerrilleros guatemaltecos Turcios Lima o César Montes. Y honradamente yo pude palpar eso: era la única vía que tenía Mario Monje.

* * *

En aquellos días tenía que ir a buscarlo al hotel Habana Libre, el antiguo Hilton, que seguía siendo un hotel de primera clase. Iba, lo recogía, lo llevaba al Punto Cero, hacíamos prácticas de tiro y le enseñábamos algunas otras cosas; él pasaba algunas horas allá y después yo lo volvía a llevar al Habana Libre. Nunca conversó conmigo respecto de nada, eso hubiera sido fatal para él y él lo sabía: yo estaba puesto precisamente para

eso, para informar al minuto sobre cualquier tipo de pregunta o conversación que él tuviera conmigo. En realidad, no se tenía ninguna confianza en Mario Monje, porque, a pesar de ser un primer dirigente, se le estaba espiando. En el Habana Libre se le había ubicado en el piso diecisiete, totalmente controlado por la Seguridad del Estado, técnicamente preparado, con micrófonos y cámaras. Y él, por su parte, tampoco parecía tener mucho interés en aquella preparación militar. Quizá lo hacía por una cuestión de disciplina, o para no empeorar la situación, pero no se le veía contento, se quedaba callado en el transcurso del viaje y, cuando llegábamos allá, era como un robot: yo le buscaba las armas y las balas, le ponía los blancos, le decía que tirara, él empezaba a tirar y nada más. Constantemente los dirigentes nuestros lo venían a visitar, cuando no era Piñeiro, jefe del Departamento América, era Armando Campos, su segundo, o Ariel, encargado de Bolivia, o el propio Fidel, y así lo tenían en una especie de agonía permanente. En ese periodo el Che se entrevistó con él y luego le informó a Fidel sobre lo que Monje planteaba, y es cuando después Fidel se reunió en dos o tres oportunidades con Mario Monje, mandó que le fuera a buscar y conversaron durante largas horas. Lo que conversaron no es de conocimiento mío.

Antes de irnos a Bolivia, en Cuba los compromisos de Mario Monje fueron con Fidel directamente y yo no sé de qué hablaron exactamente. Parece que Monje no estaba de acuerdo con nada, pues, después, en Cuba se preparó a Coco y al Inti no sólo políticamente, sino también militarmente, con vistas a una sustitución de Mario Monje. Al regresar a Bolivia, el Inti, Coco y algunos otros le hicieron creer a Mario Monje que únicamente habían cursado estudios políticos. Venían cargados con libros de Marx, Engels, Lenin y otros para que bien viera Monje esa fachada, pero en esos libros también llevaban apuntes sobre los entrenamientos que habían recibido, así como datos para comunicarse con Cuba cuando fuera necesario, con un sistema para establecer conversaciones cifradas y un vocabulario estudiado por nosotros: todo aquello venía en páginas salteadas, cinco o seis en cada volumen.

20
La situación creada por el abandono de Mario Monje nos obligaba a elaborar un nuevo plan de acción

El Che, saliendo de Cuba el 23 de octubre de 1966, entra en Bolivia el 3 de noviembre con un pasaporte uruguayo a nombre de Francisco Mena. Aparte de la calvicie, como disfraz también llevaba una prótesis que le hacía un hocico raro, aquellos espejuelos, y también pelo sembrado en las cejas para hacérselas más abultadas; además, le restaron altura, es un trabajo que se hace por dentro del zapato, ahuecando el taco, y es difícil aprender a caminar con esos tacos, aparte de que perjudica mucho la columna. Pasó el 4 de noviembre en La Paz, en donde se reunió con Pombo, Papi y Tania. El 5 de noviembre parte en *jeep* hacia Ñancahuasu, lo acompañaban Pacho, Pombo, el Loro y Papi. El Loro tenía conocimiento de que el Che había de venir, pero como éste iba totalmente disfrazado no lo reconoció.

Dos o tres kilómetros antes de la Casa de Calamina —que así llamamos ese campamento por el techo de calamina—, Pacho preguntó al Loro:

—Oye, ¿tú sabes quién va al lado tuyo?

—Claro, el señor Ramón.

—Sí, ¿pero sabes tú quién es el señor Ramón?

—No, ¿quién es?

—Este es el Che Guevara.

El Loro al oír eso soltó el volante para abrazar al Che y el *jeep* se fue contra un árbol en el borde del camino, entre los tres no lo pudieron sacar. El Che le dijo:

—¡Oye, oye! Está bueno que me quieras, pero, carajo, ¡me vas a matar antes de comenzar la lucha!

Tuvieron que continuar a pie hasta la Casa de Calamina. Allí el Loro le planteó al Che su desacuerdo con la decisión de Mario Monje de que ningún boliviano fuera a ir al monte, de que ni el Partido ni la Juventud

participaran en el alzamiento. El Che, entonces, se fue enterando de una serie de cosas que él no conocía, incluso se dio cuenta de que la propia Inteligencia cubana no le había tenido totalmente informado de todo cuanto lógicamente hubiera debido. El Loro dijo que él, por su parte, sí estaba dispuesto a alzarse con el Che, y también Coco y el Inti Peredo, y casi todos los que habían ido a Cuba.

Entre nosotros, los cubanos, mantuvimos conversaciones al respecto. El Che nos planteó, por ejemplo, que el Loro estaba lleno de buenas condiciones y podía ser un buen combatiente, pero era altamente indisciplinado. De la misma manera nos habló de los hermanos Peredo; le parecía que el Inti despuntaría mejor como cuadro político y Coco como cuadro militar. De igual forma, Lorgio Vaca podía ser un buen cuadro político. Y los demás compañeros bolivianos, como el Ñato, Ernesto, Pedro, que eran de la Juventud Comunista, así como el Camba, León, Serapio y Apolinar, estaban muy de acuerdo en continuar la lucha con nosotros, independientemente del juicio de Mario Monje. Estas declaraciones del Che tuvieron lugar aproximadamente por el 20 de diciembre, cuando ya habían llegado todos los cubanos.

El Che estaba muy irritado con Mario Monje: primero, porque de la logística que éste hubiera debido proporcionar nada estaba listo, y, segundo, porque éste tenía que haber acudido de inmediato a su encuentro y no lo había hecho. Resulta que, cuando a Monje se le avisó de la llegada del Che a la selva, en el mismo momento recibió una información sobre un evento político que iba a tener lugar en Bulgaria: este país invitaba a varios dirigentes latinoamericanos a no sé qué festejo. Y Mario Monje, en vez de concurrir a la cita con el Che, se fue a Bulgaria. Según fuimos informados, no regresó a Bolivia antes del día 22 de diciembre, cuando ya había transcurrido más de un mes. Según Papi, había señales de que para Monje lo de Bulgaria sólo había sido un pretexto para ir hasta la Unión Soviética, pero de eso no se volvió a hablar delante de nosotros. Entonces el Che ordenó a Papi que trajera a Mario Monje a la selva a toda costa. Aquello tuvo lugar el 31 de diciembre. Papi comentó que casi tuvo que llevarlo bajo amenaza.

Como era fin del año, nosotros quisimos celebrar una despedida del año viejo a los cubanos y bolivianos. El Loro nos había traído un cerdo y fríjoles negros, arroz y otros ingredientes para hacer una comida criolla de tipo cubano, que también debía valer para acoger a Mario Monje. El Che

fue a recibirlo a mitad de camino entre la Casa de Calamina y el campamento central, a unos ocho kilómetros. La Casa de Calamina, como ya he dicho, era el centro de recepción donde se esperaba a la gente para llevarla hasta el campamento central, y estaba a una distancia de unos diez kilómetros al norte del río Ñancahuasu. El campamento se encontraba en la parte norte de la Casa de Calamina. Ya habíamos avanzado en las construcciones, habíamos hecho unas cuantas cuevas para el almacenamiento de la logística, como también cuevas para un futuro hospital, donde se pudiera mantener algún enfermo o herido, también habíamos construido una cueva para una radiotransmisora, todo en cuevas muy bien preparadas para que no se localizaran fácilmente por el enemigo. Se habían hecho distintos caminos de maniobra, se había hecho una defensa circular al campamento, y se habían hecho distintas exploraciones en los alrededores.

El Che y Monje se encontraron aproximadamente a las diez de la mañana: allí conversaron largas horas; llegaron a la cuatro de la tarde, más o menos, al campamento, donde nosotros los esperábamos con todo preparado. Nos dio una impresión muy desagradable Mario Monje, porque se limitó a decimos buenas tardes a todos en conjunto, sin apenas levantar la cabeza; ya con eso nos dimos cuenta de que las cosas no andaban bien. Yo le había servido de chófer e instructor en Cuba, pensaba que Monje me iba a saludar por lo menos con alguna simpatía, pero no hubo nada de eso. El Che también se mostró poco sociable; fue hacia su hamaca, cogió como de costumbre su diario y se sentó a escribir. Como yo había sido encargado de preparar la comida, pasada una hora fui a decirle:

—Ramón, ya la comida está lista.

—¿Y qué tenemos para la cena?

—Puerco asado, yuca y arroz congrí —que así llamamos en Cuba a una mezcla de arroz y de frijol negro—, ensalada de lechuga de la que Marcos sembró a la orilla del arroyo, y tenemos vino, como también unas cervezas que trajo el Loro, botellas grandes que da una para dos.

—Bueno, eso se ve que va a ser un gran festín.

—Espero su orden para servir.

—Vamos a esperar un poco todavía.

En aquel momento él estaba conversando con el Inti, el Ñato y el Loro. De lo que hablaron no lo sé, pero parece que algo a los bolivianos no les

gustaba respecto a Mario Monje. El Che, al terminar de conversar con ellos, vino y me dijo:

—Bueno, Beni, si ya está la cena, vamos a servir.

En Bolivia, como ya dije antes, mi seudo ya no era Lalito sino Benigno, así como era Ramón el del Che. Entonces se formó la fila, se empezó a servir por orden, como estaba establecido: cada uno con un número de orden para recibir los alimentos y la bebida. También era ése el orden que se tenía en la marcha; al Che, por ejemplo, le correspondía el número catorce. Y pasó una cosa bastante brutal cuando a Mario Monje, que era un invitado nuestro, nadie le brindó un plato para que se sirviera su comida, no hubo la más mínima cordialidad. Como yo era el que estaba sirviendo, le pregunté al Ñato:

—¿Por qué no le prestas tu plato al Negro?

A Monje le decían el Negro entre los miembros del Partido boliviano, aunque no fuera negro sino indio, pero de piel bastante obscura. Muy molesto, eso no era nada su costumbre, pero en ese momento estaba molesto, el Ñato me contestó:

—Mirá, che, yo no sé dónde comen los chanchos en tu país, pero en el mío comen en el suelo.

Me sentí solidario con el Ñato y miré peor aún a Mario Monje, sin embargo le brindé mi plato y le serví. Además me tocaba media botella de cerveza y un jarro de vino: como no acostumbro a beber mucho y me gusta más el vino, le di la media cerveza. Mi propia comida la aparté en una cazuela y comí en la cazuela. Mario Monje cenó muy tranquilamente allí, todo el mundo se quedó callado, no se emitió ni una frase. Cuando se terminó de comer empezamos a rasgar guitarra y a cantar cuecas, sambas, la *Guantanamera*, así hasta la medianoche. Entre la cena y la medianoche, Mario Monje se reunió con los miembros del Partido Comunista y de la Juventud allí presentes y les comunicó que él había tomado la decisión que todos ellos debían regresar a La Paz y a sus respectivos lugares de origen para hacerse al frente de sus responsabilidades ante el Partido y ante los militantes de la Juventud. Les dijo que habían desacatado las órdenes que se les dio de que al volver de Cuba se quedaran en una casa en La Paz y que no se incorporaran al monte previo aviso. Por haber hecho eso les daba de baja de la Juventud.

Uno de ellos, conocido por Pedro, le dijo que se podía ahorrar ese esfuerzo, pues él ya se había dado de baja de la Juventud antes y que se

quedaba allí junto con el Che y los cubanos para combatir el gobierno tirano que los oprimía. Después, Monje le dijo al Inti que aquella decisión valía para los miembros del Partido lo mismo que para los de la Juventud, y que de entrada se les suspendería la ayuda económica que recibían sus familiares cuando ellos estaban ausentes. Pero el Inti le contestó que no importaba, que él tomaba la misma decisión que Pedro, conjuntamente con los otros miembros del Partido que se encontraban allí. Y vino a juntarse al jolgorio nuestro, a cantar y tocar guitarra y todo eso.

A Mario Monje le brindamos una hamaca y le ayudamos a armarla. Monje se sentó en un pequeño recinto para reuniones que había instalado Marcos y no fue a buscar al Che, ni tampoco éste a él. Ya pasada la medianoche, cuando íbamos a retiramos a descansar, surgió un nuevo motivo de sorpresa y de alegría. Habíamos captado una radio peruana que, amenizando la fiesta en el Perú para el año nuevo, estaba tocando un tango. Pues el Che cogió un trozo de leño, como de metro y medio, y salió bailando el tango con aquel leño. Nunca lo habíamos visto al Che en un acto igual. Cuando se acabó aquella música y pensamos que todo se concluía, él nos dijo:

—No, esperen, que todavía no ha terminado.

Sacó un papelito del bolsillo y nos dijo que iba a recitar una poesía escrita por él. Comenzó a recitarla y, bueno, a mí lo que más me prendió de aquella poesía fue su última estrofa, donde él concluía: «¡Abajo la gonorrea, viva la penicilina!». Eso nos dejó petrificados porque era cierto que dos compañeros, al pasar por Chile, habían estado frecuentando las llamadas casas de colegialas, que son prostitutas de entre trece y dieciséis años, y allí cogieron una gonorrea espantosa. Ya en el monte, por miedo al Che, no le comunicaron nada y tampoco al médico, porque así también el Che se hubiera enterado. Entonces los amigos nos dedicamos a sustraer algunas penicilinas de la cueva de farmacia, se las fuimos suministrando y en un corto tiempo les cortamos su enfermedad. Allí nos quedamos estupefactos todos, porque creíamos que el Che no sabía absolutamente nada del asunto. No hallamos qué decir y nos retiramos a descansar.

Al amanecer del 1 de enero de 1967, como ya se entendía que el Che y Mario Monje habían hablado todo lo que tenían que hablar, después de tomar un café, éste se levantó y se alejó como aquel que va al patíbulo, sin despedirse de nosotros. Cogió su poncho, se lo echó al hombro y, cuando ya había dado unos pasos, se volvió y le dijo al Che:

—Voy para La Paz, haré renuncia de mi cargo y responsabilidad ante el Partido, y entre el 10 y el 11 de enero regresaré a incorporarme como un soldado en la lucha.

El Che sencillamente contestó:

—Bueno, te esperamos.

Después de su ida, el Che nos reunió a todos y nos explicó a grandes rasgos cuáles habían sido las conversaciones. Primero, Monje le había exigido, a cambio de que el Partido participara en la lucha, que se le entregase a él el cargo, que entonces se le había confiado a un extranjero —se trataba de Régis Debray—, de recaudar fondos en Europa para la lucha en Latinoamérica. El Che le adelantó el peligro tremendo que significaba para él como secretario general del Partido Comunista, pues debería estar entrando y saliendo del país constantemente y, en una capital tan pequeña, muy pronto se encontraría totalmente fichado, quemándose muy tempranamente. Pero que la cosa quedaba a juicio suyo, ya que a él mismo le tocaba apreciar lo que le estaba planteando. Monje, al ver que el Che no se le opuso a esa petición, le hizo conocer otra: a él mismo se le había de entregar también el mando político-militar. A eso el Che contestó que el mando político sí lo podían compartir, pero que el mando militar sería única y exclusivamente suyo durante el tiempo que él estuviera en Bolivia. Al no ceder el Che, Mario Monje le anunció que él y el Partido se retiraban de la lucha.

De lo que el Che habló con el Inti, Coco y los demás cuadros bolivianos no tengo conocimiento, pues eso fue en privado, entre ellos. Pero, por lo que pude saber, los bolivianos estaban convencidos de que Monje era un traidor, traicionaba la lucha, traicionaba al pueblo. Sé que hubo esta frase muy justa del Che, diciendo: «Analizándolo, se traiciona él mismo, porque él es un mestizo más de Bolivia».

Así, el Che nos explicó que toda aquella situación con Mario Monje nos obligaba a trazar un nuevo plan y a olvidamos del que hasta entonces teníamos, pues todo se había desvanecido; todo había que comenzarlo de nuevo.

21
Se suponía que habíamos ido a liberar al pueblo boliviano, pero es un hecho que los campesinos huían y hasta nos delataban

Principiarlo todo de nuevo, montar un plan distinto del que teníamos previsto no era cosa fácil, porque ya estábamos dentro de Bolivia y nos faltaban los recursos necesarios. Era preciso reorganizamos y lograr que los sesenta bolivianos que se estaban entrenando en Cuba llegaran a la selva; para eso había que establecer contacto con Cuba vía Tania, en La Paz, para evitar que se dirigieran a Mario Monje, como normalmente se había previsto al principio que lo hicieran, pero evidentemente el contacto no funcionó bien, pues nosotros recibíamos por radio muchos mensajes de Cuba del tipo: «Hoy salieron tantos bolivianos vía Moscú, Roma, Rio de Janeiro, La Paz, que llegarán al monte para la próxima semana. Llevan misivas para ustedes». Y a continuación venía: «Estos compañeros llegarán tal día a La Paz, van vía Mario Monje». Eso parecía significar que en Cuba no se sabía la situación de Mario Monje, que había renunciado a la lucha y ya no nos ayudaría. Para nosotros era una amargura muy grande no tener medios para hacer conocer la situación a Cuba. Nuestra radio era una Zenit Transoceánica, tipo que usaban mucho en aquella época los agentes de la CIA, de alta potencia y preparada para recibir mensajes y también enviar, sólo que, como al salir de Cuba nuestra coartada era que andábamos en viaje de turismo, no era lógico que viajáramos con un aparato tan señalado como es una llave de telegrafía, para poder emitir mensajes. Así que le encargamos a Mario Monje de llevarnos a la selva la llave. El dijo que era de fácil adquisición en Bolivia y que cuando fuera al monte la traería, pero no lo hizo cuando vino. Luego a nosotros se nos olvidó pedirle a Tania que lo hiciera: por lo tanto, podíamos recibir mensajes pero no transmitir.

De aquellas cartas anunciadas sólo recibimos unas pocas, porque, de hecho, esos hombres fueron a dar directamente adonde Mario Monje; no sabemos lo que éste les dijo, pero muchos de ellos volvieron a sus casas y a sus respectivos trabajos. De esto no nos enteramos sino después del 8 de

octubre, ya muerto el Che, cuando, en nuestra huida, llegamos a La Paz y tuvimos contacto con algunos de ellos.

Cuando en Cuba se habló con Mario Monje y con los hermanos Peredo, se escogió Bolivia, y específicamente la zona selvática de Ñancahuasu, porque era un lugar poco habitado, reuniendo todas la condiciones para ser utilizado como campo de entrenamiento para los guerrilleros de los países fronterizos que vendrían a entrenarse. Así no era necesario mandarlos a Cuba, para lo que tenían que atravesar toda Europa. Se consideró que, al concluir 1967, toda América del Sur estaría bajo el efecto de la lucha armada. Era factible pensarlo porque, en aquella época, verdaderamente había muchas fuerzas operando en todas partes y el proyecto cubano de extender la guerra de guerrillas a toda América Latina no era imposible, pero Cuba se portó muy mal con esos movimientos, aunque de esto hablaré más adelante.

Se suponía que nosotros habíamos ido a liberar al pueblo boliviano del imperialismo, de la miseria, pero es un hecho que los campesinos más bien huían de nosotros e incluso nos denunciaban a menudo. ¿Cómo explicar eso? Lo primero que veo es que allí fuimos con los ojos vendados, no se había hecho ningún tipo de trabajo político previo, no se buscaron contactos previos con campesinos politizados ni se había hecho el estudio de la zona como el que había hecho Régis Debray cuando se le mandó en la primera misión a Bolivia en septiembre de 1966. En vez de dirigimos a la casa de un determinado campesino, muy al contrario, teníamos que montarles una guardia de un día, o más, a gentes que huían de nuestra presencia como de animales salvajes, para agarrarlos y, ya mediante una persuasión, conseguir que nos brindaran unas pocas informaciones.

Nosotros estábamos encargados de ir propagandizando la política nuestra, pero eso, ya una vez en el lugar, me pareció totalmente absurdo, sin futuro ninguno. ¿Para qué habíamos ido, pues? Puesto que aparecíamos como piedras caídas del cielo en medio de la selva, ¿cuáles podían ser nuestras esperanzas allí? Caminar y romper montes a la ciega, a la tonta y a la loca, sin saber para dónde íbamos ni qué nos esperaba allí. Nada más que eso. Ya lo analicé así al caer en Bolivia, porque no había nada hecho: lo único que teníamos en Bolivia era la casita de calamina esa, de organización ni hablar. Todo lo que existía en el país, como preparación y organización política o clandestina, era para trabajar en la ciudad. En la zona donde fuimos a operar no se habían creado las más mínimas

condiciones, no teníamos el menor contacto ni en los pueblitos que nos rodeaban, para que por lo menos pudiéramos decir: «Para tal situación podemos contar con Fulano». No había nada, en absoluto, ni sabíamos en qué tierra estábamos parados, y lo primero que tuvimos que hacer fueron exploraciones a todos los frentes, sin saber siquiera si vivían vecinos cerca o no había nadie. También por eso yo fui pensando que al Che lo habían presionado para que se marchara.

Claro que al llegar empezamos a tratar de construir la organización que faltaba, pero tampoco teníamos medios para aquello, no teniendo ni un solo boliviano que fuera de aquella zona, ni uno solo... Eso era lo menos que se tenía que haber previsto, aunque fuera uno solo, para por lo menos saber adónde ir, porque no solamente el campesino boliviano, sino cualquier tipo de campesino, necesita un grado de confiabilidad y allí no lo había. Entonces yo digo que el Che perdió la visión de lo que es una guerrilla, de lo que es un frente, y nosotros nos preguntábamos entre nosotros: «Bueno, caballero, pero ¿a qué venimos aquí? Aquí no hay nada hecho, en absoluto, esto nada tiene que ver con lo que vivimos en la Sierra». Hasta se puso de ejemplo el Congo, y eso que en los congoleños poco se podía fiar, se comprometían un día en una cosa y al día siguiente hacían otra, pero por lo menos se había hecho algo, se buscó antes un tipo de contacto.

Yo considero que el Che hubiera debido, por lo menos, verificar cómo eran las cosas, desde el momento en que se le apareció Papi en Cuba en el mes de agosto y le dijo que ellos habían adquirido una finca en la zona de Ñancahuasu, próxima a Lagunillas, y por eso fue escogido aquel lugar. Pero ya a mediados de octubre se estuvo sacando la gente para Bolivia, y allí, en realidad, lo único que habían realizado era la casita esa de calamina y un hornito para hacer pan. Aquello parecía como si nosotros, todo el grupo que se había entrenado en Cuba, hubiéramos ido para vivir allí, para establecemos en aquella zona de Bolivia y para trabajar en la agricultura; inclusive fuimos sembrando maíz y boniato y calabaza... Aquello nos dejó abismados a todos, pues era claro que todo había que empezarlo desde el principio; pero lo que más nos extrañó fue que el Che hubiera recibido un informe verbal, sin ningún señalamiento de zona, ni estudio de mapa ni nada. Lo que el Che hubiera debido hacer era decirle a Papi: «Arranca para Bolivia ahora mismo, cógete a Rodolfo Saldaña,[34] Loyola,[35] a toda esta gente, y lánzalos a la zona». Aunque sólo hubieran hecho el trabajo político durante veinte días, ¡vaya! Si tan apresurada estaba la cosa, por lo menos

hubiéramos tenido una pequeña base, algo ya. Pero cuando llegamos ni comida había, nada, nada, y, claro, tampoco había armas.

No considero que toda la responsabilidad en esa situación fuera de Mario Monje, quien, por supuesto, tiene su parte de responsabilidad, pero para mí casi es la mínima; sobre eso ya Fidel puede contar lo que quiera. Porque la verdad es que Monje en ningún momento se comprometió, ni con el Che ni con nadie, a llevar el Partido boliviano a la lucha armada, siempre se negó a aceptarlo, de forma que él no tenía la responsabilidad material de lo que pasara. Ni él personalmente ni el Partido Comunista boliviano. Nunca nos prometieron ninguna logística para la guerrilla. Eso no es más que una coartada para disimular lo equivocado de un plan de lucha artificial impuesto desde arriba, sin ninguna seriedad en la preparación.

* * *

De todos modos, al abandonar Mario Monje la lucha, el Che se vio obligado a tomar contacto con otras organizaciones como el grupito clandestino de Moisés Guevara Rodríguez, que, según las informaciones que teníamos, contaba veinte o treinta hombres. Moisés Guevara había sido excluido del Partido Comunista en 1964 por prochino. Papi fue a hacer contacto con él y lo trajo al monte. Allí se acordaron una serie de puntos entre Moisés y el Che. Supimos que el Che le planteó la urgencia de que él y su gente se incorporaran, y, a la vista de la dispersión en que tenía a sus hombres, le otorgó todo el mes de febrero, además de lo que quedaba del mes de enero, para localizarlos y traerlos. También le dio un poco de dinero para que él pudiera brindar ayuda a las familias de algunos compañeros.

Al llegar Moisés a la zona de Sucre, Oruro, las minas de Uyuni, Alfaro, Siglo XX y demás, se encontró con la circunstancia de que en aquellos momentos se estaban celebrando las «diabladas» de Oruro, motivo por el cual las minas estaban cerradas y la mayoría del personal se dedicaba a los camavalitos, de forma que él no pudo encontrar a todos los hombres de su pequeña organización, sólo algunos, como: Raúl, Willy, Pablito y Walter. El se había comprometido con el Che a llevar de inmediato con él a veinte hombres a la lucha. Pero, al darse cuenta de que no lograba agrupar ni diez, por miedo a no cumplir su palabra se dio a la tarea peligrosísima de comenzar un reclutamiento con gente que no conocía. La mitad de los hombres que Moisés Guevara llevó al monte no eran conocidos por él mismo. Al primero que reclutó fue a Darío, que se había criado en las minas

sin saber quiénes eran su madre y su padre. Darío vivía en un socavón viejo de la mina y trabajaba en una pensión donde le dejaban lavar las calderas por un poquito de comida. Bien poco caletre tenía el pobre, y no se puede decir que fuera un demente, pero su ingenuidad era total, como la de un hombre con edad de niño. Moisés le propuso venirse a la selva junto con él y otros, y que de allí los llevaría, unos a Cuba, otros a la Unión Soviética y otros a la China, para prepararse para la guerra de guerrillas y regresar después y derrocar al gobierno de Barrientos. Le dijo que tendría grados de capitán, hasta de coronel. Para Darío, que vivía en aquel mundo tan extraño de un socavón de las minas, aquello fue como una esperanza muy grande de cambiar totalmente su vida y su imagen, y le dijo a Moisés que sí, que iría con él adonde fuera. En eso, cuando estaban conversando, aparecieron dos individuos que trataban de rapiñar, buscando algo de comer gratuitamente, entonces Moisés le preguntó a Darío:

—¿Y éstos quiénes son?

—¿Por qué no les hablas? Son buenos chicos. —Y Darío los llamó—: ¡Eh! Vengan acá, que el compita les quiere hablar.

Hablaron y, como Darío les dijo que él se iba y lo veían tan interesado, pues decidieron que ellos también. Esos dos se llamaban Chingolo y Eusebio. De allí Darío llevó a Moisés adonde estaban otros dos, Pepe y Paco, cuñado éste de Chingolo, y con ellos también se estableció aquel compromiso. Había otro hombre con más antigüedad en el movimiento y que era de la gente de Moisés, Salustio Choque. También aparecieron Pastor Barrera y Vicente Rocabado.

Pastor, aunque no estaba activo en esos momentos, había sido policía, sólo que en un allanamiento que se había hecho en la zona de Sopocachi, en La Paz, donde había un narcotráfico, él, conjuntamente con otros policías, se lo habían cogido todo sin darle participación al capitán, y en represalia se les había expulsado de la policía. Ser policía entonces era un verdadero negocio. Pastor había venido a las minas, que es donde más problemas políticos había, con el proyecto de localizar a algún sindicalista clandestino y entregarlo a la policía, a fin de recuperar su uniforme. Ya conocía a Moisés Guevara y sabía que estaba en la clandestinidad, y cuando éste le propuso reclutarlo, de inmediato aceptó: allí tenía un triunfo en las manos. Rocabado, que iba con Pastor, también se dejó reclutar porque Pastor se lo pidió, y se unieron a Moisés. Entonces éste ya tenía un grupito un poco fuerte, aunque no llegaba a los veinte hombres, e ingresó en el monte allí en

Ñancahuasu, en el departamento de Santa Cruz, con la mitad de lo prometido, comprometiéndose a traer más tarde a los demás, después de acabados los carnavales.

Como durante ese tiempo no teníamos prácticamente nada que hacer, el Che consideró que lo más correcto era emprender una caminata por la región para que los cubanos mantuviésemos nuestro entrenamiento y los bolivianos recién integrados adquiriesen también un poco. A la vez, aquello nos permitiría reconocer la zona, que apenas conocíamos. La marcha duró desde enero hasta el 10 o 12 de marzo. Dejamos el campamento central a cargo de los cubanos Antonio y Arturo, y de los bolivianos Camba y Nato. En ese intervalo de tiempo debía aparecer Moisés Guevara con su gente y ya nuestro grupo sería más grande. Efectivamente Moisés empezó a entrar al monte con sus hombres más o menos a principios de marzo. Todavía el grupo de los que habíamos salido a la caminata de reconocimiento con el Che no había regresado. Es también durante la caminata cuando recibimos por radio un mensaje de La Habana, que también recibió Tania en La Paz, planteando la necesidad de que alguien en La Paz, con conocimiento del monte, llevara a tres visitantes que llegaban de Cuba. Concretamente el mensaje decía: «Para allá van: el francés Régis Debray, el argentino Ciro Roberto Bustos[36] y el peruano Juan Pablo Chang. Necesitan ver con urgencia a Ramón. Por favor llevarlos urgente al lugar donde se encuentra Ramón». El Che, viendo la posibilidad de establecer el contacto con el exterior, trató de hacer una marcha forzada para regresar al campamento lo antes posible. Allí tuvimos muy mal tiempo, que cargó las aguas del Río Grande, haciéndonos más difícil el paso y obligándonos a dividir las fuerzas. La vanguardia, con Marcos al frente, cogió por un lado, y el resto, por la otra margen del río.

Al llegar la vanguardia al campamento de Ñancahuasu, de inmediato nos enteramos de la llegada de Moisés Guevara y de su grupo, y de Tania con los visitantes, y que los cuatro compañeros que habían quedado allí, Antonio, Arturo, el Ñato y el Camba, habían permitido que Moisés les comunicara a los de su grupo que allí se encontraba un grupo grande del Partido Comunista boliviano junto con unos cubanos comandados por el Che Guevara.

Con respecto a la estancia del Che Guevara en la selva boliviana, se plantea y se ha planteado a nivel internacional que mucho tuvo que ver Régis Debray con que el enemigo conociera la presencia del Che Guevara

en Bolivia; yo no quiero hacer una salvedad ni defender a nadie, ni a Régis Debray ni a ninguno, sino que cada cual cargue la carga que le corresponda cargar. Pero, por ser uno de los pocos testigos que quedan de aquel hecho, me siento en la obligación de contar minuciosamente cómo sucedieron realmente los hechos. Cuando Régis Debray llegó a la selva boliviana con Tania, el chino Chang y Ciro Roberto Bustos, en el campamento se encontraban ya Moisés Guevara y los hombres que él se había comprometido con el Che en llevar a la guerrilla. Moisés Guevara, buscando darle confianza a sus hombres, que no se desesperaran al ver tan poca gente allí —puesto que el grupo mayor andaba en la caminata de reconocimiento con el Che—, les comunicó que había muchos más, les habló de la presencia de un grupo del Partido Comunista boliviano, de la presencia de un grupo de cubanos también, comandado por Ernesto «Che» Guevara. Entre aquellos hombres, que él conocía apenas, se encontraban dos individuos que ya hemos mencionado: Pastor Barrera y Vicente Rocabado.

Efectivamente, cuando Pastor, antiguo policía, comprendió la magnitud de todo aquello, viendo que efectivamente el grupo era grande, viendo también a dos cubanos junto a miembros del Partido Comunista, ya no le faltaba más argumento para ir y denunciar todo aquello. Entonces, junto con Rocabado, se brindó para ir a cazar en una pampa cercana. Eso le aseguraba tener el tiempo necesario para su traición, pues los cazadores podían pasarse el día entero en la pampa para tratar de suministrar proteínas a la guerrilla.

A Pastor y a Rocabado se les dio un fusil calibre 22 mm, pero no fueron a dar a la pampa sino a la ciudad de Camiri. Y sucede que, un día antes de la deserción de ellos, había llegado Tania, con los tres visitantes que nos habían anunciado, a entrevistarse con el Che. Tania los había acompañado desde La Paz. Ella acostumbraba a traemos siempre alguna golosina y también se ocupaba de recolectamos discursos de Fidel y música cubana. Al llegar al monte, se lamentó de que en su *jeep*, que había dejado en el hotelito de Camiri, se le había quedado la grabadora con la música y un discurso de Fidel. Eso lo dijo delante de aquellos individuos, Pastor y Rocabado, y a ellos eso les sirvió de base a su denuncia: cuando llegaron a Camiri e hicieron la denuncia, como no se les quería creer, dieron como prueba la existencia del *jeep* y de la grabadora.

Pero, como si esto fuera poco, a los dos o tres días de haber desertado esos dos individuos, por un enorme error de la guerrilla —debo decir que se cometieron muchos errores, el Che violó en Bolivia constantemente las normas más elementales de la guerrilla—, mandamos en misión a otro miembro del grupo de Moisés Guevara, llamado Salustio Choque; lo mandamos en misión de reconocimiento y el ejército lo hizo prisionero. Fue un error grave haber mandado a ese hombre a hacer una exploración, ya que no tenía conocimiento del terreno, pues llevaba apenas tres o cuatro días en el lugar y no tenía experiencia ninguna, ni de hacer una exploración ni de nada. Cuando él fue en su llamada exploración, se encontró con el enemigo, y en vez de ocultarse en un lugar seguro, apartarse del camino, se dejó coger prisionero; esto sucedió antes de que Régis Debray y Ciro Bustos salieran de la guerrilla por la zona de Muyupampa, este individuo colaboró tan fuertemente con el enemigo que fue capaz de guiar las tropas hasta el lugar del campamento. Este señor también delató, además de la presencia del Che, la de Régis Debray y de Ciro Bustos. Los tres desertores colaboran activamente con el ejército, luego, durante el juicio que se le siguió a Debray y a Bustos, sirvieron de testigo de cargo y, por eso, Debray y Bustos son condenados a treinta años de cárcel. Siempre ha sido esto una de mis preocupaciones, porque se andan haciendo acusaciones, en particular a Régis Debray de que hubiera divulgado la presencia del Che en Bolivia, pero la que he contado ésa es la verdad real de toda aquella situación.

22
Tania fue una mujer llena de gloria

Aquí cabe explicar ahora quién era la compañera Tania, que en La Paz tuvo un papel fundamental en la organización de la guerrilla. Era una mujer que tenía un valor extraordinario, gozaba de una inteligencia total y tenía una capacidad de trabajo muy grande. Se ha dicho mucho que era la querida del Che y que, cuando murió, estaba esperando un hijo de él. Lo primero pienso que es cierto, pero lo último es un cuento, como es un cuento que ella fuera un agente del KGB que actuaba en contra del Che.

Tania se llamaba en realidad Haydée Tamara Bunke. Ella nació en la Argentina pero de padres alemanes. En lo que al KGB se refiere, de donde pudo surgir la confusión es de que, efectivamente, Tania tuvo contacto con un agente soviético en Moscú, tanto en el aeropuerto como en una casa operativa que la Contrainteligencia nuestra tenía en Moscú. Ese hombre, Angel, era español y después de la guerra civil fue a luchar en la Unión Soviética. Tania lo que hizo fue sobornarlo, utilizarlo para adquirir allí tanto documentos como facilidades para pasar cualquier cosa, o incluso cualquier persona, por el aeropuerto soviético, e informes sobre los conocimientos que tenían los soviéticos sobre Cuba. Para eso Tania le llevaba cajas de ron y de tabaco, también le daba plata; o sea, que de ninguna manera era ella agente del KGB, más bien lo que hizo fue penetrar al KGB. Como comunista que trabajaba en lo internacional, es lógico que estuviera relacionada con los servicios de su país, Alemania Oriental, como yo era parte del Ministerio del Interior en Cuba. Yo siempre he visto al aparato de Seguridad ocuparse de esos trabajos.

Volviendo a los amores de Tania, tengo conocimiento de algunas cosas muy serias que sucedieron en el grupo de Joaquín cuando se dividió la guerrilla; primero, que Alejandro la pegó por problemas de celos, y hubo problemas entre Alejandro y Braulio por esa misma razón. Se ha sabido que Tania estuvo viviendo en el monte con los dos y que un día Alejandro le pegó una galleta y de allí en adelante comenzó a humillarla muy fuertemente, hasta el punto de que ella permanecía llorando. Pensando un poco, yo considero que también el Che estaba enamorado de Tania, pero

Tania no estaba enamorada de él. No se debe creer que al Che poco le interesaba, de vez en cuando, estar con una mujer; lo que pasa es que, debido a su carácter, andaba siempre velando la vida de todo el mundo, y él se ocultaba detrás de su imagen; pero no era tan inocente con relación a las mujeres. En Cuba, por ejemplo, al triunfo de la Revolución, tuvo un amorío con una artista que era la primera *vedette* de la televisión, y otros amoríos más. El era muy sutil, muy discreto, pero uno nota cuando otro hombre está enamorado. Como Tania allí era la única mujer en el campamento, a él le gustaba sacarla fuera del campamento para abajo del arroyito, decía que para conversar, pero prácticamente no conversaban nada, porque no tenía nada específico que tratar con ella y eso ya se entendía. Y cuando ella se ponía a conversar a solas con Papi, porque a ella le gustaba Papi, eso lo dijo ella misma, o con Antonio, que ése sí que era un corredor, cada vez que el Che lo notaba, enseguida la llamaba y le decía: «Vamos a jugar ajedrez».

Y ella efectivamente se ponía a jugar ajedrez con el Che. Yo creo que sí se acostaron juntos, vi cosas que permiten pensarlo, por ejemplo, él se quedaba tarde en la noche, con una lamparita, allí escribiendo, y le exigía a ella que se quedara allí con él. Era bastante difícil acostarse con una mujer en los campamentos, pero, bueno, también por la noche ya eso se volvía más posible, porque la guardia se encontraba fuera del campamento. Claro, se debía hacer en el suelo, porque en una hamaca no puede ser.

También me recuerdo que en La Habana él la buscaba mucho, la citaba para determinados lugares. El la había conocido a través de Armando Hart, en 1962, cuando Tania llegó a Cuba para la campaña de alfabetización y fue de las primeras mujeres que se hicieron militantes del Partido Comunista cubano, aunque sin haberse naturalizado cubana.

Ya entonces el Che se interesó por ella. Allí es donde Tania despuntó por sus ideas izquierdistas. Cuando lo de Bolivia, Tania desde mucho rato venía cumpliendo misiones para el Che. El la había metido en la Seguridad y pidió a la Seguridad que la obligara a estudiar más, de forma que Tania pudiera ser mejor utilizada para salidas al exterior. Incluso Tania jugó un papel fuerte sirviendo de enlace entre el Che y los cubanos presos en Argentina, como Castellanos. Este era de la gente de Masetti;[37] lo habían cogido preso en 1963, y no salió antes de principios de 1968. Y Tania sirvió de enlace porque era muy conocida de todo el movimiento argentino.

Haciendo ahora recuento de todas estas cosas, yo concluyo que sí, el Che y ella fueron amantes, pero también sé que Tania de quien estaba

enamorada en Bolivia era de Papi y, en Cuba, del Negro Ulises.[38]

Tania en lo personal era de un carácter muy agradable, muy preparada culturalmente; luchaba con mucho ahínco. A veces podía también tener un carácter muy fuerte y una gran inteligencia para la acción. Se prestaba a todas las tareas que se le pedían, incluso a tener relaciones amorosas cuando era necesario. Logró introducirse en la intimidad del hijo del general Alfredo Ovando Candia, jefe del Estado Mayor boliviano, haciéndose pasar por profesora de alemán, cuando éste iba a ser becado en Alemania. Así pudo conocer al general Ovando, quien le permitió conocer al propio presidente, general Barrientos, con quien llegó hasta tener relaciones amorosas. Se dice que Barrientos se enamoró de ella y, por eso, cuando se encontró el cadáver de Tania, tres días después de la masacre de Vado del Yeso, la enterraron y los militares le rindieron honores militares. Se dice que en la autopsia que le hicieron se pudo ver que estaba en el tercer mes de embarazo; saber de quién es imposible si ella tenía relaciones con varios hombres a la vez.

Ella se encargó de la adquisición de armas, y de la logística que se utilizó en el monte. Es a ella a quien debemos, en gran parte, lo que en Bolivia se pudo lograr con respecto a la guerrilla, después de los fallos de Mario Monje, y de las negativas del partido de ir a la lucha. Cuando llegó a la guerrilla, no venía a quedarse; era un viaje de ida y vuelta, ella no estaba preparada para la guerrilla, el Che se puso furioso cuando se la encontró en el campamento, porque al dejar la ciudad, nos dejaba completamente sin comunicación con el exterior. El problema es que se presentó el primer combate, y por la presencia del ejército en la zona ya no pudo salir. La idea que me hago del empecinamiento del Che en localizar al grupo de Joaquín era porque Tania se encontraba en él. El Che celaba mucho a Tania en la guerrilla; siempre trataba de apartarla de los demás. Yo creo que quería reservársela.

23
El ejército pasa a la acción; soy el primero en llegar al campamento

A raíz de la denuncia de Pastor y de Rocabado, el ejército pasa a la acción. El grueso de la guerrilla que iba con el Che aún no había regresado al campamento, porque la marcha de exploración de la región del norte, en vez de durar quince días como previsto, a causa del mal tiempo, duró seis semanas; la crecida del Río Grande nos causó dos ahogados. Al ver que venía una avanzada del ejército por el río Ñancahuasu, es cuando Antonio comete el gran error de mandar a Salustio, un hombre sin ninguna experiencia y recién llegado a la guerrilla, para que haga una exploración. Efectivamente Salustio se encontró con el ejército y lo puso en conocimiento de las cosas que él ya sabía. Además de lo que Moisés Guevara le había transmitido y de lo que él mismo había visto, confirmó lo que ya habían denunciado los dos desertores: la presencia del Che en la guerrilla, de los combatientes cubanos y de los extranjeros que acababan de llegar.

Esta captura trajo como consecuencia que Marcos tomara medidas y empezara a sacar del campamento todo lo que podía ser logística de la guerrilla, tratando de llevarlo a un lugar seguro, específicamente al campamento temporal, que primero llamamos de la Fuente, porque allí descubrí una fuente, y luego pasó a llamarse campamento del Oso, porque Régis Debray y otro compañero habían matado allí a un oso. Hasta allí sacó también a los visitantes extranjeros para ponerlos fuera de peligro. Como en aquel momento no disponía de otras fuerzas, tuvo que coger a todos aquellos bisoños que allí tenía, a todo el personal de Moisés; pero éstos, que eran del Altiplano, no estaban acostumbrados a caminar en la selva, con el calor y los insectos, y además eran bastante flojos, les faltaba ese poquito de cosa que debe tener el hombre para salir adelante. O sea que no aportaron nada, muy al contrario: la mercancía la fueron regando por todo el camino; donde se cansaban, allí mismo la dejaban, y se quedó dispersa por todas partes.

Después de seis semanas de ausencia, yo fui el primero en llegar al campamento con el grupo de vanguardia, junto con Marcos. Tuve que volverme para tratar de darle alcance al Che en el camino hacia el campamento y darle el mensaje para ponerlo al corriente de lo sucedido. Al topar con él le expliqué la situación que había en el campamento, el asunto de los desertores, y también le informé de la llegada de los visitantes. Le entregué una caja de tabaco que, por conducto de éstos, le mandaba Fidel. Recibí la orden del Che de volver urgentemente al campamento con un mensaje para Marcos, para que éste determinara una serie de medidas antes de que él llegara. Yo pues, volví al campamento, comenté todo eso con Marcos y, efectivamente, al otro día ya llegó el Che con el grueso de la gente. Le echó una descarga bastante fuerte a Marcos, porque se sentía seriamente molesto al ver todo cuanto había estado sucediendo; según él, aquélla era una guerrilla a la desbandada, que iba huyendo y se quedaba como derrotada sin haber librado el más mínimo combate.

Honradamente considero que aquella descarga que le echó a Marcos no era justa, no era correcta, pues Marcos había hecho lo que debía hacer: tratar de poner en lugar seguro tanto a los visitantes como a la poca logística que teníamos. Y había tenido que hacerlo con aquellos hombres incapaces de cualquier cosa, pues él, con razón, había decidido que San Luis, Antonio, Arturo, el Ñato, el Camba y él mismo se quedarían en el campamento, y de hecho lo hicieron, formando una línea de defensa, en caso de que subiera el enemigo, y así ampararían a los demás. Nosotros entre los combatientes de la vanguardia consideramos que la decisión de Marcos había sido buena, pero no nos atrevimos a objetárselo al Che, pues temíamos ser juzgados de la misma forma. Por eso no emitimos criterio ni a favor ni en contra. Y Marcos se encontró totalmente indefenso, primero porque sí había cometido dos o tres pequeños errores, aunque no de mucha relevancia, y segundo porque cuando el Che se disgustaba, nunca daba la oportunidad de explicar el motivo del error y callar era lo mejor, porque él ni le daba la palabra a uno.

***

Yo he querido muchísimo al Che; hubiera sido capaz de morir por él en cualquier momento, de darle todo lo que estuviera a mi alcance, pero se le ha consagrado con el título de hombre sin manchas y, honradamente, yo no creo que así fueran las cosas. Para mí esto son manchas: cuando, haciendo

uso de su poder, no se le da al agredido la oportunidad de defenderse. Eso no es ni más ni menos que avasallar al subalterno y es lo que en verdad él hizo con nosotros, que por una mezcla de respeto, de admiración y de miedo callábamos. Así sucedía conmigo y no pienso equivocarme si digo que, con los demás compañeros, también sucedía lo mismo. Ya he hablado de los castigos que él solía infligir por cualquier falta o error, y eso que nadie está exento de cometer faltas o errores, sobre todo en aquel tipo de condiciones. Un verdadero miedo a él se había apoderado de nosotros, ya desde la Sierra Maestra, por esas medidas despiadadas que él a veces tomaba.

Yo lo que pretendo es hacer la historia verdadera con el fin de que, en un futuro, quizá cercano quizá lejano, se la pueda conocer y sirva a los que nos sucederán a nosotros. Repito que, aun con todos sus defectos, respeté y amé al Che como hombre y como revolucionario, por su integridad y sus principios. Pero, si de verdad se quiere hablar seriamente, no se pueden omitir los errores que se hayan cometido, vengan del lado que vengan. Eso me parece ser la vía de la honradez, y yo creo haber trabajado en todo el transcurso de mi vida con mucha honradez, independientemente de los errores que yo mismo pueda haber cometido.

Al principio, al Che lo veía, digamos, como a un ser extraño. Yo no estaba acostumbrado a ver extranjeros, y tampoco lo estaba la mayoría de los campesinos de la Sierra Maestra. Ese argentino que hablaba de manera rara, con una serie de costumbres ajenas a las nuestras, nos sorprendió sobremanera. Y el hecho de verle con un fusil al hombro para ayudamos a hacer nuestra revolución, aunque él no fuera cubano, ya eso iba creando en nosotros un mito de superhombre, de una valentía absoluta. Es verdad que él demostró ser un hombre valiente, inteligente e intransigente en sus ideas, en su forma de actuar y de pensar. Pero ese mito se fue creando también con otra cosa, que era su forma de actuar con los compañeros. Por ejemplo, cuando uno huía botando un fusil, nosotros más bien tratábamos de disfrazarlo, de darle otro matiz, mientras que el Che no vacilaba en decirle: «Tú eres un cobarde, eres esto, eres lo otro». Y nosotros, sin damos cuenta que estaba humillando al hombre a la máxima expresión, tomábamos gusto a que se le dijera que era un cobarde e incluso nos dedicábamos a propagarlo: que el Che cogió a Fulanito de Tal y le dijo esto y esto y esto, porque es un cobarde, porque robó tal cosa, y el Che lo castigó de tal forma.

Cuando nosotros veíamos un hombre cometer un error que a nosotros no nos agradaba, pero no nos atrevíamos a decirlo por miedo a cualquier represalia, veíamos que el Che cogía y le decía: «Eres un descarado, eres un ladrón, eres esto, eres lo otro». Así fuimos viendo al Che como a aquel hombre que sí se enfrentaba a todas las cosas. Lo digo sin la menor hipocresía, así le veíamos nosotros. El Che tenía el valor de decirle a cualquiera lo que sentía. Por ejemplo, muchas veces lo vi interrogando a un hombre o cuando un hombre le estaba informando sobre cualquier situación, y él se quedaba fijo mirándolo y, después que el hombre hubiera terminado, con un carácter serio, muy fuerte, le decía: «Mira, tú lo que estás hablando es mierda». Así, tranquilamente. Entonces nosotros, los analfabetos, los que no teníamos casi ningún tipo de ideología, mirábamos aquello casi como aplaudiendo al Che, sin damos cuenta de que muchas de aquellas cosas de ideología y de principios él no se las explicaba al hombre. Eso no era más que una forma de apoyarse en su mando y avasallar al subalterno. No puedo ocultar que para mí, verdaderamente, eso son manchas.

También, muchas veces, actuaba marcando preferencias, por ejemplo: Pombo y el Tuma podían cometer cualquier error y el Che no lo veía, podían tener en sus mochilas cualquier tipo de confituras para comer y el Che no las veía —pero si las tuviera cualquier otro él ya lo sabía, sabía incluso cómo las tenía, y enseguida lo llamaba para arreglarle cuentas. Veíamos que, a escondidas del Che, Pombo iba y sacaba productos de la cueva, y después se los veía por allá, a él, al Tuma y a Ricardo, que eran los que hacían del Che lo que querían, comiendo cualquier cosa; y el Che se quedaba pasivo. Y eso que a menudo se ponía hasta grosero con otros compañeros. Yo, por ejemplo, un día me lo encaré. Cuando yo iba a cocinar, ya estaba inventando lo que iba a cocinar, y él vino y me dijo:

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a hacer la comida.

—¿Y qué vas a hacer?

—Bueno, voy a hacer una papas sancochadas y una camita ripiada.

—No, no hagas esa camita ripiada, haz un arroz con frijol y sardinas.

—Bueno, como usted mande.

Esa palabra le cayó muy mal y contestó:

—¡Como mande yo no, chico! ¡Como me sale de los cojones mandarte!

—No, pero espérese, yo no le hice a usted nada, yo no lo he ofendido a usted en nada para que usted me conteste de esa forma tan bruta, yo creo que yo no le he faltado al respeto a usted.

Pero él me dio la espalda y se fue sin contestar palabra. Yo creo que eso fue producto del informe que le acababa de hacer el compañero peruano Sánchez, como que éste se iba a retirar para Perú. Yo oí que iban hablando de los soviéticos y de la no ayuda de Cuba.

Así, actuando él así, se fue construyendo el mito. Tanto por parte de la dirección del movimiento como de nosotros, de las tropas, se iba sintiendo un respeto y una admiración cada vez más grandes. Una razón más para eso es que, cuando había un dolido o un herido, de inmediato el Che iba a ayudarlo y socorrerlo sin importarle si era bajo las balas; eso lo hizo muchas veces. También veíamos la justeza que era la suya: cuando había un pan, se tenía que repartir en partes totalmente iguales, sin darle una migaja más a nadie. Eso nos gustaba mucho y de tales cosas se fue alimentando el mito. Además, en los combates, el Che peleaba muy serenamente, dirigía el combate pero seguía siendo uno más junto a todos nosotros, nunca hacía como otros jefes que lo organizaban todo y después se quedaban atrás en casa de un campesino, comiendo bien, mientras los guerrilleros iban a combatir. Eso muy concretamente se podía contrapesar: el Che iba al combate, mientras que, por ejemplo, el comandante Lalito Sardiñas se quedaba en una casa comiéndose un puerco y durmiéndose una guajira. De ahí, claro, despreciábamos a Lalito Sardiñas e íbamos subiendo al Che; así se iba alimentando el mito. Y como el Che lograba ganar buenas batallas, nosotros solíamos ponerlo de ejemplo. Apartábamos a un lado su dureza y alabábamos su franqueza, su forma de actuar limpiamente y su justedad total, su sentimiento de igualdad entre todos nosotros, ya fuera por la comida o cualquier otra cosa. También tenía su importancia el hecho de que fuera un hombre bien preparado política y culturalmente: delante de nosotros hablaba muy bien de distintas cosas del mundo que desconocíamos.

Yo creo que el Che sólo hubiera logrado estar en una atmósfera de paz después que él hubiera logrado su estatus. Yo veo que él iba en busca de un nombre más allá del Che. Para mí, sus ideas eran las de crearse un Olimpo en la cordillera de los Andes, más alto que el de Fidel. Y no sé si sería con el hecho de aplastarlo o de tenerlo por debajo. Pero él perseguía eso. Porque yo me recuerdo un día, cuando íbamos a la toma de Samaipata, que

llegamos a un alto, él venía a caballo, yo estoy esperándolo ahí, porque vengo en punta de vanguardia, llega a ese alto desde donde se divisan unos valles muy lindos, y, entonces, me dice: «Tráeme un machete». Saco el mío y se lo presto. Entonces él se pone erguido sobre el caballo y levanta el machete y dice: «El segundo Bolívar». Yo le saqué una foto porque él me lo pide: «Sácame una foto». Me da su máquina fotográfica, y yo le saqué la foto. O sea que..., tenía esa idea.

El se ve que tenía una imagen de sí mismo, de lo que quería ser. No lo condeno, sólo digo lo que pasó en la realidad de la vida.

Reconozco en el Che sus errores, sus defectos, su rudeza, consigo mismo y los demás, pero reconozco su valor humano, que para mí lo tiene, muy grande, porque hay quien me dice que ha sido un extremista, pero es que ha sido un extremista consigo mismo, y hay otros que lo son con los demás, pero consigo mismos no, y el Che lo fue. Si hay una cosa que admiro del Che Guevara, que independientemente de todos sus defectos he logrado saber, es que era extremadamente honrado, que siempre le gustó vivir de su sacrificio, de su sudor. Así lo conocí y así lo vi morir. Creo que lo mejor que puede ser un hombre en la vida es honrado, aunque cuesta mucho ser honrado. Y, verdaderamente, yo recuerdo muchas cosas con amor del Che y él me enseñó a mí muchas cosas, como por ejemplo: que para enjuiciar a alguien primeramente había que conocerlo. Y me dijo: «Nunca te acostumbres a enjuiciar a alguien por lo que una primera persona te diga. Acostúmbrate a escuchar ambas partes, medita y saca tus conclusiones. Conversa contigo mismo porque puedes estar equivocado en tus propias conclusiones». Me ha enseñado mucho y lo he practicado.

En la historia, el Che era el comunista. El nos explicaba que, desde niño, había aprendido el comunismo bajo la influencia de su madre; su padre era anticomunista. El Che nunca quiso a su padre, en cambio adoraba a su madre; él decía que su madre fue quien lo formó, le daba fuerzas para superarse, mientras que el padre le quitaba fuerzas.

* * *

Después del regreso del Che y del resto del grupo al campamento central se toman medidas para poner a salvo lo poco que teníamos, pero, como ya el ejército era conocedor de la presencia del Che en la selva, decidió entrar al ataque, por lo que nos vimos obligados a comenzar la lucha sin estar preparados para ella. El ejército pone a operar la III

División: ésta trató de llegar hasta el campamento, cuya localización ya conocía perfectamente gracias a los desertores. El día 23 de marzo al amanecer un pequeño grupo guerrillero formado por San Luis (Rolando), Coco Peredo, Ernesto Maimura, Pablito, Pedro, Moisés Guevara y yo mismo realizamos el primer combate, que fue totalmente victorioso para nosotros. Le ocasionamos dieciocho bajas al ejército, entre las cuales siete muertos. Hicimos veintisiete prisioneros, entre los cuales el jefe y el segundo jefe. Como no teníamos condiciones para mantener prisioneros ni para curar a los heridos, nos vimos en la necesidad de liberarlos al amanecer del 24 de marzo. Hicimos reserva de ropas y botas despojando a los soldaditos prisioneros. Al regresar a la ciudad de Lagunillas, el mayor Plata, jefe del pelotón, con aquella tropa desnuda y desmoralizada, para dar una justificación a su derrota, ante la cantidad de periodistas que estaban allí, declaró que habían sido atacados por más de trescientos hombres, perfectamente armados, entre los cuales había soldados del Vietcong. Y eso fue lo que nos creó la fama de ser una fuerza superior a la que en realidad éramos. Por nuestra parte no tuvimos ninguna baja, capturamos sesenta armas y ocho mil balas. Esta derrota del ejército trajo como consecuencia que entrara a operar también la IV División.

Por otro lado, nuestra situación se hacía cada hora más difícil: no teníamos ni alimentos ni medicinas. Se hizo necesario hacer una depuración en el grupo de los hombres que había traído Moisés Guevara. No obstante, la necesidad mayor era buscar vías de comunicación con el exterior para recibir la ayuda que esperábamos de Cuba y de los movimientos revolucionarios sudamericanos. Con la única posibilidad que contábamos era con la ayuda de dos de los visitantes que habían llegado: el francés Régis Debray y el argentino Ciro Roberto Bustos. Decidimos, pues, hacerlos salir lo más pronto posible. El gran inconveniente era que la zona estaba ya completamente rodeada y bajo control del ejército. Tratamos de hacerlos salir por el pueblo de Gutiérrez, pero fue imposible. En estos intentos de sacar a los visitantes tuvimos de nuevo que combatir a mediodía el 10 de abril en Iripiti, y por desgracia nuestra, tuvimos que enfrentamos al mayor Rubén Sánchez, que ya había llegado al campo de operaciones.

Digo por desgracia, porque a nosotros no nos convenía el enfrentamiento en aquellos momentos. Pero el combate también fue muy victorioso para nosotros. En esa oportunidad combatimos dieciséis guerrilleros, incluyendo el visitante francés. Hicimos once bajas, veintidós

heridos y treinta y dos prisioneros, incluyendo al mayor Sánchez, que había alardeado de llevar nuestras cabezas a La Paz. Tuvimos también nuestra primera baja; una pérdida muy importante: Rubio, el capitán Jesús Suárez Gayol, que fue viceministro de la Industria azucarera de Cuba. Aunque victorioso, este combate nos trajo consecuencias graves, pues daba credibilidad a lo declarado por el mayor Plata sobre el poder de fuego de la guerrilla. También a esta tropa la despojamos de ropas y armas. El ejército decidió multiplicar su fuerza y pusieron a operar también a la VIII División más el batallón de Rangers. Nosotros éramos cuarenta y nueve, y ellos ya eran diez mil efectivos en la zona. No obstante, seguíamos intentando sacar a los visitantes. Logramos al fin hacerlo en el pueblo de Muyupampa, momento en el que yo considero que el Che comenzó a violar las leyes de la guerra de guerrillas. Veníamos con un impedimento: cuatro enfermos, y cuatro a quienes habíamos dado de baja de la guerrilla por inservibles, más Tania que no tenía ninguna preparación guerrillera. Necesitábamos hacer un operativo en el menor tiempo posible para sacar a los visitantes. Le propusimos al Che que tres de los hombres más fuertes físicamente, Coco Peredo, Miguel y yo mismo, sacáramos a los visitantes realizando el trayecto con caballos que podíamos adquirir en la aldea de Ticuya y que, mientras tanto, él nos esperara en lugar seguro. El Che se negó rotundamente. Más bien decidió dividir el grupo en dos. Uno al mando de Joaquín, a quien le dejó a los enfermos y lo que llamábamos «la resaca», y el grupo nuestro, comandado por el Che, que se encargaba de la misión de salida de los visitantes.

Considero que, a esas alturas, el Che se encontraba ya bastante perturbado, pues para mí esa decisión no fue buena, y lo mismo pensó el resto del grupo. Dejar a Joaquín con cuatro enfermos, los cuatro de la resaca, que había que vigilar como a prisioneros, más a una mujer enferma no preparada para la vida guerrillera, y sin comida, con sólo tres hombres activos, fue una locura.

Logramos sacar a los visitantes en el pueblo de Muyupampa; prácticamente se puede decir que se los entregamos al ejército, que tenía completamente rodeada la zona, con las consecuencias que se conocen: su apresamiento, con lo que se cortó totalmente la posibilidad de comunicación con el exterior. El gobierno los dio oficialmente por muertos en combate: en realidad iban a matarlos después de que la CIA los interrogara. Gracias a presiones del gobierno francés y de una gran

campaña internacional se les sometió a juicio y fueron condenados a treinta años de cárcel. Permanecieron presos desde el 19 de abril de 1967 hasta el 24 de diciembre de 1970. Debo decir que los desertores de la guerrilla actuaron como testigos de cargo en el proceso, contando todo lo que habían visto en la guerrilla, confirmando la presencia del Che y la de los cubanos, lo que permitió al gobierno demostrar que Bolivia era víctima de una intervención extranjera. El proceso de Camiri, en realidad, fue un pretexto para el gobierno para desencadenar una campaña nacionalista.

Después de la salida de los visitantes viene la desaparición del Loro; no recuerdo si fue el 23 —San Luis muere el 25 de abril— cuando el Loro desaparece. Estábamos emboscados en la carretera de Monteagudo a Muyupampa; en ese lugar, a las siete de la tarde más o menos, aparece el ejército, tenemos un enfrentamiento y es cuando desaparece el Loro. Esa desaparición no fue ni por deserción ni por cobardía. El era uno de los que, al darnos cuenta de que nos habíamos quedado aislados, vivía presionando al Che para que lo mandara a hacer contacto, y es posible que aprovechara la oportunidad y se fuera a tratar de retomar contacto con la gente que él había conocido en la región. Tratando de salir de la zona fue hecho prisionero, y sometido a interrogatorios, sabemos que fue torturado salvajemente; el ejército imaginaba, y con razón, que el Loro, muy conocido como militante comunista, podía facilitar mucha información no sólo sobre la guerrilla, sino sobre las redes de apoyo en la ciudad. Estando herido en el hospital de Camiri se apareció un personaje que primero se hizo pasar por periodista, luego le dijo que era un enviado de Fidel; como el tipo tenía acento cubano, el Loro —muy debilitado por las heridas— lo cree y contesta a las preguntas que el hombre le hace de parte de Fidel; sobre el Che, su situación, su salud. Ese hombre en realidad era uno de los agentes de la CIA que estaban allí asesorando a los bolivianos. El Loro ratifica así la presencia del Che de la que ya habían hablado los desertores. Esta fue una prueba importante viniendo de un responsable del Partido Comunista, que no era un desertor, que tenía un nivel alto; el Loro había hecho sus estudios universitarios en Alemania, y era de una familia muy conocida. Su padre fue un famoso historiador boliviano; Humberto Vásquez Machicado.[39]

Después de abandonar a los visitantes y de la desaparición del Loro, retomamos la marcha en búsqueda del grupo de Joaquín. Fueron transcurriendo los meses y sucediéndose combates y nosotros continuábamos buscando al grupo de Joaquín. Un día nos enteramos por la

radio de que el grupo de Joaquín, al ser delatado por un campesino, fue masacrado en Vado del Yeso el 31 de agosto de 1967.

Nosotros continuábamos violando las reglas de la guerra de guerrillas; quedábamos veintidós hombres, algunos muy desmoralizados. Incursionábamos por zonas campesinas, a la vista de todo el mundo, hasta el punto que, cuando planificábamos ir a un determinado lugar, cuando llegábamos, ya los campesinos estaban avisados, porque ya se conocía nuestra presencia en la zona.

Caminábamos día y noche rumbo a Valle Grande, según el Che, allí daríamos un golpe, tomaríamos medicinas y pasaríamos al departamento de Sucre. Le comunicábamos al Che la presencia del ejército en todas las aldeas, las vías de comunicación tomadas, y él continuaba con su proyecto de llegar a Valle Grande. En donde estábamos se encontraba una fuerza del ejército de más de seis mil hombres; de los veintidós que nosotros éramos, la mitad ya estaba sin ninguna disposición combativa; Pombo y Pacho heridos; el médico ya no podía valerse por sí mismo; Chapaco había caído en estado de demencia total; Camba había pedido abandonar la lucha; el chino Juan Pablo Chang, prácticamente inválido; Eustaquio y Willy mostraban rasgos de arrepentimiento; ya no se podía contar con ellos. El Che, que comenzaba a restablecerse de un fuerte ataque de asma, debía estar pesando unos cincuenta y cinco kilos. No obstante continuaba con su idea de ir a Valle Grande, hasta el 26 de septiembre, cuando caímos en una emboscada y el grupo fue diezmado. Trajimos hombres heridos y dos desertores, Camba y Julio; estos dos fueron llevados a declarar ante el tribunal militar que estaba juzgando a Régis Debray y a Ciro Bustos, e informaron al ejército de lo dramático de nuestra situación.

En estas condiciones, lo único que quedaba esperar era la eliminación física como única posibilidad de descanso para nuestra agonía, pues nos encontrábamos cercados por más de seis mil hombres en un área de unos cuatro mil metros y, como si fuera poco, en un terreno extremadamente árido, sin agua, sin comida. En estas condiciones llega el 8 de octubre, día del último combate del Che Guevara.

Para dar una idea de las condiciones del grupo aquel 8 de octubre, puedo contar que fui herido doce días antes y no se me había podido hacer ni siquiera una cura; ni siquiera lavarme la herida con agua: la herida estaba totalmente infectada, y yo tenía cuarenta grados de fiebre, me daban mareos continuamente porque hacía días que no habíamos comido, pero el Che

decide que yo continuara en la punta de vanguardia, porque consideraba que, dentro del grupo, era el que estaba más fuerte. Le informé sobre la situación militar: que nos encontrábamos en el fondo de la Quebrada del Yuro, cercados por el enemigo en un área de mil metros; y, de acuerdo con nuestra posición geográfica, sólo el Inti Peredo y yo podíamos combatir, aunque con mucha dificultad, por tener yo mi brazo derecho atado a la cintura a causa de la herida.

El combate se realiza de forma desigual hasta que, en horas de la tarde, a eso de las tres, el Che me comunica que se iba a retirar al lugar de donde habíamos partido el día 7 en la noche, llevándose con él la «impedimenta»,[40] que allí nos esperaría hasta las nueve de la noche. De no llegar a esa hora, que tratara de llegar a un lugar ya conocido por mí llamado Santa Elena, que allí nos reuniríamos. Pero él fue herido en el intento de llegar a ese lugar, hecho prisionero, junto al Chino Juan Pablo Chang y Willy, llevados a la escuela de La Higuera, allí fueron asesinados.

Se puede decir que la historia de esa guerrilla fue, primero, caminar en círculo y en zig zag, buscando al grupo de Joaquín, con el que perdimos accidentalmente el contacto: yo creo que el empecinamiento del Che en encontrarlo era porque Tania se encontraba en él.

Y luego huyendo, tratando de evadir el encuentro con el ejército porque no nos convenía el enfrentamiento.

Sólo quisiera añadir una cosa. Cuando se dio la situación de la muerte del Che, el último día, el de su último combate, el 8 de octubre, supimos que en ese momento terminaba todo, porque al faltar el Che Guevara como guía, al no tener la más mínima ayuda de un partido todo se acababa. Aunque ahora aparezcan muchos partidos en Bolivia diciendo que hicieron el esfuerzo de ayudamos, eso es mentira: no hubo un solo partido que en Bolivia hiciera nada por salvar la lucha en la selva. Los únicos que trataron realmente de hacerlo fueron los mineros de las minas de Uyuni, Siglo xx, Alfaro. El 24 de junio, aprovechando los festejos de esa fecha, hicieron una reunión en los socavones para discutir su incorporación a la guerrilla, y allí fueron cruelmente ametrallados y asesinados. Ellos se preparaban para buscar la forma de hacer contacto con el Che en el monte y terminaron siendo asesinados. También los estudiantes intentaron hacer algo: organizaron protestas a nivel de universidades, algunos formaron grupitos para ver cómo se incorporaban al monte, o buscaban una vía para hacer contacto con la guerrilla. Pero al analizar la situación, la verdad es que

quedamos seis hombres, prácticamente sin comida, sin alimento ninguno, testigos de la situación en la que había terminado el Che, lo que para nosotros fue desgarrador.

En cuanto al campesinado, las reacciones de estas gentes eran tan sorprendentes que nosotros achacábamos esa actitud a la falta de cultura, de conocimiento; hasta el punto de que he pensado muchas veces que el campesino boliviano que vive confinado en esa zona, en el corazón de la selva, sin las más mínimas posibilidades de una vida social, parecía que le agradecía al gobierno vivir en esas condiciones y, más bien, reprochaba nuestra presencia. Nosotros, después de tantos meses de campaña en Bolivia, haciendo actos humanitarios, tratando de convivir con ellos, respetándolos como nunca antes se les había respetado, tuvimos solamente la incorporación de un campesino.

Uno solo. Y aquello era más bien patético: era un campesino liamado Paulino, que vivía en medio de la selva y que nos confesó que se iba a incorporar a nosotros porque llevaba dos o tres años enfermo de tuberculosis y, total, se podía morir donde quiera, que él ya se iba a morir seguro, y eso le daba la oportunidad de conocer otro mundo. Esa es la ideología: no se incorporan por concepto de la lucha, sino porque él sabe ya seguro que va a morir, e incluso abandona su fin- quita, con su chacra y sus vaquitas, para irse a una aventura con nosotros, que fue una aventura muy corta, de no más de una semana, porque lo hicieron prisionero antes de la muerte del Che. Lo habíamos mandado a tratar de hacer contacto con Matilde, la mujer de Inti, y el ejercito lo agarró.

Después de Paulino, que se incorpora porque está enfermo, tuvimos otra incorporación. Pero las incorporaciones disminuyeron; en calidad y origen. La segunda incorporación fue la de un perro, por hambre, que inclusive nos abandonó en La Higuera. Esas fueron las únicas incorporaciones que tuvimos.

Cuando hicimos la preparación para ir a Bolivia, nos explicaron que Bolivia había vivido una reforma agraria en 1952; pero se nos explicó la reforma como algo muy funesto, hasta el punto de que el campesino no había sentido la reforma agraria, y que nosotros llegábamos para, precisamente, crear las condiciones para una verdadera reforma agraria.

Hubo uno de nosotros que murió en Bolivia que, cuando nos están explicando lo de la reforma agraria, preguntó: «¿Y no les harán allí lo que se hizo en Cuba, que primeramente les dieron diez caballerías al campesino

y después se las dejaron en cinco...». Y en realidad fue así en Cuba: al triunfo de la Revolución se repartió el terreno, se repartió al campesinado pies de crías, tanto bovinos como caprinos. Se le daba una o dos vacas. Pero rápidamente cambió todo: no solamente el campesino que tenía una o dos, sino el que tenía quince caballerías ya no fue más dueño de ellas. Y hasta se creó una ley en Cuba que dice que nadie puede disponer de una vaca.

En la región en donde estábamos los campesinos hablaban guaraní. Pero yo tuve la oportunidad de salir hasta el lugar donde se hablaba quechua; allí llegamos, después de la muerte del Che, únicamente los sobrevivientes en nuestra huida, a la zona en donde había nacido Barrientos, en las proximidades de la Siberia, entre Cocha- bamba y Cumarapa. Cuando llegamos allí, nos encontramos con un campesinado que parecía ser analfabeto, y en su mayoría todos de habla quechua, y ellos se sentían orgullosos de que el presidente Barrientos, que les visitaba esporádicamente, les hablara quechua. Inclusive todo ese campesinado adoraba a Barrientos porque los mantenía armados.[41]

Allí todos estaban armados, todos. El resultado fue que nosotros no pudimos hacer contacto en toda la zona con un solo campesino, porque todos nos perseguían. Y tuvimos que huir hacia la zona de San Isidro, hacia atrás, donde encontramos un campesino: don Víctor. Fue lo más maravilloso que nos ocurrió, pues él sabía todo lo que daban por nosotros; ofrecían la suma de diez millones de bolivianos, por cada uno de nosotros. Y este hombre nos dio toda la ayuda necesaría, sin pedimos ni un centavo. Más bien, todos sus bienes, que no eran muchos, los puso a nuestro servicio. El murió ya. Vivía próximo a la carretera de Cochabamba a Santa Cruz.

La única ayuda que recibimos después fue la de la gente comprometida con el movimiento. En toda Bolivia —con y sin la presencia del Che—, fueron los únicos. No hubo otros. Se ha hablado de que hubo cierta ayuda de un personaje que ha creado Froilán González,[42] el que escribió el libro *De Ñacahuasú a La Higuera*,[43] que en realidad escribió robando algo de mi historia, y que escribió también *La CIA contra el Che*. Este señor ha creado el personaje del Lagunillero, personaje inventado por él amparándose en el Lagunillero que el Che menciona en su diario. Pero el Lagunillero que el Che menciona en su diario es el señor Remberto, que es el señor que vendió la finca en donde se instaló el campamento, y también algunos animales como gallinas y dos muías, pero que no tenía la menor idea sobre la

guerrilla. Ese es el Lagunillero al que el Che se refiere. Froilán González ha creado en cambio un personaje con otro lagunillero que se llama Chávez de apellido, acaso Mario de nombre, lo ha llevado a Cuba, a él y a toda su familia, a hacerse curar. Lógicamente este personaje es el que ha ayudado grandemente a amparar a Froilán y a su amo, el general Arquímedes, encargado de la misión de indagar sobre el lugar en donde está enterrado el Che. Así han desaparecido más de trescientos mil dólares dados por el gobierno cubano para investigar sobre el Che en Bolivia. Ellos los invirtieron en cosas netamente personales, y después buscaron ampararse en alguien para justificarse. Es igual con las exposiciones que han hecho en Cuba de objetos del Che utilizados en la guerrilla en Bolivia: todos son falsos, como el *jeep* de Tania, que es una mentira; lo que llevaron a Cuba no es el *jeep* de Tania. La historia del Che se ha convertido en un negocio. Se ha robado todo el dinero que les han dado para hacer la investigación. Los indios que supuestamente podían dar alguna información vieron la oportunidad de ganar algunos pesos y les contaron cualquier cosa, pero lógicamente lo que les pagaban eran migajas. Cuando les daban diez dólares, los cubanos decían que les habían dado trescientos. Es así. El gobierno cubano deja hacer todo esto porque le conviene alimentar el mito del Che a como dé lugar; necesita un museo con objetos del Che para que la gente lo visite y tome ejemplo de su sacrificio para que aguante el periodo especial.

24
Nos enteramos por la radio de la muerte del Che

El 8 de octubre por la noche, después del combate, llegamos al lugar de contacto que habíamos acordado con el Che. Allí lo único que encontramos fue su mochila con todas sus pertenencias esparcidas por el suelo. Pensamos en la posibilidad de que el Che hubiera llegado con un herido y se hubiera ido, sabiendo que nosotros íbamos a llegar a las nueve de la noche y habiendo dicho que el que no llegara a esa hora se fuera a Santa Elena, a un lugar llamado el Naranjal, ya conocido por nosotros, y que allí esperaría dos días, puesto que nuestro objetivo era, de todas maneras, pasar por Santa Elena y nuestra vía era Ñancahuasu. Pensamos que él había dejado la mochila para que nosotros se la lleváramos y que, entretanto, había pasado el ejército, la había encontrado y la había esparcido. Nosotros recogimos todo aquello: su plato, su jarro, su manta, la radio, y seguimos rumbo a Santa Elena. El terreno era árido, en vez de arbustos había cactus y huecos muy profundos. Ese trayecto nos ocupa toda la noche y, cuando ya está amaneciendo, nos damos cuenta de que estamos a doscientos metros de una aldea. Acaba de amanecer y allí nos damos cuenta que se trata de La Higuera, y para colmo, nos encontramos a doscientos metros de la escuela, lugar en el que ya tienen al Che, al Chino Juan Pablo Chang y a Willy prisioneros. Vemos una cantidad de soldados rodeando la escuela, y otros, esparcidos por distintos lugares. Los arbustos, más bien una maleza, tienen un metro, o metro y medio de altura, máximo. Y, para colmo, estábamos en plena seca, no había llovido y el terreno estaba completamente limpio. Miramos alrededor y hay grupos de soldados amontonados, comiendo, durmiendo y, de forma increíble, decidimos quedamos allí, casi a la vista de ellos, y creo que hasta nos vieron.

Nosotros hicimos lo mismo que el ejército, nos agrupamos para descansar. Los soldados también estaban cansados, pues llevaban tiempo persiguiéndonos, nos confundieron con un grupito más de ellos, y como ya tenían al Che, y sabían que hacia el sur iba un grupo que había logrado escapar: Pablito, el Médico, Chapaco y Eustaquio; el ejército los persiguió y logró asesinarlos el 12 de octubre en la desembocadura del río Mizque y el

Río Grande. Nosotros nos habíamos separado en dos grupos; lo que sucede es que Pablito pierde el rastro y se va hacia el sur en vez de ir hacia Santa Elena. Nosotros en cambio hicimos lo mismo que los soldaditos: nos quedamos tranquilitos detrás de unos arbustos. Le pongo el audífono al radio y escucho las noticias y todos daban la misma noticia: que el Che había muerto en combate, y la cantidad de guerrilleros muertos. Entre las nueve y media y las diez de la mañana, la radio chilena, Presiente Balmaceda, da la misma noticia, pero no hablaban ni de Willy ni del Chino.

Pensábamos que aquellas informaciones habían sido hechas a partir de las que Camba y León —dos otros que habían desertado hacía pocos días— habían dado al ejército cuando desertaron, y que las usaban como desinformación para desmoralizarnos y evitar que se unieran los dos grupos en los que nos habíamos dividido. Pero cuando hablan de una fotografía familiar del Che, sentado con el hijo pequeño y sus dos hijas y su señora detrás, nos miramos entre los cubanos dando veracidad a la noticia, porque éramos los únicos en saber que aquella foto existía. Esa foto fue llevada a Bolivia por Olo Pantoja (Antonio), violando todas las medidas establecidas. Cuando se le entregó esa foto al Che en Bolivia, éste lanza una descarga a Olo Pantoja, llama a los cubanos y nos pregunta si alguno lleva alguna foto familiar, y que si alguno lleva alguna, que no la vean delante de ningún boliviano, porque aquello, tener allí una fotografía, era un privilegio, que deberíamos pensar que muchos de los bolivianos que estaban con nosotros tal vez nunca habían tenido los medios de poder hacerse una foto con su familia. Dijo que guardaría la suya, y que de esto no tendría conocimiento nadie.

Cuando oímos lo de la foto, fue cuando le dimos credibilidad a la noticia de su muerte. Comenzamos entonces a pensar sobre lo que íbamos a hacer. Pensamos en regresar a la zona que habíamos abandonado y estar allí un par de meses hasta que el ejército nos olvidara, para reagruparnos y crear las condiciones para iniciar de nuevo la lucha.

25
Decidimos abandonar Bolivia y crear las condiciones para iniciar de nuevo la lucha

En horas de la tarde, a punto de emprender la marcha, el Inti Peredo nos dice que nuestras ideas eran muy buenas, pero que él había estado pensando durante el día y que había que actuar de otra forma, porque de lo que había sucedido en Bolivia nadie sabía nada: ni Cuba ni el resto del mundo saben cuál ha sido el papel del Partido Comunista, ni lo que ha ocurrido internamente en la guerrilla. Sólo nosotros éramos conocedores, y sólo nosotros estuvimos once meses en la lucha, bajo la dirección del Che, y dándole golpes al enemigo, que hasta el mes de septiembre lo tuvimos en jaque, dándole al campesinado pruebas de lealtad. Ni aun así tuvimos la ayuda de nadie, ni ninguna incorporación, ni nadie hizo nada para contactar con nosotros cuando éramos un grupo grande, sabiendo que el Che estaba allí. «Hoy quedamos sólo seis hombres, prácticamente a la desbandada, ¿quién va a ayudamos en tales condiciones? Nadie.» Así nos habla el Inti y nosotros aceptamos. Así que nos propusimos salir a una frontera y denunciar lo ocurrido en Bolivia, y, de ahí, ya en el exilio, podríamos organizamos para continuar la lucha.

Eramos entonces responsables de la vigencia del Che, y estaba claro: teníamos que encontrar la forma de salir a una frontera: nos dimos a esa tarea. Temamos entre nosotros a dos poco conocedores de los compromisos políticos, Urbano y Darío, que era medio demente, y les orientamos sobre lo ocurrido por si alguno de ellos era el que lograba salir.

Después de esa noche nos sentimos más seguros, nos implantamos una disciplina muy férrea, y también la persecución fue férrea. Ya sabíamos que éramos los únicos porque ya habíamos oído la noticia de la muerte de Pablito y del médico. El gobierno boliviano lanza una campaña de prensa ofreciendo una recompensa de diez millones de bolivianos por el rescate de cada uno de nosotros entregado vivo; así supimos que no sólo el ejército iba a perseguimos, sino todo el campesinado, porque esa suma en manos de un campesino representa un cambio de vida. Nosotros optamos por no llegar a casa de ningún campesino y sobrevivimos a base de cactus, o lo que

lográbamos conseguir, hasta matamos una vaca. Así intentamos salir por la frontera de Brasil, pero al llegar al río buscando al Beni, el ejército nos descubrió y nos bloqueó el camino.

Teníamos la IV y la VIII División del ejército tras nosotros, hasta hubo días en los que teníamos hasta tres encuentros con el ejército. El 15 de noviembre perdimos al Ñato en un encuentro con el ejército; a partir de ahí continuamos desarrollando una táctica para evadimos.

Nos dimos cuenta de lo que vale la vida y nos pareció necesario que, para salvarla, eran válidos todos los sacrificios. Lo fuimos logrando hasta llegar a primeros de diciembre a la casa de un campesino, entre Comarapa y San Isidro, en el departamento de Santa Cruz. Allí encontramos a don Víctor con aquella familia tan maravillosa, la más hermosa que existe en Bolivia, porque, sabiendo quiénes éramos, sin demostrar el más mínimo interés económico, nos dio todo tipo de ayuda, haciendo incluso guardia para que descansáramos. Gracias a ellos establecimos algunas vías de contacto y pudimos sacar al Inti Peredo y a Urbano hasta Cochabamba. Posteriormente, en un camión, en una caja de madera hecha especialmente, salimos los tres restantes: Pombo, Darío y yo, hacia Cochabamba. Allí nos esperaban Inti y Urbano y algunos militantes del grupo del Inti, de los que habían roto con el Partido. Luego llega Víctor Ortega y nos lleva hasta La Paz, de una forma casi de película: tuvimos que salir de Cochabamba porque se anuncia que el ejército supone que el único lugar en donde podemos estar es allí y, por lo tanto, van a realizar un rastrilleo de toda la ciudad.

En La Paz, el Inti y Darío se hospedan donde un primo del Inti que tenía inmunidad parlamentaria; no era simpatizante, pero, para que aceptara tener a Inti Peredo en su casa, lo sometimos a chantaje: le dijimos que se jugaba su cargo, porque, en caso de denuncia, el ejército iba a creer que él era colaborador de la guerrilla.

Urbano y Pombo se quedaron en casa de un matrimonio boliviano. La esposa, la alemana Mónica Ertl,[44] a quien llamaban La Gringa, llegó a ser una militante activa del ELN, muy cercana al Inti Peredo.

A mí me llevaron a un lugar aparentemente muy peligroso, aunque yo lo consideré como el más seguro, situado frente a la embajada mexicana, cerca de la residencia del embajador norteamericano, y muy cerca de la residencia del general Ovando, jefe del Ejército. En el edificio, en la primera planta, estaba ubicada una dependencia del Cuerpo de la Policía

Política, y Víctor Ortega vivía en el tercer piso. Se consideraba que todos los que habitaban aquel edificio eran barrientistas. Así es como yo voy a parar a casa de Víctor Ortega, que posteriormente pasa a ser jefe de la lucha clandestina del ELN, y muere en 1972 en un allanamiento que hace la policía en La Paz.

Pasamos un tiempo hasta que logramos mandar a Chile a un mensajero —un joven hijo de un coronel del ejército boliviano, alumno de Víctor Ortega—, a establecer contacto con Salvador Allende. El joven regresó rápido de Chile con las orientaciones de Allende, pero, como habíamos cometido el error de no avisar a Allende de que no teníamos contacto con el Partido Comunista boliviano, él no sabía lo sucedido con el Partido —el cual no estaba al corriente de nuestra presencia en La Paz—, Allende le pidió a nuestro mensajero que se comunicara con el Partido para que se responsabilizara de nuestra salida de La Paz hasta la frontera chilena, en donde nos esperaría la gente de Allende: el periodista Elmo Catalán,[45] Carlos Gómez Cerda, su hermano Fernando y la hija de Allende, Beatriz (Tati) Allende, que se repartirían esperándonos por varios puntos de la frontera. El Partido se hace responsable de nosotros, pues el muchacho va al Partido a comunicarle las orientaciones de Allende, sin antes decírnoslo a nosotros: aquello no fue un error de él, el muchacho estaba, sobre todo, muy emocionado de colaborar con nosotros. Nunca he sabido más nada de él; le llamábamos El Loro.

Víctor Ortega nos consigue un práctico llamado Estanislao Villca, muy buen conocedor de la región próxima de la frontera, la zona de Sabaya. Y Villca, en compañía de un miembro del Partido, nos sacaría hasta Oruro, con la recomendación de que este militante se quedaría allí y otro, llamado Efraín Aguilar Quicañes, conocedor del altiplano, nos acompañaría junto a Villca a la frontera. Durante el trayecto debíamos tomar contacto con varios miembros del Partido; el primero en una aldea llamada Todos Santos, contacto que finalmente no hicimos. El otro, en Sabaya, que resultó ser el telegrafista de la aldea, nos recibió un poco asustado, nosotros no sabíamos con precisión si era militante del Partido, sabíamos solamente que era un contacto. Nos vimos obligados a presentamos ante el sargento responsable del puesto militar de la aldea, porque mandamos a Villca a buscar información y comida, mientras nosotros nos quedamos ocultos.

El sargento ese tiene su historia. Villca era de Sabaya y era conocido por el sargento y tuvo que darle una explicación de su presencia allí; le dijo

que, para ganarse unos pesos, le estaba sirviendo de guía a unos contrabandistas. Entonces el sargento se interesó por nosotros, porque vio también la manera de sacar dinero; entonces nos mandó a llamar con Villca y no nos quedó más remedio que ir a verlo.

Nos pusimos de acuerdo entre nosotros para presentamos ante el sargento. Yo, por ser blanco, sería entonces el dueño del contrabando, y los demás, Urbano y Pombo, que eran mulatos, serían mis peones. Llegamos a Sabaya y me presenté al sargento, que me pregunta por qué no había llegado antes. Le explico que había tenido que llevar una mercancía a Oruro mientras se celebraban las diabladas y le entrego un millón doscientos mil bolivianos. Se siente tan contento que nos ofreció desayuno en su casa; comimos como locos. Le pregunto la distancia para llegar a la frontera. Le pido una movilidad para llegar a la frontera antes de las seis de la tarde, porque allí me espera un cargamento que tengo que traer, y le digo que, si me consigue la movilidad, eso le dará muy buena plata. Nos dice que se había estropeado la movilidad, pero que a las seis de la tarde estará el asunto solucionado.

Prohibimos a Urbano y a Pombo hablar, porque por su habla no había forma de convertirlos en bolivianos o chilenos; pues yo allí me las daba de chileno. Gracias a los pasamontañas se disimulaba el color y el pelo rizado de Pombo. Ya luego, habiendo dinero de por medio, el sargento no se fijaba en esas cosas; además, aquél era un sitio tan alejado, que no sabían nada de la guerrilla.

Estamos en esos menesteres, cuando, para sorpresa nuestra, de repente llegan dos individuos desde la frontera de Chile, que son dos verdaderos contrabandistas y, para colmo, uno de ellos es el cuñado del jefe militar de Oruro. El sargento me los presenta y éstos me preguntan, extrañados, desde cuándo hacemos la vía. Se dan cuenta de que mis compañeros no son chilenos, les digo que son ecuatorianos, porque por suerte yo conocía algo sobre el Ecuador, puesto que yo había salido de Cuba como ecuatoriano. Les explico que yo había caído preso en el Ecuador y que allí había conocido a mis acompañantes. Como en el Ecuador, en la zona de Guayaquil y en las zonas tropicales, hay negros, aquella versión podía pasar; pero yo sentí que el tipo no me había creído. Se ponen a jugar al póquer, me invitan, yo no quiero, pero insisten y pierdo una partida y me retiro del juego. Entonces le preguntan a Urbano si quiere jugar; Urbano acepta violando las medidas establecidas entre nosotros de no hablar y

mantenerse a distancia. Pierde una partida, pero sigue jugando y perdiendo; así que intervengo al cabo de un rato diciendo que él no debería jugar más, pues llevaba tres mil quinientos bolivianos perdidos, que era lo que yo le pagaba, y que, si seguía perdiendo más, yo no me hacía responsable. En ese momento, en una de las partidas a Urbano se le escapa un «¡Te jodiste!», tan cubano, y aquello, por supuesto, da uní pista, pero Urbano sigue cometiendo errores: saca la radio y la pone, y para desgracia nuestra, en ese momento anuncian: «Ayer, en la cárcel de Camiri contrajo matrimonio el guerrillero francés Régis Debray y su compañera venezolana». Uno de los contrabandistas nos pregunta:

—¿Qué les parece? Se ha casado su compita.

No reacciono y me hago el que no entiende.

—¿Qué compita? —le pregunto.

—El guerrillerito francés, pues.

—¡Ah!, ¿y habían guerrilleros acá?

El tipo me mira como diciéndome: «No te hagas el comemierda». En ese momento se apartan de nosotros y se van caminando hacia el centro de la aldea. Me doy cuenta que algo no anda bien. Llamo al sargento y me habla de otra manera; ya no es el mismo tipo sumiso. Cuando le pregunto por la movilidad, tarda en contestar y da evasivas, me dice que va a demorar. Me voy detrás de él hasta la alcaldía. Entonces me dice que para poder contestarme tendría que hablar con cada uno de nosotros unito a unito, y me hace ir a otro lugar; me lleva a una sala muy amplia, y allí se encuentran los contrabandistas, el alcalde y un montón de soldaditos armados. Me obligan a desabrocharme la chamarra para requisar mis documentos y allí ven la pistola que llevo conmigo. Veo que cierran con llave la puerta. Veo que no hay escapatoria. De una forma que no sé explicar, brinco hacia una esquina, pego dos o tres tiros al aire y grito:

—¡A ver! ¡Carajo! ¡Todo el mundo con las manos en alto y de frente a la pared! El que se mueva le vuelo la tapa de los sesos. —Cuando veo que todos me obedecen me vuelve el alma al cuerpo. El sargento se sentía morir. Nosotros, al entrar a la aldea, nos habíamos cambiado de nombre, pero se me olvidan los nuevos seudos; abro la puerta y grito llamando a Urbano por su nombre—: ¡Urbano, sube que ya esto se jodió!

Urbano, que es muy valiente, sube las escaleras atropelladamente, con una pequeña pistola le ordena al soldadito de guardia de soltar el fusil, y

éste se niega. Entonces yo le digo al sargento de ordenarle al soldado de soltar el fusil. El sargento le dice gritando:

—Suelte pues el fusil, no ve que se lo ordenan.

Al ver que habíamos logrado allanar aquella situación, cogemos los fusiles, les sacamos los cerrojos, los tiramos a una laguna que había ahí y dejamos los cerrojos en la alcaldía, en vez de haber cogido nosotros los fusiles, porque sólo teníamos cada uno una pistola. Sacamos a Pombo y a Quicañes del calabozo, puesto que a ellos ya los tenían metidos en la cárcel.

Ya estando todos reunidos veo una máquina de escribir y pregunto:

—¿Quién sabe escribir a máquina?

—El alcalde —responden.

—Siéntese y escriba —le digo—: «Hoy, día 14 de febrero de 1968, nosotros, los sobrevivientes de la guerrilla del Che en Bolivia, al llegar al pueblo de Sabaya y ver las condiciones en que éste se encuentra: la escuela sin pupitres, sin cuadernos, sin lápices; nosotros, en nombre de la Guerrilla y del comandante Che Guevara, donamos cuatrocientos dólares para la adquisición de material escolar. Hacen entrega: Pombo, Urbano y Benigno; la suma la reciben el señor Alcalde y el señor contrabandista Fulano de Tal». Les hicimos firmar un original y dos copias. Una la entregamos al alcalde en presencia del pueblo. Luego nos dimos a la tarea de salir de allí. Sabaya, aunque está en el altiplano, está situada en una parte que asciende bruscamente a cinco mil trescientos sobre el nivel del mar. La falta de oxígeno se hace sentir mucho. Encontrándonos ya en la salida, viene un muchacho a bicicleta que nos dice de coger el camino de los cerros porque han llamado a la aviación. Nos damos cuenta del peligro. Lo que sucedió es que el telegrafista, militante del Partido, y el contrabandista habían llamado al jefe militar de Oruro para comunicarle nuestra presencia, y que el contrabandista traía consigo las fotografías nuestras que estaban distribuidas en todo el país. Se las enseñó al sargento y le dijo que podían ganar diez millones de bolivianos si nos entregaban, además de quitamos el dinero, que, suponían, llevábamos encima; en efecto teníamos ciento setenta millones de bolivianos más setenta mil dólares; sabían que llevábamos con nosotros buena plata, además de llevar relojes Rolex.

Cuando estábamos a cinco o seis kilómetros del pueblo, la suerte nos ayudó mucho; hacía cinco meses que no llovía, aquélla era una zona desértica, muy seca, muy parecida al desierto de Atacama. El primer avión que llega no viene a combatimos, viene en viaje de reconocimiento, porque

al ejército le es muy difícil creer que nos encontremos realmente allí y en esas condiciones. Nos habían perdido a doscientos kilómetros de Cochabamba, y de repente les dicen que estamos a casi mil kilómetros del lugar en donde nos habían perdido el rastro. Confirman nuestra presencia, viene la aviación y no puede aterrizar. Como dije, no había llovido en mucho tiempo, rompe a llover y, por el calor que tenía la tierra, en donde no había ni un solo árbol, se conforma una niebla compacta por la evaporación; y sigue lloviendo, y los aviones no pueden llegar porque no hay visibilidad. Nosotros caminamos toda la noche a paso de tortuga bajo la llovizna; no podíamos apurar el paso por causa de la altura. Amanece y sigue lloviznando, la aviación sigue sin poder actuar por falta de visibilidad.

26
Llegamos a Chile, Salvador Allende nos recibe en Pudahuel

Caminamos todo el día y toda la noche. Al otro día, el 19 o el 20 de febrero, llegamos a la frontera, aparece el sol y también la aviación: son las nueve de la mañana, estamos a cien o doscientos de la frontera chilena. Las relaciones entre Chile y Bolivia son muy conflictivas, los militares bolivianos ponen mucho cuidado en no provocar incidentes, entre otras cosas, evitar sobrevolar territorio chileno, por eso no pudieron evitar que pasáramos la frontera; por la radio se decía abiertamente que Barrientos les pedía a los militares que, a toda costa, impidieran nuestra salida, acusándonos de asesinos armados por los chilenos.

Por la radio ya se estaba dando la noticia. Por un lado, el gobierno boliviano, en particular el general Ovando, decía que la culpa era de ellos por haber pedido que nos capturaran vivos, al mismo tiempo, atacaba al gobierno chileno por acogemos y lo acusaba de haber entregado armas a la guerrilla; tal vez para justificar de antemano cualquier incidente que pudiera ocurrir en la frontera. Por el otro lado, a través de la radio chilena, se nos transmite el mensaje del gobierno de Frei, de acogemos a las autoridades chilenas proporcionándonos todas las garantías.

Al llegar a la frontera ocultamos las pistolas que llevábamos, pero no nos decidimos a presentarnos a los militares chilenos. Allí nos encontramos con un campesino chileno que nos dio de comer. Le pagamos con escudos que Allende nos había enviado con el contacto que habíamos mandado a Chile. Ya la noticia ha corrido: vemos helicópteros sobrevolar la zona. Eduardo Frei hace una declaración por la radio, Allende también. Porque el plan de Allende es que nos esperaría en la frontera, y de allí nos llevarían hasta Iquique, en donde nos recibiría el alcalde, que era militante socialista: un tal Soria. Pero, como no se pudo hacer el contacto con la gente de Allende en la frontera, nos vimos obligados a salir a una aldea muy pequeña llamada Camiñas. Nos ocultamos a orillas de un río, y, a eso de las diez de la mañana, fuimos a una pulpería a comprar pan, mortadela y cervecina (cerveza sin alcohol); en ese momento aparece el primer periodista que hace

contacto con nosotros. Le preguntamos si había telégrafo en la aldea, le pedimos que llame a la alcaldía de Iquique para que informe que los sobrevivientes de la guerrilla del Che *aceptábamos* la proposición del presidente Frei, que estamos desarmados, en perfecto estado de salud, que lo único que pedimos es poder asilarnos en la embajada de México en Chile. El tipo corre y manda el mensaje; no han pasado diez minutos y ya se está transmitiendo por la radio nuestro mensaje a Frei. Le habíamos dicho al periodista que, después de transmitir el mensaje, le daríamos una entrevista. Pero cuando regresa, ya habían llegado otros periodistas que nos estaban haciendo fotos; se lamenta, pero le digo que no debe quejarse porque él ha sido el primer chileno en establecer contacto con nosotros y en haber transmitido nuestro primer comunicado, que entonces no debe quejarse.

Allí caímos en manos de los carabineros chilenos, se ordena de que nos lleven a Iquique. Allí nos recibe el alcalde y el jefe de la base militar aérea, que nos dice de no ir al centro de la ciudad, sino dirigimos directamente a la base aérea. El alcalde Soria ratifica la conveniencia de ir a la base militar, porque en la ciudad se encuentra todo el pueblo esperándonos y en esas condiciones, ellos no pueden garantizar nuestra seguridad. De allí nos mandan en avioneta a Antofagasta. Allí nos espera el mayor Pizarro, de la Interpol, el coronel Zúñiga y dos capitanes de carabineros, el resto de la comitiva no sé quiénes eran. De allí nos llevan a Santiago de Chile; llegamos al amanecer al aeropuerto de Pudahuel. Allí nos esperaba Salvador Allende, con su hija Tati, y diferentes representantes de organizaciones de izquierda y una multitud de gente. De allí nos llevan al hospital de carabineros para someternos a un examen médico. Nos propusieron, a Pombo y a mí, operamos para sacamos los proyectiles que llevábamos alojados en el cuerpo: Pombo en la pierna, yo en el cuello, al lado de la médula. Nosotros nos negamos, preferíamos ser operados en Cuba. Luego nos llevaron al Ministerio de Gobernación, que es como el Ministerio del Interior. Allí fuimos un poco interrogados, pero la verdad es que no nos presionaron. Allí tuvimos la visita de muchos representantes de movimientos políticos y hasta la del propio Eduardo Frei. Allende nos atendió con una solidaridad extrema, hasta el punto de propiciar un movimiento de solidaridad con nosotros entre la población. Según él, la posición del gobierno respecto a nuestra situación aún no era clara, por lo que era necesario mantener la atención de la opinión pública. El nos decía de no salir a saludar al balcón, pues él le había dicho al pueblo que nos

tenían encerrados, que no se nos permitía el contacto con el exterior; ésta era una manera de prevenir cualquier cosa que estuvieran tramando los militares y la Interpol, puesto que Bolivia estaba pidiendo la extradición. El pueblo, al oír que estábamos prácticamente presos, comenzó a manifestarse en la calle. Allende les decía: «No los dejan ni asomarse ni al balcón». Luego venía a vemos y nos decía: «No se asomen si los tratan de sacar». Era una maquinación de Allende que le salió muy bien, porque vino el propio Eduardo Frei a planteamos una salida rápida a través de Brasil, Venezuela, Gánder,[46] México. Rechazamos, porque sabíamos que tanto el Brasil como Venezuela aceptarían el pedido de extradición. Al cabo de tres horas apareció de nuevo Frei con otra proposición. Nos dice que ha conseguido otra vía gracias al general De Gaulle, que le parece aceptable; y era la siguiente: Santiago, Isla de Pascua, Tahití, allí nos esperaría el embajador de Cuba en París y pasaríamos a manos de las autoridades francesas, luego Singapur, Atenas, Australia y de allí, París, y de París, Praga. Entonces, el presidente Frei nos pregunta: «¿Cómo se explica que, siendo ustedes comunistas, Grecia, que es un país con un gobierno de derechas, les dé visa de tránsito, y que, sin embargo, sus amigos los rusos les nieguen hasta una visa de tránsito?». Yo no sabía qué responderle: «Eso usted no lo entiende porque no es comunista», fue lo único que atiné a decirle. Al día siguiente salimos para Isla de Pascua; como prometido, Allende viajó también. Pasamos dos día en esa isla. Cuando llegamos a Tahití, efectivamente nos esperaba una comitiva: el gobernador, el jefe militar, el embajador de Cuba en París, Baudilio Castellanos. En Tahití se nos brindó una acogida extraordinaria: nos agasajaron, los funcionarios nos invitaron a sus casas para recibimos en familia. El gobernador organizó una cena en nuestro honor, el jefe militar nos invitó al día siguiente a almorzar a su casa y nos llevó a descansar en la playa. Nos alojaron en un hotel pequeño, pero muy cómodo; antes habían desalojado a todos los clientes por medidas de seguridad. Cuando hicimos escala en Atenas, a pesar de que había un régimen de derechas, miles de personas habían venido hasta el aeropuerto dando vivas al Che. En París también nos brindaron una gran acogida.

Cuando llegamos a París, no es que Charles de Gaulle fuera para recibirnos al aeropuerto. Pero sí nos invitó a desayunar al día siguiente al Elíseo cuando pedimos agradecerle personalmente el trato que nos habían dado; porque en realidad fueron las autoridades francesas las que mejor nos

recibieron. Cuando llegamos a París, en el aeropuerto nos recibieron muchos simpatizantes y hasta gente del Partido Comunista; nos brindaron la oportunidad de dar una entrevista a la televisión, nos dieron un tratamiento muy bueno, muy humano. Después llegamos a Praga y allí la situación fue muy diferente, ningún recibimiento, ninguna simpatía, al contrario: a pesar de que, por un acto de delicadeza, nos acompañó desde París un señor de la Cancillería francesa, quien personalmente nos puso en manos del embajador cubano en Checoslovaquia, no recibimos el permiso para pasar a la Unión Soviética y de allí poder viajar directamente a La Habana. En Praga tuvimos que esperar la llegada del ministro del Interior de Cuba, que tuvo que desplazarse para negociar con el KGB una visa de tránsito de veinte minutos para que pudiéramos hacer escala en el aeropuerto de Moscú: por ser compañeros del Che Guevara éramos considerados por los soviéticos como indeseables. Salimos de Praga a las diez de la noche; el vuelo dura dos horas, pero, como entre Praga y Moscú hay una diferencia de dos horas, llegamos a Moscú a las dos de la mañana.

Allí nos esperaba el embajador de Cuba, García Peláez, en su auto, con la bandera cubana puesta y todo, para señalar que era el embajador. Nos vino a buscar a la escalerilla del avión, nos montó en su coche y arrancó por la pista; por delante de nosotros iba un carro con muchas luces, que debía ser del KGB, y al final de la pista nos esperaba un IL 62 M con la puertecita de auxilio de atrás abierta, por allí subimos. Eramos los únicos pasajeros que faltábamos y el avión arrancó inmediatamente; aquella maniobra no duró ni diez minutos, no hubo el más mínimo tipo de contacto con nadie.

De Moscú viajamos a Cuba; el 6 de marzo a las diez de la mañana llegamos a La Habana, nos esperaban Fidel Castro, miembros del gobierno y alguna gente del pueblo. Allí terminaba nuestro recorrido.

27
Parecía como si Cuba hubiera querido deshacerse de nosotros en Bolivia

Ya en ese entonces nos preguntábamos por qué Cuba, en vez de repetir tanto en los mensajes que no sabía nada de nosotros, nunca decía: «Hemos mandado a tantos contactos en tales partes de la frontera, hemos utilizado los buzones de reserva para eso, por qué no tenemos noticias». Entonces concluíamos: «Bueno, parece como si Cuba quisiera deshacerse de nosotros», así lo decíamos entre nosotros, ya antes de la muerte del Che. Este una vez nos regañó por eso, pero ya, si se analiza, aparece que el regaño del Che fue suave, porque nosotros íbamos diciendo cosas muy fuertes. Por muchísimo menos el Che nos solía echar broncas tremendas. Me acuerdo que estábamos nosotros conversando: Antonio, Pacho, Pinares, Urbano, creo que Tuma también, y entonces Antonio le dijo a Pinares:

—Olvídate, ¡caray!, olvídate, que allá en Cuba lo que querían es deshacerse de todos nosotros... —Y ese muchacho tenía mucha experiencia de todo ese tipo de cosas, porque se había formado en trabajos de Seguridad. Añadió—: ¿Qué piensan ustedes, muchachos?

Se le contestó:

—Oye, yo creo que sí, compadre, también así veo yo la cosa.

El Che, al oírnos, nos miró y dijo:

—¿Ustedes no creen que están hablando demasiada mierda?

Pero no dijo nada más, y muchas veces he pensado: «Coño, si tan poco nos dijo el Che, sería porque en su mente la cosa también le iba royendo, pero no se atrevía a comentarlo con ninguno de nosotros, por cuidado, para no divulgar cosa o lo que sea». Considero que verdaderamente así lo sentía él, sólo que, mientras a él le quedara algo de esperanza, no quería dejarlo ver. Porque además el Che se reunió entonces con cada uno de nosotros, individualmente, para plantearnos que ya no existía posibilidad alguna de continuar la lucha en la forma prevista y que todo aquel que lo quisiera podía abandonarlo todo, fuera boliviano o cubano, y volver a las ciudades para elaborar un nuevo plan. Le preguntamos:

—Bueno, y usted ¿qué va a hacer?

Contestó:

—Yo, por desgracia, he vuelto a ser el Che, no me queda otra opción que convertirme en un animal más de la selva.

Yo creo que el hombre tenía las cosas bien claras, él ya no esperaba que Cuba le brindase una ayuda para regresar. En eso bien se deja ver que, antes de su partida, antes de su decisión de venir al continente, antes de haberse planificado nada, pues hubiera sido prematuro todavía, tenía que haber habido unas discusiones fuertes, porque también fue el momento en el que al Che se le acusó de prochino y todas esas cosas. Y se tomaron medidas muy serias con gente como el comandante Terry, que era partidario de la política del Che y lo consideraban prochino, como también con el comandante Víctor Dreke.

Y, después de mi regreso a Cuba, el rechazo a nivel oficial de todo lo que tuviera que ver con el Che se veía muy claro. Un ejemplo, el libro de Régis Debray *¿Revolución en la revolución*?, que, después de haber sido lectura oficial y durante un tiempo material de obligatorio estudio en las Fuerzas Armadas y en las Escuelas de Preparación Especial de Tropas Irregulares, llamadas comúnmente PETI —escuelas ubicadas en la cordillera de los Organos, provincia de Pinar del Río; su especialidad era preparar hombres a la lucha, específicamente para todos los países de América Latina y casi todos los de Africa—, ya no estaba en los estantes de las librerías, porque se consideraba trotskista y porque se sabía que el Che lo tenía consigo en la guerrilla y lo leía. En aquel momento es cuando en Cuba se prohibió también la entrada de los textos chinos, como la revista *Pekín Informa*. Eso seguramente fue una medida tomada por los viejos comunistas del PSP, después que Fidel se plegara completamente a la línea soviética, porque a Fidel y a Piñeiro, que tenían en sus manos todo el aparato de Seguridad y de Inteligencia, en el fondo les importaba un comino que uno fuera prochino, trotskista o cualquier otra cosa. De modo que toda esa literatura se prohibió totalmente.

Claro que no parece que hubiera habido disputa entre Fidel y el Che antes de la salida, aunque tampoco se puede afirmar nada al respecto, pero entre ellos bien podían haber quedado en un arreglo formal: el Che escribe su carta de despedida y se marcha tranquilamente. Así, todo parece normal, no se malogra la Revolución cubana, no se crean fricciones. También es verdad que Fidel vino a visitamos constantemente durante nuestro entrenamiento, y en sus discursos de 1965 y 1966 habló del Che con mucha

emoción. Pero permanece el hecho de que la actitud del gobierno cubano para con la guerrilla de Bolivia fue increíble, pues no se nos mandó el más mínimo socorro. Claro que era muy difícil llegar hasta la selva cuando a finales de 1967. se hizo la tontería de mandar a María Esther Seleme por el Brasil para que llevara con ella una ametralladora Uzi en la maleta que, según lo que me dijo Piñeiro, iba a servir para rescatar a Régis Debray durante su juicio en Camiri, y, según Lino, a llevársela a Renán, que estaba desarmado, ninguna de las dos versiones coincide con nada real: primero porque rescatar a Régis Debray de manos de la IV División del ejército con una ametralladora no es ni siquiera risible, es ridículo. Además de que no existía ninguna infraestructura capaz de llevar a cabo esa operación, intentarla significaba provocar que asesinaran al prisionero, que era justamente lo que buscaban los militares; el otro argumento, de llevarle un arma a Renán, que estaba desarmado, es todavía menos creíble, ya que para esa época ya él no estaba en Bolivia. Aquello fue un fracaso, pues ella, que es boliviana, fue capturada en el aeropuerto en Brasil con la Uzi en su maleta. Pero también hay otras cosas. ¿Cómo es que desapareció Mario Monje? El tenía que concurrir a aquella cita con el Che el 7 de noviembre de 1966; cuando el Che llegó a la selva, ya estaba avisado Monje de que el Che estaba allá esperándolo, y justamente le llegó la invitación esa de Bulgaria.[47] De allí no supimos absolutamente nada de él. Transcurrió un mes y pico sin que regresara y no supimos absolutamente nada de él hasta el 31 de diciembre. Yo siempre pensé que, en realidad, Monje fue a entrevistarse con los soviéticos, a contarles todo lo que estaba sucediendo, pues fue entonces cuando las relaciones de Cuba y Moscú se pusieron muy tirantes, todavía lo estaban a principios de 1968. A Mario Monje su partido lo acusa de traidor y lo expulsa, sin embargo los soviéticos lo protegen y lo mantienen. ¿Y por qué? Porque Mario Monje no tenía dinero, no trabajaba, ya no era miembro del Partido, pero sin embargo se fue a vivir a Moscú. Monje puso todo el plan en manos de los soviéticos y éstos, entonces, presionaron a Fidel, y es por lo que Fidel mandó retirar a la gente que tenía, y de esa forma es que perdimos el contacto y ya el Che no pudo saber nada. Eso fue un abandono total, absoluto, con respecto al Che y a los cubanos que estaban allí en la selva boliviana.

Lo que veo más grave en toda la preparación de la guerrilla en Bolivia, y en donde comienza verdaderamente toda la maniobra, es en la selección del terreno. El primer lugar que se escogió fue uno que reunía todas las

condiciones para la lucha armada, el Alto Beni, a partir de un estudio que hizo Régis en un primer viaje a Bolivia en septiembre de 1966, enviado por Fidel y Piñeiro, para hacer ese trabajo de reconocimiento. Régis hizo un trabajo perfecto y escogió la zona perfecta. Luego, Papi,[48] que se encontraba ya en La Paz, realiza un viaje a Cuba a informarle al Che de una nueva orientación sobre el lugar; se trataba de una finca situada en el suroeste de Bolivia, que, según él, reunía mejores condiciones.

Existe la versión de que los comunistas, al detectar que Régis, que era bastante conocido entre los comunistas bolivianos, al andar haciendo ese trabajo en el Beni, militantes comunistas sospechan que era para organizar una guerrilla en esa zona, y Cuba decide cambiar el lugar por cuestiones de clandestinidad. Se dice eso, pero, en realidad, el lugar no se quemó. Ese es el pretexto que toman la dirección del Partido Comunista boliviano y Fidel para justificar el cambio de zona. La zona estudiada por Régis era una zona con un campesino politizado y con vías de comunicación cercanas. El Che, en aquellos momentos, desconoce ambos lugares; conoce el primero por los informes, y del segundo no supo nada hasta llegar allí. Para él era igual con tal de tener un sitio preparado, además de tener la posibilidad de la cercanía con la Argentina. Lo único que le interesaba era que un lugar estaba lejos de la frontera con Argentina y el otro quedaba cerca. En la nueva propuesta le llenaron los ojos con estar cerca de Argentina. El Che va a Bolivia contra la voluntad del Partido Comunista boliviano y, en el fondo, de Fidel, por estar éste bajo la presión soviética: eso está claro. Y ahí está la maldad: porque todo eso se lo explican al Che con mapas, con un informe político geográfico, para convencerlo.

Lo que no le dijeron fue la escasez de agua de la zona, las características de esa selva tan bruta. Renán aparece en septiembre a remover el interés del Che, faltando poco para terminar el entrenamiento, y vuelve a lastimar la herida del Che de pasar a la Argentina. Le explica de nuevo las condiciones geográficas y políticas de la zona. El Che no siente que lo empujan hacia allí. Renán sí que estaba al comente de la maldad, pero Papi no; Renán es un hombre de la Contrainteligencia, ha sido guerrero, tiene la experiencia de la lucha, ha recorrido el mundo haciendo espionaje y contraespionaje, mientras que Papi tenía un nivel de estudios muy bajo. Entonces, ante el Che, Renán, con su nivel cultural, aparecía como la persona en quien se podía confiar. Renán fue quien preparó la entrada de Ricardo Masetti y de su grupo a la Argentina en 1962. El ha

estado en contacto con todos los movimientos revolucionarios latinoamericanos. El asesoraba a los funcionarios del Ministerio del Interior que atendían esos países.

Entonces, él va a ver al Che, haciéndose el mosquita muerta, y le informa sobre esa nueva finca y sus ventajas, dándole su criterio, así como sabe hacerlo, muy pausado, muy sereno; y así convence al Che, que le dice de preparar aquel terreno que para allá se iba. El otro argumento de peso que le dio al Che era que, dada la inmensidad de la selva, aquel terreno se prestaba mejor para el entrenamiento de los futuros combatientes. El Che lo ve todo hecho; consideraba que todo estaba preparado. Yo sé que ni Armando Campos ni Ariel son conscientes de la maldad. A mi regreso a Cuba, conversando con ellos sobre las malas condiciones del terreno, Armando, que no conoce nada sobre cuestiones geográficas, me dice que yo estoy equivocado, que ese terreno reunía todas las condiciones, además, fue estudiado por Fidel en el mapa que trajo Renán, enviado por el Negro —Mario Monje—, además le facilitaba el paso del Che a la Argentina, como lo dijo Fidel. Entonces le dice Armando a Ariel: «Tú recuerda lo que le dijo Fidel a Piñeiro: "Si las cosas aquí le van mal, el Che puede pasar de inmediato a la Argentina y, con eso, le quita la presión del ejército"».

Eso era en cierta manera lógico, pero el objetivo principal era deshacerse del Che. Cuando se lee el *Diario* del Che, se lee que, desde mediados de julio, buscamos la posibilidad de llegar a una casa de campesinos para descansar a los hombres que lo necesitaban, restablecer a los hombres, curar a los enfermos y a los heridos. Y recién a primeros de septiembre llegamos a la primera casa, y ésta fue la de Honorato Rojas, el delator, que ya estaba abandonada, pues el día 31 de agosto él había entregado el grupo de Joaquín en Vado del Yeso.

El Che nos prepara para lo que iba acontecer en Bolivia: los sacrificios y el trabajo que nos esperaban, las inclemencias del tiempo, la separación del país, la separación de la familia, el olvidar nuestras condiciones de oficiales para convertimos en simples soldados, la falta de comida, de ropa, nos dice que las condiciones geográficas son aún más malignas que las del Africa. Muchas veces se refería al Congo para hacer comparaciones, pero no nos hablaba de los errores cometidos en el Congo; simplemente decía: «Que no nos suceda lo mismo que en el Congo». Y con respecto a Bolivia decía: «Aquí vamos con la mesa servida». Para él no debía de haber sorpresa; todo estaba preparado. Y es verdad que todo estaba preparado,

pero era para su destrucción. Si lograba llegar a la Argentina, según los cálculos hechos por La Habana, el Che, al haber hecho su carta de renuncia de sus cargos, grado, ciudadanía y responsabilidades, lo mismo que nosotros aun siendo cubanos de origen, ante los soviéticos aparecíamos como que aquello no era responsabilidad de Cuba. No hicieron la carta de renuncia Pombo, Ricardo y el Tuma por encontrarse ya en Bolivia, pero todos los que partimos de Cuba con el Che hicimos la carta de renuncia.

* * *

En todo siempre aparece la mano de Fidel con la maniobra, la maquinación. Siempre en Fidel aparece la maldad. Primero toca los sentimientos y, luego, prepara la cama. Hoy me doy cuenta de las veces que, prácticamente, me mandaron a que me mataran, porque yo, con mi nivel tan bajo, viajando por el mundo sin dominar idiomas, sin conocer las costumbres de otros países, de hecho me ponían en manos del enemigo. Creo que precisamente lo que me salvó es que me acompañó siempre una gran suerte, pero también mi falta de experiencia, mi falta de conocimiento y de preparación, que hicieron que nadie sospechara y pusiera sus ojos encima de mí. Un ejemplo es la misión al Perú, que ya contaré más adelante. Cuando fui a Perú, en septiembre de 1968, fui con una valija de explosivos, y Fidel me dijo que no tendría problemas, ¡que si era detectado en Perú, que pidiera ver a Velasco Alvarado para que me aconsejara!, lo que era descabellado, porque, de paso, quemaba a Velasco Alvarado.

Tales procedimientos bien confirman que allí debió haber una presión fuerte por parte de los soviéticos y que Fidel dejó en aquellos momentos de ser el amigo del Che y el compañero nuestro; decidió que nuestras vidas no merecían el perder las relaciones con Moscú. Ya entiendo que éstas no dejaran de ser importantes para él en esos momentos, y para Cuba, pero se hubiera podido, sin duda, haber tomado decisiones a escondidas de los rusos. A mí me parece que, si el Che tanto representaba para el pueblo de Cuba, era como una bandera suya y para Fidel, como él lo había venido repitiendo, pues se les podía decir a los rusos: «Sí, sí, hemos abandonado toda esta contienda», pero por otro lado ordenarle a Piñeiro: «Prepara todas las condiciones y ve tú mismo cómo lo haces, pero sácame al Che de Bolivia». Y después hubiera bastado decir que Piñeiro había actuado por la libre, ¿no? Pero no se hizo absolutamente nada. Los dirigentes cubanos sabían que la Loyola[49] estaba con nosotros y que se encontraba en La Paz,

pero no le buscaron una vía, no le mandaron a nadie. Rodolfo Saldaña, que era del Estado Mayor del Che en la clandestinidad, también estaba en La Paz. Y nosotros, los guerrilleros, huyendo en La Paz, logramos hacer contacto con él en menos de un mes cuando se ofrecían diez millones de pesos bolivianos por la captura de nosotros, vivos o muertos. Y los cubanos, teniendo oficiales y prácticos que conocían esa ciudad perfectamente, ¡en el transcurso de un año no consiguieron hacerlo! Eso yo no lo puedo creer.

Nunca lo comenté con Pombo, porque él es un soñador, que, por haber tenido muchos problemas, de mujeres y demás, y ellos habiéndole pasado la mano, se ha dejado un poco convencer. Con Urbano tampoco se puede hablar nada, porque es un muchacho demasiado dado a la bebida, con un carácter difícil, sin seriedad en su vida; aunque sí sé que él también piensa que Cuba nos abandonó en la selva... En cuanto al coronel Castellanos, ese que estaba preso en Argentina, él comentó claramente: «Yo lo digo aunque me tenga que perder del mundo, pero a ustedes los cogieron y los tiraron en medio de la selva de Bolivia, como el que bota una chatarra al basurero». Así le oí hablar, y de los muchos dirigentes cubanos que me preguntaron sobre el mismo tema, todos concluyeron en que Cuba no había hecho nada por sacamos, diciendo que, aunque las condiciones no estuvieran creadas, sí se las podía crear. Y que si Cuba se había dado el lujo, así me lo dijo un compañero, de quitarle el azúcar a su pueblo para invertir en otras cosas, también hubieran podido encontrarse algunos pesos para sobornar a quien fuera necesario en el gobierno boliviano y, de esa forma, hacer contacto con el Che. Efectivamente, a la gente del gobierno boliviano era fácil de sobornar en aquellos momentos, con todas las disputas que se habían creado entre Ovando, jefe del Estado Mayor; Arguedas, ministro del Interior, y el propio presidente Barrientos: cualquier gente de ésa hubiera estado lista a aceptar dinero. A Cuba le hubiera bastado ponerle un millón de dólares a Ovando en las manos y decirle: «Hace falta que retires las fuerzas que tienes en Lagunillas, Camiri y toda esa zona», y mandamos a alguien para advertimos: «Bueno, hay que salir de aquí urgente».

Con Piñeiro, con quien seguía teniendo relaciones amistosas, el problema es que él con relación a ese tema queda bastante cuidadoso siempre que uno se lo menciona, él lo evade; por ejemplo, a mí me suele decir: «Coño, guajiro, tú no vienes aquí a hablar de política, vienes a conversar un rato conmigo, a tomamos un café». Y resulta muy difícil insistirle. A veces iba por su oficina a saludarlo, a ver cómo estaba, a

tomarme un café con él y ya marcharme, así he mantenido una relación limpia y sana con él.

En dos palabras, mi criterio es que para Cuba el Che representaba más de cien o mil millones de dólares, por toda la seriedad que demostró en su trabajo, por todo cuanto había hecho por Cuba, inde pendientemente de que él pudo cometer alguno que otro error. Yo estoy totalmente seguro que si al pueblo cubano Fidel le hubiera explicado: «Hay que quitarnos la comida durante una semana para dedicarlo todo a la salvación del Che», pues el pueblo de Cuba, a ojos cerrados, le hubiera dicho que sí.

Quinta parte
Sobrevivientes comprometidos

28
Fidel nos respondió que, en efecto, Renán estaba enfermo y que lo primero es la salud

Nos encontrábamos con Fidel desde hacía una semana, en una casa operativa en el reparto de Siboney, tras nuestra llegada el 6 de marzo de 1968. Nosotros, al volver, le fuimos informando a Fidel de todo cuanto había acontecido en Bolivia. Le dijimos que mucho nos había dolido el recibir los mensajes de Cuba sin poder nosotros responder ninguno. Esto fue debido a la ausencia del compañero Renán, que era la única posibilidad que nos quedaba en Bolivia para establecer contacto con Cuba desde el monte, ya que Cuba le retiró inexplicablemente para Francia, aunque no se había «quemado». El pretexto fue que Renán estaba enfermo y debía hacerse curar en Francia, así como revalidar sus documentos, que eran documentos bolivianos falsos y estaban en vencimiento. De aquella enfermedad desconocíamos nosotros totalmente, y lo de los documentos no cabía, ya que costaba mucho más barato revalidarlos en Bolivia, donde hubieran costado unos mil dólares en vez de los siete mil que debe haber costado el viaje. De lo que sí teníamos conocimiento era de una discusión fuerte que Renán tuvo con Papi y con Tania, centrada en que Renán recibía órdenes de La Habana, y Tania y Papi, del Che. Esto surge cuando Tania y Papi quisieron ordenarle a Renán cumplir con alguna tarea, lo que posiblemente ponía en peligro los planes que, tengo la sospecha, habían acordado entre Fidel, los rusos y Mario Monje para con Bolivia y el Che. Después de aquella discusión, Cuba retiró a Renán sin poner en conocimiento al Che.

Sobre el asunto de Renán, Fidel evadió el tema confirmándonos sarcásticamente que sí, efectivamente, el compañero había estado enfermo y que lo primero era la salud, y cortó la conversación diciendo: «Bueno, los invito esta noche al acto en la escalinata de la universidad, que va ser un acto para recordar toda la vida». Se trataba del acto que se celebra el 13 de marzo en el que se conmemora el ataque al Palacio Presidencial por el Directorio Revolucionario en 1957, en el que Fidel hace un discurso que,

casi siempre, trata de problemas internos del país, y esa noche Fidel anunció la intervención del comercio minorista.

Me dejó perplejo su respuesta, porque precisamente Renán Montero era oficial de Inteligencia del Ministerio del Interior, que tenía la responsabilidad de mantener la comunicación entre La Habana, La Paz y la guerrilla, él era quien tenía que transmitirnos el mensaje que había recibido de Cuba para Tania y nosotros sobre la llegada de los visitantes extranjeros, Ciro Bustos, Régis Debray y Juan Pablo Chang, y quien tenía que buscarlos al Hotel Crillon de La Paz, en donde estaban hospedados. Pero en vez de eso estaba haciendo sus maletas para irse a Francia, según él, para revalidar su documentación ya vencida; y eso no lo entiendo, porque Renán tenía documentación boliviana, aunque falsa, no necesitaba revalidarla, no necesitaba revalidar ninguna documentación. El tuvo toda la responsabilidad de establecer las vías de salida de todos nosotros desde Praga, hasta donde Piñeiro tenía la responsabilidad de hacemos llegar. A partir de Praga, Renán era el encargado de hacerlo; inclusive se ocupó del Che. Que Cuba lo mandara a retirar de La Paz, nunca he podido entender por qué. Cuando le pedí explicaciones en La Habana, me dijo que, ya en Cuba, había informado de toda la situación a Ariel y a Piñeiro.

La misma pregunta se la hice también, por separado, a Juan Carretero y a Armando Campos: ¿qué hicieron ellos para buscar el contacto con nosotros en Bolivia, sabiendo que la única vía de contacto era la que ellos pudieran organizar desde el momento en que se dieron cuenta que también ellos habían perdido el contacto con nosotros? Me contestan que, desde que se dan cuenta de que se ha perdido el contacto con Bolivia, empiezan a preparar a un grupo de hombres capaces de establecer cualquier tipo de contacto por cualquier vía; que le pidieron permiso a Piñeiro para hacerlo y que Piñeiro les dio la autorización y les dijo: «Sí, sí, muchachos, vayan preparando algo por si el Uno pide algo». El Uno era Fidel. Ellos me cuentan que le han comunicado a Piñeiro que en un tiempo breve, porque ellos consideraban que era de urgencia establecer contacto con nosotros. En breve tiempo le plantean a Piñeiro que han preparado a un pequeño grupo, pero que están preparando otro con más fuerza. «Bueno, le voy a avisar al Uno», le dijo Piñeiro. Según ellos, le preguntan a Piñeiro y, según Piñeiro, ya le comunica a Fidel que tienen hombres preparados para cuando él decida establecer contacto. Para esto Armando Campos ya ha buscado apoyo en los movimientos brasileños, chilenos, argentinos, así como en

agrupaciones bolivianas, conjuntamente con cubanos. Porque hay que decir que se contaba con toda aquella gente. Como conocedores del área, tenían la facilidad de llegar, buscar y contactar. Bien, ellos me dicen que en varias oportunidades le plantearon a Fidel el asunto, aprovechando cualquier oportunidad: «Comandante, tenemos a una gente preparada para cuando usted quiera». Y lo que el Comandante hacía era desviar el curso de la conversación y preguntar por otras cosas que no venían al caso. Ellos, como buenos soldados, se quedaban callados. En otra oportunidad yo le hice la pregunta a Piñeiro y me contestó: «Bueno, guajiro, imagínate, tú me estás haciendo todas estas preguntas a mí; yo le transmití todo esto al Uno, y sin el Uno, nadie se mueve».

* * *

Ese día, 13 de marzo de 1968 en la mañana, había llamado Celia Sánchez a Fidel para decirle que era necesaria una reunión con los miembros del Buró Político, porque éstos querían discutir respecto del discurso de Fidel previsto para esa noche en la escalinata de la universidad. En aquel momento nosotros todavía estábamos informándole de todo lo acontecido en Bolivia; no quiso que se interrumpiera la reunión con nosotros, por eso decidió reunir allí mismo a los miembros del gobierno; llamó a Celia y le mandó citar a todos los compañeros para que se realizara la reunión allí en donde él se encontraba. Efectivamente, llegaron Osvaldo Dorticós,[50] Carlos Rafael Rodríguez, Raúl Castro, Juan Almeida, Ramiro Valdés, Blas Roca, Angel Milián y otros más: fueron unos veintipico, todos los que conformaban el Buró Político y algunos otros miembros del Comité Central.

Es allí donde se empezó a discutir de aquella intervención del comercio minorista. Más o menos todos estaban de acuerdo con los planteamientos que se estaban haciendo al respecto, como que había que estrangular al imperialismo, y ésa era una de las formas. Se entendía perfectamente todo aquello, pero, cuando el compañero Carlos Rafael dijo no estar de acuerdo con una intervención masiva, Fidel, mirándole con cara muy airada, le dijo:

—Bueno, si no estás de acuerdo, tú tienes que brindamos una buena exposición del porqué, pues esto me extraña de ti.

No recuerdo las palabras exactas que dijo Carlos Rafael, pero más o menos iban así:

—Comandante, el problema es que nosotros para esa intervención masiva no estamos preparados. En este país debe de haber más de trescientos mil comercios pequeños, y cada comercio de esos tiene uno o dos obreros, pues allí trabaja el matrimonio, o el padre y el hijo, por ejemplo. La fuente de abastecimiento para los productos del agro, como pueden ser naranjas o todo lo que es verdura, son una gran cantidad de trabajadores que los cultivan en pequeños patios, parcelas, pedacitos de tierra, y así es como las ciudades, principalmente la capital, se están manteniendo. Tenemos que tener un cuerpo jurídico, tenemos que tener un cuerpo policial capaces para eso y, además, una administración a nivel nacional y una base de transportes para el traslado de los productos. De todas formas, no estamos aún en condiciones, porque toda esta fuerza se nos multiplica en más de un millón de obreros en un abrir y cerrar de ojos, y no tenemos economía para pagarlos, y tampoco tenemos los productos para surtir todo ese comercio que es el que está manteniendo a la población. Yo considero que en un día futuro, sí se podrá hacer, pero que ahora no tenemos condiciones para esa intervención masiva; creo que eso necesita un estudio más profundo, comandante.

Fidel se quedó así, mirándole fijamente, y le dijo:

—A mí me parece que, como economista, tú estás fallando.

En aquel momento Almeida dijo:

—Bueno, vamos a sacarlo a votación, me parece que es lo correcto.

Fidel contestó:

—Está bien.

El estaba convencido que todo el mundo iba a votar masivamente en favor suyo, pero, cuando se sacó a votación la proposición de Carlos Rafael, el propio Almeida le dio la primera patada en los huevos a Fidel, pues creo que fue la primera vez que él votó contra el Comandante. Juan Almeida, que en esos momentos reemplazaba como jefe de las Fuerzas Armadas a Raúl Castro, ausente en la URSS, y Ramiro Valdés, ministro del Interior, que habían luchado desde los primeros momentos junto a Fidel en el M-26 y eran los más incondicionales, votaron en contra de él. Blas Roca, Angel Milián y Machado Ventura, miembros del Partido Socialista Popular, también votaron a favor de Carlos Rafael Rodríguez. Al final, los votantes (porque allí también había compañeros invitados, pero que no eran habilitados para votar) se repartieron mitad y mitad. Entonces Fidel se sintió totalmente derrotado: sacar un cincuenta por ciento nada más, eso era

para él un fracaso, pues ya cuando uno solo no votaba por él, le parecía una derrota. Se paró, echó cuatro malas palabras, dio dos patadas en el piso y un puñetazo en la mesa y dijo:

—Por mis cojones se va a intervenir tal y como yo dije, todo se va a hacer tal y como yo dije. Ramirito, prepara las fuerzas porque se va a intervenir como se ha planificado, y eso ya al amanecer.

—¡Como usted ordene, Comandante!

Yo poco había entendido de las explicaciones de Carlos Rafael, tampoco entendía bien el punto de vista de Fidel, pero sí veía que Fidel estaba muy molesto. Carlos Rafael le contestó otras palabras, tirando un tanto a lo científico, y yo no entendí qué carajos iba diciendo, pero sé que aquellas palabras de Carlos Rafael embrutecieron más a Fidel y éste dio por terminada la reunión. Estábamos como a dos o tres cuadras de la casa de Fidel, y él nos dijo:

—¡Allá nos vemos!

Le quitó el carro al chófer para manejarlo él mismo y salió chillando gomas. Y, unas horas más tarde, esa misma noche, anunció la intervención del comercio minorista.

Así que esa intervención fue una cosa totalmente impuesta por él, y eso yo no acababa de entenderlo, pues una idea quedaba reinando en mi cabeza: que las reuniones tienen su razón de ser, y, cuando se hace una votación, ésta se debe respetar. Yo era militante del Partido, pero también, habiendo participado ya en varios tipos de reuniones, más o menos entendía que todas más o menos tenían las mismas reglas, fueran del Partido o no.

Hoy, a la postre, se ve qué razón tan gigante tenía Carlos Rafael, y ese asunto fue motivo de disgusto entre Fidel y muchos miembros de sus más allegados, como el propio Almeida.

* * *

Sin embargo yo no olvidaba la pregunta que me seguía haciendo: ¿por qué siendo el Che prácticamente el número tres en el país, y desde el punto de vista organizativo y afectivo el número dos, y además la cabeza pensante en casi todo cuanto se propuso hacer con la Revolución, por qué decidió marcharse? Al volver, claro que hicimos la pregunta, disfrazándola un poco, con temor a ser directos, porque nosotros no podíamos decir, por ejemplo: «Parece que Cuba quería deshacerse de todos nosotros, porque no hicieron absolutamente nada; desde el momento en el que perdimos el contacto con

Cuba, Cuba no hizo lo más mínimo, absolutamente nada, para establecer contacto con nosotros en Bolivia, queremos una explicación».

Entonces, un día me atrevo a plantearle la pregunta directamente a Fidel: le pregunto qué fue lo que se trató de hacer para con nosotros en Bolivia, porque yo entiendo que allí existían todas las posibilidades para tomar contacto con nosotros y no dejarnos aislados; entonces él me pasa el brazo por los hombros, camina para allá, se coge la barba con la mano izquierda y me dice: «Esto es un caso para estudiar, pero tengo ahí unas cuantas cosas que quiero mostrarte, *y* para eso te mandé llamar». O sea, me desvía totalmente de la pregunta, y de la cosita de la que me habla es del entrenamiento de un grupo de venezolanos, colombianos y bolivianos, y para entregarme la responsabilidad personal de entrenar al coronel Francisco Caamaño y a sus hombres. Yo me sentí muy halagado cuando se me daba aquella responsabilidad, porque hay quien no quiere entender las cosas, pero yo las digo tal y como las sentí. Me sentí altamente estimulado, hasta tal punto que la pregunta que le hice a Fidel también la olvidé en esos momentos, porque en el cargo que se me estaba dando tenían única y exclusivamente participación Fidel y un grupo muy reducido de la alta esfera cubana: Raúl, Ramiro Valdés, Celia Sánchez y yo, y eso era altamente estimulante. Lo planteo así porque así lo sentí. Es así como lo viví, pero en aquella pequeña conversación que mantenía conmigo mismo empecé a tratar de juntar las cosas y empecé a darme cuenta de que unas merecían una cosa y otras, otra, pues mis preguntas yo las hacía en momentos inesperados donde la gente no estaba preparada para responderme. Me doy cuenta de que van sucediendo esas cosas, me doy cuenta de que se me prohíbe, no solamente a mí sino a tres sobrevivientes, hacer cualquier tipo de alusión con respecto al Che y al caso Bolivia. Teníamos que evadir las preguntas porque nos decían que era peligroso. Nos decían que la CIA estaba localizándonos para contactar con nosotros para sacamos información, y que por eso no debíamos hablar. Yo lo creía todo. El caso del coronel Francisco Caamaño, los engaños con él, la manipulación que hubo con Caamaño es la que me abre un poco más los ojos. Pero de Caamaño hablaré con más detalles más adelante.

* * *

Antes de hablar sobre nuestro intento de reanudar la lucha en Bolivia, es necesario contar el asunto de Urbano, que junto con Pombo y conmigo

fue uno de los cubanos que sobrevivieron a la guerrilla del Che.

Cuando llegamos a Cuba los sobrevivientes, el 6 de marzo de 1968, de entrada se nos dio un recibimiento público, por parte del mismo Fidel, de unos tantos miembros del Comité Central y de una gran parte del pueblo. Eso nos ilusionó mucho y hasta por momentos se tornó en vanidad. Felizmente puedo decir que en mi persona no fue así, pero hay ejemplos más desgraciados, como el de Urbano (Leonardo Tamayo Núñez). El día 20 de mayo fuimos llamados Pombo, Urbano y yo al despacho del ministro de las Fuerzas Armadas para ser ascendidos, y sucedió algo que nos chocó duramente. En aquel momento Raúl se encontraba en la Unión Soviética siguiendo un curso y le estaba sucediendo en su cargo el comandante Juan Almeida. Cuando llegamos allí, lo primero que hizo éste fue damos lectura de cinco informes, que se habían hecho de distintas partes de la provincia de La Habana y procedían de distintos dirigentes, cinco informes contra Urbano por sus procedimientos, su forma de actuar. En dos palabras, Urbano había empezado a violar las órdenes que nos había dado Fidel cuando nos reunimos con él: no estábamos autorizados para hablar del caso Bolivia con nadie, no importaba el grado, el cargo ni la jerarquía de la persona con quien se hablara. Pero eso fue lo primero que hizo Urbano, empezó a hablar con sus amigos, y ése era el motivo de aquellos informes.

A Pombo y a mí, Almeida nos exhortó a continuar como estábamos entonces, nos dijo que no había problemas, ningún tipo de queja de parte de nadie. Nos ascendió al grado de primer capitán, pues éramos capitanes los dos. A Urbano, que era primer teniente, lo ascendió a capitán, pero sólo después de haberle echado una descarga monumental, planteándole que no debía agradecer al gobierno ni a los revolucionarios ese grado de capitán, que por todos los errores que estaba cometiendo y todos los que había cometido en el camino con nosotros no era merecedor de ser ascendido, que lo conveniente hubiera sido meterlo preso, que no era ni digno de usar el uniforme verde olivo. Y es la verdad que Urbano había hecho un montón de cosas feas, muy malas, que ya voy a contar; pero yo nunca había oído decirle tantas cosas a un hombre como Almeida a Urbano. Le echó en la cara que mejor podía agradecer al imperialismo el conservar su uniforme y llegar al grado de capitán, porque si en esos momentos que se nos ascendía a nosotros, a él no se le hubiera ascendido, o se le hubiera metido preso como lo merecía, eso le permitiría al imperialismo izar una bandera para

demostrar cuál era el pago que Cuba le daba a sus mejores hijos cuando cumplían una misión de tal envergadura como la de Bolivia.

Tan bochornoso fue eso que, cuando fuimos bajando en el elevador, Pombo sacó su pistola, la montó y le dijo a Urbano:

—Toma, pégate un tiro y ya buscaremos la forma de decir cómo moriste.

Urbano, demostrando más su forma de ser, contestó:

—Coño, ¿eso es lo que tú quieres? ¿Que me mate?

Pombo, entonces:

—Con lo que te dijo Almeida, ya tu vida la tienes hecha y mal hecha.

Los dos apoyábamos a Almeida en todo lo que había dicho, y no considerábamos que, haciendo uso de su rango, le hubiese atropellado a Urbano, más bien le hubiera debido quitar el uniforme, porque Urbano no era un hombre digno de haber ido a Bolivia.

Cuando lo mandaron a Bolivia, él se encontraba preso por haber conducido un camión del ejército en estado de embriaguez y sin licencia de conducción, y arrollado a una señora de edad y a una niña. Lo que pasó es que, en medio del entrenamiento, el Che se acordó que le hacía falta otro hombre más para cargar en Bolivia con la mochila de los libros y los instrumentos médicos. Propusimos al Che a algunos compañeros que conocíamos nosotros, yo, específicamente, le propuse uno que había sido invasor con Camilo, Alejandro Oñate, más conocido por Cantinflas, un hombre muy valiente que había sido uno de los primeros campesinos en incorporarse al Ejército Rebelde. Ahora bien, ese compañero tan valiente había tenido un problema cortando caña en Camagüey: por el avasallamiento que le hacía padecer otro capitán, él le pegó dos tiros y lo mató. Da la casualidad que el Che había sido el fiscal en el juicio en que a Cantinflas lo condenaron a veinte años de prisión. Pero yo, tomando en consideración que Cantinflas había sido uno de los hombres más valientes del Ejército Rebelde, hasta el punto de haber sido colocado en la punta de vanguardia de la columna de Camilo Cienfuegos, traté de salvarlo y por eso le propuse. La verdad era que el hombre que él había matado, pues alguien tenía que hacerlo, era un déspota total, y si no lo hubiera hecho Cantinflas, lo hubiera hecho cualquier otro. El Che me planteó claramente que eso no podía ser, que él bien reconocía a Cantinflas como uno de los hombres más valientes y que en cualquier combate, en cualquier trinchera, al lado de Cantinflas se sentiría siempre seguro, pero que ir a lo que íbamos era un

premio para los mejores revolucionarios, y como Cantinflas estaba cumpliendo una sanción por haber asesinado a un compañero, no se le podía premiar.

Seguimos proponiendo hasta que Manuel Hernández Osorio le dijo al Che el nombre del Tamayito. El Che contestó:

—Bueno, ¿pero qué Tamayito?, en la invasión venían unos cuantos Tamayitos.

—A Leonardo Tamayo Núñez.

—Pero Leonardo Tamayo Núñez, aunque es muy valiente, también es muy indisciplinado, yo no lo veo muy bien.

Fidel se encontraba allí, presenciando aquellas proposiciones sin él hacer ninguna, se quedaba callado, pero entonces miró su reloj y le dijo al Che:

—Ramón, decidan en fin qué hombre van a buscar, porque miren la hora que es, para el entrenamiento no falta tanto y ese hombre debe también ser entrenado.

El Che decidió:

—Está bien, Tamayito mismo.

Pero ninguno de nosotros, ni el propio Che, sabíamos que a Tamayo, aunque había sido de la escolta del Che, lo habían botado por indisciplina y había ido a otra unidad, lejos del Che. Así que no se conocía su última hazaña. Fidel le mandó al que llamaban Chicho, que era su jefe de escolta en aquel tiempo, un tipo blanquito con la cara llena de huequitos:

—Chicho, parte para La Habana y busca a este hombre adondequiera que esté y tráelo para acá.

Al llegar a La Habana, Chicho fue directamente a la dirección de personal y cuadros de las Fuerzas Armadas a ver al comandante Riva, que era el jefe de cuadros. Riva buscó en el archivo y dijo: «Bueno, este hombre se encuentra en una unidad en Quibicán».

Era una cárcel, pero una cárcel militar, que entonces llevaba por nomenclatura militar una cifra con cuatro números, como cualquier otra unidad. Chicho se fue allí, llevando en el bolsillo una nota del comandante Riva, encima de la cual él había escrito: «Soy el jefe de escolta de Fidel y vengo a buscar a este hombre por orden de Fidel». Todo el mundo se puso boca abajo y cumplió las órdenes al dedillo. Le entregaron a Urbano, pero el hombre estaba con una ropa bastante sucia, porque en esa cárcel se dedicaban a la agricultura, y Chicho mandó: «No, no, búsquenle una muda

de ropa limpia a este hombre, y un par de zapatos». Al llegar en la madrugada, Urbano nos explicó que, si lo llevaban en donde estaba Fidel, seguramente era porque iban a determinar su ida, por lo valiente que era él. Aquí cabe apuntar otro detalle, y es que Urbano, en su accidente, había abusado de la confianza de un recluta. Habían ido los dos a la casa de éste para el cumpleaños de la hermana, y allá es donde ambos se habían emborrachado. Urbano fue el que manejó el camión y tuvo el accidente, pero entonces le dijo al recluta, que sí tenía licencia de conducción: «Hazte responsable de toda la situación, como soy primer teniente yo te voy a sacar enseguida y no pasa nada». Pero Urbano usaba más la maldad que la honradez y se olvidó del recluta. A éste, como venía en estado de embriaguez y además había lesiones de por medio, lo metieron preso en el Morro, que es una fortaleza construida en la época colonial por los españoles y hoy es centro turístico. Pasó un mes, pasaron dos, y Urbano no aparecía por allí, ni siquiera le envió una cajetilla de cigarros. La madre del recluta andaba desesperada porque ya se estaba preparando toda la documentación para hacerle un consejo de guerra al muchacho, y posiblemente le meterían diez o quince años. Sólo cuando el muchacho habló con su madre se supo la verdad y se metió a Urbano preso. Este nos confesó después que incluso, cuando Fidel lo mandó a buscar, pensó que iba a ser condenado a muerte. Mucha gente en Cuba me ha preguntado cómo ha sido posible que a Urbano, con esa actitud suya, se lo hubiera premiado llevándolo a Bolivia. De todos modos, nosotros, claro, nos dimos a la tarea de prepararle rápidamente, para que se pusiera a la par con nosotros. El Che lo había reconocido y le explicó lo que significaba aquella selección; le planteó que debían acabarse sus problemas de indisciplina. Claramente le dijo que no había sido seleccionado por sus cualidades sino por la urgencia de la situación, y que su comportamiento estaría bajo responsabilidad personal del propio Che. Así vino, al fin y al cabo, Urbano con nosotros a Bolivia.

29

Misión secreta en el Perú. Fidel envía información a Velasco Alvarado para el golpe de Estado

La primera misión en el extranjero que se me confió después de mi regreso de Bolivia fue en agosto o septiembre de 1968, yo fui llamado por Manuel Piñeiro para decirme que el Comandante se quería entrevistar conmigo. Me citó para las nueve de la mañana. Llegué a las ocho y media a su oficina, que la tenía en su propia casa, y, efectivamente, a las nueve llegó Fidel, que me saludó, me echó el brazo. Después de las palabras de cortesía, preguntas sobre la familia y demás, me planteó que me había mandado buscar porque tenía una misión para mí. Me preguntó sobre mi grado de voluntariedad y yo le contesté muy sinceramente, en aquellos momentos eso era pura verdad, que yo iría a donde él me mandara y haría lo que él me dijera.

Entonces él me planteó que la misión mía consistía en salir urgentemente de Cuba, sin que los propios órganos de la Seguridad supieran para dónde iba. Era un trabajo de urgencia, pero muy sencillo, sólo consistía en trasladar a Perú una valija de mano con unos documentos sumamente importantes. Yo le dije que estaba dispuesto a cumplir esa misión para donde fuera, que si Polo Norte, pues Polo Norte. Quedamos en la oficina de Piñeiro hasta las tres de la tarde, para que me explicara bien la vía que me habían preparado para llegar a Lima: yo debía salir en Aeroflot hasta Moscú, allí me esperaría un funcionario que no sabría absolutamente nada sobre mi viaje ni tampoco conocería mi nacionalidad. Ese funcionario me mandaría para Praga, donde otro me haría llegar hasta Roma. Allí, mediante señas que se me darían, yo tendría que establecer contacto con un cubano, que ya me entregaría un pasaporte a nombre de Luis Almaguer López, de nacionalidad dominicana, con una breve leyenda por la que yo sería un representante de tabaco, así como del ron Brugal, dominicano. Porque de Cuba hasta Roma yo habría viajado con documentación cubana.

Entonces Fidel me planteó que los documentos que debía llevar a Lima eran altamente explosivos, y yo le pregunté:

—¿En qué sentido, altamente explosivo?

Me contestó él:

—Bueno, altamente importantes.

Por ese motivo el documento que llevaba tenía, absolutamente, que llegar a su destinatario, iba acompañado con medidas de precaución muy sofisticadas, y yo para aquello debería prepararme. Llevaría junto a mí, puesto al lado izquierdo, en la ingle, con un protector deportivo, una granada ya activada y, a la altura del ombligo, una pistola Start calibre 9 mm, de fabricación española. Esta pistola tendría un dispositivo en combinación con la granada. Además de que todas las balas de la pistola estarían preparadas con cianuro, la granada estaría en conexión con la pistola. Eso era en caso de que a mí me descubrieran en el aeropuerto de Roma o en el de Lima: si era descubierto, yo me defendería a tiros; si caía herido, lo primero que haría la policía sería quitarme el arma y, como ésta llevaría un pelo invisible enganchado al seguro de la granada, al sacarme a mí la pistola, ellos activarían la granada, entonces ésta explotaría y me cortaría la arteria del fémur y moriría por desangramiento; pero también el maletín explotaría por simpatía, porque iría preparado con una sustancia explosiva, y así sería destruida toda la documentación.

Todo ese tiempo que Fidel se pasó conversando conmigo fue para convencerme de que yo debía poner mi vida en riesgo una vez más, porque ya me había explicado lo mismo cuando Bolivia. Sólo al verme plenamente convencido de que es muy lindo convertirse en un mártir y un héroe, me confió de qué se trataba: en ese maletín iría una documentación de suma importancia para entregarla en Perú al general Juan Velasco Alvarado. La dirección de éste todavía la llevo en memoria: era Ayacucho 214, en Lima. Yo debía a toda costa entregárselo personalmente a él, pues, según me explicó, Fidel esa documentación le explicaba con todo el detalle a Velasco Alvarado cómo hacer para el golpe que estaba preparando en el Perú, era todo un asesoramiento.

Velasco Alvarado había estado en Cuba en varias ocasiones —viajaba clandestinamente desde Italia o Francia— a hablar con Fidel; y entre ambos habían estudiado la posibilidad de ese golpe. Ya se había colocado en Lima a veintitrés miembros de la Seguridad cubana, para brindar un apoyo inmediato a Velasco Alvarado tanto en caso de que fallara el golpe como de que fuera un éxito. En caso de que todo funcionara bien, los agentes cubanos de inmediato se encargarían de la seguridad personal de Velasco Alvarado. Fidel me dijo cómo contactar con dos de esos agentes; uno de

ellos vivía al lado del monu- mentó a Tupac Amaru, frente a la Plaza de Armas. Yo debía hacer contacto mediante las señas y contraseñas que se me darían, de tal forma que en ningún caso, en ningún momento, mi papel en aquel asunto pudiera aparecer ante la luz pública. Después de haberme explicado todo, Fidel añadió, de una forma jocosa, pero quizá también para comprobar mis disposiciones:

—¿Sabes? De lo que tú vas a llevar ahí depende el destino de dos revoluciones, la cubana, que ya está en el poder, y la peruana, que está creando sus bases para conseguirlo. Con el documento ese y con todo lo que yo te he ido diciendo, si te da por presentarte a una embajada norteamericana y traicionar, podrías entrar en la esfera de los millonarios tanto en Latinoamérica como en cualquier parte del mundo. Te darían todo lo que tú pidieras.

Honradamente, yo entonces me puse un poco tembloroso, empecé a sudar un poco, y él me preguntó:

—¿Tienes miedo?

—Sí, comandante, tengo miedo, tengo miedo.

—¿Por qué tienes miedo?

—Mire, comandante, aquí hay mucha gente que tiene mucha más experiencia que yo de viajes, yo no tengo ninguna, y ni el español lo hablo bien, yo no tengo nivel, me falta experiencia, y el miedo que tengo es de no poder cumplir.

De verdad me parecía que se me exigía demasiado y, al decirme él aquellas frases, yo sentí un miedo grande; pero a la vez sentía miedo de que él desconfiara de mí, porque en mí había una pureza total, yo estaba dispuesto a morirme con los ojos cerrados donde él me dijera. Entonces aquello me chocó, ese comentario me había puesto nervioso y yo le pregunté:

—¿Por qué usted no manda a otro? Mire, aquí inclusive está Jordán, que es el que atiende Perú, conoce muy bien Perú y es un buen muchacho.

—¿Quieres saber por qué te mando a ti? Precisamente por todas esas cosas, y la primera es que tú no tienes la más mínima experiencia de viajes, eso lo sabe todo el mundo y también lo notarán en los controles de cualquier aeropuerto. Nunca se le ocurrirá a nadie pensar que por allí puedas andar tú, además llevando un maletín muy normal, como puede llevar cualquier persona. Yo tengo plena confianza en que tú vas a llegar y entregarás los documentos tal y como te he dicho.

Yo me sentí muy orgulloso de que él me dijera tener plena confianza en mí, como ya lo había mostrado poniendo en conocimiento mío la naturaleza de lo que yo iba a llevar.

Al poquito tiempo se me fue instruyendo de todo lo que a la técnica de la seguridad se refería; los técnicos me prepararon aquel maletín con toda la documentación, sin saber lo que ésta contenía. Esta creo que parte estaba en claro y parte en clave, y su sobre estaba totalmente lacrado. Los miembros de la Seguridad no sabían ni adónde yo iba, ni para qué, ni qué contenían aquellos documentos. Simple y llanamente les correspondía a ellos aquel trabajo técnico: poner en un maletín el sobre explosivo, preparar éste con la técnica escogida, enseñarme cómo activarlo y como desactivarlo. La salida mía la manejaría directamente Piñeiro; era él quien debía llevarme al aeropuerto a las seis de la mañana y montarme en el IL 62, mientras sólo estuviera la aeromoza acondicionando el avión para el viaje.

Los soviéticos tampoco sabían absolutamente nada de eso, no podían saberlo. Según sus ideas, yo debía ser como un agente que se iba a realizar una infiltración al exterior. Como el avión ese de la Aeroflot tenía un camarote separado del resto de los pasajeros para cuatro personas, allí se me metió solo para que no tuviera contacto con los otros pasajeros más que a la hora de bajarme, y se me recomendó bajar al último momento. Cuando yo llegara a Moscú, allá habría un funcionario hispano-soviético que, a cambio de plata, me evitaría el control aduanero, y de la misma forma me despacharía. Para aquello me dieron cuarenta mil dólares, treinta mil en el maletín y diez mil que yo llevaría en el bolsillo del saco. En el maletín también llevaba una documentación de reserva, con nacionalidad panameña, en caso de que tuviera que deshacerme de la otra.

Salí pues, no tuve ningún problema en el viaje, llegué a Roma, se me entregó mi documentación conjuntamente con el boleto y subí en el avión de Alitalia, recuerdo que era un miércoles. Al llegar a Lima, cogí un taxi para la avenida Ayacucho; por medida de seguridad, no di exacto el número de la dirección, dije al taxista 114 en vez de 214. Yo sólo llevaba mi maletincito, más una ropita ligera. El taxi me dejó en Ayacucho 114, le dejé una propina de cinco dólares al taxista, él tan contento, entré en un bar que había allí, me tomé un café y, entonces, cogí por la calle buscando el 214.

Cuando llegué, me di cuenta de que había una seguridad muy fuerte en la casa de Velasco, que era el jefe del Estado Mayor del ejército peruano, pero yo llevaba instrucciones y sólo tuve que decir:

—Vengo a ver al señor Velasco, de parte de Luis.

El que estaba de guardia me apartó y me hizo pasar al otro lado de la calle. Acto seguido salió en el portal un individuo vestido de civil que me echó el brazo, muy amable, y me dijo:

—¡Señor Luis, esperábamos por usted!

No sé quién era ese individuo. Entré a la casa, allí estaba Velasco. Le transmití el saludo personal de Fidel, él me estrechó las manos, tomamos café y le dije:

—Yo voy a explicarle cómo funciona esto.

Y empecé a explicárselo, pero él me cortó:

—No, mejor hágalo usted mismo y entrégueme los documentos, que no cometa yo una salvajada.

Entonces yo abrí el maletín, desactivé el sobre y le entregué sus documentos. Acto seguido llamamos un taxi. El quería que me quedara en su casa, pero le dije que no, que tenía orientaciones de desaparecer enseguida. Entonces sugirió que yo me quedara en el Hilton, y otra vez le dije que no, que yo debía hospedarme en un hotel de tres estrellas solamente, y ya tenía decidido uno llamado La Puerta del Sol, un hotelucho regular. Al otro día en la mañana se apareció un individuo que me entregó un boleto de regreso, y en la tarde ya salí rumbo a Roma otra vez. En Roma pasé a Piñeiro un cable de misión cumplida, que, como convenido entre nosotros, rezaba: «De las obras que me pediste sobre Tupac Amaru, tendría la primera, la segunda ya después».

Una semana después salí para Cuba, pero esa vez a través de México, pasando por Praga para tomar el vuelo de la Cubana de Aviación, que era Praga-Gander, Gander-México, México-Cuba. Al regresar fui a casa de Piñeiro directamente; casi de inmediato llegó Fidel, me felicitó y le dijo a Piñeiro que pusiera en mi expediente una relevancia histórica. Yo me sentía muy contento, muy feliz de haber cumplido aquel trabajo.

El golpe en el Perú se dio al mes siguiente y fue verdaderamente un éxito. Velasco Alvarado creo que se mantuvo en el poder como hasta 1972, por ahí más o menos.

30
Recibimos ayuda de los movimientos latinoamericanos para continuar la lucha en Bolivia

En abril de 1968 el Inti Peredo fue a pedirle a Fidel que Pombo, Urbano y yo formáramos parte del Estado Mayor del Ejército de Liberación boliviano, ya que él había venido a Cuba para reorganizar aquel ejército y volver al monte y continuar la lucha, como lo habíamos decidido los sobrevivientes. Fidel primero se negó, porque no quería verse más envuelto en esa situación con los soviéticos. Los soviéticos se oponían totalmente a que Cuba diera cualquier tipo de ayuda militar a las guerrillas de América Latina. Cuba sólo debía apoyarlas moralmente y políticamente, en ningún caso con hombres ni con medios. Por eso las relaciones entre Cuba y la URSS estaban muy caldeadas en aquellos años, parece que el asunto fue muy serio. No obstante, al final Fidel cedió al Inti, diciéndole que a Pombo y a Benigno se los podía llevar si ellos estaban de acuerdo, pero a Urbano no. Aquello obligó a Fidel a explicarle al Inti la situación de Urbano, ya que, además, entretanto se había recibido una queja muy dolida de los familiares de la señora y de la niña que murió atropellada por Urbano, que no entendían por qué habían mandado con el Che a Bolivia a un hombre que debía ser juzgado y exigían que lo fuera. Aquella situación necesitó hasta que Fidel se reuniera con la familia durante más de dos horas, les dio la razón del error cometido por la Revolución, pero les explicó que, cuando se tomó aquella decisión, él no estaba al corriente de lo sucedido. Más o menos se los convenció, parece que Fidel les habló muy lindamente a esa gente. El siempre suele encontrar frases muy convencedoras, pero yo diría que más que convencerla se sobornó a la familia, cambiándola para una casa más confortable, etcétera. Así que, de Urbano, Fidel ya no quería oír ni su nombre.

Fidel nos mandó a buscar a Pombo y a mí, nos planteó la situación y nos pidió que, si queríamos ir, que él le había dicho al Inti que sí, porque el Inti le había hecho fuerza, es decir, Inti le había planteado que nosotros

habíamos ganado el derecho a ser dirigentes del movimiento de liberación en Bolivia y que, por lo tanto, ya que nosotros éramos los pioneros y se iba a reorganizar la lucha para continuarla, lo lógico era que comenzara dirigida por nosotros, o sea, encabezada por Inti y nosotros. Allí es donde Fidel le dijo que estaba bien, pero que había que contar con el acuerdo nuestro, ya que él, como jefe de Estado cubano, nos daba el permiso, pero que dependía de nosotros ir o no ir. Allí verdaderamente fue muy honrado Fidel. Cuando me voy a Bolivia por segunda vez, lo hago por un compromiso moral con el Che y con los compañeros muertos. Yo amo a Bolivia y mi sueño es compartir algo de mi vida con ese pueblo.

A mí me habían mandado para mi unidad de origen en la provincia de Pinar del Río, a los PETI. Allí se entrenaban cantidad, sobre todo de venezolanos, colombianos, nicaragüenses y guatemaltecos. Africanos también había, pero estaban en otro lugar. Además teníamos al dominicano Francisco Caamaño Deñó en la zona de Soroa, allí por donde están unos orquidarios famosos; ya hablaré de él más adelante. Yo ya me estaba preparando para dar un entrenamiento masivo, bien acomodado a lo que necesitaba cada uno, cuando llegó el Inti Peredo y me mandaron a incorporarme con él. Entonces creamos nuestro Estado Mayor, conformado por el Inti como jefe máximo, yo, su segundo en la esfera militar, Pombo para las cuestiones políticas, Rodolfo Saldaña para las cuestiones generales. Darío fue nombrado jefe del armamento, Loyola Gúzman, jefa de la organización clandestina en las ciudades, y así sucesivamente. De inmediato empezamos el reclutamiento.

Y, a pesar de lo que había dicho primero Fidel, finalmente en Cuba nos dieron todo tipo de facilidades para preparamos y organizar ese movimiento: dinero era lo que menos hacía falta allí. Se nos dio todo tipo de avituallamiento necesario para el entrenamiento, así como todas las facilidades de lugares y demás. También, al venir para Bolivia, se nos pagaron todos los gastos, y no éramos sólo nosotros, los sobrevivientes, ya éramos ciento sesenta y ocho hombres los que componían un grupo latinoamericano. Cubanos éramos dos, Pombo y yo; casi cien bolivianos; los demás eran: veintisiete chilenos, veintitrés o veinticuatro argentinos, un brasileño, un peruano, un uruguayo, un venezolano, un guatemalteco, un hondureño. Aquello estaba bastante internacionalizado, y todos habían sido bastante bien preparados en Cuba. Entre los chilenos se encontraban los

periodistas Elmo Catalán[51] y el Perro Olivares,[52] a este último, el MIR le ordenó no incorporarse.

En la zona oriental preparamos al grupo de una forma tal, que se hubiera confundido con el mejor de los Rangers norteamericanos. Allí empezamos a recibir la ayuda internacional. Fundamentalmente el armamento lo conseguíamos a través de Venezuela, Colombia, Costa Rica, Honduras, Panamá, México, gracias a las relaciones de Cuba con los movimientos revolucionarios de esos países. Como los norteamericanos daban toda clase de armamento a toda Sudamérica, los movimientos que había en esos distintos países ayudaron a Cuba, facilitándole ese armamento. Esos movimientos se lo quitaban a los mismos militares de sus países, asaltaban un arsenal en su país, nos daban un poco a nosotros y nosotros, a través de barcos pesqueros, lo hacíamos llegar a Cuba. Algún que otro armamento lo comprábamos en distintos países, en algunas armerías.

Cuba nos dio todo el parque necesario y toda la logística para el entrenamiento, incluso una sala en el Hospital Naval, además de la clínica del Comité Central, para poder tener nuestra gente compartimentada durante los chequeos médicos, y unas cuantas casas operativas en Miramar, muy cerca de una de las casas de las que disponía Fidel en la Calle 198, donde él llegaba a menudo, porque Celia, que vivía muy preocupada por su salud, le exigía que viniera a aquella casa a almorzar junto a ella. También le había acondicionado un cuarto donde él pudiera descansar después del almuerzo. Una de nuestras casas, que llamábamos E6, colindaba con el patio de Fidel. Fidel también tenía, y sigue teniendo actualmente, una residencia frente a la sede de Tropas Especiales: eso no es ninguna casualidad, pues el papel de Tropas Especiales es brindar seguridad a los altos dirigentes.

De otros países nos llegó ayuda en dinero, especialmente de los movimientos revolucionarios argentinos, también del MIR chileno y del editor italiano Giangiacomo Feltrinelli, que nos brindó una gran ayuda en medicinas, ropa y dinero. Cuba también nos suministró una buena cantidad de fusiles M16 y cuatro M18 —de estos últimos en Cuba quedaban pocos; sólo se nos dieron cuatro, para el Inti, Pombo, Darío y para mí. Los otros fusiles fueron Fal venezolanos, ya que son los que se usan en Bolivia y no tienen los mismos proyectiles que los Fal de Cuba, que son de 7,62 en vez de 7. Salvador Allende, que en aquel momento era presidente de la Cámara

del Senado chileno, nos ayudó grandemente en el traslado de las armas: en sus valijas trasladamos las armas a través de la embajada de Argelia, después se hicieron llegar hasta Chile y posteriormente hasta Bolivia; esto era lo más fácil, pues no había control fronterizo. En conjunto se nos dio una gran cantidad de armas.

Después de que termináramos el entrenamiento empezamos a sacar a la gente de dos en dos hacia el exterior. Ya habíamos hecho un estudio bastante grande sobre la zona de Teoponte, en la parte occidental de Bolivia. Para eso habíamos responsabilizado a Omar, o sea, Gustavo Ruiz Paz, sobrino de Paz Zamora, que luego fuera presidente de Bolivia. Después de hacerse estos estudios en la zona del Alto Beni, acordamos que el Inti Peredo saliera de inmediato para Bolivia y que yo fuese enviando las parejas, mientras se nos hacía un trabajo de desfiguración de rostro a Pombo y a mí; conmigo se logró hacerlo bien, pero no así a Pombo, pues, como él era negro, había que desrizarle y estirarle el pelo y la química que se utilizó para eso fue demasiado fuerte, de forma que se le quemó todo el cuero cabelludo y tuvo que estar unos dos meses recluido en una clínica. Pudo por poco haber muerto. Por lo tanto, tuve que salir sin él. Luego me enteré que ese incidente con Pombo había sido voluntario para impedirle viajar a Bolivia. En eso tiene que ver el comportamiento de Pombo, que comenzó a tener una conducta bastante incorrecta.

Es que allí empezó a haber una serie de violaciones de las normas por parte del aparato de suministros del Frente de Liberación, que luego se llamó Departamento América, que se había relajado mucho. Se tomó aquello de un modo como carnavalesco. En nuestras casas operativas, donde teníamos a todos los extranjeros, aparecían oficiales cubanos del Frente de Liberación con sus novias para comer, merendar, pasar la noche. Eso trajo como consecuencia que se cometieran muchos errores y que se pusieran en conocimiento muchas de las cosas. Pombo así cometió gravísimos errores; fue uno de los que empezaron el relajo, llevando a aquellas casas operativas, donde se iba conociendo todo, a varias mujeres que andaban con él. Incluso hubo más: una que había sido prostituta en la época de Batista a Pombo le gustaba mucho. Y después de haber sido nombrado primer capitán y combatiente intemacionalista, también Pombo le interesó mucho a esa mujer y ella aceptó recibirlo. El se puso locamente enamorado de esa mujer, y ella, conocedora de todo lo que era él, le pidió que un amigo de ella pudiera enrolarse en esa partida. Pombo muy

inocentemente lo enroló a aquel hombre, que se le apodó Yarita, y le preparó la documentación de un venezolano de Yaracuy que había muerto en otro centro en un accidente de entrenamiento.

El Frente Liberación facilitó a Pombo aquella documentación porque éste le mintió, asegurando que a otro compañero se le había perdido la documentación. Después, Pombo le inventó una leyenda a Yarita para que se hiciera pasar entre los extranjeros por venezolano, y el tipo se la fue aprendiendo. A mí Pombo me engañó, pero resulta que aquel cubano se familiarizó mucho conmigo y no le pasó por la mente que Pombo me hubiera podido esconder eso a mí, ya que éramos los únicos dos cubanos que íbamos con cargos iguales a Bolivia. Así que, de forma muy inocente, me lo contó él todo cuando yo le empecé a hablar de la lucha en Venezuela y me di de cuenta que él de eso no sabía ni papa. Entonces me dijo:

—No, Benigno, pero el problema es que, mira, yo de Venezuela no sé nada.

—¿Pero cómo que tú no sabes nada de Venezuela?

—Bueno, chico, tú ya sabes que soy cubano y no venezolano, yo soy de Yara, que es por lo que Pombo me puso el nombre de Yarita.

Yo contesté:

—Sí, sí, es verdad.

Me hice como que lo sabía todo y le saqué más información. Después fui a plantear el asunto a la Seguridad del Estado y resultó que, aunque el hombre no era de la CLA, había sido chófer del ICAP,[53] y este instituto le había dado de baja por haber presentado documentos para marcharse del país, por lo que se le consideraba como apátrida. Pero, bueno, se habló con Pombo y las cosas no pasaron de ahí.

A pesar de aquellos problemas empezamos a salir a Bolivia. Donde se notó el relajo es que todo el mundo iba conociendo la nacionalidad con la que sacábamos cada pareja y el viaje que iba haciendo cada cual. Yo, por ejemplo, fui vía Moscú, Praga, Roma, y al encontrarme en Roma se dio la circunstancia de que Vásquez Viaña[54] y otro boliviano, que era marido de una alemana, había entrado a Alemania Federal y pedido quedarse en Alemania, ¡conocían hasta mí vía! Ellos, según tuve noticia, preferían quedarse en Alemania porque consideraban que aquella revolución no iba a ningún lugar, que el gobierno cubano prometía muchas castañas y daba pocas nueces. Según ellos, tal era la corrupción dentro del Estado Mayor del ELN boliviano, que éste no podía dirigir a nadie. Hablaban del Inti

Peredo, que efectivamente llevaba relaciones con tres o cuatro mujeres; hablaban de Pombo como de un hombre de conducta incorrecta hasta el punto de haber «quemado» muchas casas operativas; decían que Rodolfo Sal- daña había colaborado con la policía boliviana —este asunto nunca se ha aclarado totalmente, pero parece que, cuando Rodolfo fue detenido en Bolivia, le dieron a escoger entre morir o colaborar; se vio, pues, obligado a colaborar— y que por ese motivo llegó a alcoholizarse a tal punto que todo el mundo en Cuba empezó a perderle el respeto. De igual forma el Chato Peredo, un joven médico hermano de Coco y el Inti, se corrompió hasta la saciedad: eso fue hasta el punto de que al Chato se le destituyó como jefe de los servicios médicos de la guerrilla y se le puso simplemente como médico en la retaguardia. El error de los responsables del Departamento América, me parece, fue haberlo sacado adelante a pesar de todo aquello.

Vásquez Viaña y el otro boliviano que lo acompañaba también sabían sobre mi propio viaje. Yo me encontraba como un turista, en la piscina del hotel Panamá en Roma, tomándome un Manhattan en compañía de un escolta mío, un compañero chileno muy bueno, de muchas agallas, cuando éste se me apareció con un periódico y mi foto de cuerpo entero en la primera página, donde se decía: «Se tiene conocimiento de que uno de los sobrevivientes de la guerrilla del Che en Bolivia está viajando rumbo a América del Sur, pero se considera que en estos momentos se encuentra en Europa. Según informaciones de la Associated Press (AP), se trata del señor Benigno». Pero bien, esa foto correspondía a mi salida de Chile cuando mi huida de Bolivia, pero hacía poco me habían hecho una cirugía plástica muy buena, lo que me permitió continuar viajando.

31
El ELN de Inti Peredo: nuevo fracaso de la guerrilla en Bolivia

De Roma yo tenía que salir para Perú y, al llegar a Lima, establecer contacto con un chileno, en la Calle Morro 40 creo que era, pero encontré una señal como que no debía hacerlo: sencillamente una X grande trazada con tiza en la puerta. Eso significaba que me habían cogido el contacto. Entonces fui a buscar otro contacto a Puno, en la frontera, pero a éste también lo habían cogido. Volví a Lima de nuevo, recibí un cable de Cuba orientándome que debía regresar a la isla. Hice como si no hubiera recibido el cable, desobedeciendo las órdenes, porque me estaba enterando de que en todos los lugares la situación era difícil y se iba cogiendo a todos los contactos. Entonces continué y aproveché aquella oportunidad para entrar en Bolivia vía Chile, porque por Brasil me parecía demasiado peligroso.

Yo tenía dos puntos más de reserva en Brasil, uno por Guayaramerín y otro por Corumbá. Pero era la misma red de contactos, esas personas se conocían entre sí y no me gustaba la idea de pasar por allí. Se trataba de bolivianos cuyo responsable era el marido de Loyola Guzmán, que había sido hecho prisionero. Lo que había pasado es que Rodolfo Saldaña, encargado de establecer todos los contactos a través de Argentina, había aparecido por las calles de La Paz paseándose con una pistola soviética, una Sticking, borracho del todo, lo apresaron y nunca se supo lo que habló. Así que decidí violar todo el plan y salí por Chile; sabía que estaba totalmente fichado por la Seguridad chilena pero tomé el riesgo, pensando que los servicios de Inteligencia chilenos no se imaginarían que iba a atreverme a volver por aquellos lugares después del revuelo internacional que había habido con los sobrevivientes cuando salimos de Bolivia.

Lo logré sin ningún tipo de problema y pude entrar en Bolivia, donde ya no necesitaba a un práctico. Entré directamente a través del Altiplano, tomando la vía ya conocida a través de Sabaya, salida Oruro, y encontré el contacto con el Inti Peredo en La Paz, en la primera quincena de agosto de 1969. Cuando llegamos allá, nos encontramos con unas condiciones para la organización de la guerrilla que parecían muy buenas, pero el gobierno

había tomado una serie de medidas que era un agravante para empezar la lucha. En efecto, el gobierno boliviano había promovido una campaña de alfabetización en la zona de Teoponte, que era la misma zona que habíamos escogido para desarrollar la guerrilla; así que iban saliendo caravanas de camiones del gobierno con el material y los alfabetizadores hacia el lugar. Nosotros aprovechamos aquella cobertura, preparamos a un buen número de nuestros hombres con toda la logística individual necesaria y los incluimos en esas caravanas de estudiantes, como alfabetizadores también. Así pudimos entrarlos a la zona ya con su armamento, oculto por supuesto. Pero nos quedaba una gran parte de los combatientes todavía por entrar y, entonces, se empezaron a cometer errores, no directamente por el Inti, sino porque se mandó al Chato a una casa donde había cuatro estudiantes más, mejor dicho, cuatro compañeros que se presentaban como estudiantes. Entre ellos, dos solamente tenían derecho a entrar y salir. Al Chato se le cantó toda la cartilla, prohibiéndole cualquier contacto en la zona e incluso salir de la casa. El hizo todo lo contrario y, aunque ya no era jefe de nada, empezó a dárselas de jefe del grupo. A los dos días ya era novio de las criadas que había alrededor de la casa y comenzó a darle pase a los compañeros que estaban ahí, en la casa, para que salieran a la calle.

En esos momentos nosotros estábamos haciendo una serie de contactos. El Inti mandó a un mensajero, uno de la escolta suya, a llevar un mensaje a un determinado lugar. A ese muchacho lo conocía un policía, éste lo agarró y le empezaron a torturar, le dieron muchos golpes y lo llevaron rumbo al DIC, Departamento de Investigación Criminal. Al mismo momento llegó uno de los que tenían que quedarse escondidos en la casa, pero que había sido autorizado por el Chato Peredo a salir por ahí, y aquel mensajero que había sido cogido y golpeado les dijo a los policías: «Ese que va allí es uno de los guerrilleros también». Entonces los policías lo soltaron y siguieron al otro, que precisamente iba a la casa donde estaba el Inri escondido, para traerle un mensaje del Chato. Eso era violar todas las medidas de seguridad, pues el Chato no tenía por qué mandar mensajes a nadie, sino que sólo debía esperar: aquella misma noche le íbamos a sacar a él, con los hombres que allí había, hacia la zona de Teoponte.

Así que los del DIC fueron persiguiendo a este otro hombre, vieron dónde se metía y pensaron que allí tal vez no estaba el Inti, pero que con coger al Chato ya tendrían una buena pieza en sus manos. Cercaron, pues, la casa con la intención no de coger al Inti, sino al Chato Peredo, pero el

que estaba era el Inti. Yo me encontraba en otra casa, una cuadra más arriba. Se le tendió un cerco al Inti, primero llegaron cuatro camiones del ejército, después hubo un refuerzo grande de policía. Empezaron a hostigar la casa y se dio un verdadero combate. Ahí el Inti cometió algunos errores, de desesperación quizá, por ejemplo, abrió las ventanas y entonces le tiraron una bomba de gases lacrimógenos y detrás algunas granadas de fragmentación, que es cuando cayó herido. Ya en la madrugada la policía allanó la casa y acabó con el Inti, que ya estaba herido. Ya habíamos tenido una pérdida importante en Cochabamba: Víctor Ortega había caído herido, y Rita Valdivia (Maya), muerta en un operativo del ejército; ella era la segunda responsable de la organización en la ciudad.

Después de la muerte de Inti traté de empezar a hacer contacto con los cuatro otros puntos establecidos, pero ya no quedaba ninguno. El Chato había cogido un vehículo y se había ido a Teoponte, llevándose con él un grupo de compañeros. El no me aceptaba como el segundo del Inti, porque yo había tenido parte en su destitución como jefe de los servicios médicos de la guerrilla; además, sabía que yo había informado al Inti sobre su conducta en La Habana. Al enterarse de la muerte del Inti Peredo, el Chato se dio cuenta de que yo iba a quedarme al frente de la guerrilla, y de eso él no quería oír ni hablar. Entonces corrió a Teoponte, allí comunicó la muerte del Inti y se hizo al frente de la guerrilla, y eso que en la guerrilla el recelo respecto a él era tan grande que ni se le aceptaba como médico. El mismo Inti no había hecho más que hablar con todos los compañeros para que le dieran una oportunidad de ir al monte y se rehabilitara como hombre, aunque fuese muriendo como una mierda. Sin embargo, el Chato tranquilamente decidió tomar el mando por el solo hecho de llevar el don del apellido Peredo. Convocó una reunión en la que dijo que no me aceptaba como responsable porque yo era extranjero. No todos los compañeros le respondieron. De hecho se formaron dos grupos: el Chato con Omar, y yo me quedé con Estanislao Villca, un boliviano muy bueno que en la primera gesta, después de la muerte del Che, nos había servido de guía para salir de Bolivia hacia Chile, que dijo que, si a mí no me aceptaban, él se retiraba. Cada grupo empezó a operar por su lado; con el grupo de Villca tratamos rápidamente de marchamos lejos de Teoponte, hacia la zona del Alto Beni. Pero el Chato nos había cortado todas las vías de comunicación, todas las fuentes de abastecimiento, lo había cogido todo para sí, aunque él también tenía dificultades. Así, como no había comida,

sucedió que un chileno y un brasileño se cogieron una lata de leche condensada y la bebieron, y el Chato Peredo, para dar un escarmiento, de inmediato los hizo fusilar. A partir de eso se desmoronó totalmente el grupo. Al final, el Chato logró parlamentar con unos curas que habían venido en nombre del gobierno para tratar de suavizar las cosas y saber qué querían los guerrilleros. El gobierno deseaba apaciguar el ambiente, pacificar la región en donde se había lanzado la campaña de alfabetización, además estaba bajo la presión de los familiares de los guerrilleros, que algunos eran de familias conocidas. Es que nos habíamos enterado que ya el Chato había delatado nuestra presencia ante aquel grupo parlamentario de curas, había comentado que existía, además, otro grupo que el suyo, comandado por un cubano, y todo y todo. Como precio de su delación pidió una serie de condiciones, que se le dieron, la primera: poder salir a Chile.

Antes de la división, el ELN realizó, sin embargo, una operación importante en una mina de oro explotada por una compañía norteamericana, se secuestraron dos técnicos alemanes y exigimos una suma de dinero, diez millones de dólares —nos dieron cinco— y la liberación de los presos políticos. El gobierno consintió la excarcelación de todos los prisioneros políticos que nos habían cogido y los pusieron en un barco cubano, el *Jigüe*, que se encontraba anclado en el puerto argentino de Mar del Plata. Nos remitieron el dinero y nosotros soltamos a los rehenes. De los presos ellos liberaron a nueve, incluso a dos bolivianos que no habíamos solicitado, pero, bueno, también eran presos políticos, no delincuentes comunes: en la cárcel se habían unido a los nuestros y, por lo tanto, los protegimos. Eran buenos muchachos. Uno que precisamente se llamaba Benigno también, un ingeniero, después se incorporó totalmente al ELN.

De la delación del Chato se siguió toda una redada en La Paz, porque había cantado muchas cosas. El se marchó a Chile, como acordado con el gobierno boliviano.

Así termina esta segunda etapa en Bolivia.

32
Ante la decadencia del ELN boliviano, Cuba decidió interrumpir su ayuda

Entonces recibí órdenes de Cuba de regresar de inmediato. Aquel mensaje se me había pasado a través de un buzón que teníamos establecido en Cochabamba. Se me preparó una documentación boliviana, eso no era ningún problema para mí, porque estaba muy habituado a las costumbres bolivianas y, además, mi físico podía dejar suponer que yo fuera un boliviano de Oriente. Nosotros adquirimos en Cochabamba una gran cantidad de pasaportes, con las visas necesarias, que nos salían por mil doscientos dólares cada uno; con esa documentación yo pude salir a través de Argentina. De los cinco millones de dólares del secuestro de los alemanes, cuatro millones quedaron en poder de la gente del Chato, el otro millón lo dividimos entre una serie de compañeros que tenían que irse al exilio por su situación en el país. Yo me quedé con cinco mil dólares que me dieron para llegar hasta Cuba, de ésos me sobraron mil doscientos que entregué a Manuel Piñeiro cuando estuve ya en la isla.

Con todo aquello, el movimiento se había quedado muy flojo. El Chato, desde Chile, empezó a reorganizar de nuevo el movimiento con Omar, y también se le sumaron dos dirigentes argentinos, Stamponi y Carlos, que comenzaron a formar parte del Estado Mayor del ELN. Mucho después, en 1971, después del golpe de Estado en Bolivia del general Bánzer, que tumbó al general Torres, ya siendo Allende presidente de Chile, se aliaron a ellos el mayor Rubén Sánchez, el mismo que hicimos prisionero en 1967, con su hija y su yerno Darío, de modo que fueron formando un Estado Mayor más grande que las fuerzas que tenían: había más caciques que indios. Y de allí empezaron a solicitar ayuda a Cuba, que efectivamente aceptó a grupos de hombres para entrenarlos en distintas facetas. Se llevó a unos a Pinar del Río, a otros al Punto Cero, a otros a Baracoa, en la provincia de Oriente, y se les fue preparando. Loyola Guzmán y Rodolfo Saldaña, al observar la desmoralización del movimiento, se retiraron. Loyola Guzmán, además, cayó presa y la obligaron a firmar una carta de renuncia al movimiento, amenazándola con torturarle a su niño.

En aquellos momentos la represión contra el ELN en Bolivia se hizo muy severa y eso obligó a una gran cantidad de jóvenes a marcharse a Chile, Argentina o Perú. Entonces el Chato Peredo empezó a reclutarlos en estos distintos países y a mandarlos a Cuba. Llegó un punto en el que en Cuba se encontraba un grupo muy numeroso de miembros del ELN, ya una fuerza bastante considerable. Es que el Chato se había adueñado de aquellos cuatro millones de dólares y los había ido distribuyendo, de modo que los reclutas habían empezado a buscarse mujeres. El Chato, personalmente, en Cuba tenía a dos, la propia y una querida, en Chile, otra, en Argentina, otra, en Brasil, otra y, al empalmarse con una uruguaya, fue a dar a Uruguay. Empezó a correr la noticia que se le había sorprendido jugando harta plata en un casino de Montevideo y llevando una vida altamente pomposa. Eso no se logró determinar ciertamente, pero lo seguro es que apareció en Río de Janeiro también en un casino. Hasta allí le había seguido un chequeo del ELN para ver qué estaba haciendo. Entonces se vio en la necesidad de abandonar Brasil y fue a dar a Perú.

Cuando el Chato llegó a Lima, ya había una mayor corrupción en el Estado Mayor del ELN. Allí se encontraba Rubén Sánchez con su hija y el yerno, se encontraba Omar, se encontraba la llamada Abuela, que era la madre de Benjamín Coronado, el primer boliviano en haber muerto en la guerrilla con el Che, cayendo al río el 26 de febrero de 1967. La Abuela era la persona con más prestigio allí. Pero toda aquella gente había empezado a reñirse por el dinero que se había comenzado a distribuir. Omar se relacionó con una doctora peruana que, por ese solo hecho, la hicieron miembro del Estado Mayor del ELN, sin ser ella revolucionaria en lo más mínimo; en realidad, dicha doctora había sido anteriormente reclutada por la CIA y más bien la había echado la CIA en la vía de Omar. Ella entregó una gran cantidad de gente y se llegó a un punto de desmoralización muy grande.

Pero las fuerzas del ELN seguían creciendo, estaban asentadas en Cuba, Chile, Brasil y Argentina. Organizaciones revolucionarias argentinas, los Montoneros y el PRT-ERP, le brindaron una ayuda muy grande al ELN, entregando al Chato y a Omar armamento que a ellos les sobraba. En los mismos momentos, de un asalto que se hizo a un puesto naval en Argentina, de donde se llevaron tres camiones de armas, le entregaron al Chato Peredo un camión cargado, sobre todo, de carabinas. Pero antes de una semana ese camión ya se lo habían cogido a Chato, que entraba y salía de Bolivia, en el Altiplano, cerca de Oruro, donde lo había ido a esconder. Todas esas cosas

fueron llevando a una situación casi espantosa. Porque, además, los argentinos, los Montoneros y el PRT-ERP, empezaron a pedir cuentas sobre el dinero que el Chato había solicitado de ellos, y el Estado Mayor no sabía responder.

El mayor Rubén Sánchez se retiró y formó un grupo aparte. Los miembros del ELN, que se encontraban en diferentes países en el exilio, decidieron hacer un juicio político al Chato Peredo y a su Estado Mayor. Hicieron un llamado y se reunieron en la provincia de Salta para hacer un juicio a petición de los Estados Mayores, tanto de los argentinos como del propio ELN. Salieron sancionados severamente Omar y el Chato Peredo: se les quitó de sus cargos como jefe y segundo jefe del movimiento, pasándolos a la condición de aspirantes a combatientes, y esto debían ganárselo actuando en uno de los movimientos armados en Argentina.

El argentino Stamponi y Rubén Sánchez tomaron entonces el mando del ELN junto con otro compañero boliviano, el mismo Darío de antes, y el argentino apodado Carlos. Allí comenzaron otros problemas y disputas entre ellos: uno tiraba para un lado, otro para otro, cada uno tenía su interés. La decadencia del ELN dio la oportunidad a Cuba, que en aquellos momentos consideraba la posibilidad de restablecer relaciones diplomáticas con Bolivia, de no brindar más ayuda a los miembros del ELN y apoyar seriamente en cambio al MIR.[55] Eso es lo que se planteó en el Frente América, asesorado directamente por Fidel, quien abiertamente le dijo a Piñeiro que todos estos elenistas no eran más que una partida de bandoleros descarados y que había que buscar la forma de que se fueran yendo a Chile, a Argentina, al Brasil, adonde se les antojara. O sea, que aquella situación deteriorada del ELN favoreció el proyecto de Cuba de apoyar al MIR de Paz Zamora.[56] Además se había logrado que se fraccionara el Partido Comunista boliviano y que gente como René Zavaleta Mercado[57] y Cuajara se pasaran al MIR.

33

Fue cuando me di cuenta de que mi Revolución no era lo que había soñado

Cuando varios casos específicos de alumnos extranjeros me llevaron a reflexiones nuevas y muy importantes para mí, fue cuando tuve la primera visión en mi vida de que mi Revolución no era lo que yo había soñado. Pues se iba engañando a aquellos hombres que venían preparándose a ofrecer su vida para hacer la revolución en su país. Por ejemplo, yo le tomé mucho cariño y respeto al coronel dominicano Francisco Caamaño Deñó,[58] conocido entre nosotros por Román, y entre sus amigos por Francis; su padre, el teniente general Fausto Caamaño Medina, fue secretario de Guerra y de Marina durante la dictadura de Trujillo. En abril de 1965 Francisco Caamaño encabeza la revuelta popular que provocó el derrocamiento del gobierno militar que había derrocado al gobierno democrático de Juan Bosch; la victoria del movimiento de Caamaño provocó la invasión de tropas norteamericanas a Santo Domingo: se sofocó la rebelión y a él lo mandaron a Inglaterra de agregado militar. En 1968, él pidió a la Inteligencia cubana que lo ayudara a salir de Inglaterra para ir a Cuba, para que lo ayudaran a continuar la lucha en su país. Ya en ese momento yo me encontré con él y empecé a transmitirle cosas, pues se dedicó por entero a conocer todas las experiencias de la Revolución cubana y, específicamente, la del Che Guevara. Ese hombre tenía una gran inteligencia y una alta preparación militar, pero, más que todo, un deseo inmenso de hacer la revolución en su país, abandonando todas las comodidades que le ofrecía el hecho de ser de una familia de buen dinero. Fehacientemente demostró con sus hechos que sólo le interesaba la liberación de su pueblo.

Pero yo bien lo vi que a Román, ese hombre tan sincero, honrado, honesto, lo manipulaban. Eso me dolió muchísimo, y más todavía porque realmente cabía la posibilidad de que él llevara la lucha a Santo Domingo, que queda a unas escasas millas de Cuba, y eso obligaría al enemigo a tener más tensión sobre Santo Domingo, aliviando así la situación cubana. Pero Cuba no lo veía así, Cuba en aquellos momentos estaba totalmente entregada a los soviéticos. Allí se veían soviéticos por todas partes, era

comunismo soviético de desayuno, almuerzo y comida. Y a los soviéticos lo único que se les escondía totalmente era la existencia de las Escuelas Especiales y del Frente América. Es que mientras duró la guerrilla del Che en Bolivia poco faltó para que la situación trajera como consecuencia el rompimiento de relaciones entre Cuba y la Unión Soviética. En lo que a Africa se refiere, a los soviéticos no parecía importarles tanto que Cuba ayudara, pero a América Latina, según ellos, sólo la debíamos asesorar políticamente, no con hombres ni con armas, ni mucho menos con los recursos de Cuba. De hecho, parte de la ayuda que Cuba le daba a los movimientos de América Latina se sacaba de la que la Unión Soviética le daba a Cuba, y eso, por supuesto, era un punto de oposición.

Volviendo a lo de Román (Francisco Caamaño), yo veía la fuerza con que seguía entrenándose y también supe que dedicaba parte de su fortuna a contribuir para los entrenamientos en Cuba, e incluso puso en las manos de Cuba dinero para aliviar la situación de algunos otros movimientos. La suma total no sé a cuánto ascendería, pero fue grande, yo me atrevería a decir que pasó de un millón de dólares. Fue hasta a comprar armas en el exterior, M16 y M18, porque él decía que ése era el armamento, sobre todo el M16, que se iba a encontrar en Santo Domingo.

El pidió tener una entrevista mensual con Fidel para ir aclarando ciertas cuestiones. Fidel le contestó que sí, mejor dicho, fue Piñeiro el intermediario que dijo a Román que se iba a hacer ya la primera entrevista, le puso la fecha y todo. Román se preparó con una agenda de trabajo, pero, cuando llegó el momento, Fidel no apareció. A los dos o tres días vino Piñeiro con una explicación que Román entendió, pues comenzaba la famosa zafra de los diez millones, en 1970, y se iba preparando todo el país. Pero Caamaño siguió siendo manipulado, pues pasó todo un año solicitando la presencia de Fidel y nunca pudo verlo. Ya eso era más que una desmoralización personal, porque Caamaño con eso fue perdiendo fuerza con relación a sus hombres, éstos ya no lo veían lo bastante fuerte para poder llegar hasta Fidel. Muchos de sus compañeros se lo dijeron así, que si Fidel le había dado tantas citas y no había concurrido a ninguna, era que no le interesaba tal entrevista. De los noventa y seis hombres que había llegado a reagrupar, ya listos para alzarse, además de un aparato en Santo Domingo que parecía estar bien organizado, empezó a perder a más de uno.

En realidad, el trabajo de espionaje que estaban haciendo los oficiales del Frente América con respecto a la lucha de Caamaño en Santo Domingo

fue tan malo que nunca se le vio resultado ninguno. Yo digo que ese trabajo de investigación, que según los cubanos se estaba llevando, en realidad no existía y engañaron a Román como a un niño. No se trataba de una conspiración contra Caamaño, sólo que los funcionarios del Frente América eran totalmente irresponsables y lo único que les interesaba era salir a México y Santo Domingo para regresar con maletas llenas de cosas. Cuando Francisco Caamaño vino a darse cuenta de ello, el jefe de su logística en Santo Domingo era un hombre reclutado por el propio ejército del régimen; era él quien llevaba y traía todas las informaciones del país y le informaba a Caamaño lo que a él le convenía, y la Seguridad cubana no detectó absolutamente nada, por eso digo yo que, en realidad, no hizo ningún trabajo y engañó a Caamaño como a un niño.

A Román se le planteó que el desembarco se iba a hacer en una zona llena de campesinos participantes o adictos a su movimiento 16 de Abril, netamente politizados, y donde se estaban creando todas las condiciones de avituallamiento y de recibimiento. Pero, cuando él ya estaba loco por irse, se siguió postergando la entrevista con Fidel y los hombres fueron perdiendo su entrenamiento. Había que volver a entrenarlos, pero a Cuba aquello parece que no le interesaba, lo que buscaba era mantener a Francisco Caamaño allí. Román iba conversando en algunas oportunidades conmigo y me decía: «Benigno, Fidel es un pendejo, es un mentiroso, Fidel me está engañando». Bueno, yo no me solidarizaba totalmente con él en estas expresiones y no le respondía, porque en aquellos momentos todavía tenía mis vendas en los ojos y veía por Fidel nada más. En algunas cosas le daba la razón a Román, en otras no; pero, de todas formas, yo me condolía de lo que sucedía y trataba de hacer fuerza para que se diera aquella entrevista. Yo venía y hablaba con Piñeiro, éste también me metía veinte mentiras a mí, me dejaba esperando y nunca se daba el caso.

La verdad es que las mentiras de Piñeiro no fueron sólo respecto a Caamaño, sino a todas las organizaciones, por lo menos mientras yo estuve dirigiendo esas Escuelas Especiales, de las cuales fui miembro fundador en 1961, y mi primer alumno, recuerdo muy bien, fue Ricardo Masetti, cargo que reintegré a mi regreso de la misión en el Perú. Por ejemplo, cuando se preparaba la salida de un determinado grupo, Piñeiro tenía que autorizarme tal cantidad de dólares, tal cantidad de documentos, discutir conmigo por qué vía iba a salir cada alumno, con qué nacionalidad, con qué dinero, qué misiones iban al respecto, las orientaciones y demás. A mí se me habían

dado unas cuantas casas para albergar a los alumnos que ya preparaban su salida; más de quince casas en la zona donde ahora se encuentra el Hospital CIME, y otras tantas en otra zona. Y resultaba que aquellos alumnos que llegaban para salir a la semana siguiente se pasaban en esas casas tres, cuatro o cinco meses y, claro, se les iba perdiendo el ímpetu y también el entrenamiento. Cuando ellos ya empezaban a protestar, se les explicaba que en su país de momento se daba tal o cual situación, o que no se encontraban vías de ingreso, y entonces se les proponía, para que no perdieran el tiempo, comenzar estudios en la Universidad de La Habana. De hecho, bastantes fueron los que terminaron una carrera y creo que, a la vista de aquella situación, eso era lo mejor que pudieron hacer.

El caso de Caamaño ya era otra cosa, pues él era mucho más que un alumno como tantos otros. Y no se puede decir que fuera Piñeiro solo el que se burlaba de él, porque yo, en muchas oportunidades en que estuve presente, oí a Piñeiro decirle a Fidel:

—Comandante, Román le quiere ver.

—¿Y qué quiere Román?

Así contestaba Fidel y las cosas ahí se quedaban. En otra oportunidad, Piñeiro le dijo:

—Comandante, Román le quiere ver, está desesperado por verlo.

En aquel momento había un acto en la plaza, una concentración, y Fidel contestó:

—Bueno, él aquí a la tribuna no puede venir, no lo vayan a reconocer, que hay muchas delegaciones extranjeras. Tráetelo por la plaza, mételo por el parqueo del ministerio y súbelo arriba a la azotea para que de allí vea a la gente y oiga todo el discurso. Después que termine el discurso, yo le iré a ver a su casa, dile que me espere en casa.

Entonces, efectivamente, yo fui con Román, estuvimos allí en uno de esos discursos de cuatro o cinco horas que solía pronunciar Fidel. Cuando se terminó el discurso, Román estaba muy contento de que el Comandante por fin lo iba a ver, porque él quería que ya se le diera la orden de prepararse para salir a Santo Domingo. Nos fuimos los dos a la casa donde Román tenía a su señora y a sus hijos, aunque él mismo no vivía verdaderamente allí, se pasaba casi todo el tiempo en el entrenamiento. En esa casa actualmente vive Raúl Castro, que siempre quedó de ministro de las Fuerzas Armadas. Estuvimos hasta las dos de la mañana esperando, pero Fidel no apareció ni tampoco llamó, y Piñeiro tampoco. Nos quedamos todo

el otro día esperando, me acuerdo que armamos unas hamacas debajo de unas matas de mango. Román se sentaba, se levantaba, caminaba, se paraba, quería demostrar no estar molesto pero no lo conseguía. Pasamos tres días esperando allí y, recién a los tres días, apareció Piñeiro diciendo:

—Coño, el Comandante no pudo venir porque aquí están unas cuantas delegaciones, incluso soviéticas, y todavía el Comandante está atendiendo a la gente.

Román le preguntó:

—¿Y tú también estabas atendiendo a las delegaciones?

—No, no, tú ya sabes que a mí no me gustan esas cosas.

—¡Coño, pues buen cabrón eres tú, hijo de puta!, por lo menos hubieras podido llamarme y explicarme que, de momento, el Comandante no me podía recibir... Benigno, vámonos.

Y nos fuimos al PETI 1 en Pinar del Río otra vez. Así como al mes, ya a últimos de 1971, le citaron a Román urgentemente para que compareciera a una cita con Fidel. Lo llevé yo mismo, la cita era para las once de la noche. Fidel llegó con media hora de retraso, cruzamos un saludo con él, pero al momento le llamaron y Fidel le dijo:

—Coño, me vas a tener que dispensar, espera hasta mañana, que tengo que atender un problema urgente de Estado.

—No se preocupe, Comandante, vaya usted, sus problemas de Estado son más urgentes que los míos.

Así le contestó Román, pero esperando que Fidel iría al día siguiente. Al segundo día Fidel tuvo la gentileza de pedirle a Piñeiro que explicara a Román que no podía verle de inmediato y lo volvería a citar. Román me dijo entonces: «Coño, Fidel es un pendejo, chico, Fidel yo creo que se me está pareciendo a Balaguer[59] y yo a Balaguer le tengo asco».

Por todas esas entrevistas que se iban a dar y no se daban, Román seguía perdiendo prestigio con su gente; eso llegó a tal punto que se le dividieron, formando dos organizaciones, y Román se quedó con cuarenta y tres hombres nada más. Cuando debía por fin tener lugar la entrevista, que ésta ya se había jurado por todo el mundo que sí se iba a dar y estábamos esperando, la víspera apareció en la radio y la televisión la noticia de que Fidel estaba llegando a Bulgaria para una visita oficial. Con eso la organización de Caamaño se fue a tierra completamente, se quedó con ocho compañeros solamente. Incluso hubo un incidente desagradable con uno que planteó no creer ya ni en Fidel ni en la Revolución cubana, diciendo

que todos, empezando por Fidel, eran unos farsantes y unos mentirosos, y que Fidel lo único que había hecho era conspirar contra la revolución dominicana. A Román, que todavía seguía con sus principios, tanto le dolió eso que a aquel hombre suyo le celebraron un juicio y lo fusilaron como traidor, quedó enterrado allá en la cordillera de Pinar del Río.

Ahí es donde Román dijo que él se iba a ir a costa de lo que fuera, que, si tenía que robarse un barco, lo haría, que lo iba a hacer. También se proponía ir a donde Piñeiro y cogerlo por el cuello. Se llamó a Piñeiro, y como éste era un cobardón, cogió miedo de la situación que se podía armar y acudió. Sin decidirlo Fidel, Piñeiro entonces aprobó que Román se fuera. Así es como, en febrero de 1972, los oficiales cubanos: el general Pascual Martínez Gil, los hermanos Tony y Patricio de la Guardia, los compañeros Estebanel, Tenjido y yo mismo, acompañamos hasta las proximidades de Santo Domingo al coronel Francisco Caamaño Deñó y sus hombres. Los dejamos a ocho kilómetros de la costa, frente al punto señalado donde debían desembarcar, y de allí continuaron hacia la costa en otro barquito. Según la información que se tenía de Piñeiro y sus oficiales, no había ningún militar en esa zona, exclusivamente poblada con campesinos bastante politizados. Pero, cuando desembarcaron, resulta que la población en realidad estaba formada por dos tropas especiales dominicanas, a unos ocho kilómetros una de la otra. Y la guerrilla no duró ni un mes, porque prácticamente en el momento que desembarcaron ya fueron aniquilados. Ellos eran nueve, pero en el desembarco un primo hermano de Román, Claudio Caamaño, se extravió y quedaron en el monte ocho nada más. El primo hermano, al no encontrar contacto, fue a dar a la ciudad y se salvó. Siete murieron en el monte, incluso Francisco Caamaño, salvándose uno sólo: Hamlet Hermann, al que llamábamos Freddy.

Para llegar a esta derrota tremenda, ellos habían estado entrenándose en Cuba casi cuatro años. Yo no diría que haya habido verdaderamente un intento de contenerlos, lo que considero es que Fidel nunca creyó que Caamaño pudiera ser el hombre que llevara la Revolución a Santo Domingo. Como bien se sabe, Fidel es un hombre al que siempre le gustó determinar por los demás, pensar por la cabeza de los otros y, en este caso, yo creo que él estuvo pensando por la cabeza de Caamaño. Además había aquella forma de intransigencia suya, que le impidió hacer entender a Caamaño los consejos que él le quería dar, y eso fue un factor muy importante, porque Caamaño no era uno para caérsele las babas al mirar a

Fidel. Siendo un coronel de academia, conocía perfectamente lo que es la lucha y tenía su idea. El no había ido a Cuba con el afán de hacer un entrenamiento, sino porque el gobierno de Santo Domingo, al mandarlo a Inglaterra como agregado militar, lo había separado de su movimiento y él esperaba que Cuba le ayudara a reorganizar este movimiento. Pero no necesitaba de Fidel ni consejos militares ni asesoramiento político, porque ya su idea estaba muy clara y él se lo demostró siempre a Fidel.

Problemas del mismo tipo que el de Caamaño hubo también con los chilenos, los guatemaltecos, los venezolanos. Los venezolanos especialmente, yo entrené a muchos de ellos. Cuba se dedicó a mantenerlos en casas, apartamentos y campamentos en distintos lugares, como a la familia Canales,[60] que estaba toda metida con la guerrilla. Se los estuvo sencillamente paseando por Cuba, y esos hombres que venían a pasar un curso de tres meses resulta que se quedaban cinco o seis y ya no había manera de que pudieran regresar a su país, porque las posibilidades de ingreso eran mínimas. Ellos venían bajo el compromiso de que a los tres meses tenían que volver a su país, pero siempre se violó eso.

Además de aquello, hubo un problema serio que fue la disputa entre el Partido Comunista venezolano y el de Cuba. Fidel, a partir de cierto momento, estuvo en desacuerdo total respecto a la política que quería llevar el Partido Comunista venezolano, hasta llegó a llamar a Douglas Bravo, el jefe de la guerrilla y miembro de la dirección del Partido, cobarde y desviado mental. Por ese motivo, en 1966, fue Arnaldo Ochoa a Venezuela con un grupo bastante grande de cubanos, prácticamente para tomar el mando en Venezuela de las guerrillas y para que Douglas Bravo se subordinara a él. El grupo de Arnaldo estaba compuesto de veintiséis hombres, todos primeros oficiales, de los cuales cuatro venezolanos nada más. Allí cayó preso un cubano, el capitán Manuel Espinosa, que cantó todo lo que sabía y lo que no sabía.

A Venezuela no fue sólo el grupo de Ochoa, también fueron otros, como el grupo que entró por Machurucuto[61] encabezado por Briones Montoto, que allí mismo murió. Y por el departamento de Lara hubo el grupo dirigido por el comandante Tomassevich junto con el comandante Angel Frías, que también fracasaron porque no pudieron hacer contacto con el Movimiento y, al esperarlos allí los cazadores del ejército venezolano, sólo pudieron escapar Tomassevich y cuatro o cinco compañeros más. En el grupo de Arnaldo Ochoa surgió una división entre cubanos en Venezuela,

específicamente entre Arnaldo y Orestes Guerra, además de las fricciones con Douglas Bravo y Arnaldo hubo que buscar la forma de salir para regresar a Cuba después de que Manuel Espinosa, que había ido con Orestes Guerra, cayera prisionero. Arnaldo y sus hombres lograron salir a través de Brasil caminando bastante por la selva hasta llegar a un punto donde los recogieron militantes brasileños. Los seis hombres que le quedaron a Orestes Guerra ya habían logrado salir por Caracas.

La división aquella surgió de una discordia personal debida al hecho de que, cuando la invasión de Cuba, Orestes Guerra era capitán ya, segundo jefe de la columna de Camilo, mientras que Arnaldo Ochoa recién había integrado como simple soldado. Y, al ir a Venezuela, ya los dos eran comandantes y además miembros del Comité Central. Pero Orestes Guerra era un compañero semianalfabeto, que había llegado a comandante y a miembro del Comité Central por sus méritos en el terreno, mientras que Arnaldo Ochoa, aparte de sus méritos como militar, también lo habían ascendido por su inteligencia y su nivel de conocimientos. Orestes Guerra no lo aceptaba bien, y además, hubo dos o tres cubanos que lo provocaban preguntándole que cómo era posible que si él había sido jefe de Arnaldo en Cuba, ahora en esta expedición él se encontrara bajo sus órdenes. Total, que en Venezuela todo fue un fracaso. Después de eso el compañero Arana, que es el que atendía a Venezuela, se dedicó a todo venezolano que se traía a Cuba a hacerle ver la parte mala de Douglas Bravo, a ponerle en contra de su dirigente. De ahí que no han logrado nunca nada los venezolanos, tienen distintos partidos con una serie de divisiones muy alimentadas por Cuba. Esto es lo que yo verdaderamente he visto y vivido.

El gran problema que se planteó para todos los movimientos revolucionarios de Latinoamérica es que Cuba siempre quiso dirigir la línea política de todos ellos en función de su propia política; para ello fomentó la división en el interior de los grupos, al punto de desbaratar todas las organizaciones y así, de hecho, servir los propósitos de los mismos Estados Unidos. A éstos ya no les hacía falta tener gente en cada lugar para perseguir a los revolucionarios, pues ya les estaba Cuba destruyendo esos movimientos al tratar de encabezarlos.

Por ejemplo, cuando un grupo venía a Cuba con una idea política que posiblemente era la que se podía poner en práctica en su país, nosotros, dentro del entrenamiento, además de materias como la táctica o el tiro, incluíamos, como otra materia básica, la política de la Revolución cubana.

Y a base tanto de cursos como de conferencias de distintos dirigentes cubanos, nos encargábamos de transmitirles nuestro principio de Revolución, considerando que la política llevada con éxito por Fidel Castro en la Sierra Maestra debía ser el modelo para toda América Latina, que todos los demás países para llegar al triunfo tenían que ponerlo en práctica.

Claro que entre los alumnos a veces había algún disgusto, decían que a ellos las ideas políticas de Cuba no ios interesaban, porque ellos ya tenían un lineamiento bien claro, establecido por su organización. Pero por disciplina habían de ir a las conferencias y, entonces, como la mayoría era gente con bajo nivel, aquellos infelices poco a poco empezaban a considerar que, en efecto, poner en práctica lo que en Cuba se había hecho era la única forma de llegar al poder, olvidándose ya tanto como nosotros de que las condiciones de sus países no se ajustaban a las de Cuba. Hubo uruguayos que llegaron a pasarse hasta tres años en Cuba. El problema también es que Cuba se metía en muchas cosas a la vez. Como se quería abarcar toda la América, no le daba la resistencia para todo, entonces había que aguantar muchas cosas. Incluso el sacrificio de muchos hombres. Y así se iba haciendo.

La gente que venía a entrenarse, aun siendo dirigentes, no podía salir de la isla sin la autorización de Piñeiro. El Che de esto nunca supo nada, todos esos juegos se hicieron después que el Che desapareció de la circulación, sobre todo después de 1967, que fue cuando se recrudecieron las guerrillas en toda la América. El Che fue un poco víctima de esa situación. Piñeiro y el Frente América trabajaban en base a eso, le daban cita a un dirigente para un día, no llegaban, lo dejaban esperando y se aparecían a los tres o cuatro días, dando cualquier excusa, la que mejor les convenía. Y como ellos estaban obligados a permanecer en el país, no tenían documentos, no tenían plata y dependían del Frente América; como debían esperar que les prepararan su documentación y que les dieran el dinero y la vía por donde irse, tenían que acatar la voluntad de Piñeiro.

La gran pregunta que me he estado haciendo, lo que yo he pensado y analizado, es que sobre Fidel había una presión muy grande por parte de los soviéticos, que comienzan a partir de cierto momento a no permitirle la ayuda a los movimientos de Latinoamérica, pero Fidel no quería decírselo a ningún dirigente; entonces los embobecía, los engañaba. Cuando algún dirigente latinoamericano le decía que tenía un grupo de combatientes que quería entrenar, Fidel aceptaba porque existía la política de la lucha armada,

se sentía obligado a aceptar a escondidas de los soviéticos: «Sí, vengan». Ellos iban a Cuba y allí empezaba el engaño.

Yo estuve presente en muchas ocasiones en que Piñeiro le decía: «Comandante, tengo un grupo ahí, de los de Turcios Lima». Aunque Turcios ya había muerto, seguían diciendo así, aunque fuera de César Montes.[62] «Están en México y hay que sacarles de ahí», decía Piñeiro, y Fidel decía: «¿Y no hay forma de devolverlos a Guatemala? ¿Qué es lo que quieren?». Entonces Piñeiro le explicaba la situación y Fidel decía: «Bueno, pero, mira, habla con ellos, ve a ver si les hace falta algo y se lo haces llegar, y ve a ver la posibilidad de traerlos al país». Entonces había un momento en que Piñeiro le decía: «No, no, Comandante, no se puede». Fidel le decía: «Tráelos y llévalos por ahí; dales un cursito y manténlos por ahí». Y como todo extranjero que venía a entrenarse, casi el noventaicinco por ciento llegaba con documentación falsa, ya no le servía, encima de eso se les decomisaba la documentación al llegar y quedaba ese extranjero indocumentado en Cuba; se le daba una tarjeta que lo acreditaba como técnico extranjero, y ya no podían salir. Se pasaban meses y meses. Lo único que podían hacer, específicamente los guatemaltecos, era recurrir a los encargados de ese país en el Departamento América: a Willy y Padrón —al Padrón que fusilaron cuando el caso Ochoa, que ya contaré más adelante—, y éstos les decían: «No, no, espera, vamos a prepararlo; nosotros tenemos un contacto con César Montes, que César Montes va a venir, que César Montes pasó un cable, y vamos a esperar a ver qué es lo que plantea. Mientras tanto, vamos a dividir el grupo en dos o tres partes; uno se va a ir por Pinar del Río, otro, por las Villas; otros, por Oriente a hacer un recorrido de diez o quince días por ahí, vamos a mandarlos a que conozcan unas técnicas nuevas a unas unidades militares que hace falta que ustedes conozcan». Así les ocupaban dos o tres meses más.

Y así iban pasando los meses hasta que, ¿qué sucedía?: esos grupos se iban corrompiendo, se iban haciendo contactos con el pueblo cubano a escondidas, muchos iban teniendo sus relaciones con mujeres, iban teniendo hijos y, ya entonces, al ver aquella situación que no sabían cuándo iban a irse, trataban de encontrar trabajo, otros se metían a delinquir porque no tenían otros medios de subsistencia más que la ayuda que nosotros les dábamos en la casa en que los teníamos y unos pesitos para el transporte. Así se fueron corrompiendo esos grupos. Se desmoralizaban, y eso creaba división entre ellos. Resultado, que cuando en Cuba entraba un grupo que

pertenecía a un movimiento, cuando lograban salir, ya pertenecían a dos o tres movimientos. O sea, Cuba se propicia, valiéndose de la ayuda que da a determinados movimientos, a fragmentar los movimientos, a debilitarlos.

Cuando venía un dirigente a entrevistarse con su grupo, se creaban fricciones serias, porque cuando él les explicaba que la política que se había de llevar era la que ya su movimiento tenía planificada, pues surgían discusiones muy ásperas. Casi todas las organizaciones que llegaron a Cuba siendo una salieron siendo dos o tres, por haberse fraccionado. Por eso digo yo que Cuba les hacía el juego a los yanquis, porque a éstos ya no les hacía falta usar ningún tipo de política para fraccionar ninguna organización, Cuba les estaba haciendo el trabajo.

Había ciertos movimientos que pedían ayuda a Cuba, y Cuba, sabiendo muy bien de las divergencias que existían, no se la negaba, pero entonces a nosotros se nos planteaba ir conversando con los grupitos que venían a entrenarse, para ver cuáles eran exactamente sus ideas, cómo consideraban a los demás movimientos de su país, etcétera. Y después, a base de esas informaciones que recogíamos, se buscaba la forma de hacerles abandonar al dirigente que estaban siguiendo e incorporarse a otra organización. Así, por ejemplo, se hizo al reclutar militantes del Partido Comunista boliviano para el MIR. Eso era directamente el trabajo de los miembros del Departamento de América dirigido por Manuel Piñeiro, ellos eran los que juzgaban que, en tal país, Fulano como dirigente no servía, y entonces lo que trataban era robarle cuadros y pasarlos a otra organización, la que ellos consideraban mejor.

Yo considero que en la destrucción de los movimientos revolucionarios de América Latina la culpa fue grandemente de Cuba; siempre los tuvo sumidos en un engaño, porque se iban al país cuando a Cuba le convenía, no cuando ellos querían hacerlo. Aquello se manejaba a la conveniencia de Cuba y, para mí, Cuba lo que hizo fue aprovecharse de toda aquella gente, para hacerse ver ante el mundo como el país que ponía todo en la ayuda a esos movimientos. Y nos dimos cuenta que se hacía una inversión grande de dinero para preparar a los hombres, en un marco de tres o cuatro o seis meses, y después se metían cinco o seis meses, o un año, dando vueltas en La Habana sin poder irse, perdían su entrenamiento y, entonces, Cuba les mandaba a hacer entrenamiento tras entrenamiento, hasta llegar al entrenamiento de espionaje y de contraespionaje, y, después que los preparaba como tal, los mandaba a sus respectivos países, y esos hombres

no se convertían en otra cosa que en informantes de Cuba de sus mismos movimientos y de sus propios países.

Venía Fidel y le preguntaba a Piñeiro por un determinado dirigente latinoamericano, por un determinado grupo, y Piñeiro le daba a Fidel la información que a él le convenía. Yo me quedaba a veces preguntándome cómo Piñeiro decía eso si yo estaba cansado de decirle a Piñeiro que ese grupo estaba perdiendo el entrenamiento y que hacía más de un mes que había terminado el entrenamiento y que más bien no había casa donde tenerlo. Fidel le tenía confianza a Piñeiro porque era su asesor, y hasta ese momento las cosas parecían llegar bien. Cuando Fidel se entrevistaba con algún dirigente, ya Piñeiro le había pasado un legajo diciéndole los puntos, lo que él consideraba que se tenía que tratar con ese señor, y Fidel, cuando tomaba la palabra, le transmitía todas sus ideas al dirigente: qué debían de hacer en su país, con qué condiciones, en qué forma, ahí agotaba tres o cuatro horas dándole explicaciones de su experiencia guerrillera y de ideología, y cuando venía a ver, había agotado su tiempo, le echaba el brazo al dirigente, se iba y así quedaba todo. Resultaba que el dirigente no podía decir ni una sola palabra de lo que hubiera querido decirle a Fidel, así quedaba todo inconcluso siempre. Fidel no les daba oportunidad de exponer sus criterios, lo decían los mismos dirigentes: «Fui a oír a Fidel, no a discutir, a oír sus versiones». Con el genio y el ingenio que cree tener, él demostraba, con su alta prepotencia, a todos los demás su maestría en todas las cosas, porque él es profesor de todo y conocedor de nada, prácticamente. Se ha visto que todo ha sido un fracaso, en todo lo que se ha prometido, desde la propia economía de su país hasta Angola. ¿Cuántos millones de pesos se invirtieron en Angola y cuántos hombres se perdieron, cuánta técnica se perdió en Angola, a cambio de qué? De nada, no se logró nada, los hombres que se perdieron fue por gusto, son hombres que han muerto por gusto, que no han ni entrado en la Historia; desde un punto de vista están englosados en un libro de la Historia, pero, al cabo de unos días, ya nadie se acordaba de esos hombres, como ya no se acuerda casi nadie de ellos en Cuba, felizmente sus restos reposan en Cuba, donde sus familiares los atienden.

Hoy el que está al frente del Departamento América es José Arbezú, a Piñeiro lo sacaron del departamento porque decían, primeramente, que estaba enfermo del corazón, y ahora está sin cargo, en su casa. Sucedieron problemas graves en ese departamento que se han venido sabiendo. Parece

que ahora fue cuando Fidel descubrió esos problemas, cuando ya se llevaba casi treinta años cometiendo los mismos problemas. Parece que lo descubrieron o que ya no lo podían seguir aguantando más. Se dice que el caso que trajo como consecuencia la salida de Piñeiro del Departamento América fue el caso de Willy. Parece que habían estado sucediendo muchas barbaridades relacionadas con él y fue dando muchas señales de traición; la gente se lo decía a Piñeiro y éste se negaba a aceptarlo, decía que lo creía de cualquier otro menos de Willy. Y es que Willy era de las fuentes que alimentaban a Piñeiro en divisas que depositaba en su cuenta personal en bancos extranjeros. Mucho es el dinero que han sacado Piñeiro y los demás dirigentes de los movimientos revolucionarios latinoamericanos; porque los miles, y hasta millones de dólares, que sacaban de los secuestros, los entregaban en depósito estos movimientos a Cuba. Hay quien dice en el Departamento América que Piñeiro ha sacado mucho dinero al extranjero y lo ha puesto en una cuenta en Suiza a nombre de su mujer, que es una periodista chilena. Un oficial del Ministerio ha llegado a decirme que lo que ha salvado a Piñeiro es que tiene unos documentos bastante comprometedores para Fidel, que los tiene en el extranjero, y que es lo que le ha permitido que no lo fusilen. De Piñeiro se dicen muchas cosas, hasta que podría ser agente de algún servicio extranjero. Hace poco se corrió el rumor, entre oficiales del ejército, de que estuvo involucrado en un atentado que le estaban preparando a Fidel, encontrándosele una gran cantidad de armas a él y a su gente, motivo por el cual casi todo el Departamento América fue debastado, incluyendo a Piñeiro mismo. Yo no pienso que haya sido agente de la CIA, pero desde otro punto de vista hizo más daño que cualquier agente de la CIA, porque el juego que hizo a los movimientos revolucionarios latinoamericanos, aguantando a sus dirigentes y a sus hombres en el país, dejando que se violaran las normas de seguridad, fue una de las principales causas de la destrucción de estos movimientos.

El le informaba a Fidel de lo que mejor convenía, él era su asesor político para estos asuntos, y como Piñeiro era muy cobarde y cometía tantos errores, tanto él como sus hombres, cuando había la posibilidad de que Fidel se enterara de algo, preparaba una coartada y la culpa siempre se la cargaban a los dirigentes latinoamericanos que estaban preparándose, o a sus hombres. Lo considero un hombre bastante corrupto. A Piñeiro le gustaba trabajar en horas de la noche, nunca en el día. El te citaba para las once de la noche, la una de la mañana, se acostaba entre las cuatro y cinco

de la mañana todos los días, el día se lo pasaba durmiendo. Entonces, él tenía distintas oficinas en La Habana, por ejemplo, lo que hoy se llama Hotel Cháteau antes eran oficinas nuestras, era donde estaba la sede del Departamento América; teníamos otro edificio en la Calle 3, entre las Calles 20 y 18, también para esas cuestiones teníamos distintas dependencias en toda La Habana, pero también teníamos una serie de casas llamadas operativas. Tenía muchas mujeres, brasileñas, argentinas, chilenas, él nos hablaba de una chica muy linda y decía: «Oye, esta mujer por qué no la preparamos para tal cosa, vamos a prepararla, cítamela acá para las diez de la noche». Después yo sabía, porque Piñeiro lo que hacía era pasarse el fin de semana con ella; y lo sabía porque la propia chica lo contaba como un privilegio haber estado veraneando con Piñeiro el fin de semana. Esas chicas son las que luego se enviaban con miles de dólares al exterior, a alquilarse un departamento, a poner un negocio, para servir de fachada, y se dedicaban a trabajar para el aparato cubano. Cada vez que él tenía ganas de verse con alguna de ellas la mandaba a buscar al país donde estuviera para que le rindiera informe de su trabajo: ésa era la fachada que daba para traerla a La Habana; y así se hacía. Eso duró muchos años, pues había ciento y pico de hombres tapándole esas maniobras, porque también todos esos hombres podían viajar a cualquier parte del mundo, amparándose en supuestas misiones políticas. Honradamente, yo no creo que Fidel tuviera conocimiento de todo aquello, pero eran tantas las cosas que se relajaban en el Departamento América, todos los funcionarios se relajaban y no se buscaba el motivo, se creía todo lo que Piñeiro decía y eran unos despilfarradores de dinero. Padrón, al que fusilaron cuando el caso Ochoa, cuando salió del Departamento América ya estaba corrompido; Fernando Ravelo, que fue embajador en Colombia y en Nicaragua, que cogieron en narcotráfico, todas esas gentes salían del Departamento América.

Luego vino también el caso de Humberto, que atendía Chile, que parece que fue cogido en un caso de corrupción y fue sancionado. Cuando se descubre que Willy trabajaba para la CLA, se termina de desmantelar todo el Departamento América; llaman a los que estaban en puestos diplomáticos en el extranjero, y a los que eran embajadores los destituyen. Hubo un caso de renuncia a su cargo de embajador que fue el de Fernando Ravelo —fue uno de los hombres que se utilizaron para el narcotráfico—, pero es un hombre tan osado que, como no estaba de acuerdo con esa tarea, le escribió a Fidel una carta pidiéndole la baja. Fidel dijo: «A mí no hay un

comemierda que me pida la baja». Fue sancionado, le quitaron todos sus cargos y títulos y hoy trabaja como obrero; es cargador de frutas en una granja por el hecho de negarse a ser un corrupto, por negarse a traficar con drogas. El tuvo su primer problema en 1960, en un acto que se realizó en la escalinata de la universidad el 13 de marzo recordando el ataque al Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957 con la intención de asesinar a Batista; esa operación la realizó el Directorio Revolucionario, que era la otra organización que, con el M-26, luchaba contra la dictadura. Ravelo debía dar lectura ese día a la carta que el jefe del grupo, José Antonio Echevarría, había dejado como manifiesto a la opinión pública en caso de caer en el ataque, en la que decía: «Si Dios y la Virgen lo quieren», y como ya en su época se profesaba el anticatolicismo y se había desencadenado la campaña contra las creencias religiosas, Piñeiro, que era el responsable de la organización del acto, como jefe de la Seguridad del país, le dice a Fernando Ravelo, que era capitán en ese entonces, que dé lectura al manifiesto pero que omita esa frase. Al hacerlo, Fidel, para ganar popularidad, salta y le quita la carta a Fernando Ravelo y da lectura completa al documento. Luego se dio la versión de que había sido el PSP quien había dado la orden de omitir la frase, que fue el pretexto para lanzar la campaña contra el PSP y contra el sectarismo desencadenado por el PSP, que era cierto, pero todo eso se había hecho de acuerdo con Fidel, que, después de haberlos utilizado, buscaba deshacerse de ellos. Ravelo se echa la carga encima, lo degradan, lo ponen a nivel de soldado. Piñeiro, como de costumbre, le da las espaldas; lo único que hacía era decimos: «Traten de ayudar a Femandito, es un hombre que vale». Piñeiro es un cínico. Fernando recupera sus grados al cabo de algunos años, lo nombran embajador, pero se da cuenta de que lo hacen para meterlo en cosas deshonestas, en el tráfico de drogas; se da cuenta de que su ascenso se debe a eso.

Y así Piñeiro dio vía a la corrupción de sus oficiales, porque como que él estaba comprometido con sus oficiales, ya que ellos conocían sus debilidades y todo lo que él hacía, tenía que permitirles también a ellos hacer lo que quisieran; y eso iba hasta el robo de divisas. Porque hoy día toda la gente que estuvo con Piñeiro, y hay pocas excepciones, tiene grandes sumas de dólares guardadas en bancos en el exterior.

* * *

El caso más vergonzoso de engaño y manipulación a una persona y a un movimiento político latinoamericano fue el que se le aplicó a Tati Allende —en realidad a Salvador Allende a través de su hija preferida—, una mujer tan luchadora, tan generosa, fue utilizada, manipulada como una marioneta. Ella era muy sincera y de una gran corrección y por eso se suicidó; porque el aparato cubano ha trabajado mucho reclutando a mujeres, a muchas extranjeras, a muchas latinoamericanas, que ha infiltrado por todas partes. Ellas han cumplido con todo tipo de tareas por el mundo, primero lo hacían porque creían en la Revolución, luego se volvieron cínicas y lo hacían porque eso les traía ventajas de todo tipo, el gobierno cubano sabe pagar esos servicios. Pero Tati no era de ésas, por lo tanto no podía comprender que los seres se prostituyan. Ella, como su padre, fue una gran admiradora de Cuba, de la Revolución, de Fidel: era realmente una incondicional. Ella viajaba mucho a Cuba y se enamoró del funcionario del aparato que la atendía cuando iba a La Habana. Cuando Allende es elegido presidente de Chile, este funcionario, que en aquel entonces es el responsable de Chile en el Departamento América, es nombrado primer secretario de la embajada de Cuba en Santiago. A Tati su padre le dio una responsabilidad muy alta: la puso a la cabeza de la secretaría de la Presidencia en el Palacio de la Moneda. Demid —el seudo de este funcionario—, además, estaba casado en Cuba con una cubana, menos aún podía casarse con Tati, como oficial del Ministerio le estaba prohibida esa relación. Hasta que, cuando se conoce que Allende es elegido presidente, se le autoriza a Demid que se case con Tati, y así pueda trabajar directamente en relación con el gobierno y mantenga a Cuba informada de todos los pasos de Allende. Cuando, después del golpe contra Allende, llega Tati exiliada a La Habana y se entera de que su marido no se había casado con ella por amor y que la relación de Demid con ella era producto del cumplimiento de una misión que se le había confiado como agente de la Seguridad cubana, y que además había vuelto con su antigua esposa cubana, Tati se suicida después de haberle escrito una larga carta a Fidel. La carta para Fidel fue leída antes que él por varios chilenos que llegaron a la casa de Tati al enterarse del suicidio. Para callarles la boca a esos chilenos, que eran militantes del MIR, se les llevó a casas confortables, se les dio auto, tarjeta de crédito general para todos los restoranes y toda una serie de privilegios. Una mujer tan buena, tan generosa, tan luchadora, que terminara así es realmente criminal. Por eso considero que Allende fue más

víctima de los cubanos que de los americanos: en el Chile de Allende los que mandaban eran prácticamente los cubanos, el Departamento América y gran parte de Tropas Especiales se encontraban en Chile en aquel periodo. Allí estaban los hermanos de la Guardia, el Negro Ulises, Juan Carretero; aquello parecía más bien una provocación. Los americanos, al ver que la hija de Allende se casa con un alto agente de la Seguridad cubana, que es al mismo tiempo el segundo personaje de la embajada (en realidad el primero, por ser oficial del Ministerio del Interior; la propia Tati, tenía la alta responsabilidad de la secretaría de Allende. Además estaba la presencia de miembros del aparato cubano altamente conocidos por los servicios norteamericanos, todos involucrados en la organización de la lucha armada en el mundo, de todas las armas que se estaban metiendo allí), por supuesto que los norteamericanos tenían que reaccionar. Y no es que yo justifique el golpe de Estado de Pinochet, pero la forma en que se llevó aquello más bien parecía una incitación a que actuara la CIA; parecía una provocación montada.

En Chile, parte de la Seguridad de Salvador Allende era cubana, y también allí el Frente América y demás trataron de hacer lo que se había hecho en Angola y adueñarse de Chile. He sabido que todo el Frente América y una gran parte de la dirigencia cubana iban con las maletas vacías para Chile, en vuelos especiales, y volvían cargados de miles de cosas que al llegar a Cuba desaparecían, no se sabía adónde iban a dar. Yo no puedo decir qué llevaban ni si lo habían comprado, pero bien sé que los aviones venían cargados. Y también se encontraba en Chile un grupo grande, despilfarrando a dos manos, hasta el punto que todo el Frente América se mudó para Chile, casi había una sede del Comité Central cubano en Chile; esas gentes vivían en los mejores edificios, en los mejores hoteles, y todo eso a costa del pueblo chileno.

34
Combatiente con Tropas Especiales en Angola

No tengo estadísticas exactas de cuántos cubanos fueron a Africa. A los dos años de haber comenzado lo de Angola, que había sido en diciembre de 1975, permanecieron permanentemente un promedio de treinta y cinco mil a cuarenta mil hombres, y cuando lo de Cuito Cuanavale, aquel combate feroz, casi de exterminio, entre las tropas cubanas contra las tropas sudafricanas, se llegó a cincuenta mil.

Yo, desde mi segundo regreso de Bolivia en 1970, me dediqué al entrenamiento de extranjeros hasta lo de Angola.

En Cuba se suele hablar de una voluntariedad para ir a Angola. Voluntarios sin duda hubo, pero, por lo general, el hecho es que todos los cubanos menores de sesenta años de edad estaban registrados en un Comité Militar, independientemente del centro de trabajo donde trabajaran; cada hombre, de esta forma, estaba controlado por las Fuerzas Armadas, y éstas eran las que determinaban lo conveniente para cada uno: lo mismo citarle para un entrenamiento militar dentro del país que para una misión afuera. Nadie podía decidir ir o no ir a cualquier país: a uno le citaba el Comité Militar, se le montaba en un camión, se le mandaba para un lugar de entrenamiento y, después del entrenamiento, se le decía que había sido seleccionado para ir a cumplir una misión en tal lugar, así, simple y llanamente. Ya al principio de la Revolución las cosas se iban haciendo más o menos de la misma forma, con la gran diferencia que, entonces, cualquiera que fuera seleccionado para ir a luchar afuera se sentía altamente congratulado —yo mismo, por ejemplo, que he cumplido varias misiones intemacionalistas. En un solo caso, específicamente el de Bolivia, aunque también todos fuimos seleccionados, se nos pidió el grado de voluntariedad, fue el único caso. En todos los demás casos íbamos a cumplir la misión por orden del comandante en jefe, bastaba con que nos dijeran, sencillamente: «Usted ha sido seleccionado para ir a cumplir una misión en nombre del comandante en jefe y del Partido».

Ya al oír «comandante en jefe» y «el Partido» se quedaba boca abajo todo el mundo. Claro que uno a veces podía tener deseos de negarse, pero

eso hubiera significado haber perdido la confianza en el comandante en jefe y, además, conllevaba ser sancionado por el Partido como cobarde. Y desgraciadamente, en aquellos años, en Cuba perder la militancia del Partido era algo como meterse en una tumba, había que pelear duramente por no perder la militancia. Así eran las cosas.

Nuestra unidad fue a Angola en el primer batallón, a fines de 1975. Estábamos entonces entrenando a extranjeros en la provincia de Pinar del Río; específicamente en aquellos momentos había un grupo de colombianos, uno de Tupamaros, un grupo de chilenos, otro de guatemaltecos, de la organización de César Montes. Y un día llegó un mensajero urgente de Tropas Especiales para buscarme a mí, con cien de los mejores hombres que tuviera allí; yo arranqué y, a las cinco de la mañana, llegamos a Tropas Especiales sin saber para qué era. Allí nos recibió el general Pascual Martínez Gil. Al poco rato llegaron Ramiro Valdés, ministro del Interior, y Pepe Abrantes, en aquella época viceministro del Interior, y casi enseguida el mismo Fidel, que nos explicó qué tipo de armamento íbamos a llevar. En vez del que yo había traído, que se devolvería a la unidad de origen, se nos habilitó a todos de un AK de culata plegable con mil doscientos tiros cada uno, dos granadas de fragmentación y seis raciones de comida seca. No se nos dijo nada más en aquellos momentos, únicamente se nos avitualló de todo lo necesario. A mí me dio un poco de miedo que me dieran también un paracaídas, porque yo había saltado cuatro veces en los entrenamientos en Tropas Especiales, unidad de origen de los PETI, y la cosa no me gustaba. Pero se nos explicó que nosotros íbamos a ser la base de un batallón heliotransportado, por la situación del lugar donde se nos mandaba. Y yo con ese miedo de tirarme, pero, bueno, teniendo el grado de teniente-coronel, y estando al frente de una compañía, ¡no tenía más remedio que aguantar!

Fidel nos planteó que Angola y su capital, Luanda, estaban siendo prácticamente tomadas por los sudafricanos y por Holden Roberto[63] y Jonás Savimbi.[64] Al mencionar él aquello, yo me recordé que nosotros habíamos entrenado en Cuba a los dos, en el Escambray y en Pinar del Río, en 1964 o 1965.

En particular recuerdo lo que el Che había dicho de ellos. Porque fue el Che quien los había mandado para Cuba a hacer un curso de guerra de guerrilla, y que, al terminarlo, hubo de hacer un informe tanto a Agostinho Neto como a Fidel, en él planteaba que Holden Roberto, según lo que él

había visto, no era más que un charlatán y un ambicioso, que podía ser de fácil reclutamiento por cualquier bando de derechas mediante dinero. Y prosiguió diciendo que había que tener mucho cuidado con Jonás Savimbi, porque, siendo él muy inteligente y a la vez valiente, si las organizaciones de izquierdas lo sabían utilizar y manejar, el imperialismo iba a tener un hueso duro que roer en el Africa, pero si, al contrario, no éramos inteligentes y lo perdíamos, sería la izquierda la que tendría ese hueso duro que roer.

Después Fidel con pocas palabras nos dijo, no que hubiéramos sido seleccionados ni nada por el estilo, sino que nuestro batallón, por sus características de Tropas Especiales, tenía una misión muy riesgosa que cumplir: ir sobre Luanda y, si fuera necesario, hacer un descenso aéreo para ayudar a Agostinho Neto, que estaba prácticamente acosado por las fuerzas sudafricanas y los mercenarios.

Y eso fue todo. Fidel se despidió de nosotros, se nos hizo un brindis ahí y montamos ya en los aviones, que no eran de transporte militar, sino dos IL 62 M que se les habían cambiado los asientos normales por asientos laterales y otros en el centro, de forma que cupieran en cada uno trescientos hombres, lo máximo que permitía la capacidad de carga. De primeros oficiales fuimos doce. Se hizo escala en Argelia, allí se abasteció el avión y continuamos, sin bajar siquiera nosotros del avión. Llegamos a Luanda. Las fuerzas sudafricanas estaban como a seis kilómetros del aeropuerto. En el aeropuerto nos recibió el jefe de las Fuerzas Armadas, un hombre que había estado varias veces en Cuba, especialmente con Agostinho Neto desde los primeros momentos, y allá había sido entrenado bajo el seudo de Mules.

Casi al llegar empezamos una semana de combates totalmente encarnizados. No teníamos todavía todos los medios, no llevábamos equipo motorizado ni equipo blindado, solamente unos cuantos cañones chinos de 75 mm, unos cuantos cohetes flecha, uno por cada compañía, muchos RPG 7, ametralladoras livianas y fusiles como AK. Con esas armas nos habíamos marchado, pero ya a los ocho días tuvimos cañones 76 y demás. Entonces pudimos organizamos mejor y repelimos a las tropas sudafricanas, haciéndolas retroceder, tomando nosotros posiciones más ventajosas; nos hicimos hasta de cañones de 105 mm, que les quitamos a los sudafricanos.

Entonces empezaron a llegar más fuerzas cubanas, a los quince días estábamos allí unos cinco mil cubanos. Es cuando llegaron Arnaldo Ochoa y tres o cuatro generales cubanos más: Abelardo Colomé Ibarra (Furry),[65]

como asesor del ministro de las Fuerzas Armadas, Raúl Castro. De inmediato se decidió que Luanda se pusiera totalmente bajo control militar cubano; hasta la seguridad personal que se le puso a Neto estaba compuesta por cubanos. Por ejemplo, el teniente coronel Burgos, que se le puso como jefe de escolta a Agostinho Neto, era de la escolta de Fidel; así sucesivamente se suplantó a todos los angoleños y nosotros tomamos las riendas de todo. En aquellos momentos había soviéticos, pero ellos no querían pelear, se quedaban en la embajada y de allí no se movían. Ellos consideraban que por allí se podía coger preso a cualquiera y que en su sede, por lo menos, nadie los podía tocar.

En Luanda se hizo un verdadero saqueo en las tiendas por parte de la alta oficialidad cubana. De Angola salían aviones cargados de radios, televisiones, grabadoras, ropa de todo tipo, hasta el punto de que el ejército abrió un *shopping*, en Cuba, en un lugar llamado Loma Blanca, entre Managua y Santiago de Las Vegas, una tienda en la cual se les vendía a todos los intemacionalistas, y prácticamente todo lo que allí se ofertaba era lo que se había llevado de Angola. Nada de eso había sido comprado, todo robado y cargado en aviones para Cuba. Yo una vez fui con un pelotón al aeropuerto a ayudar para la carga de los aviones. Allí venían en barcos contenedores llenos con rótulos que decían: «Base material de estudio para el Ministerio del Interior», o: «Para Tropas Especiales». Y esos contenedores iban llenos de whisky y coñac, o de escopetas tanto de cacería como también de pesca submarina. También había buenas joyerías, que fueron saqueadas completamente. Gran parte de todos estos géneros era de los portugueses, y a los angoleños poco les importaba lo que allí se estaba haciendo, pero en el aeropuerto y en el puerto había un control de la Contrainteligencia militar cubana, que únicamente dejaba a los cubanos sacar lo que les fuera autorizado por su jefe de misión. Se hacía un cacheo completo a todos, con excepción de los primeros oficiales, a nosotros no se nos hacía. Me acuerdo de muchos primeros oficiales, como el coronel René Hernández Gastomo, que se llevó puestos en cada brazo y en cada pierna como diez relojes, que, por cierto, fueron a parar o al mercado negro o a sus familiares. Del mismo coronel sé que se llevó una buena suma de dólares y bastantes otras cosas, porque llevó un contenedor cargado de coñac, whisky y escopetas, como supuesta «Base material para las Escuelas Especiales».

Yo pasé seis meses combatiendo en Angola; fui relevado cuando ya las tropas sudafricanas se habían replegado a cien kilómetros de Luanda, y yo

tenía que continuar en Cuba con el entrenamiento de otra gente. Ya en ese momento había más de diez mil efectivos cubanos en Angola y no seguía siendo necesaria la presencia de aquel batallón especial que, al principio, había jugado un papel muy importante. Bueno, volví a Angola en dos o tres oportunidades, pero ya por cuestiones de trabajo organizativo, no como combatiente.

Cuando el saqueo se hizo muy exagerado y llegó a oídas de Raúl Castro, éste tomó una serie de medidas, digamos diplomáticas, como que para Cuba no se podía llevar absolutamente nada, ni un gramo de petróleo. Efectivamente, petróleo no se llevó, se llevó mucha madera, se llevó mucho café, mucho cacao en barcos. Hubo trampas bastante gordas, no hechas por el propio gobierno angoleño, sino por algunos angoleños funcionarios del gobierno. Por ejemplo, el ministro cubano de Transportes regaló al de Angola cincuenta motos de esas llamadas Sidescale, parecidas a las que usaba el ejército alemán en la segunda guerra. Al llegar a Angola las motos, ya el ministro de Transportes angoleño las había vendido a particulares, y el mismo señor ministro, por la regalías que se le hacían a él, permitía que los cubanos se llevaran todo lo que quisieran. Claro que, oficialmente, Cuba no sacaba nada de Angola, en absoluto.

Algo que cogió un auge bastante grande en aquel momento fue lo de los llamados talleres de joyería de exportación, enclavados en La Habana vieja. Esos talleres, que elaboraban cualquier tipo de joya para la exportación, de inmediato se reabastecieron de todo tipo de materiales, como diamantes, aguamarinas, esmeraldas. Yo no puedo decir si llegaban de Angola o de otra zona, pero lo seguro es que no iban por una vía lícita. Se le dio la tarea al Ministerio del Interior, en sus cacheos a nivel nacional, de buscar a joyeros finos para proponerles trabajo, y así se hizo.

Para volver al aspecto militar, en Angola sí hubo una victoria del ejército cubano contra las tropas sudafricanas: la gran batalla de Cuito Cuanavale, pero para mí no fue más que una victoria pírrica, porque ¿de qué sirve echar una pelea y ganarla, pero perdiendo más de la mitad de sus fuerzas? Allí fueron destruidos casi todos los medios que habíamos puesto, quedó un cementerio de tanques, de helicópteros, camiones, orugas y artillería. Además, entre Uganda y Angola teníamos conocimiento de casi dos mil quinientos muertos cubanos.

Se habla muy poco de los demás muertos en otros lugares que Angola. Que yo sepa, en Venezuela hubo más de veinte, los de Nicaragua no se

contaron, en Argentina también se perdieron ocho cubanos del grupo de Masetti, en Bolivia catorce del grupo del Che. En Chile se perdieron treinta y cinco en 1973, en la toma del Palacio de la Moneda y la caída de Allende frente a Pinochet, y también algunos en los estadios durante los primeros tiempos de la dictadura. En Santo Domingo, en el desembarco de 1959,[66] tuvimos seis muertos, entre los cuales, el capitán Nene López que había sido el ayudante de Camilo durante la invasión. En Colombia no se perdieron a cubanos, por no haberlos aceptado los guerrilleros de aquel país. En la isla de Granada en 1985, cuando la intervención de los norteamericanos, se perdieron a once. Después, en el Africa, se perdieron a cuarenta y uno en Guinea Bissau; en Sierra Leona, a cinco; en Guinea Conacry, a once; en Somalia, a tres; en Sahara Occidental, a diecinueve; en el Líbano, a tres; en Etiopía, a más de ciento cincuenta; en el Yemen, a cinco; en Argelia, a siete.

35
Mi trabajo en las prisiones me mostró hasta dónde llegaba la corrupción del sistema

El nombrarme jefe de Recursos Humanos de Prisiones de 1981 a 1985fue una especie de burla de Abrantes, ministro del Interior, en contra de mí, porque yo había tenido problemas personales con él por sus abusos de poder y por el hecho de que yo no me dejaba pisotear por él. Yo era uno de los pocos oficiales en contestarle, y como la gran oficialidad me tenía una gran confianza por ser un sobreviviente del grupo del Che, él trataba de humillarme mandándome a hacer trabajos que yo no estaba capacitado a hacer para que fracasara. Yo tuve una discusión muy fuerte con él a raíz de haber manifestado mi deseo de estudiar. El Che fue mi alfabetizador y yo había adquirido el compromiso con él de continuar mis estudios. Esto sucedió una noche en Bolivia, me recuerdo que, el 30 de diciembre de 1966, a la luz de una fogata en la selva boliviana, después de una lección, él me dijo: «Ya tienes el nivel de sexto grado». Yo en aquellos momentos me sentí dueño de la selva; entonces me atreví a decirle: «Si salgo vivo de aquí, aunque sea el primer escalón de la universidad yo piso». Fue muy emocionante, él me dio un abrazo y me dijo: «Esos son compromisos que valen». Era un compromiso político y moral. Pero el otro compromiso que yo tenía era con los grupos extranjeros que venían a Cuba a conocer las experiencias de las guerrillas y yo tenía que darles conferencias: mi vergüenza era grande cuando tenía que escribir en la pizarra y cometía errores de ortografía. Muchas veces me sentía humillado, cuando algunos de los alumnos extranjeros, sin mucho tacto, me llamaban la atención cuando escribía Revolución con «s», o Rebelde con «v», y me decían: «Rebelde se escribe con b de burro». Entonces, cada vez que tenía que dar una clase, el miedo de cometer faltas me hacía cometer aún más faltas; de ahí mi obsesión de querer estudiar.

Me dirijo entonces al ministro del Interior, a Abrantes, pidiéndole la posibilidad de permitirme seguir mis estudios. A raíz de eso tuvimos en 1976 una fuerte discusión, que llegó hasta el punto de sacar las pistolas, porque ante mi pedido me responde irónicamente, se burla de mí y me dice

que no tiene posibilidades de mandarme a estudiar. Le respondo que el Ministerio del Interior está dando posibilidades de estudio a jóvenes que no han dado nada por la Revolución, que lo que sucede es que existen oficiales de dos tipos: los de tiempo de guerra que se mandan al monte a guerrear y los del tiempo de paz que están en las oficinas. El me amenaza con ponerme preso por falta de respeto. Halo mi pistola y le digo: «Si quieres cogerme preso, ven a hacerlo si te atreves».

Después de la discusión, Abrantes apeló a Fidel. Me doy cuenta que la situación es grave. Recurro a Celia Sánchez, mi paño de lágrimas. Todo se arregló gracias a ella, que no quería para nada a Abrantes porque él se dedicaba a pisotear a los rebeldes guajiros; los humillaba siempre, hasta el punto de no querer aceptarlos en el Ministerio del Interior. Decía que eran unos brutos, unos analfabetos, unos incapaces, porque él necesitaba gente con cultura. No dejaba de tener razón, es cierto, pero también se oponía a nuestra superación; se oponía a que yo estudiara. Gracias a Celia, Fidel no me sancionó; lo único que me dijo fue: «Bueno, tienes que tener un poco más de cuidado con tus impulsos, no se puede ser tan impulsivo, porque eso trae malas consecuencias y, además, el compañero Abrantes es un hombre para respetar porque es un oficial superior». No contesté nada, pero dije para mis adentros: «¿Abrantes para respetar? ¡Eso es demasiado para mí!». Finalmente estudié en escuelas nocturnas, pero fue muy sacrificado: salía del trabajo y me iba al colegio de siete a once. Tuve una gran ayuda, la de un recluta en los PETI que había hecho ya su preuniversitario. Lo nombré mi conductor y le puse como tarea enseñarme todo lo que él sabía. Fui muy criticado por los oficiales de rango, que era también el mío. Decían que ésa era una forma de minimizarme ante los ojos de un inferior. Mi argumento era que él sabía más que yo y que yo necesitaba saber lo que él sabía. También yo le di algo: lo convencí de que no fuera militar y continuara sus estudios universitarios. También sucedió otro hecho que significó una gran ayuda, que es que a un gran amigo mío lo nombraran ministro de Educación, Femando Vecino Allegret, quien, cuando supo que había terminado el preuniversitario, analizamos qué carrera yo podía seguir. Yo quería estudiar astronomía, porque me gustaba la ciencia y en matemáticas soy bastante bueno, no en literatura, que soy muy malo. Pero él me dijo, porque me conocía desde la Sierra Maestra, que, como yo era una historia andante, debía estudiar historia. Entonces me puso en manos de un grupo de profesores de historia que realizaban trabajos de investigación y les pidió

que me dieran clases y me guiaran en mis estudios. Muchas veces, los sábados y domingos, venían a casa y así completaba las clases a las que había faltado en la semana: fue así como logré sacar la carrera universitaria.

Abrantes fue de esos dirigentes que llegaron del exilio y subieron de forma vertiginosa. El se exilia en México, era hermano de Germán Abrantes, que fue un gran combatiente que murió después del triunfo de la Revolución y le confía su hermano José a Fidel. José Abrantes logra meterse en el grupo cercano a Fidel y comienza a tomar importancia después de la muerte de su hermano y logra subir hasta convertirse más tarde en ministro del Interior.

Abrantes, buscando siempre la forma de ponerme en dificultad, me colocaba en puestos cuyo trabajo yo desconocía totalmente. Así fue que me puso en ese cargo de jefe de Recursos Humanos de Prisiones de la provincia de La Habana; eso para mí era una cosa totalmente nueva. Es en 1981 cuando llegué al lugar llamado Valle Grande, en las afueras de La Habana, en la parte oeste. En esa cárcel había entonces casi seis mil prisioneros, entre ellos bastantes con características políticas, pero a todos se les denominaba presos comunes. Encontrarse preso por haber intentado salir ilegalmente del país, eso tenía claramente una característica política, pero no se la reconocía y aquel prisionero se consideraba como un preso común más.

El primer impacto que sufrí al llegar fue que precisamente mi llegada coincidía con un plante, o sea, una rebelión de la población penal. Se llamó con urgencia a la central de ambulancias del Ministerio del Interior y a los bomberos para que llegaran a toda prisa, pues tales rebeliones se solían sofocar con mangueras. Yo de inmediato consideré que aquel uso de las bombas de agua era más criminal que el de gases lacrimógenos o cualquier cosa por el estilo, porque despiadadamente les ponían toda la presión a las mangueras y lo mismo le pegaban un manguerazo por la espalda a un preso que por el pecho, por la cara, por donde lo cogieran. Allí hubo muchos casos de presos que hasta perdieron la vista al recibir el chorro de agua directamente en los ojos; hasta hubo un hombre ahogado por culpa de un sargento apodado el Perro. El detenido estaba gritando porque, al pegarle aquel sargento el chorro de agua tan fuerte, él había caído sobre una tonga de bloques, y el Perro, aprovechando que estaba gritando, le metió la punta de la manguera en la boca, así no sólo le ahogó, sino que lo reventó. Eso se quiso dar como un accidente, por la herida de la tonga de bloques, lo que

era mentira. Yo sancioné a aquel sargento, que era militante de la Juventud Comunista, y vinieron los de la Juventud para hablar conmigo, considerando que yo había sido muy drástico, pues, según ellos, se había hecho una investigación y el caso era que el recluso efectivamente se había caído en la tonga. Yo contesté que sí, se había caído, pero eso por haber recibido un tremendo chorro de agua a presión por el pecho, no se había caído solo. Al fin y al cabo, la sanción no caminó.

Después vino lo de aquel letrero puesto dentro de la cárcel por el Partido y que decía:

EL RECLUSO TIENE DERECHO, UNICA Y EXCLUSIVAMENTE, A RECLAMAR SU MEDICINA. NO TIENE DERECHO A NADA MAS. CUANDO SE PASA DE ESTA PUERTA PARA ADENTRO, EL HOMBRE HA PERDIDO TODOS SUS DERECHOS.

Yo vi el cartel aquel y lo mandé quitar, porque me desagradó. Además, los presos que se encontraban allí era por haber mantenido una conducta ejemplar en cárceles de alta seguridad como eran el Combinado del Este, Kilo 7, el Cinco y Medio, o sea, que bien se habían ganado ese derecho, ya estaban dando pasos para su rehabilitación. Se hablaba de rehabilitación cuando al preso convenía pasar a otra fase, comportarse como una persona tranquila, acogerse a la disciplina, trabajar para construir el país.

En cada cárcel existía una agrupación de reclusos, con un presidente y un comité de unos diez o doce miembros, y éstos tenían derecho a reclamar con el jefe de la cárcel cualquier situación interna. Ese presidente no lo nombraba la población penal, sino la dirección de la prisión, y no era más que un infiltrado dentro de la masa de los presos, un preso más, pero con una serie de prebendas que se le facilitaban para que él se dedicara a informar de los puntos que convenía discutir, cuáles eran los presos de los que se debía desconfiar, qué medidas había que tomar. Entonces ese individuo cada semana venía a informarnos de la situación en general, especialmente de los militares que se dedicaban a pasar marihuana o ron: porque dentro de todas las cárceles cubanas se fuma marihuana y se toma mucho ron, eso lo pasan los custodios de la prisión y entre éstos hay muchos oficiales; lógicamente, eso les deja un dineral.

Allí se ve hasta dónde llegaba la corrupción en ese sistema. Los oficiales estaban al frente de lo que se llamaba brigadas de presos, que ellos

sacaban a trabajar por distintas partes de la ciudad, y en distintas oportunidades se descubrieron cosas increíbles pero que se practicaban masivamente. Para poner un caso: cuando se fue construyendo la embajada soviética, en la esquina de Avenida 5 y la Calle 68, aquel edificio vino a ser prácticamente una posada, como se les llama a las casas de cita en Cuba, porque en aquella embajada en que había mil setecientos reclusos trabajando y cincuenta y seis oficiales, a cada uno de esos oficiales que venían como custodios los soviéticos le prestaban un cubículo donde ellos brindaban la oportunidad al preso de que, si tenía a alguna amiga o a su señora, la citaban para el mismo día, la llamaban por teléfono. Ella iba y pasaba allí cuatro o cinco horas con el recluso, y el oficial cobraba diez, quince o veinte pesos, de acuerdo al tiempo utilizado. También existía lo que ellos llamaban «vuelo»: al recluso que salía en su brigada de trabajo el jefe de la brigada le permitía irse a la calle vestido de civil, alquilándole una muda de ropa. El preso iba, pero sin documentación, y, si lo cogía la policía en la calle, pues el oficial iba contando como que el preso se le había fugado; de lo contrario, éste regresaba a las cuatro de la tarde al trabajo y reintegraba su ropa de preso. Y ese día que el recluso se había pasado con su mujer en la calle, el oficial lo ponía como día trabajado, y a ese hombre que no había trabajado ¡se le pagaban doce horas de trabajo!

Aparte de esas cosas, el régimen carcelario cubano siempre ha sido extremadamente duro, y en estos momentos es inhumano totalmente. No lo digo por despecho, pues no tengo razón ninguna para eso y, además, estoy hablando de mí a la vez, porque fui parte de ese sistema mucho tiempo y de cierta forma lo apoyé, con el vendaje que todavía tenía en los ojos hace quince años. Hoy me siento un tanto culpable de todos esos abusos que hubo, porque aun sin practicarlos ni apoyarlos, tampoco los denuncié. Pero de no haberlos practicado queda esto, que me pone muy orgulloso: hoy por hoy, tengo un sinnúmero de presos de entonces que son amigos míos e incluso me vienen a visitar a casa con afecto.

* * *

Aquí cabe contar un episodio que a mi parecer dice mucho de lo que era la corrupción del general José Abrantes y otros dirigentes. La palabra corrupción tiene en Cuba un significado bastante diferente según a qué nivel y quién comete la corrupción y, también, según se sepa o no. Sobran los ejemplos, yo podría hablar de muchos. En una oportunidad, estando yo

al frente de Prisiones de Occidente, recibí órdenes del general José Abrantes, en aquella época primer viceministro del Ministerio del Interior y que unos meses después llegaría a ser el ministro, de tener a mi abrigo la guardia y custodia casi personal del hijo de la jefa de despacho de Guillermo García, en aquellos momentos ministro de Transportes. Se ha dicho que ese muchacho era hijo de Guillermo, porque la secretaria llevaba veinticinco años con él —era una mujer muy elegante, muy bonita, muy preparada.

Ese hijo, que tenía veinticuatro años de edad, estaba preso por robo con fuerza, violación y usurpación de grado: en la calle se hacía pasar como capitán de la Seguridad del Estado, lo cual no era. La pena que le correspondía cumplir era de treinta y seis años, pues por cada una de las tres causas parece que le aplicaron doce años. Según la Constitución de Cuba y los reglamentos establecidos dentro de los órganos de los ministerios del Interior y de Justicia, en Cuba un ciudadano a quien se le echa una causa de diez años, digamos, tiene primeramente que cumplir cinco años en prisión cerrada antes de tener derecho a salir a lo que allí se llama cárcel abierta, que significa ir a trabajar a una granja, a una fábrica u otro determinado lugar. Pero él, condenado a treinta y seis años de privación de libertad, a los ocho meses ya lo tenía yo en mis oficinas dentro de la prisión, trabajando en un equipo de presos que eran economistas. Y ese muchacho, que había sido en gran parte educado en la Alemania comunista, gozaba allí de toda una serie de privilegios: recibía visitas prácticamente todos los días; del despacho, o mejor dicho del comedor de Guillermo García, su mamá le mandaba cada día un combi Lada con un chófer que le traía el almuerzo a mis oficinas, un almuerzo pomposo y de tal cantidad que él lo compartía con dos o tres otros presos amigos suyos. Y como el equipo mío era de ocho hombres, él le exigió a su madre que le mandara el almuerzo para todos, y entonces recibía cada mediodía una cantina gigante, siempre con pollo, carne de res o carnero, y todos los demás agregados para una buena comida. El tenía visita libre ahí, en mi oficina, con su señora, su mamá, su papá, que venían casi a diario.

Esa situación conllevó a rehacer el juicio de aquel individuo. Pero mientras se estaba rehaciendo, él le pidió a su madre que dos amigos suyos también fueran beneficiados con eso, si no, él tampoco quería serlo. Entonces Guillermo García y Juan Escalona, en aquel momento ministro de Justicia, tomaron la decisión de bajarles a los tres la sanción a doce años,

quitándoles veinticuatro. Y de inmediato me lo mandaron a mí con una carta que yo todavía poseo y que dice que este ciudadano debía quedarse permanentemente junto al coronel Dariel Alarcón Ramírez, por dondequiera que éste se moviese. Yo de esa forma me convertía como en el tutor del preso, teniendo incluso que llevármelo conmigo al regresar a mi casa.

Se promulgó entonces una nueva ley en Cuba: la libertad extra- penal inventada por Abrantes para aplicarla a los presos revolucionarios que tuvieran una conducta excelente y que consistía en un régimen abierto que permitía al preso ir a trabajar a su centro de trabajo y vivir en su casa, a condición de estar siempre localizable. Pero, según pudimos ver, esa ley amparaba única y exclusivamente a los familiares de los dirigentes, así como hijos, hermanos, algunos parientes cercanos y claro que a los mismos dirigentes, en caso de que cometieran un delito condenado con prisión. Aquella ley salió vigente el día 28 de octubre de 1985, como para festejar el aniversario de la pérdida de Camilo, así bromeé yo con tristeza. Pero únicamente amparaba a aquellos ciudadanos cuyos delitos no fueran violación, ni robo con fuerza, ni actividad contrarrevolucionaria, ni asesinato premeditado. O sea, que no se la podía aplicar a aquel muchacho, él no tenía derecho a semejante libertad, pero fue el primero con quien se estrenó esa ley nueva: Abrantes me ordenó por teléfono ponerlo en libertad inmediatamente, añadiendo que Guillermo mandaba a su chófer para recogerlo. Además, yo no debía soltarle con el tipo de ropa que llevaba en la prisión, se le iba a traer ropa correcta, más acorde a su personalidad. Yo inmediatamente volví a llamar a Abrantes diciéndole que no lo podía soltar así, que él mismo debía primero mandarme un documento oficial que me amparase, puesto que ese hombre estaba detenido por decisión de Justicia, y si lo soltaba sin ningún documento, el único responsable sería yo. Abrantes me contestó que sus órdenes verbales constituían un documento oficial, dondequiera que él las emitiera, y yo le contesté que muy bien, que yo no iría nunca a violar una ley de él ni una orden de él, sólo que necesitaba algo para ampararme. Entonces me llamó a su despacho y, después de reprocharme mi actitud, me dio la carta que yo pedía, comentándome: «Guajiro, tú estás exigiendo mucho».

Ese tipo de asuntos ya ponen en evidencia que la Justicia cubana siempre actuó conformemente a los deseos de tal o tal de los dirigentes. Pero eso también nos daba fuerza a nosotros para actuar como se nos antojase en los órganos del Ministerio del Interior. Ya que justicia no

existía, como éramos nosotros quien debíamos hacerla cumplir, nos sentíamos dueños y señores de todo cuanto podía pasar en el país. Un simple teniente del Ministerio del Interior se creía muy superior a un coronel de las Fuerzas Armadas, y eso se notaba en el hecho de que no lo saludaba, no le rendía cortesía militar. Así es todavía en la actualidad. Eso se debió, en gran medida, a los problemas de celos que han existido desde el principio entre Ramiro Valdés, que fue mucho tiempo ministro del Interior, y Raúl Castro: entre ellos la enemistad era total, por eso las Fuerzas Armadas y el Ministerio del Interior han estado siempre en pugna. Rivalidad también entre Piñeiro, que es un perrito sato[a] de Raúl, y Ramiro Valdés, un incondicional de Fidel, pero ambos siempre estuvieron en el Ministerio del Interior. Con Piñeiro, Raúl va a formar el primer cuerpo de Contrainteligencia, pero entonces se aparece Ramiro Valdés, impuesto por Fidel, y de ahí viene la pugna. El Che y Raúl tampoco se entendían. Cuando terminamos el entrenamiento, antes de irnos a Bolivia, Raúl fue a visitar al Che, a manera de una despedida formal; la entrevista se hizo delante de todos nosotros; no hubo aparte entre ellos, como lo hacía cuando venía Fidel o Piñeiro. Raúl tiene un carácter difícil, parece más difícil de lo que es, porque en lo personal es bastante agradable. Tiene habilidad para formar hombres que lo adoren como, por ejemplo: Abelardo Colomé Ibarra, Ulises González del Toro, Polo Cintra Fría, Bermúdez Coutiño. Es muy propenso a practicar todo tipo de juegos prohibidos por Fidel al triunfo de la Revolución: peleas de gallo, de perros, carreras de caballo. Por ahí empezó a entrarle una fortuna porque comercia con animales de raza con Venezuela, Canadá y otros países, sin ningún control del Estado; quien se ocupa de ese tipo de negocios es el comandante Guillermo García. Sin embargo mantiene una disciplina férrea en el ejército, pero todo el mundo dice que prefiere tener un problema con Raúl y ser sancionado por él que por Fidel, porque Raúl puede sancionar a alguien, pero no lo abandona, mientras que la actitud de Fidel es el olvido de por vida.

Con mi trabajo en prisiones es como me entero bien de toda la corrupción política y moral de los dirigentes, porque muchas órdenes de ese tipo tuve que cumplir, pero tengo la alta satisfacción de no haber yo cometido ninguno de esos actos, de sentirme muy humildemente fiel a lo que se me había enseñado en los primeros momentos, y que traté de practicar incluso durante los años en que yo pertenecí al Ministerio del Interior.

Yo ya era coronel, fui ascendido a mi regreso de Angola, pero solía juntarme con oficiales inferiores en grado, desechando la posibilidad que tenía de tomar mis almuerzos y cenas en un lugar especial que se había creado en la esquina de Avenida 5 y la Calle 92, detrás del cine Miramar. La residencia que allí existía se había transformado para la alta oficialidad de la Inteligencia en un verdadero restaurante.

Aunque se le llamara comedor, verdaderamente lo que se servía allí era muy refinado, cada cual almorzaba o cenaba a la carta y no faltaba ningún tipo de carne o de marisco, tampoco ningún tipo de bebida, con excepción de las bebidas esas magras que se les brindaba a la población en algunas oportunidades: en aquel lugar la bebida más mala que existía era el ron Habana Club de cinco años. Estaba reservado aquel restaurante para los jefes de departamentos, secciones y direcciones dentro de la Inteligencia, o sea, que yo hubiera podido ir a comer allí. Pero yo decía: «¿Para que voy a salir para almorzar a quince o veinte kilómetros? Yo almuerzo aquí y listo».

Se me criticó por no ir a almorzar a aquel lugar. Pero era para mí una forma de sentirme un poco apartado de varias cosas que me molestaban, yo prefería vivir en un ambiente que más me correspondiera. Entonces, para hablar otra vez de aquel muchacho, hijo de la secretaria de Guillermo García, en un momento dado él me planteó que él, aunque estando preso, tenía más poder que yo con toda mi historia y con mi rango de coronel, y en efecto así me lo demostró en los hechos: yo carecía entonces de una serie de materiales de oficina, a él le bastó llamar a su mamá y fuimos con un camión a las oficinas del Ministerio de Transportes; ahí me entregaron doscientas mil hojas de papel Bond, dos máquinas de escribir y cantidad de utensilios de oficina, eso sin documento alguno.

Durante el tiempo que estuve en ese cargo logré tomar algunas medidas para mejorar las condiciones de vida de los presos. Entre otras cosas, metí presos a los oficiales implicados en la venta de los alimentos destinados a los presos. Hice construir por los presos mismos un pabellón conyugal. Incluí a los afeminados al trabajo manual y les puse salario, porque hasta en eso están discriminados; existe un pabellón especial para ellos y no les está permitido trabajar.

36
El rigor de las cárceles cubanas más fuerte no puede ser

Hoy por hoy, en las cárceles cubanas se practica toda clase de abusos, se le dan golpes al preso, se le maltrata con palabras fuertemente obscenas, se le llega a negar la posibilidad de tomar un medicamento o de ser reconocido por un médico, simplemente porque el custodio considera que el recluso está fingiendo para no trabajar. Se ha dado el caso de reclusos que, a consecuencia de eso, hubieron que ser intervenidos quirúrgicamente con la máxima urgencia. De otros que contrajeron enfermedades serias por las condiciones en que se les hacía vivir. Allí un recluso es tratado como un perro.

Además, el preso llega al punto de que, cuando tiene su visita, prácticamente le pide a sus familiares no denunciar nada de lo que allí sucede, porque se tiene un control muy riguroso de las visitas. Cuando el visitante se marcha, si hace un informe a cualquier ministro, a cualquier miembro del Buró Político o al propio Fidel, éste sí mandará a tomar medidas, pero hará falta decir qué tipo de recluso es el que hace la reclamación. Y después, ese recluso no durará ni una semana en esa cárcel, de inmediato lo estarán trasladando, buscarán la forma para que él cometa una falta de indisciplina, y, si él no la comete, tienen reclutados a otros presos que mandan para que lo provoquen, de forma que se faje[a] y así tengan que castigarlo. Después, al preso que fue reclutado para esa provocación se le premia, se saca para una brigada selecta, esas que se albergan fuera de la cárcel por las zonas de Siboney o Miramar, donde harán unos determinados trabajos. Al primero se le manda para el Cinco y Medio, una cárcel de alto rigor que hay en Tacotaco, provincia de Pinar del Río, o para Kilo 7, en Camagüey.

Planteo esto para que bien se sepa lo que es un acto de criminalidad permanente. En Kilo 7 se han cavado tres pisos subterráneos; allí el recluso ya no tiene derecho a nada y, además, no sabe cuándo es de día y cuándo es de noche, porque toda aquella cárcel subterránea está iluminada totalmente con luz eléctrica. Si tiene un comportamiento más que bueno, ejemplar, le

dan derecho a un sol al mes, y allá abajo hay una frialdad muy grande, porque los extractores de aire no funcionan correctamente. Entonces se forma una pestilencia a sudor, un mal olor terrible; como que esos presos no trabajan, se les aplica el sistema de una comida al día, que no suele ser más que un poquito de frijol o de arroz, un pescado sancochado o un huevo. Esa es la comida que se les da, justificándolo como que no gastan energía, que lo único que hacen es dormir. Y en efecto, hasta se les tiene prohibido todo tipo de trabajo artesanal.

En Cuba ahora la población penal debe pasar de los cien mil, porque ya el Combinado del Este, al este de La Habana, está previsto para diez mil, y en el Combinado no se puede meter a uno más porque ya no caben los que están. Literas hay diez mil, pero hasta las enfermerías se han transformado en dormitorios. O sea que debe de haber un aproximado de doce mil presos en el Combinado. Cerca del Combinado se abrió otra cárcel, que llaman el Combinadito, porque es una cárcel para menores, y en el reparto Alamar hay otra cárcel llamada Micro 10, que alberga unos tres mil o cuatro mil reclusos, y casi enfrente del mar otra que llaman Micro 4, ésa tenía dos mil reclusos hace poquito. Esos prisioneros todos sirven como trabajadores de la construcción, son ellos que levantan todos los edificios en Alamar. Después está la Cabaña en Pinar del Río, está la Condesa en Guana- jay, están dos otras cárceles militares, una en San José de las Lajas y otra en Güira de Melena, en cada una de ellas hay más de dos mil militares presos; eso sólo para La Habana, porque cada provincia tiene su cárcel militar. También está la cárcel de Jaruco, en La Habana.

Como se intenta hacer creer que en Cuba desaparecieron todas las cárceles aparte del Combinado, las otras se conocen como centros de trabajo, pero son cárceles también y también tienen sectores de alto rigor. Existen varias cárceles de mujeres, recientemente había en ellas unas cuatro mil mujeres, que se consideran todas presas comunes. Existen tres cárceles de menores, una femenina y otra masculina, pero además una intermedia para menores considerados afeminados, niños de diez a dieciséis años, y aquello es un desastre total. Está la cárcel de chicas menores, que al cumplir dieciséis años se las pasa a la llamada cárcel de Manto Negro.

En estos momentos el rigor que hay en las cárceles cubanas más fuerte no podría ser: los presos no tienen desayuno, ni tan sólo un café, la comida que reciben en un jarrito de aluminio de medio litro para el día es una composición de chícharos y arroz o, si no, chícharos solos con un pedazo de

boniato, ésa es la comida, no hay pan, no hay leche, no hay nada. Cualquiera que allí pueda entrar verá una población penal cadavérica. Medicinas casi no hay, los familiares tienen que comprarlas en el mercado negro para llevárselas. Esa es la situación que tiene la cárcel hoy.

En lo que a tortura se refiere, Fidel dice que en Cuba no se tortura. Pero hay que ver a lo que él le llama tortura y a lo que no, porque en Valle Grande, por ejemplo, una zona al oeste de La Habana, detrás del aeropuerto José Martí, y que es la parte más fría casi de toda Cuba, se cogió a gente que, para saciar sus gustos sádicos, a los presos les imponían cosas horrorosas. No son así todos los custodios, por supuesto, pero sí existen individuos semejantes a ese sargento que llamaban el Perro y que a la una o dos de la mañana iba y llamaba a cuatro o cinco reclusos, de los que le caían mal, los llevaba al baño, les daba cuatro latigazos con una manguera llenada de arena, para no dejar huella, y entonces los mandaba a bañar. El se paraba en la puerta con la manguera y al que no se quisiera meter en el agua helada le daba manguerazos hasta que el hombre por fin se bañara. Cuando ya los había tenido allí treinta o cuarenta minutos, les decía: «Bueno arriba, suban allá arriba a la garita, que allá está la toalla».

Esa garita estaba elevada a unos seis u ocho metros y allá arriba no había tal toalla ni nada, sin embargo los reclusos tenían que secarse allí, dándoles el aire frío, y se ponían tan morados que a veces se les entumecía tanto el cuerpo que no lograban ni bajar de allá arriba. Eso sigue haciéndose allí muy a menudo, es como un acto de diversión para bastantes de los oficiales y de los sargentos que se quedan de oficiales de guardia en la noche, eso siempre se hace de noche. A los presos también se les da a diario muchas patadas, muchos pescozones, así se organizan las filas cuando ellos van por su bocadito de comida, o a las diez de la noche, cuando se hace lo que se llama «el físico», o sea, el conteo de la población penal. Como a veces hay oficiales de guardia que son muy malos, algunos reclusos se esconden, porque mientras falte un preso el oficial tiene que seguir con el recuento; entonces, si se esconden, eso al oficial lo retrasa y pasa mala noche. Así es, en efecto, pero también todos los presos quedan allí parados hasta que aparezca el último, lo que puede ser a las tres de la mañana. La población penal se queda de pie en vez de ir a descansar, y tiene que levantarse a las seis de la mañana para ir a trabajar. Eso parece que no es tortura, según lo ve Fidel, y él conoce de eso, porque son medidas carceleras generales.

Bien conocido está que sí se dan golpes en el DTI, Departamento Técnico de Investigación, que es donde se hacen las investigaciones de todo lo que pueden ser presos comunes y demás, que se les golpea y golpea. Por ejemplo, el compañero Patricio Rojas, un ex recluso que suele visitarme, necesitó una prótesis general en la boca, porque le habían hecho caer todos los dientes a patadas. Y otras cosas más le hicieron.

En Villa Marista, una cárcel de alta seguridad que está en La Habana, se preparan unas cámaras que llaman habitaciones, con todas las condiciones de una habitación, y no te dan un golpe, pero casi mejor valdría eso que lo que hacen, que es mantenerte ahí permanentemente, con todas las luces prendidas, oyendo todo tipo de golpes muy fuertes. Y mientras tanto te siguen haciendo preguntas y preguntas. Al final te das cuenta que te han llevado una secuencia permanente de toda tu vida y de todos tus seres más allegados, hasta el punto de que pueden decirte que a tal hora, día, mes y año ingeriste tal merienda. Eso significa que en muchos casos, cuando una persona pasa a parecerles peligrosa, le montan un chequeo a la familia, se le pone todo tipo de vigilancia, utilizando para eso muchos hombres y mujeres y medios.

Antes de llevar un individuo sospechoso a ese tipo de tortura, lo tienen incomunicado durante bastante tiempo, entonces, al final, la familia se cansa de andar por toda La Habana tratando de ver a este dirigente y al otro y al otro, ninguno de ellos sabe nada, en ninguna cárcel lo encuentran, y sólo al cabo de un mes y pico se le concede una hora o dos de visita, pero ya no es para que pueda verse con sus familiares, sino para tratar de convencerlo por medio de éstos, porque ya no es solamente el preso que se tortura mentalmente, sino que también sus familiares. Porque a cada rato les hacen otra entrevista, a la madre, al padre, a los hermanos, a la esposa, a los hijos. Y entonces todos viven en un constante sobresalto, preguntándose: «¿Qué pasará?», pensando que la situación se está agravando. Muchas veces terminan escribiendo al propio Fidel. Fidel, claro, no recibe ninguna carta, porque la ayudantía se encarga de destruirla o darle una respuesta cínica, del tipo: «Su caso se está analizando ya, se está viendo, se pasó a la instancia pertinente...».

37
Director de escuelas especiales, entrenamiento de mexicanos

Pero el general Abrantes, que me había sacado de las Escuelas Especiales de entrenamiento a extranjeros y me había puesto al frente de un trabajo para el que yo no tenía la más mínima experiencia, en 1986. me puso de jefe de la Seguridad de la Industria. Se trataba de conocer, en cada centro de trabajo del país, dónde había un tipo que no había visto la Revolución. Aquello era un trabajo de Contrainteligencia y yo no tenía experiencia ninguna en la contrainteligencia. Si allí no reventé, es porque lo primero que hice fue reconocer públicamente que yo no tenía tal experiencia. Reuní a todos los oficiales provinciales y les dije: «Bueno, ésta es una responsabilidad que me han dado, yo de esto no sé nada, los que saben son ustedes. Entonces a ustedes les corresponde ayudarme y enseñarme, porque de este trabajo tenemos que salir al frente». Ellos se solidarizaron conmigo, me ayudaron, y es así como logré conseguir realizar un trabajo airoso.



Cuando Celia murió en 1979, por supuesto la cosa se fue agravando. Bueno, yo en aquellos momentos seguía queriendo estudiar y lo mejor era no discutir nada, decir algo hubiera sido cosa de estúpidos. Me sacaron de mi cargo en prisiones, porque lo que yo estaba haciendo: las mejoras de condiciones de los presos, etcétera, no les gustaba a los demás jefes, los estaba poniendo en una situación difícil. Así que seguí desempeñando las tareas que se me iban dando y a la vez participando en el entrenamiento de extranjeros. El caso de los mexicanos verdaderamente merece ser contado aquí, pues se trata de una de las mentiras más vergonzosas de Fidel Castro.

Cuando se comentó en México que Fidel ayudaba a las guerrillas mexicanas —eso era por 1986 y 1987, cuando éstas todavía no habían salido a la luz, se hablaba de ellas pero sin ningún nombre—, Fidel declaró en la televisión que no, que aquello no era cierto. Los dirigentes cubanos explicaban que era la CIA quien iba contando eso y preguntaban cómo

hubiera sido posible que Cuba, siendo como una hermana gemela de México en casi todos los procederes, estuviera por detrás jugándole un mal juego al gobierno mexicano. Aquello obligó a una conferencia de prensa, porque ya se hablaba mucho del asunto. Esa conferencia de prensa tuvo lugar en 1988, allí participó una norteamericana, una rubia muy bonita llamada Barbara Walters, de la cual Fidel se enamoró mucho, incluso después de la entrevista la invitó primero a tomar tragos, después a veranear junto con él a Cayo Largo, a Varadero. No sé adónde fue a parar la cosa, pero ella sí aceptó algunas de esas invitaciones y se la vio muy entusiasmada con Fidel, no cabe duda de que ella estuvo creyendo en cada momento todo lo que Fidel estaba diciendo.

Yo, por mi parte, me quedé indignado viendo la entrevista por la televisión, pues era conocedor de ciertos cables que no se divulgaban en la prensa cubana, pero sí se manejaban en el seno del gobierno. En efecto, yo recibía lo que se llamaba la síntesis cablegráfica, una revistita editada por el Comité Central y que daba a conocer los cables que no se comunicaban a la población. Teniendo acceso a eso, bien veía lo que se estaba diciendo en Estados Unidos al respecto. Pero además yo sabía que por lo menos en dos lugares de Cuba efectivamente se entrenaban mexicanos: el PETI 1, en la Sierra del Rosario, provincia de Pinar del Río, con un grupo de veinticuatro mexicanos, y el Punto Cero, situado en Guanabo, en la parte este de Cuba.

A mí me habían solicitado para darles conferencias a esos mexicanos, porque, con la experiencia que yo tenía de la guerra de guerrillas y por mi vínculo con los movimientos latinoamericanos, siempre se me solicitaba desde el Frente América para que yo fuera a conversar un rato con los extranjeros, a pasarme un día en su campamento, transmitirles mi experiencia junto al Che, etcétera. Por eso yo en dos oportunidades había ido al PETI 1 para entrevistarme con aquellos mexicanos. En una tercera oportunidad fui invitado al Punto Cero para entrevistarme con un grupito de diez mexicanos que se preparaba para lo que nosotros denominábamos lucha clandestina en las ciudades.

Este no era más que el trabajo ideológico en las ciudades. Pero a ese personal también se le enseñaba cómo preparar cualquier tipo de explosivo, cómo abrir cualquier tipo de cerradura, ya fuera de una casa, un almacén o una caja fuerte, cómo fabricar todo tipo de bombas, incluso las denominadas minas cazabobos, que se montaban en teléfonos o interruptores de corriente y demás, así como en relojes, bolígrafos y toda

esa serie de artefactos. Se les daba clases de espionaje y contraespionaje, así como de seguridad permanente. A mí me llevaron al Punto Cero no para transmitirles lo que ellos necesitaban, porque yo no tenía bastantes conocimientos en lo que a lucha clandestina se refiere, pero por una cuestión de solidaridad, porque ellos se habían enterado de que había estado ya en el PETI 1 y también querían conocerme. Así que fui al Punto Cero y por eso sabía que en aquel grupo había dos dirigentes para la lucha clandestina, cuyos seu- dos se me olvidaron. Entonces me indignó aquella entrevista de Fidel en la televisión, y más todavía al ver sus miradas vacilantes para la periodista y su sonrisa irónica, me dieron ganas de correr a donde estaba él, gritarle que era un mentiroso y decir: «Yo puedo mostrarles en estos momentos dónde los mexicanos están preparándose». Mi indignación fue tan grande que, verdaderamente, no pude ni dormir, me pasé la noche conversando con mi señora, explicándole hasta qué punto estábamos siendo engañados y que a mí me dolía seriamente, porque yo quiero mucho al pueblo mexicano. Claro que en la guerra revolucionaria se le debe mentir al enemigo, pero nunca a su mejor amigo, y México había demostrado ser prácticamente el único amigo verdadero de Cuba en la América Latina, año tras año, en todos los eventos y reuniones a nivel mundial. México, aunque hubiera problemas de diferencias políticas, siempre actuó con nosotros a pecho abierto, y nosotros estábamos allí actuando contra ese país, escondidos por debajo del telón. Yo me fui diciendo: «Entonces, ¿las revoluciones siempre son mentira o se basan en el engaño? A aquellos que todavía tienen fe en las revoluciones, ¿se les debería decir: “No se embarquen en la Revolución, que todo es mentira”?».

Claro que al revés puede ser que se hubieran colado agentes de la CLA entre esa gente, pero eso ya es muy distinto, porque en ningún momento, cuando se localizaron trabajos de espionaje en Cuba por parte de algún funcionario mexicano, tuvo la culpa el gobierno de México, siempre fue cosa del gobierno norteamericano. No quiero decir que todos los mexicanos sean puros, por necesidad los hay que se venden por dinero, sólo que no se puede culpar al gobierno de México de haber sido traidor con respecto a Cuba, mientras el de Cuba lo ha sido con respecto a México, le ha mentido siempre: ya hacía muchos años que Cuba estaba preparando mexicanos, y eso siempre se ha negado totalmente.

En cuanto a esos mexicanos que se entrenaban, puedo decir que les vi un gran fervor revolucionario, un gran deseo de hacer cosas, una actuación

muy seria. Mucho me gustó el hecho que no se dejaban imponer las costumbres nuestras, porque uno de los defectos fundamentales que hemos tenido nosotros siempre es tratar de imponer nuestras ideas sobre cómo se debía hacer la guerra en un determinado país, sin tener nosotros experiencia de su idiosincrasia. No digo que en Cuba no se conozca nada de la idiosincrasia de los distintos pueblos, pero el personal que teníamos como profesores en nuestras escuelas de guerrilla poco sabía de cultura y, entonces, muchos de los que habían ido a prepararse a Cuba, cuando regresaban a su país, prácticamente era con las ideas fidelistas, para implantar una revolución semejante a la cubana. Aquellos mexicanos consideraban que una revolución en un determinado país se debe llevar de acuerdo a las condiciones de ese país, y ellos consideraban que los cubanos estábamos equivocados en nuestra forma de transmitirles muchas cosas, iban diciendo: «Nosotros somos más norteños que caribeños, aunque hagamos frontera con el Caribe, no somos de las mismas costumbres. Nuestro pueblo tiene una idiosincrasia muy distinta a la del pueblo cubano».

Entre ellos había indios y mestizos, pocos blancos, los que tenían la piel un poco blanca se veía que también tenían sangre india. Y había otros que eran indios puros, el típico hombre azteca con una piel bastante prieta, un pelo gordo pero lacio, la nariz ancha, el cuerpo gordito y bajito.

38
El Ministerio del Interior es el verdadero gobierno, lo demás es pura formalidad

Fui nombrado en 1978 uno de los tres jefes rotativos del Batallón de Seguridad que dependía directamente de Abrantes. Como siempre, el general Abrantes tratando de ponerme ante una situación difícil, buscando la forma para que yo no diera resultado y él pudiera presentarme a Fidel como un incapaz. Bueno, yo siempre tuve suerte, conseguí navegar en aguas claras...

El Batallón de Seguridad estaba compuesto por nueve compañías especiales para la seguridad personal de Fidel y los demás dirigentes, y en aquellos momentos contaba con once tenientes coroneles, cincuenta y seis mayores, del número de capitanes y tenientes no me acuerdo. Casi todo el batallón eran oficiales. Su papel específico es la responsabilidad de la seguridad total del Palacio de Gobierno, donde se encuentra la sede del Comité Central y de otras instituciones de mucho rango a nivel de Estado.

Para la seguridad de Fidel estaban prestos todos los organismos del país, porque dondequiera que él se moviera, además de la Seguridad personal, había toda la Contrainteligencia. La seguridad personal sólo era una parte de la Contrainteligencia, pues ésta tenía varios departamentos para todo lo que era la Seguridad del Estado en general, desde la industria hasta la persona de Fidel. Adondequiera que se moviera Fidel, pues, también se movía un aparato muy fuerte, y los primeros movilizados eran los oficiales del Equipo de Seguridad, éstos estaban por arriba del jefe del Batallón de Seguridad y ellos eran los que me ordenaban. El que estaba al cargo de aquel Equipo también era el general Abrantes: aparte de ser ministro del Interior, él tenía directamente en sus manos la seguridad personal de Fidel.

Era él quien me ordenaba cómo establecer tal o tal sistema de seguridad, a su lado tenía cinco coroneles encargados, en tumos rotativos, de ponerse en contacto con los jefes de la seguridad personal de Fidel y, con ellos, establecer las vías por donde Fidel se iba a desplazar, según dónde debía ir; y en distintas intersecciones de esas vías de inmediato se iban a

parquear ocho o diez vehículos, con un personal vestido de civil, incluso algunos disfrazados de mecánicos y simulando arreglar un auto que se hubiera roto en la vía. Otros podían ir en moto, en distintos tipos de vehículos, todos capaces de responder a cualquier situación, con un equipo radio, que no era señalativo pues su antena parecía la de una radio normal de automóvil.

En el Batallón de Seguridad había aproximadamente mil hombres, y en la guardia personal, dos compañías especiales. De éstas salían diez hombres en tres coches que todo el mundo conocía, pero delante siempre iban dos o tres autos más, con placas particulares, detrás también dos o tres, y por las calles paralelas siempre una o dos por cada lado. O sea, que cada vez que Fidel se trasladaba de un sitio a otro, le iban acompañando un promedio de cuarenta hombres para su seguridad personal, además de los que se habían podido situar en los lugares adonde debía llegar.

En el lugar adonde iba a llegar Fidel, primero se hacía con antelación un despliegue de hombres a los cuales nunca se decía con certeza si el Comandante iba a visitar aquello, sólo que eso era una posibilidad. Entonces, de esos cinco coroneles, iban uno o dos con su equipo de trabajo a coordinarse allí con el Partido y con el jefe de la policía del lugar; ya se habían puesto previamente en contacto con el jefe de la Policía Nacional, el general Romarico Sotomayor, o su adjunto Pascual Martínez Brasa. Lo primero que la Contrainteligencia tenía que hacer era consultar su fichero y buscar qué personal, en ese lugar específicamente, no era adicto al proceso revolucionario: ese día a esas gentes se las dejaba libre, percibían su jornal, pero no se les acogía en su trabajo. Sus puestos de trabajo y sus casilleros se controlaban, a ver si no se encontraba algún objeto para sabotaje, atentado o cualquier cosa que pusiera en peligro la seguridad del Comandante. Eso iba hasta el punto que una gran cantidad de trabajadores, si acaso se enteraban de una visita avisada de Fidel, ya iban ellos a preguntar a su jefe:

—Bueno, ¿qué?, ¿mañana vengo o no vengo?

Y el jefe les contestaba:

—No, no vengas, o si tienes algo que hacer en casa, resuélvelo y ven después.

En otros casos la Seguridad personal, o sea, la Contrainteligencia, reunía a todos los obreros no adictos al proceso revolucionario y se les decía:

—Bueno, miren señores, no se pongan bravos, pero verdaderamente se da una situación que impide que ustedes mañana vengan a trabajar, porque el Comandante va a visitar este lugar y ustedes no deben estar. Les pedimos una total discreción de todo esto, no vayan explicando a nadie el motivo por que no van a trabajar, esto no debe ser conocido por otros que ustedes.

Se les pagaba su día de trabajo y no pasaba nada, ellos se ocupaban con los quehaceres de su casa y ¡tan contentos! Claro que ellos se aprovechan de esa situación.

* * *

En el Palacio de Gobierno, delante de la puerta de cada dirigente de rango debía permanentemente estar de guardia un mayor o un capitán, mientras el dirigente estuviera en su despacho. Nadie podía entrar a ningún despacho sin previa y directa autorización de la ayudantía del propio dirigente. Además, tratándose de los primeros mandatarios, en esto me refiero a los miembros del Buró Político, o sea, los dueños y señores del país, antes de llegar a su despacho había que pasar por un pasillo de acceso controlado con una técnica de rayos X, eso independientemente de que ya antes el visitante debía despojarse de cualquier arma de fuego o arma blanca, como de cualquier objeto cortante que pudiera traer encima, dejándolo depositado en un car- petero junto a la ayudantía. En una cabina se encontraba un compañero que controlaba el pasillo con los rayos X; al que pasaba por allí se le veían prácticamente hasta las materias fecales en la barriga. Aquel pasillo generalmente tenía como tres metros de largo por dos de ancho, pero el que daba acceso a la oficina de Fidel medía unos doce metros más o menos y, aparte de los rayos X, también contaba con un tipo de técnica de circuito cerrado, que también se utilizaba para los primeros dirigentes.

Según pude darme cuenta, no se tenía confianza en nadie en absoluto. Yo hubiera pensado que, tratándose de los miembros del Buró Político, no se utilizaría aquella técnica, y en alguna que otra oportunidad cometí ese error de no utilizarla y me llamaron para reprochármelo. Lo notaron porque siempre había una cinta magnetofónica que iba grabando sonido y vídeo, y, después de terminar su tumo de trabajo, cada uno tenía que llevar esa cinta a su jefe y firmar en un libro especial. En sus momentos libres, o cuando lo estimaba conveniente, el jefe la consultaba y así podía verificar si bien se había aplicado la técnica. Por ese motivo yo fui requerido en dos o tres

casos en los que me había dejado llevar por lazos de amistad, como por ejemplo con Osmany Cienfuegos. Con Osmany llevábamos unas relaciones muy personales y además, como era el hermano de Camilo, nunca pensé en la posibilidad de que Osmany Cienfuegos tratara de hacer nada contra el Comandante. Eso se entendió, pero, no obstante, el propio Abrantes me llamó la atención diciéndome que por allí nadie, ni siquiera él mismo, podía pasar sin que se le aplicase la técnica aquella.

Delante de las puertas de los miembros del Buró Político era aún más, tenía que haber una guardia permanente veinticuatro horas en el día, estuviera o no el dirigente. La única diferencia era que, cuando el dirigente no estaba, aquella guardia no hacía más que un recorrido por el pasillo, pues los dirigentes del Buró Político estaban ubicados todos en el mismo piso pero no en una sola banda del edificio sino en las cuatro direcciones, y entonces había un pasillo de casi tres metros de ancho, totalmente tomado todo por circuito cerrado, en el que la guardia hacía un recorrido de unos cincuenta metros. Siempre dos compañeros venían al encuentro, uno mirando para allá y el otro para acá, eso se llama la guardia de tipo alemán. Para los miembros del Comité Central que no pertenecieran al Buró Político sólo se mantenía aquella guardia de recorrido.

Las ayudantías dependen del Ministerio del Interior, que es la fuerza que brinda seguridad, tanto a Fidel como a los dirigentes, pero el Ministerio del Interior es la rama en la que Fidel se ha apoyado para hacer todas las cosas: es el Ministerio del Interior quien le informa a Fidel de todos los desmanes, todos los problemas que existen en el país, es quien lo alimenta en información; le da todos los cuidados. De allí se sacan a los agentes que van al exterior, y es Fidel quien tiene que aprobarlo. Fidel ha enseñado que casi toda esta gente que sale al exterior le informe directamente a él, de ahí que todos los miembros del Ministerio se sientan en un escalón muy por encima de los demás militares.

Tienen todos los privilegios. Se ven con Fidel en una casa operativa, en una casa protocolo, Fidel los cita en su despacho, Fidel sale de pesquería para instruirlos sobre algún trabajo o informarles de algún trabajo. Los actos considerados como contrarrevolucionarios han sido procesados por Interior y a la vez informados directamente a Fidel. O sea, que el Ministerio del Interior es quien ha brindado toda la seguridad a la economía, a lo estatal y a todos los organismos en general. Ha sido Fidel el que ha instruido al Ministerio del Interior a tener un Buró de Inteligencia y

Contrainteligencia en cada ministerio, en cada fábrica, en cada centro de trabajo. Y son esos los que informan lo que sucede en cada lugar. Eso debe dar una idea de lo dura de la situación en Cuba. Una unidad de M.I., digamos «Tropas Especiales», que es de la Seguridad del Estado, tiene un Buró de la Contrainteligencia para tener un organigrama, un máster de todas las actividades de los miembros de Tropas Especiales. De todas sus relaciones, quiénes son sus familiares, cuáles son sus gustos, cuáles sus debilidades, sus vicios. En todo. Cada unidad tiene eso, aun siendo de la propia organización. Los miembros de Tropas Especiales son los que le dan seguridad a Fidel en todas sus actividades, ya sean de recreo, políticas, de cualquier índole: Seguridad Personal, que son cientos de hombres, tiene en cada provincia una unidad de la S.P, tiene también de la Inteligencia. Un ejemplo, Seguridad Personal tiene un Buró de Contrainteligencia, pero para la seguridad de él está Tropas Especiales, está Seguridad Nacional, pero también está la Seguridad del Estado. Cuando Fidel se mueve a cualquier lugar, yo digo que es ignominioso por la cantidad de recursos que desplaza. El Ministerio del Interior es el verdadero gobierno. Lo demás es pura formalidad.

Como el caso de la ayudantía de los dirigentes. Las ayudantías consisten en que, por ejemplo, un miembro del Buró Político tiene un equipo de oficinas, y ahí está su ayudante ejecutivo, que viene siendo su segundo, ese ayudante tiene otro, tienen las oficinistas, las secretarias o secretarios, eso forma el equipo de la ayudantía del ministro Fulano... Todo ese equipo es de la Seguridad del Estado, porque además tienen la función de velar por el ministro, o por el miembro del Buró Político: de hecho de controlarlo. Y dentro de ese equipo hay uno que está para informar directamente a Fidel y que no se sabe cuál de ellos es. Ese cargo está designado directamente por el ministro del Interior, y esa persona trabaja para el ministro del Interior, que es también jefe de la Seguridad Personal de Fidel; es así como se trabaja y por eso es muy difícil llegar a Fidel. Un ejemplo, cualquier grupo de ayudantía, cada miembro del Buró Político tiene su grupo de ayudantía compuesto por no menos de diez personas, que está para toda la documentación, para llevárselo todo masticado al jefe. Baste con que tú seas una oficinista del equipo de ayudantía; tú puedes llamar por teléfono al hotel que a ti te dé la gana y decir que llamas de la ayudantía, por ejemplo, de Machado Ventura, uno de los más poderosos del Buró Político; y cuando dices: «Ayudantía de Machado Ventura; nosotros

necesitamos una habitación a tal hora para Fulano de Tal», todo el mundo se pone patas arriba; si no la hay, la inventan... Tú puedes llamar a cualquier restaurante de turismo a tomar reservación para cuatro, seis u ocho, para la oficina del primer secretario del Partido de La Habana, que es miembro del Buró Político.

Llegas con una carta del servicio, ves al capitán del restaurante, y te llevan casi cargado a la mesa, entregas la carta al capitán y puedes pedir lo que quieras: ni siquiera pagas, firmas el cheque no más.

Y eso que a los lugares reservados a los turistas extranjeros ningún cubano puede entrar. Yo me he encontrado en el caso de que, por conocer Cayo Coco —que conozco aun antes de tener vías de comunicación por tierra, porque era un lugar para llevar a dirigentes extranjeros que iban a prepararse a Cuba para la lucha: era un lugar para pasar dos o tres días de pesca—, he llevado allí a varios extranjeros, por ejemplo, a Francisco Caamaño, a descansar dos o tres días; aquello es muy lindo. Después que hicieron la carretera y lo hicieron centro de turismo, yo sentí la necesidad de llevar a mi señora y a mi hijo, sabía que al ir allí el consumo era con dólares, y me indignó mucho porque para llegar de La Habana a Cayo Coco hay que gastar más de sesenta dólares en combustible y, al presentarme a la garita, una posta de la policía, de la Seguridad específicamente vestida de policía, que es el que te controla, me preguntó:

—¿Quién eres?

—No, yo vengo a visitar Cayo Coco.

—Pero tú eres cubano, ah, no, no, tira pa'tras que esto es para turistas extranjeros.

Y yo le digo:

—Pero yo vengo a pagar con dólares, no con moneda nacional.

—No, no, no; aquí puedes traer oro si quieres, esto es para turistas extranjeros, te dije ya. Desocupa el área.

No le interesa que seas un coronel, quién seas no le interesa, y te tratan de la misma forma. Puedes encontrarte un caso excepcional que te trate con respeto... Sólo te respetan si eres el hijo de un dirigente, si llevas alguna credencial especial o si tu nombre está en la lista de los cubanos autorizados a entrar. Cuando me reconocían, les daba mucha lástima, mucha pena. «Benigno, nosotros sabemos que usted es uno de los que debería entrar aquí y pagar con moneda nacional, pero no está en la lista. Me da una vergüenza con usted...» Uno de ellos me dijo: «Mire Benigno, me da tanta vergüenza

tener que decir a usted que no puede pasar, que se me hace un nudo en la garganta y no hallo cómo decírselo». «No tengas, pena», le dije, «tú estás cumpliendo con tu deber.» «Es que no lo entiendo, Benigno, no lo entiendo», y vino otro más osado, sin saber él quién yo era, y me dice: «Bueno, pero cubano de los que está en Miami o... No, no, no, pero si quieres entrar aquí tienes que irte a Miami primero y volver como turista». Lo miré y me dieron ganas de decirle como veinte cosas, pero estaba diciendo una verdad tan grande que me quitó toda la fuerza que tenía encima.

Eso me hace recordar lo que me dijo un negro que fue invasor en la columna del Che: «Mira, antes los blancos estaban arriba y los negros abajo; lo que ha sucedido con la Revolución es que ahora los negros estamos debajo de los blancos; pero todos estamos abajo».

Uno de mis papeles era tener siempre el salón de reuniones listo para cualquier tipo de reunión imprevista, porque casi ninguna reunión era planificada, la mayoría se hacía de momento y eso era como un maratón, había que correr, avisar, localizar a Fulano de Tal que estaba por Matanzas, a otro que estaba por Oriente, y mandarles correr porque había una reunión urgente con el Comandante. Por eso yo debía tener acondicionado permanentemente el salón, o sea, poder ofrecer alcoholes y refrescos, conocer los gustos de cada dirigente tanto para las bebidas como para el tabaco. Todo debía estar listo permanentemente, especialmente los teléfonos, para que los dirigentes pudieran sin molestarse ni molestar a los otros comunicarse con cualquier objetivo en el país, ya fuera un puesto militar, una sede del Partido, etcétera.

Cuando se llamaba a esas reuniones, todos acudían corriendo, los que llegaban un poco retrasados tenían que dar una justificación, como niños explicándole al padre por qué se demoraron. Entonces Fidel, con su agenda, empezaba a dar explicaciones sobre tal punto o tal otro y, después, mientras los dirigentes allí presentes daban sus opiniones, él se quedaba agarrándose la barba y mirándolos muy detenidamente, o a veces haciendo figuritas en un papel. Se discutían los puntos durante tres, cuatro y hasta seis horas y al concluir cada uno se llamaba a una votación. Cuando todo el mundo creía haber aprobado un punto por mayoría, al final Fidel se paraba y hacía un resumen de la reunión —ya fuera del Buró Político, del Consejo de Estado o del Consejo de ministros, ya que él preside los tres. Y entonces uno se daba cuenta que la reunión prácticamente se había hecho por gusto, porque

en el resumen no aparecía nada de lo que habían discutido los miembros presentes, sólo la última palabra, que la decía él, y entonces a cada cual le empezaba a darle tareas de acuerdo a cómo él veía las cosas, y cada uno salía bastante aliviado, por el hecho de que esas tareas ya eran responsabilidad de Fidel y no de ellos.

También había reuniones cuando se tenía que discutir el problema personal de algún determinado miembro del Buró Político; tratándose de un simple miembro del Comité Central, Fidel no aparecía. Para que él estuviera presente tenía que tratarse de un funcionario que tuviera rango de ministro o algo así, y entonces prácticamente eso ya no era una reunión sino una descarga, el hombre se quedaba delante de él, humillado, con la cabeza baja, esperando que eso terminara para poder jurarle: «No, comandante, yo me comprometo con usted y la Revolución que esto no va a suceder más; yo le aseguro a usted que voy a cambiar esa situación, voy a tomar esas cosas en cuenta, sólo necesito una oportunidad para demostrarle a usted que esto no va a suceder más y que de hoy en adelante voy a trabajar en base al socialismo». Entonces Fidel se levantaba, le echaba el brazo a la espalda y lo acompañaba hasta la puerta, convencido de que su arenga había hecho el efecto que él esperaba.

* * *

Aquí cabe contar lo sucedido a Juan Almeida.[67] Mientras yo estaba en el Batallón de Seguridad, se hizo una propaganda masiva para preparar el pueblo al llamado «periodo especial»: se le explicó que, por los problemas que tenía la Unión Soviética, la ayuda a Cuba se suspendería en más de un cincuenta por ciento y había que empezar a tomar medidas más serias con la distribución de alimentos y de todos los productos que venían del área socialista. Durante meses se dieron días enteros de reuniones, días y noches también, por todo el país, para concienciar al pueblo y buscar su apoyo. Reuniones del Buró Político, el Consejo de Ministros, el Consejo de Estado, el Pleno del Comité Central, eso no paraba, las reuniones venían una tras otra, pero claramente se veía que no se concluía, que no se resolvía nada.

En una reunión donde específicamente se trataba de la economía del país y de la situación entre la forma de mandar que era la del gobierno y la política que se llevaba con los soviéticos, Fidel empezó haciendo un esclarecimiento de la situación con el campo socialista que planteaba la disminución de la cuota que nos estaba dando, de la ayuda, de lo que nos

estaba vendiendo como tecnología, combustible, todo lo que llegaba de la URSS a Cuba. Después que hablara Fidel, intervinieron tres o cuatro miembros del Buró Político, que fueron muy escuchados. Almeida pidió la palabra y le dijo a Fidel:

—Comandante, no creo necesario explicar una vez más mi disposición por seguirlo a usted en cualesquiera condiciones. Repetirle que si soy capaz de subirme a la torre José Martí y lanzarme de cabeza por usted, eso ya no es necesario. —Pero entonces Almeida se fue acalorando un poquito, porque lo que llevaba por dentro era mucho, y así siguió dirigiéndose a Fidel—: Pero, comandante, creo que hemos llegado al momento de apartar los caprichos a un lado y sentamos a analizar la realidad.

—¿Qué vas diciendo tú? Aclara un poco... ¿Estás hablando de caprichos?

—Efectivamente, de caprichos. Es mucho lo que se está diciendo en el pueblo sobre la política nacional e internacional. Yo estoy de acuerdo que tú seas el que siga mandando, que seas el presidente hasta de los CDR,[68] de todo lo que se quiera. Pero tenemos que analizar las cosas y plantearle a nuestro pueblo quiénes son los soviéticos, qué están haciendo con nosotros y cuál es la situación verdadera que a este país le va a corresponder de hoy en adelante. Porque, en realidad, estamos gobernando basados en un capricho y ese capricho es tuyo.

—¡Tú te callas la boca, eres un comemierda y ahora mismo quedas preso!

Allí se acabó la reunión. Cuando Fidel dijo a Almeida que estaba preso, éste lo miró de una forma... Yo le tengo un gran aprecio a Almeida y allí se lo cogí más, porque ya en esos momentos yo en mi cabeza tenía las cosas claras. Almeida, pues, lo miró y le dijo:

—Usted ordena, Comandante, haremos cuanto usted desee, o, mejor dicho, harán los que aquí se quedan, puesto que yo estoy preso.

Entonces se mandó a Almeida para su casa con una escolta. El tenía su chófer y una escolta, pero lo mandaron con otra escolta, ordenándole no moverse de casa. De inmediato se ordenó poner bajo control todas las vías de comunicación de Almeida, incluso el teléfono.

Todos se habían quedado desconcertados, mirando al Comandante pero con ganas de abrazar y hasta de besar a Almeida por el coraje que había tenido de hacer aquellos planteamientos: nunca se había visto a Almeida de esa forma. Almeida es una persona más bien pasiva, incapaz de

ir en contra de Fidel en ninguna frase. Era Carlos Lage quien entonces hacía de secretario de actas para el Buró Político, aunque sin ser miembro del Buró todavía. Teniendo bastante inteligencia, él se puso en comunicación con tres o cuatro miembros del Buró Político, pero ya no en aquel lugar; entre estos miembros estaban: Carlos Rafael Rodríguez, Machado Ventura, Osmany Cienfuegos y, junto con Lage, acordaron redactar una carta pidiéndole por favor a Fidel una reflexión sobre Almeida.

No sabemos cómo fue, pero antes de que pasaran veinticuatro horas ya Radio Martí[69] estaba dando la noticia del apresamiento de Almeida, explicando que a éste lo tenían preso en su casa. Esto sorprendió grandemente a Fidel y lo puso a pensar que, aparte de Almeida, existía la posibilidad que dentro de aquellos miembros del Buró Político hubiera alguien en contacto con la CIA, y creo que esto es lo que le obligó a reflexionar. De inmediato partió para la casa de Almeida y allá se pasó más de cuatro horas conversando con él.

Al otro día ya en el pueblo de Cuba se corría entre la población llamada «gusana», o sea, la que escuchaba Radio Martí, la voz de que Juan Almeida estaba preso. Aquello obligó a Fidel, el tercer día, a presentar a Almeida públicamente, vestido de miliciano y con sus insignias de comandante de la Revolución, junto a Raúl Castro, recibiendo el último contingente de combatientes intemacionalistas llegado de Angola. Es que la noticia había revolucionado al país y, como Almeida era negro, parece que ya los negros en Cuba se estaban preparando para rescatarlo. En un argot cubanísimo, por la calle se gritaba: —Oye, ¡aceres![70] El negrito está en cana.

Y respondía otro:

—¿Qué tú dices?

Se sentía otra voz que decía:

—¡Que el puro está en cana!

Al presentar públicamente Fidel a Almeida, junto a Raúl, destruía las manifestaciones de Radio Martí. De esta forma iba tratando de demostrar al pueblo que Radio Martí lo que hablaba no era más que basura y lograr así el desprestigio de Radio Martí. Y, desde aquel tiempo, Juan Almeida sigue saliendo cada día con Raúl visitando unidades militares, centros industriales, sedes provinciales del Partido, etcétera, no se sabe si anda preso o libre. De inmediato se dio la directiva a todas las organizaciones del Partido para que salieran al paso de los comentarios que se hacían en la calle como: «Caballero, ¡ahora sí se cae el Uno! ¿Oyeron a Radio Martí lo

que está diciendo?». Se orientó a las masas del Partido a combatir aquella información. Yo me reía de la desmoralización del Partido y me daban ganas de quemar mi carnet.

Hubo una reunión sobre el asunto Almeida, convocada por Fidel, donde Fidel, dando dos puñetazos en la mesa y mirando para Furry, que era el ministro del Interior, dijo:

—Hay que buscar a fondo por dónde se ha filtrado la noticia, ¡que le voy a partir los cojones, al que sea!

«Ahí se formó la cagazón», dije yo para mis adentros. Yo sobre todo cogí miedo, ya me vi atado al mismo palo donde fusilaron a Arnaldo, porque yo era el más chiquito de todos los presentes; ante tanto alto dirigente yo podía convertirme en un buen culpable. Entonces yo decidí no salir y me quedé allí, como un bobo, me senté allí en la ayudantía de Fidel a filmar tabaco y tomar café, tratando que todo el mundo me viera. Y me preguntaban:

—Coronel, ¿usted no se va?

—No, no, ahora me quedo aquí porque mañana tengo que levantarme temprano.

Yo vi que, de todos los miembros del Buró Político, el único que quedaba adentro era Fidel, todos los demás se habían ido. Al notar eso, yo pensé: «Yo de aquí no me muevo». Y me quedé esperando. Entonces fue cuando él salió para casa de Almeida, y lo supe porque una parte de mi trabajo era quedarme junto a una cabina donde había un técnico en audio, televisión y demás, allí se hacía una guardia permanente porque en aquel local llegaban todas las señales que el Comandante pudiera desear ver, con respecto a cualquier intervención de cualquier presidente en el mundo, que se fuera a televisar o a radiar. Entonces yo era encargado de tocar a la puerta, entrar y decirle:

—Comandante, hay noticia de que el presidente de tal país va a hablar a tal hora, ¿usted lo desea escuchar?

—Sí, pásamelo.

Entonces yo le apretaba un botoncito y él ya tenía la imagen y el sonido: en su biblioteca había cinco pantallas incrustadas donde él podía ver y escuchar todo cuanto se decía en el mundo entero.

Pero otro trabajo también era quedar en contacto con las plantas de radio de los autos que él solía usar, uno de los tres que tenía, y nunca se montaba en el mismo. Yo entonces también tenía control automático de

todos los semáforos en las principales avenidas, eso lo manejaba desde el despacho que estaba al lado del suyo. Aparte de eso, en distintos puntos de la capital teníamos una policía camuflada, o sea, gentes de la Seguridad Personal. Ese día, cuando él se fue, como estaba obligado a mantener el control del recorrido que hacía, pude darme cuenta de que estaba en la casa de Almeida.

39
Juicio y fusilamiento de Arnaldo Ochoa y de Antonio de la Guardia

Cuando el 12 de junio de 1989 se abrió el expediente 1.99, el llamado Proceso Ochoa, tuve yo un sentimiento de asombro total, puesto que conocía al general Ochoa desde los primeros momentos de su incorporación a la lucha, el 26 de agosto de 1958, en la Columna 2, la de Camilo Cienfuegos. Eso sucedió en un lugar llamado Cauto del Paso, en la zona oriental de Cuba.

Arnaldo Ochoa era entonces un muchacho de quince años. Yo tan sólo tenía diecisiete, entonces se dio caso de que Arnaldo Ochoa y yo fuéramos escogidos para formar parte de la columna de Camilo y que hiciéramos la invasión juntos. También en aquella invasión venían dos hermanos de Arnaldo Ochoa, Albio y Antonio, así como un tío suyo llamado Víctor. Cuando llegamos a La Habana, se le dio a Arnaldo una ametralladora ligera Johnson y una escuadra para comandar. Al triunfo de la Revolución, cuando se mandó el primer grupo de estudiantes a la Unión Soviética, también le escogieron a él, que ya tenía un sexto grado —concretamente, primero le mandaron a Checoslovaquia; es después cuando va a la Unión Soviética para distintos cursos, reciclajes y demás. Para nosotros, los invasores de Camilo, era un orgullo ver cómo Arnaldo Ochoa iba destacándose. Y es así como un representante de la columna alcanzó las más altas esferas del gobierno, con el rango de comandante, que se había ganado por su inteligencia y valor. Muy contentos nos ponía esto a todos nosotros.

Arnaldo, después de cumplir un sinnúmero de misiones en Cuba, como en Playa Girón en 1961, en la crisis de octubre de 1962, conocida como «la crisis de los misiles», en las luchas contra bandidos y demás cosas, en la guerrilla de Venezuela como combatiente internacionalista. De ahí siguió ascendiendo, lo nombraron en una oportunidad subjefe del Estado Mayor General, después jefe de todo lo que eran las construcciones militares y el Ejército de Occidente, y así sucesivamente fue cumpliendo una serie de misiones, asumiendo una serie de responsabilidades muy importantes en el Estado.

Es entonces cuando se le dio la orden de ir a Angola como jefe de la misión cubana. Allí tuvo que enfrentar una verdadera guerra regular y otra vez demostró sus cualidades. Se le siguió utilizando, como solíamos decir nosotros en Cuba, como un apagafuegos, como un bombero. Le sacaron de Angola urgentemente cuando vino el caso Etiopía.[71] Allí le mandaron a hacer la guerra en Etiopía, regresó victorioso a Cuba. No acababa de deslumbramos su ascenso y le considerábamos muy merecedor de aquello, no solamente por su coraje y su audacia, también por su forma de ser, porque era una persona extremadamente cariñosa con todos, incapaz de herir a nadie.

Ya no sólo para los que habían hecho la invasión junto a él, sino entre todos los militares, Arnaldo se había convertido en un ídolo. Por eso nos sorprendió sobremanera oír por la radio la detención de Ar- naldo Ochoa, creimos en una equivocación, tal cosa no podía ser. El era un héroe de la República de Cuba, había sido fundador del Partido, había participado en todos sus congresos, pertenecía al Comité Central. Entonces se formó una confusión tremenda en toda la población. Yo considero que para el pueblo cubano esa noticia fue más alarmante que la misma crisis de octubre de 1962. En aquel proceso que se le hizo a Ochoa no hubo un cubano, adicto o no adicto a la Revolución, que, después de haber oído la noticia por la radio y verlo por la televisión, no saliera para comprar la prensa y leerla, tratando de entender lo que sucedía.

El procesamiento de Arnaldo Ochoa tuvo un eco en todo el país, y lo más sorprendente era ver aquel hombre quedarse quieto, tranquilo, como aquel que no ha hecho nada. Y, en efecto, bien sabían tantos generales y coroneles que habían estado con él en Angola y Etiopía que se le estaba juzgando a Arnaldo por cosas en que le había orientado directamente su propio gobierno. Una de las cosas a las que se dio más de una vuelta fue lo de la extracción de petróleo en Angola. Como ya he contado, se había luchado seriamente con la posibilidad de llevar petróleo de Angola para Cuba; como aquella industria estaba en manos de compañías transnacionales, no se hizo posible, pero a Arnaldo Ochoa se le dio la orientación de llevar petróleo a Cuba a como costara: no pagadero en divisas, sino a cambio de los servicios que él pudiera dar a Angola. Y le dieron carta blanca para actuar en Angola; Arnaldo mandaba más que los dirigentes angoleños, eso no le quepa duda a nadie. El territorio de Angola estaba dirigido por Cuba en todas sus esferas.

Como nosotros, los invasores de la columna de Camilo Cienfuegos, nos reuníamos de vez en cuando para ver los problemas que pudieran existir en torno a nosotros, de inmediato se orientó vía Raúl para que Sergio del Valle nos citara a todos urgentemente, y Sergio del Valle lo hizo de inmediato. Yo de entrada me pregunté por qué se nos llamaba a tal reunión con el general del Valle, incluso me daba pena por Sergio. Entendí que precisamente se temía que nosotros, los soldados escogidos rigurosamente en la Sierra Maestra que habíamos acompañado a Camilo Cienfuegos en la invasión, tuviéramos una reacción negativa para los propósitos de quienes habían hecho preso a Arnaldo, y que por eso nos llamaban a una reunión de convencimiento. Pero me sorprendió sobremanera que nos llamaran a esa reunión apenas iniciado el juicio de Arnaldo; me di cuenta enseguida que era porque Sergio del Valle se daba cuenta de que Arnaldo Ochoa iba a ser fusilado, y esto había sido decidido sin haber sido sancionada antes aquella medida por el tribunal ni aprobada por el Consejo de Estado.

De hecho vimos nacer dos lágrimas en los ojos de Sergio del Valle, y éste no fue capaz de continuar su reunión con nosotros. Aquello nos golpeó terriblemente, pues si Arnaldo era un hermano nuestro, que lo queríamos de verdad como tal, también nos dolía muchísimo el ver a Sergio del Valle, una persona tan noble, tan pura, derramar dos lágrimas, cosa que por cierto no le era usual, y que un hombre de tanto temple, de tanta serenidad, no pudiera ante nosotros continuar aquella reunión. El lo que hizo fue tan sólo un llamado por la lealtad a la Revolución, para que continuásemos junto a Fidel. Yo pude palpar, en la expresión que se veía sobre el rostro de todos los compañeros, que aquello iba a quedar un momento muy definitorio para todos los invasores de la Columna de Camilo. Estoy muy seguro que de todos los invasores de Camilo, que somos cincuenta y uno *los* que quedamos, a lo más quedarán tres o cuatro fieles a Fidel, pues nunca hemos entendido el porqué del fusilamiento de Arnaldo Ochoa.

Yo personalmente había tenido la oportunidad de conocerle más de cerca y creo que Sergio también, como miembro del Comité Central y por ser general de división, y por estar muy unido al equipo de la ayudantía de Raúl. Pero en todo aquel asunto lo único que yo pude conocer fue que en los interrogatorios que se les hizo a Arnaldo Ochoa y a todos los de la llamada Causa 1, se les dejó a entender que nada les iba a suceder, que sólo se necesitaba conocer unas verdades que no conocía el gobierno.

Y, si así les dijeron, es en realidad porque las cosas que Arnaldo Ochoa había estado gestionando estaban orientadas directamente por la más alta jerarquía del gobierno cubano. El tráfico de diamantes en Angola, por ejemplo, fue netamente autorizado por la Dirección Cubana, porque era una forma de conseguir divisas y éstas se le dio a Arnaldo Ochoa la misión de buscarlas a costa de lo que fuera. Eso sabemos plenamente que se trató en reuniones del Buró Político; Arnaldo no era miembro del Buró Político pero participaba en las reuniones y allí hablaba, exponía, decía cosas y se le escuchaba. Inclusive él usaba jaranas con Fidel; en un momento le dijo:

—Bueno, ¡voy a ser el Al Capone de Cuba!

Y Fidel le contestó:

—Ten cuidado con tus expresiones, que tú eres muy jodedor y, en cualquier lado, por jodienda, se te puede ir una frase de esas. Date bien cuenta que tú eres un general y un miembro del Comité Central.

Arnaldo Ochoa andaba muy libremente con Fidel, por ejemplo, tenía derecho a entrar en su oficina sin ser controlado en lo mínimo. El llegaba allí y preguntaba:

—Bueno, qué, el Caballo ¿está o no está?

Así es como él le decía, el Caballo. Bueno, en cierta oportunidad, había sido necesario que el Partido y el Ministerio del Interior sacaran una directiva prohibiendo llamar a Fidel el Caballo, fue el único que siguió haciéndolo, fue él quien solía decir: «Bueno, ¡qué cojones! Si yo siempre le conocí por el Caballo, desde la Sierra Maestra, y para mí sigue siendo el Caballo, porque es un cojonudo». Así es como hablaba Arnaldo. Entraba en la oficina de Fidel muy libremente y, en la de Raúl, nada más que tocando la puerta y empujando, ahí estaba como en oficina suya. Por eso todo lo que estaba sucediendo en aquellos momentos a nosotros nos asombró tanto. Yo sentía que me derrumbaba al darme cuenta de la forma en que a Arnaldo se le estaba manejando, manipulando, al ser sometido a un juicio televisado; era una forma de desmoralizarlo, de terminar con él. Pero bien, a los acusados lo que les plantearon fue que habían cometido algunos errores en su trabajo, que se habían pasado un poco y que la cosa no iba a ser para más, que solamente se trataba de demostrar al pueblo un ejemplo haciendo un juicio público. Inclusive se planteó la posibilidad de sacarlos por un largo tiempo fuera del país, también se habló de mandar a Arnaldo como gerente para la zona de Cayo Largo, donde existían unas cuantas corporaciones turísticas. Eso hubiera sido como una forma de desaparecerle

de la vista del pueblo, para hacerle ver al pueblo que Arnaldo Ochoa había sido sancionado. Y como el personal que hay en Cayo Largo, en todos los tipos de servicios, son miembros de la Seguridad del Estado, forzosamente a Arnaldo Ochoa se le tendría bajo control.

Entonces, al llegarse a estos acuerdos, porque todo eso está allí grabado y filmado —a no ser que estos perversos hayan desaparecido las pruebas para buscar una justificación al fusilamiento de Arnaldo, de forma que Arnaldo aparezca como implicado en el narcotráfico al igual que Tony de la Guardia y todo su aparato. Todo eso está grabado, todo, todo, porque a Arnaldo Ochoa le grababan hasta cuando dormía, inclusive fueron tan inescrupulosos que durante la última noche de vida de Arnaldo, que le permitieron estar con su esposa, también le filmaron y le grabaron. Se contó que estaba con su amante, pero eso no es cierto, porque él se había separado de su mujer de antes y había contraído matrimonio con otra compañera. De todas formas, incluso una cosa tan íntima, en la última noche de vida de él, la filmaron totalmente: no existen escrúpulos en nuestro gobierno, ni el más mínimo.

Tanto a nosotros como al propio Arnaldo Ochoa y al grupo de la Guardia nos sorprendió aquel fusilamiento, porque no era ése el compromiso al que se había quedado con ellos, sino que se les iba a sancionar para dar un escarmiento público, porque era mucha la información que estaba llegando de Estados Unidos sobre la participación del gobierno cubano en el narcotráfico. Eran agencias serias las que estaban informando y Fidel bien sabía que esa información era verídica, no había sido inventada ni preparada, y también sabía que eso se estaba discutiendo en el seno del gobierno norteamericano, porque a él llegaban las informaciones directas de los agentes cubanos infiltrados en Estados Unidos, sabía que estaban esperando la oportunidad de coger a dos o tres personajes para presentarlos con su cargamento de droga y eso con pruebas de documentación suficientes para que el gobierno cubano no pudiera negar que estaba involucrado en el tráfico.

Entonces Fidel y Raúl, que son las dos cartas principales del juego, se adelantaron a tal acontecimiento y es cuando sorpresivamente se mandó a detener e interrogar a todos estos compañeros. Primero no hubo interrogatorios sino simples conversaciones a puerta cerrada con Fidel y Raúl, con Arnaldo Ochoa y sus hombres, después con Tony de la Guardia y sus hombres. Después vino el interrogatorio y el compromiso quedó el

mismo: «Digan ustedes lo siguiente, planteen así las cosas». Así fue dicho y de eso hay las pruebas, que no lo digo yo sólo, lo dicen muchos compañeros que saben de todo el asunto, pero que desgraciadamente tienen que callar, no tienen allí ninguna posibilidad de hablar.

Se mandó a buscar a Juan Escalona, que en aquellos momentos era el ministro de Justicia. Escalona se reunió privadamente con Fidel y Raúl, éstos le dijeron que debía volver a ocupar su puesto de general de brigada para pasar a ser el fiscal en las Causas 1 y 2. Ya cuando fue nombrado fiscal, estuvo Juan Escalona otra vez en reunión con Fidel y Raúl; esa reunión duró más de quince horas. Y después, durante el proceso, cada vez que Juan Escalona salía de una audiencia, regresaba a su casa, descansaba, dormía un par de horas e iba corriendo a donde estaban Raúl y Fidel, a ser asesorado de cómo continuar el juicio, y así estuvieron todo el tiempo.

Por miedo a que Estados Unidos pudiera empezar a sacar pruebas probando la inocencia de Arnaldo, los dirigentes cubanos adoptaron una actitud más urgente y no dejaron oportunidad a nada fusilando a Arnaldo en un tiempo récord, a los tres días de ser condenado. De toda urgencia se había reunido el Consejo de Estado para determinar lo que convenía hacerse. El general Efigenio Ameijeira, se lo he oído bajo el efecto de los tragos hace poco tiempo, cuando le preguntan cómo se obligó a todos los generales a que dieran su opinión al respecto públicamente, contestó que lo que él dijo en aquella ocasión le había pesado y le seguiría pesando toda su vida, porque Arnaldo Ochoa era como su propio hermano —pero que Arnaldo Ochoa iba a morir de todas formas, mientras que él podía así salvar su vida. O sea, que Ameijeira tenía que estar de acuerdo con el fusilamiento de Arnaldo Ochoa, porque, teniendo su posición de general, no podía echarse esa carga encima. Yo le oí decir: «Ya tuve bastantes problemas, porque yo fui degradado y destituido de jefe de la policía en 1964, y no quiero más problemas, quiero terminar mis años tranquilo, bebiendo ron». Con esas mismas palabras lo dijo, y nosotros consideramos, como también lo considera todo el pueblo de Cuba, que Fidel Castro tenía que fusilar a Arnaldo Ochoa para callarles la boca a los norteamericanos, única y exclusivamente. Se trataba de desaprobar lo que decían los norteamericanos, que era una cosa totalmente cierta: los dirigentes cubanos siempre tuvieron conocimiento de todo aquel narcotráfico. Muchas cargas se cogieron de marihuana y de cocaína y las tropas cubanas de guardafrontera destruían la marihuana, es verdad que ésta se llevaba a unos

crematorios, pero nunca la cocaína. Que lo hayan hecho en alguna oportunidad para cubrir una situación, eso puede ser, pero la mayor parte de lo que se fue cogiendo en las costas no se destruyó y tampoco está en Cuba, estuvo pero ya no está.

Yo de eso deduzco, y así lo diré mientras viva, que a Arnaldo, Fití del lo tenía que fusilar para evitar que pusiera en peligro el prestigio no tanto de Cuba como del mismo Fidel, porque Arnaldo Ochoa lo sabía todo, al igual que Tony de la Guardia, al igual que Martínez y Padrón, los ayudantes de Arnaldo y Tony. Y tal es también la opinión que tiene el pueblo de Cuba masivamente, lo que pasa es que no se puede hablar de eso públicamente; pero de Arnaldo Ochoa todos en Cuba siguen hablando con amor y con orgullo.

40
Los hermanos de la Guardia: los jimaguas fuera de serie

Tony de la Guardia, antes de trabajar en el Departamento de Monedas Convertibles, no había hecho ningún negocio de cocaína, sólo allí empezó a dar los primeros pasos. Su actuación estaba totalmente autorizada por José Abrantes Fernández, ministro del Interior, quien no hacía nada en absoluto sin que Fidel lo supiera, y siempre le informaba a Fidel —eso lo oí muchas veces— de todas las cosas que estaba haciendo Tony de la Guardia, y Fidel indicaba a Abrantes puntos de detalle para orientar a Tony. No sería correcto afirmar que les oí hablar de cocaína, pues entre los dos utilizaban una serie de frases que yo no podía descifrar. Pero me llamó la atención aquello, que cuando discutían un caso como el de Machado Ventura,[72] de su prostitución, su corrupción, sus gastos innecesarios de divisas, de él y de la familia, hablaban de las cosas claramente, con nombres y apellidos, pero al respecto de otros dirigentes utilizaban esas frases raras que yo no entendía, parecía como si estuvieran hablando en otro idioma. Evidentemente ellos no querían que yo entendiera ciertas cosas que allí estaban diciendo.

También había otros elementos: ¿por qué Tony de la Guardia tenía prácticamente acceso libre, por lo menos semanal, a la oficina del Comandante? Y, cada vez que se le antojara, le bastaba con llegar allí como él solía hacer, echándole el brazo a todo el mundo y preguntando: «Bueno, qué, mis socios, ¿cómo están? ¿Cómo está la cosa, cómo está el picado? Oye, si el Uno está ahí, dile al Uno que necesito verlo».

Así se expresaba él, porque Tony de la Guardia era un tipo bastante campechano y jaranero, en su forma de decir las cosas como de actuar era también muy espontáneo, pero llegaba allí con un poder que nos extrañaba. Porque normalmente se entendía que la ayudantía de Fidel Castro tenía un poder jerárquico, lo mismo a un ministro le mandábamos sentarse a esperar, pero eso no valía respecto a Tony de la Guardia. Del mismo modo que Arnaldo Ochoa solía llamar a Fidel «el Caballo», Tony lo llamaba «el Uno». Y Fidel de inmediato lo hacía pasar. En esas entrevistas yo casi nunca participaba: como que no era una reunión, sino una entrevista

directamente en el despacho del Comandante, yo no tenía nada que ir a buscar. Todo aquello me sorprendía sobremanera.

Cuando el asunto salió a la luz, Fidel preguntó: «¿Pero quiénes son esos hermanos de la Guardia?». Esa frase no la usó únicamente para con los de la Guardia, sino también con una serie de compañeros, cuando le parecía que ya habían dejado de cumplir su rol histórico, eso más o menos significaba: «Ya que ahora no me sirves para nada, ¿para qué te quiero?». A mí me repugnó bastante al oír a Fidel hablar así de los gemelos de la Guardia. Primero se habían incorporado a las filas de la policía, eso en 1959, y de allí fueron sacados para ir a formar parte de Tropas Especiales, que ya prácticamente hoy no existen. Se los puso allí por tener los dos un alto dominio de muchas cosas como natación, canoa, kayak, yate, aviación, paracaidismo, defensa personal.

Patricio y Tony eran de la más alta capa social: los mandaron a estudiar a Estados Unidos, pues la familia de la Guardia era bastante acomodada antes del triunfo de la Revolución; todos sus miembros eran propietarios de grandes mansiones. Regresaron a Cuba cuando el triunfo de la Revolución y, junto con Gustavo Machín, Raúl Díaz Argüelles y demás compañeros, de inmediato se incorporaron a las filas del Ejército Rebelde. Ellos conocían La Habana perfectamente; en aquella época piloteaban dos avioncitos de cuatro plazas, con los cuales los sábados y domingos se dedicaban a pasear a gentes para que vieran La Habana desde el aire. Esos avioncitos de ellos fueron utilizados por la Revolución hasta el punto de que ésta se quedó con ellos. También, como los hermanos tenían cada uno dos autos, éstos fueron utilizados por todos nosotros en trabajos revolucionarios.

Entonces fue cuando se incorporaron a la policía, porque les gustaba eso del patrullaje, ellos eran un par de chicos un poco locos que les gustaba andar en la calle hasta cualquier hora de la noche, y mucho más todavía si podían vestir de verde olivo, con una pistola al cinto. Ayudaron a la captura de una gran cantidad de asesinos partidarios de Batista, que se ocultaban en distintas partes del país. A esa tarea se dedicaron junto con Norma Porras y Silvio Castillo. Después pasaron a crear Tropas Especiales, para donde se llevaron un yate, que nombraron *Yate del Comandante* y cada día se fue remozando mejor. Se puso a Tony de timonel del barco y a Patricio como patrón, y a cuatro oficiales más como marinos: los compañeros Estebanel y Tenjido y dos compañeros más; también se llevaron a un cocinero.

Fidel en aquel entonces era también como un jovenzuelo, aficionado a veinte cosas que, incluso cuando a veces no se le permitía hacer por razones de seguridad, sin embargo las hacía. Le encantaba ir de pesca submarina en ese barco capitaneado y timoneado por los hermanos de la Guardia. Cuando llegaban a la zona de pesca, Patricio de un lado y Tony del otro iban nadando junto a Fidel, porque éste, como para provocar, escogía zonas altamente peligrosas, con muchos tiburones. A Fidel también le gustaba mucho la cacería y con los dos hermanos él iba a cazar por la ciénaga de Zapata o por la zona de las lagunas de La Víbora, en Pinar del Río, y se pasaba dos o tres días en cacería. Patricio y Tony eran inseparables de Fidel para todos sus *hobbys*. Cuando Fidel iba a practicar *basket*, que era uno de los deportes que más le gustaba y de verdad jugaba bien, Tony y Patricio eran de su equipo, porque Fidel nunca quiso tenerlos de adversarios en el deporte. O sea que, desde esas andanzas, ya Fidel les conocía bien a los hermanos de la Guardia, hasta el día que hizo fusilar a Tony y metió preso a Patricio, que en la cárcel vive un martirio.

No sé por qué a Patricio no se le fusiló, yo pienso que eso fue un acto de crueldad más, porque Fidel bien sabía cuánto se querían los gemelos, y que el dolor de uno era el dolor del otro. Eso ha sido como una tortura mayor para Patricio, yo digo que hubiera sido más humano fusilar a Patricio junto con Tony. Ellos siempre se les veía juntos, vestían igual y calzaban los mismos zapatos, también cuando iban de civiles. Yo, que era íntimo amigo de ellos, a veces conseguía diferenciarlos, porque Patricio se dejaba las patillas un poquito más largas; de lo contrario, cuando ellos estaban los dos cerca y yo quería hablar con uno determinado, a los cuatro o cinco metros de caminar con ellos, llamaba: «¿Tony?». Y el primero que me miraba, pues ése era Tony. Vivíamos permanentemente juntos, al lado de Fidel. ¡Y este señor tiene el descaro de preguntar quiénes eran los hermanos de la Guardia! Mejor que sus propios padres los conocía él, porque aunque ellos no eran miembros de su Seguridad personal, dondequiera que estuviera Fidel también estaban los hermanos de la Guardia. A ellos les gustaban mucho todas las cosas esas de seguridad, inteligencia, contrainteligencia. Siempre se enteraban del lugar adonde iba Fidel, mucho mejor que cualquier comandante, aunque no fueran oficiales superiores: Tony sólo era sargento de primera clase y Patricio subteniente, pero ellos siempre sabían para qué lado se iba a mover Fidel, y cuando llegaba éste ya estaban ellos allí, ayudando en lo que se llamaba limpieza de la zona.

Con el tiempo fueron teniendo más responsabilidades; Patricio llegó al grado de general. Fueron los iniciadores de Tropas Especiales, que abarcaban muchas tareas, pero uno de sus papeles importantes era darle cobertura directa a las Escuelas Especiales llamadas PETI en la provincia de Pinar del Río y algunas otras zonas del país, que como ya he contado, en aquellos tiempos eran estrictamente secretas, de forma que, cuando había algún dirigente latinoamericano preparándose allí, no podíamos dejarle salir de su escuela. Como, al principio, los que teníamos conocimientos de guerra de guerrillas éramos casi todos campesinos analfabetos, se utilizó mucho a Tony y Patricio de la Guardia, a Estebanel y a Tenjido como profesores de distintas materias en aquellas escuelas, independientemente de sus otros trabajos. Siempre ellos estuvieron muy unidos, hasta el punto de que ellos, por los conocimientos marítimos que tenían, cumplieron misiones en Colombia o Venezuela, tal como llevar cargamentos de armas a las guerrillas de Douglas Bravo, Fabio Vásquez, Camilo Torres, Domingo Laín, que todos fueron entrenados en Cuba. Todos los que eran dirigentes latinoamericanos los preparaban Tony de la Guardia, Patricio y, más tarde, Pascualito (Pascual Martínez Gil). Después, algunos campesinos, oficiales ya, que habían pasado escuela en la Unión Soviética y adquirido un cierto nivel de sexto o séptimo grado, se fueron seleccionando muy cuidadosamente para llevarlos como profesores a aquellos lugares, pero siempre Tony y Patricio siguieron altamente vinculados a ellos. Como los PETI eran parte de Tropas Especiales, ellos cumplían distintas misiones llevando armamento, así ellos llevaron una gran cantidad de armas a Cabo Verde. Los necesitábamos mucho a Tony y Patricio por varios motivos: dominaban perfectamente el inglés, tenían un alto conocimiento de todo lo que era navegación marina, y mil cosas más.

Su papel en la lucha de liberación en Africa y en América Latina fue inmenso, al ir llevando a todos esos lugares el armamento que Cuba se dedicó a distribuir, tomando de todas las armas que se habían cogido al gobierno de Batista y después las que se tomaron en Playa Girón: cañones, tanques y todo se dio en ayuda a Nicaragua, Guatemala, Cabo Verde, etcétera. Todo eso fue llevado a cabo por Tony y Patricio y algunos miembros más de Tropas Especiales, que se hacían pasar por pescadores de la flota cubana. Ellos conocían bien la pesca, hacían de patrones y timoneles de los barcos pesqueros, iban en algunas oportunidades en los barcos de pesca llamados Landa 4. El armamento se llevaba en tanques de

cincuenta y cinco galones cerrados herméticamente, con las armas plegadas en dos partes y conservadas con aceite de armamento para cualquier situación: si se tenía en cualquier momento que abandonar la carga en el mar, no había riesgo de que se echara a perder. De esa forma ellos fueron entrando todos los fusiles Fal que se usaron en Venezuela, que los llevó el barco francés *La Couvre* en 1960 desde Bélgica a Cuba. En casi todos los despachos de armas participó Fidel, así como en los entrenamientos que ellos dieron a todos los dirigentes que vinieron a Cuba. Eso era un gozo para Fidel y él iba cada semana, a veces se aparecía a medianoche y entonces también aparecían los mellizos, como, por ejemplo, en el lugar llamado La Amazona, en Pinar del Río, que era altamente estratégico, pues allí se tenían los dirigentes más buscados de América Latina. Fidel podía aparecerse allí a cualquier hora del día o de la noche en un helicóptero, y los hermanos de la Guardia le estaban siempre esperando. Entre los que estaban al lado de Tony y Patricio tres o cuatro murieron en Angola, como Estebanel y Tenjido, o en Venezuela, como Briones Montoto: ésos habían sido fieles compañeros de Tony y Patricio y cumplieron cientos de misiones a Colombia, Venezuela, Guatemala, Nicaragua.

Ellos recorrieron el mundo cumpliendo misiones de Fidel; tomaban parte en todas las operaciones ilegales que Cuba realizaba en el mundo. Hacían todo lo que a Fidel se le antojaba: como sacar al coronel Francisco Caamaño de Inglaterra. Estuvieron durante la guerra en el Líbano, Palestina, Vietnam. Organizaron la Seguridad de Salvador Allende cuando al ser elegido presidente fue víctima de un intento de asesinato; estuvieron con él en el Palacio de la Moneda cuando el golpe de Estado de Pinochet; también se ocuparon de la seguridad de Agostinho Neto en Angola. Como hablaban muy bien inglés, se hicieron pasar por marines para infiltrarse en el Escambray. También estuvieron con Manley en la isla de Granada. Como responsables de los guardafronteras, tenían a su cargo la vigilancia de las costas cubanas, sobre todo en los puntos en donde se esperaban desembarcos de la CIA. Por eso en Cuba los llamaban: «Los jimaguas[73] fuera de serie».

41
Derrumbe moral de la Revolución. Tuve que jugar el papel de cobarde para cuidar el pescuezo

El apresamiento del general José Abrantes, siendo ministro del Interior, se dio también en 1989, fue la llamada Causa 2, inmediatamente después del juicio a Ochoa y, de hecho, no salió vivo de este trance. Según la versión oficial, murió de un infarto en la cárcel poco tiempo después de ser condenado. La base de aquel juicio fue que Abrantes, después de hacer tantas cosas junto al gobierno, tuvo ambiciones personales que se las escondió a Fidel. Abrantes tenía en un banco en Suiza dieciséis millones de dólares sin que ninguno de los dirigentes lo supiera. Era parte del dinero que le iba entregando Tony de la Guardia de sus negocios en el departamento Monedas Convertibles, dirigido por él y asesorado por el ministro del Interior, José Abrantes y el propio Fidel. Otra parte de este dinero era de lo que las organizaciones revolucionarias de Argentina y Uruguay mandaban para Cuba a través de Manuel Piñeiro, para tenerlo en lugar seguro, pero, de hecho, Cuba disponía de ese dinero.

El problema es que así van las cosas en Cuba: yo soy el rey y te permito que robes, pero sólo un poquito, no al igual que yo... Uno puede tener, como tenía Abrantes, un mayor de la Seguridad del Estado en la República Popular de China viviendo allá con su familia con un salario de seiscientos dólares, siendo su único oficio el de enviar langostinos a su amo para su merienda y su picnic. A otro oficial de igual rango mantenía también Abrantes en México para hacerle llegar cigarrillos Chesterfield y Camel, que eran los que él fumaba; y otro más en París para enviarle todo tipo de cosméticos y perfumería. Eso no sólo se lo permitía Fidel a Abrantes, sino que lo aprovechaba, pues él mismo muchas veces, para regalos de las Navidades del Comité Central (en Cuba estaban prohibidas las Navidades al pueblo, pero, dentro de la cúpula del Comité Central, sí se celebran) acostumbraba mandar unas canastas a las casas de los primeros dirigentes y de algunos diplomáticos; aquellas canastas llevaban un camero o un cerdo, iban adornadas con todas las frutas del trópico, pero tampoco podían faltarles el dulce español, el coñac Napoleón, el vino español y el

buen perfume francés. Entonces Fidel mandaba pedir a Abrantes: «Dile a Abrantes que me mande de su reservita tal y tal y tal cosa».

Cuando Fidel mandaba pedir diez pomos de perfumes, Abrantes le mandaba treinta, siempre se hizo así, porque el que iba casi siempre era el jefe de escolta, el coronel Cesáreo, y él lo traía en su auto a un almacén secreto en Siboney, ahí en las cercanías de donde está el Hospital CIME. Eso era la zona privada, altamente «congelada», digamos, donde todo lo que se movía era Seguridad del Estado, andara en bicicleta, en *jeep*, en tractor o en lo que fuese. Por allí igual se encontraba a veinte encaramados en tractores vigilando una carretera, chapeando una cuneta, haciendo cualquier cosa, como si aquello fuera un centro agrícola. En realidad los dirigentes que vivían en toda esa zona, como para dar un ejemplo de incrementar la agricultura, efectivamente estaban roturando las tierras de sus patios para sembrar hortalizas y demás, pero no lo hacían ellos mismos, tenían a una o dos gentes que les sembraban las plantas y ellos iban por la tarde, después de haberse bañado, a ver cómo estaba la siembra. Y las cosas siguen siendo así, por supuesto.

Entonces, bueno, Abrantes le mandaba a Fidel no solamente perfumes, sino todo cuanto él le solicitara para sus regalos. Se hacían distintos tipos de regalos de acuerdo a las personalidades: cajas de tabacos, estuches de bebida, el famoso coñac que se fabrica en la llamada Isla de la Juventud[74] y se envasa en unas canequitas de caolín que rezan: «Regalo del Consejo de Estado. Fidel Castro». Abrantes era el que manejaba todas esas cosas. Los mejores puros también se almacenaban allí, para el almacenamiento de tabaco se tenía una bodega aclimatada para mantenerlo en una temperatura acorde. De la misma forma, en la estantería de perfumería que había allí, ninguna perfumería en París por grande que sea lograría tener la mitad de esos productos, a la cantidad que fuera se encontraba cualquier tipo de perfume o cosmético. También se almacenaban todos los equipos electrodomésticos necesarios para una casa, desde una licuadora hasta una fregadora de vajilla, un tipo de utensilio que en Cuba se conoce muy poco, únicamente a esos niveles, porque, como las señoras de los dirigentes no se pueden lastimar las manos, hay que comprarles la fregadora de vajilla.

Abrantes manejaba al dedillo todo lo que podían ser los compromisos y gustos de Fidel, sin excepción ninguna, y para eso estaba él responsabilizado de tener a gente como el propio Tony de la Guardia, que era uno de los que se encargaban de comprar para el Comandante en el

exterior. Una cosa graciosa, que no es una sátira: Fidel un día planteó públicamente que iba a dejar de fumar y nunca más se le ha visto fumar un puro en la televisión, ni tampoco en la calle, pero en su casa sí que fuma, cualquier cantidad de tabaco, porque él tiene una fábrica de tabaco particular que se llama Laguito, que está precisamente enclavada cerca del Laguito, en Cubanacán, en la zona residencial o, mejor dicho, diplomática. En una casa de esas que más bien parecen ser embajadas, allí está su fábrica personal de tabaco, con torcedores de alta calidad. En realidad, Fidel no ha dejado de fumar en ningún momento.

Bueno lo del tabaco será un detalle. Lo de los tráficos no, y de allí es donde se fue viendo todo el derrumbe de la moral. Aquello me afectó seriamente, pues yo nunca podía creer que mi país, mi gobierno, se metiera a cosas semejantes, y eso es lo que me fue obligando a hacer análisis de muchas cosas que yo iba viendo y que no quería creer. También es donde se fue viendo el resquebrajamiento que iba sucediendo en una gran parte de la alta oficialidad del Ministerio del Interior.

Lógicamente muchos se preguntarán por qué uno no denuncia, es que no se podía denunciar, porque esos miembros del Ministerio del Interior de quienes yo hablo despachaban directamente con Fidel. ¿Entonces a quién voy a denunciar? ¿Ante quién voy a denunciarlos? ¿Qué es lo que voy a decir? Simple y llanamente tenía que optar por hacer el papel de cobarde, callar para cuidar mi pescuezo es lo que tenía que hacer y eso es lo que me iba a mí confundiendo tanto, que yo tuviera que convertirme en un cobarde, no combatir las cosas mal hechas como se me había enseñado que debía hacer. Fui viendo que toda aquella gente cometía grandes errores y hacía grandes barbaridades; el Partido los llamaba, les pasaba la mano y no les pasaba nada. Sin embargo, cuando un simple militante hacía cualquier bobería, de tomarse cuatro vasos en una calle y tener un riña personal, por eso era seriamente sancionado. Pero es tan grande el terror que no se puede hacer otra cosa más que callar.

Volviendo a Abrantes, a éste al final se le fue la mano, porque no sólo se descubrió lo del dinero, sino que también corrió el rumor en el Ministerio del Interior de que había algo más serio. Según parece, en aquellos momentos se estaba tramando algo como un posible golpe de Estado. Se dice que Abrantes se autotituló jefe del Ejército de lo que iba a ser el futuro gobierno, y, adelantándose a los acontecimientos, ya hasta tenía un

uniforme militar, con los grados que le debían corresponder, en el closet de su casa.

Parece que Fidel, a pesar de sentirse altamente traicionado por un colaborador tan allegado, tomó la decisión de no fusilarlo y solamente de meter preso a Abrantes. Con eso quería impedir que la situación empeorara, pues ya el escándalo por los fusilamientos de Ochoa y Tony había sido tan grande que, si se fusilaba a Abrantes, habría que fusilar a otros también, entre ellos a unos cuantos generales y coroneles. Pero también es una manera de controlarlos y saber hasta dónde llega la conspiración.

Las corporaciones son unos negocios establecidos entre Cuba y empresas extranjeras que se encargan de introducir en Cuba determinados tipos de productos: efectos electrodomésticos, medicinas, etcétera, que personalidades amparadas por la situación que tienen en su país han logrado llevar hasta Cuba. A cambio, eso les permite, a su vez, sacar de Cuba todas las riquezas, como materias primeras u objetos de lujo, obras artísticas, joyas antiguas, todo tipo de cosas. Se acusó mucho a los norteamericanos de saquear Cuba, pero parece que a Fidel lo que no le gustaba era que sólo fueran los americanos y, por lo tanto, abrió un espacio a japoneses, franceses, ingleses, brasileños, españoles sobre todo —hasta el punto de que volvemos otra vez a tener el látigo del español sobre nuestras espaldas. Un ejemplo patético es que en toda esa cadena de hoteles como el Habana Libre, el Riviera, el Capri, el Nacional, el Meliá-Varadero y muchos otros, que tienen ahora los españoles, jamás se admite como trabajador a un negro, a un viejo o a un impedido físico, se ha vuelto al mismo sistema que implantaron los españoles en la época de la colonia, considerando al negro como un animal que razona un poquito más que éstos, pero animal queda, y lo mismo con el impedido físico o el pasado de edad. Allí sólo puede trabajar un personal altamente cualificado y con la tez blanca.

Abraham Maciques, el presidente del Instituto del Turismo, está al frente de todo lo que son las corporaciones y él sí que se fue enriqueciendo muchísimo personalmente, así como otros tantos que están al lado de él y en otras esferas del gobierno. También Osmany Cienfuegos: se tiene conocimiento de que, por ser ministro de Turismo, ahora tiene negocios con dos o tres firmas extranjeras, donde él mismo ha puesto dinero suyo, más de ciento cincuenta mil dólares, y lo gracioso es que él no tiene por qué tener un dólar, no se sabe de dónde Osmany habrá sacado esos dólares. Y como Osmany hay cantidad de dirigentes, por ejemplo Machado Ventura,

miembro del Buró Político, que también ha puesto dólares en una firma argentina dedicada a exportación de medicinas cubanas. Esa firma se abrió en noviembre de 1994 en la Avenida de Rancho Boyero. Machado Ventura y otro dirigente, Fernández Mel, tienen buena suma de dinero puesta en esa firma argentina. De hecho, toda la dirección del gobierno cubano está haciendo inversiones de dinero en distintas empresas extranjeras.

42
Prefiero que me fusilen antes de volver a meterme a una revolución

Vale la pena volver bastantes años para atrás, pues es importante mencionar la zafra de los diez millones, como se le llamó a la zafra de 1970, porque aquella burrada queda como uno de los mejores ejemplos de la irresponsabilidad de Fidel. En aquella fecha Fidel se había encaprichado en hacer diez millones de toneladas de azúcar y, para cumplir con su palabra, no le importó poner en peligro todos los recursos del país. Como no teníamos la técnica suficiente para garantizar la zafra, fue necesario sacar de los centros de trabajo más del cincuenta por ciento de los trabajadores, ya fueran obreros de la construcción, obreros industriales, de ferrocarriles, del comercio, de las escuelas. Prácticamente todas éstas se cerraron para garantizar la presencia de profesores en la zafra. Hasta se movilizó a la fuerza aérea en aquellos momentos, cuando era necesaria una guardia aérea permanente y los pilotos tenían que hacer un esfuerzo tan extraordinario, poniendo en juego no solamente su vida, sino equipos que costaban tanto dinero. Algunos de ellos se negaron por no entender que se les exigiera ir quince días a cortar caña; los que quedaban en la base aérea tenían que realizar doble trabajo; luego, los que regresaban de la caña tomaban el relevo de éstos, y éstos a su vez se iban a la caña, o sea, que no tenían descanso alguno y es conocido que un piloto necesita obligatoriamente tener descanso para poder pilotear, sobre todo, aviones de guerra. Hubo específicamente el caso del capitán Sergio Pérez, hijo del comandante Crescencio Pérez, que por negarse a cortar caña lo expulsaron del Partido y le dieron baja de las Fuerzas Armadas, y el hombre fue a parar al ICAP (Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos), de conductor de un vehículo de piquera y allí estuvo hasta que le llegó su jubilación. Y como ese caso hubo muchos. El compañero Orlando Borregos, un colaborador muy cercano del Che para asuntos económicos, que era viceministro del Azúcar en aquellos momentos, fue destituido de su cargo porque le planteó al Comandante, y fue el único en hacerlo, que no era posible llegar a los diez millones de toneladas de azúcar con la técnica y la fuerza de trabajo

que se tenía y, además, que de acuerdo a la cantidad de caña que se había sembrado ni moliendo la tierra se daríán diez millones de toneladas. Fidel se molestó grandemente, le dijo que era un imbécil, que no sabía nada, destituyó al viceministro de Azúcar, y efectivamente, escasamente se pudo llegar a ocho millones de toneladas. Pero para alcanzar esos ocho millones de toneladas, hubo que invertir, en capital y mano de obra, lo que representa un valor de veinte millones de toneladas de azúcar, así que, aunque se hubieran logrado, hubiera sido una victoria totalmente pírrica o, mejor dicho, una derrota. El mismo Fidel planteó que había sido un revés convertido en victoria, pero la victoria no sólo no la vimos porque las necesidades seguían siendo las mismas, sino que se fundió el país: toda la economía y la fuerza de trabajo se puso en función de la zafra. Se paralizó absolutamente toda la economía del país; sólo continuaron funcionando las escuelas de entrenamiento para extranjeros. Llegaba cualquier delegación al país y veía tanto a los obreros como a los profesores y universitarios cortando caña, entonces consideraban que era una fuerza muy grande, que allí había un amor muy grande por Fidel y la Revolución, pero no era así: se iba a cortar caña obligado, por no quedarse marcado para toda su vida. El que se negara a ir se le consideraba como contrarrevolucionario y, por lo tanto, cuando en su centro de trabajo se fuera a vender un refrigerador, un televisor, una máquina de coser, una bicicleta, una lavadora, esa persona no tenía los méritos para solicitarla. Entonces, para tener derecho a cualquier equipo electrodoméstico, había que comerse el mundo. También, para despertar el interés del pueblo, se llevó una campaña para formar brigadas de hombres extraordinarios en el corte de caña; a esos hombres se les regalaba un auto o un refrigerador al terminar la zafra o se le daba un viaje a algún país del campo socialista con los gastos pagados. Se puede decir que eso fue un intento de hacer llegar hasta el propio pueblo la corrupción en la que empezaban a vivir todos los dirigentes.

No creo que el Che hubiera aceptado nunca ese sistema de corrupción que se ha impuesto en Cuba. Considero que Camilo en los primeros momentos era un hombre incorruptible, pero por el amor que le tenía a Fidel —él decía que prefería dejar de respirar antes que dejar de creer en Fidel—, él hubiera terminado por corromperse al lado de Fidel, hubiera tenido que virarse; no para defender su honor, sino el de Fidel.

En Cuba los actos públicos han desaparecido; eso, primero, porque es muy difícil conseguir que la gente acuda o que no se marche al poco

tiempo. Ya nadie quiere escuchar a Fidel, ni los propios revolucionarios, porque se llevan treinta y tantos años oyendo el mismo discurso: en materia de derechos humanos somos un ejemplo para el mundo entero, somos esto y somos lo otro, cumplimos y sobrecumplimos tal y tal cosa, tenemos las fábricas más grandes, los puertos pesqueros más activos, etcétera, pero el pueblo ni ve pescado, ni ve tejido, ni ve nada. Y el gobierno, dándose cuenta de eso, ha llevado a realizar estos actos a teatros. Y cada vez, al otro día del discurso, el Comité Central orienta a la televisión a hacer la retransmisión del discurso de Fidel simultáneamente por todos los canales, durante una semana, un día sí un día no. Radio Reloj y Radio Rebelde los leen todo el día durante esa semana, y en esos días nunca se corta la luz. Independientemente de eso, el discurso es publicado en todos los periódicos. Hay controles a nivel de cuadra, a ver quién escucha a Fidel y quién no, entonces todo el mundo pone la tele para que se oiga que la han puesto, aunque la gente no escuche. Y resulta ser un acto de alegría cuando Fidel por fin concluye con la frase «Patria o muerte».

En los teatros donde ahora se celebran los discursos de Fidel, los organismos tienen que mandar una cuota determinada de invitados, todos militantes del Partido, buscando que todos aplaudan a lo que dice Fidel. Y es como se dice en Cuba: «Al que no quiere caldo le dan tres tazas». Puesto que ese señor va a hablar, entonces se divide el país por municipios, cada municipio en varias zonas, y en cada zona se abre una casa que se tiene como salón de reuniones, allí se cita a todos los militantes de la Juventud y el Partido, y éstos obligatoriamente, sin excusa ni pretexto, tienen que ir a esa cita. Y entonces da pena ver que entre toda aquella masa militante, doscientas, trescientas o cuatrocientas personas, todo el mundo se va durmiendo, nadie se entera de que Fidel está hablando. Por supuesto, siempre hay dos o tres alcahuetes a los que se les oye decir:

—Pero caballeros, coño, despiértense, el Comandante está hablando.

Y siempre también hay quien contesta:

—No jodas, chico, no jodas, estáte tranquilo.

El que tiene sueño y se está durmiendo trata de retirarse para un lado donde ese individuo no le vea, a ese punto hemos llegado nosotros. Ya se entiende que no es que nosotros queramos esta Revolución, sino que nos obligan a quererla, y a quererla tal y como Fidel se la plantee, aunque así no esté al gusto de nosotros. Yo sí hice la revolución y la hice a pecho abierto, pero si tales son las revoluciones de las cuales tanto se ha anunciado en el

mundo entero, pues yo no quiero saber más de ningún tipo de revolución en mi vida, y ya no haré nada, no moveré un dedo para ningún tipo de revolución. De eso sí que estoy seguro, no importa quién me quiera obligar, aunque me pase como a Arnaldo Ochoa: incluso prefiero que me fusilen, mejor que seguir viviendo en una Revolución como ésa.

* * *

Mucho se ha preguntado si nunca hubo atentados contra Fidel Castro. Yo sé de algunos que se intentaron últimamente: por ejemplo, cuando él fue a Venezuela para asistir a la toma de posesión del presidente Carlos Andrés Pérez. Fidel tenía en su escolta a un negro muy alto y muy fuerte y éste en un abrir y cerrar de ojos desapareció sin saber nadie cómo. Se ha dicho que a ese negro lo había reclutado la CIA, pero es muy posible que haya sido otro dirigente y hasta es lo que yo creo más factible. Ese negro hacía de guardaespaldas, siempre tenía que ir sentado detrás del asiento de Fidel. Y llevaba una maleta de tipo muy corriente, pero la tenía habilitada con una ametralladora Uzi y dos granadas. El más tarde confesó a la Inteligencia cubana que tenía la misión —cuando ya el avión estuviera aterrizando en Venezuela, todo el mundo con los cinturones puestos, listos para el aterrizaje— de ejecutar su acción; ya tenía preparado el depósito de las balas y, para él mismo, llevaba cianuro. Es una pena si todo estaba bien preparado, yo no apoyo ningún tipo de asesinato, pero tampoco considero que alguien que logre matar a Fidel cometa verdaderamente un asesinato, creo que más bien ejerce la voluntad del pueblo. Bueno, resulta que este individuo, en el avión, antes de salir del aeropuerto José Martí, estaba sentado, como tenía que estar, detrás del asiento de Fidel, pero se puso nervioso y empezó a sudar y a sudar. El médico de Fidel, que estaba cerquita, lo notó y le preguntó qué le pasaba, porque también era tarea del médico supervisar los nervios de la escolta. El negro contestó: «No, no, médico, nada, nada».

Pero, al ver que el hombre seguía sudando y temblando, no se podía contener, el médico fue a tomarle el pulso y es cuando aquel negro, que se estaba acobardando, empezó a dar gritos, diciendo que él no era culpable, que le habían mandado hacer eso aunque él no quería. Así se supo que el hombre había sido preparado para hacerle un atentado a Fidel en pleno avión. El avión estaba en la pista todavía. Al negro de inmediato lo cogieron, lo desarmaron, le quitaron todo y lo llevaron a la guarnición de

los boinas rojas, que es la Unidad Especial de Seguridad, que trabaja directamente con Raúl Castro, y al segundo día ya lo habían fusilado.

Más tarde, más o menos a mediados de 1994, se presentó otra situación en lo que se puede llamar el patio de la casa de Fidel, que está situada en la Calle 198, entre la Avenida 5 y la Calle 190. El fondo de la casa de Fidel está en frente de Tropas Especiales y en ese patio se hizo un centro de entrenamiento para paracaidistas, hombres- rana y todo tipo de soldados. Ese lugar también lo usa Fidel para hacer ejercicio, allí va él a correr, a jugar *basket*, porque hay canchas para *basket*, para fútbol, para todo tipo de deporte. Y como él es aficionado a casi todos los deportes, allí los practica con su escolta y alguna gente de Tropas Especiales bien escogida. Al fondo, ya en la parte de la Calle 190, estaban las oficinas de la empresa de electrónica Copestel, cuyo director era Ramiro Valdés, y desde esas oficinas, que quedan a unos doscientos metros del campo de entrenamiento, se hizo un disparo. Según se pudo saber, el proyectil era de fusil Remington, norteamericano, y se usó mira telescópica. Cuando se hizo el disparo, Fidel iba corriendo junto a uno de los escoltas, pero parece que Fidel era como si estuviera copiando a Sánchez Mosquera, aquel coronel de la dictadura de Batista que tan difícil nos resultó cercar en la Sierra Maestra: Sánchez Mosquera solía quitarse el uniforme de coronel y dejárselo a cualquier soldado, poniéndose él de soldado, por eso, un día que creimos que Sánchez Mosquera había sido muerto en combate, resulta que en realidad era un soldado vestido de coronel. Allí sucedió lo mismo: en aquellos momentos Fidel solía intercambiarse el vestuario con su escolta para salir a hacer ejercicio, entonces iban corriendo él y el escolta, los dos de tamaño y constitución bastante similares, y seguramente el que disparó se confundió, además les veía de espalda... Parece que tampoco estaba preparado para disparar dos veces, que la cosa estaba muy sincronizada; hubo un solo disparo, que a la escolta le llegó por la espalda y le partió el corazón. Con mucha braveza nuestro comandante se tiró por un lado y se dio un buen golpe en la clavícula, al punto que se le tuvo que hospitalizar como dos o tres días.

Quedó muy calladito el asunto, nadie se enteró, pero de inmediato se hizo una redada en todo el barrio de Miramar, hasta las hormigas que andaban caminando parecían ser de la Seguridad, eso era un infierno. A los tres o cuatro días, en una reunión del Buró Político, se acordó destituir a Ramiro Valdés, sacarle del Comité Central y mandarlo para su casa hasta

una próxima ubicación. Efectivamente fue mandado para su casa en calidad de preso, sospechándose altamente que hubiera sido él quien había propiciado el atentado. La cosa no se ha logrado esclarecer más, o no se ha querido esclarecer, porque se tiene miedo a una Causa 3, a una Causa 4, etcétera. Por eso, aunque han aparecido hechos más contundentes que los de las Causas 1 y 2, todo se ha resuelto por arriba, a luz obscura, por ejemplo el caso Aldana,[a] en el cual hay mucha gente implicada, pero no conviene plantearlo.

43
Hablar de la corrupción de los miembros del Comité Central sería una tarea interminable

¿Cómo están las cosas hoy en Cuba, cómo se vive? No hay combustible para poder llevar ni un enfermo al hospital y, sin embargo, los hijos de los dirigentes y todos los dirigentes y familiares tienen los mejores vehículos, tienen combustible las veinticuatro horas, no para ir a hospitales sino para veranear- A nosotros, los que somos parte del pueblo, que no somos del Comité Central, se nos prohíbe ir a cualquier centro turístico, pagando los gastos con algún dólar que le haya llegado a alguien de su familia en el exterior. Sin embargo los hijos de los dirigentes, que no trabajan y no estudian, andan a bolsillo lleno de dólares y sólo tienen la preocupación de escoger a qué centro turístico ir.

Entre la Cuba de 1958 y la Cuba de 1995 yo veo una diferencia bastante grande; y es que en la Cuba de 1958 sin duda alguna existía un régimen dictatorial, que verdaderamente oprimía a cualquiera que se opusiera contra él, pero a uno le quedaba la posibilidad de no meterse en nada y entonces se podía tener un negocio, vivir libremente. De hecho sí que se mataba, se desangraba gente en las calles, pero según se sabe siempre aquellos muertos habían tenido que ver con la revolución de una forma u otra, o sea que efectivamente se mató de forma bárbara, pero no se puede decir que se mataran inocentes, porque yo considero que todo aquel que pertenezca a una organización armada, dirigida contra un determinado gobierno, debe saber lo que está haciendo, que va a matar y que también lo pueden matar; entonces no se le puede considerar como inocente. En aquellos momentos, aunque sufríamos de una represión horrorosa, quedaba la posibilidad no solamente de sobrevivir, sino de creamos un futuro, mientras que, desde el triunfo de nuestra Revolución para acá, ese futuro va desapareciendo y nuestro único posible porvenir es tratar de subsistir magramente.

Bajo el gobierno de Batista claro que había desempleo, pobreza, existía el descalzo, el desnutrido, pero era una minoría, sobre todo entre los campesinos de la Sierra Maestra, que éramos los más aislados y por eso la

guerrilla tuvo éxito allí. Pero hay que recordar que mucha de la gente pobre de las ciudades, sobre todo en La Habana, la mayor parte de esa gente quería vivir alrededor de las ciudades sin ninguna necesidad y de trabajo no quería oír ni hablar. Hoy día tenemos una situación muy distinta: derecho a la escuela gratuita, derecho a los hospitales gratuitos, etcétera, pero nos faltan por ejemplo las medicinas y por eso se están muriendo en Cuba tantos niños y también personas adultas, por falta de medicamentos. Esto se lo cargamos al imperialismo, pero la cosa no es tan sencilla.

Hoy en Cuba hay más de un millón de desempleados; no lo decimos, pero ahí están. Aunque también es mucha la gente que ha dejado de trabajar como profesionales, por ejemplo, médicos que prefieren dedicarse a un trabajo clandestino como la artesanía, porque en las fábricas clandestinas pueden conseguir hasta doscientos pesos diarios, mientras que trabajando en un hospital ganaban trescientos cincuenta al mes. Por eso han abandonado el hospital y, además, también porque en el hospital se vuelven locos: llega un enfermo y no hay una venda, un algodón, un antibiótico, no hay medios para socorrer al que sufre, lo mismo éste se muere y después la culpa se la cargan al médico más que al hecho de que no existen las más mínimas condiciones en los hospitales. El ochenta por ciento de las enfermeras cubanas abandonaron los hospitales, aunque en estos momentos la desocupación es tal, que están regresando algunas.

Yo tengo el ejemplo de mi hermana, que es licenciada en enfermería y me explica que humanamente no podía seguir trabajando en tales condiciones: a veces ha tenido que trabajar tres días seguidos sin tener un relevo porque los médicos no habían venido, y eso viene de que en el hospital no se le garantiza a nadie un desayuno, un almuerzo o una merienda, nada más un vaso de agua caliente, y eso con el calor que hace.

En Cuba, hoy día, después de cualquier intervención quirúrgica, como digamos una apendicitis o una hernia, a un enfermo lo operan a las ocho de la mañana y a las doce del mismo día lo despachan para casa, mientras que antes se le concedía una semana de hospitalización. Pero una casa no tiene las condiciones de un hospital; por más aseada que esté la casa siempre quedan bastantes bacterias y, entonces, hay que regresar al hospital, se ha infectado la herida, se han ido dos o tres puntos, uno tiene fiebre, toda esa serie de problemas. Entonces hay que volver al hospital para recibir un antibiótico y, verdaderamente, es ridículo que se le mande a uno del hospital para casa después de haber sido intervenido y cada dos días tenga

que ir al hospital para ser curado; eso en un país donde ya no existen ambulancias ni hay medios de transporte tales como taxis para llevar al enfermo. Es frecuente ver un intervenido quirúrgico en un camión, entre treinta o cuarenta obreros, porque en los camiones se va como sardinas en lata, y ahí, en ese camión, es donde más infecciones coges, porque, claro, todos allí vienen con ropa sucia y peste a sudor; total el enfermo llega completamente infectado al hospital. La única vía que hay para conseguir un antibiótico son unas farmacias que han puesto. En La Habana en estos momentos hay seis y tienen todo tipo de medicamentos; pero hay que adquirirlos con dólares y casi nadie tiene dólares, no solamente a nadie se le paga un trabajo en dólar, sino que tampoco el banco hace conversión de pesos en dólares. Considerando todos los aspectos, nosotros ya hace mucho rato que hemos hecho un balance y preferimos la tiranía de Batista a la de Fidel. Honradamente, así están las cosas.

Al final el ciudadano se decide a vivir con esa penuria y bien sabiendo que tiene que andar como decimos nosotros «con pies de plomo», porque uno está vigilado constantemente y, si se mueve un poco, de inmediato se alerta a su centro de trabajo, a la dirección o, si no, al Partido, al agente de la Contrainteligencia. Porque, hay que recordarlo, en cada centro de trabajo en cada fábrica o lo que sea, está un oficial de la Contrainteligencia atendiendo en todos los aspectos, inclusive hay una sección de la Contrainteligencia que se dedica a atender a los CDR, Comités de Defensa de la Revolución, otra a la Federación de Mujeres Cubanas, y así con todo el mundo: hasta las unidades de las Fuerzas Armadas, además de la Inteligencia militar, tienen a un hombre de la Contrainteligencia para controlar a los propios militares, aun en el trabajo. Esas medidas se empezaron a tomar hace muchos años, al principio de la revolución, desde que comenzaron las infiltraciones norteamericanas; de allí para acá se ha constituido en todo el país, a lo largo y ancho, las llamadas BRR (Brigadas de Respuesta Rápida), que son los informantes de los distintos organismos. Igualmente en cada cuadra de edificios, eso puede parecer exagerado pero de verdad así es, existe un informante de la Inteligencia, uno de la Contrainteligencia y otro del DTI, Departamento Técnico de Investigación, que en la cuadra no se conoce quiénes son.

Muchos de esos informantes no es que sean adictos al proceso revolucionario, más bien son personas de la más baja calaña entre las que hay en la cuadra, un delincuente inclusive; a éste, cuando lo quieren tener

como informante, lo cogen y lo amenazan, igual sólo por haber una vez manifestado no estar de acuerdo con la política de la Revolución. Vienen a buscarlo, lo citan a una determinada dirección, le hacen un interrogatorio y lo entrevistan, y lo vuelven a hacer al cabo de mes y pico y otra vez más, o también lo guardan preso en cualquier unidad de la policía, porque las autoridades pueden meter preso hasta veintiún días a un ciudadano, lo dejan tres semanas en calabozos con literas de hormigón, sin una almohada, una colchoneta, una colcha, nada en absoluto. Son muchos los que ya están impuestos a que se les coja presos a cada rato, hasta el punto que, cuando ya viene el responsable del sector y lo cita para que se presente en la unidad de policía, lo primero que hace es ir a la peluquería y hacerse pelar a rape para no coger piojos o ladilla.

Además, cada vez que se da una concentración en la plaza o una fecha como el 1 de mayo, el 26 de julio o fiestas nacionales como carnavales, todo aquel que haya sido procesado por una causa u otra, o los llamados desafectos a la Revolución, se les recoge y se les mete en prisión hasta que se terminen estas actividades. Esa situación, que se da desde hace muchos años, hace que la población viva con un miedo perenne, en una inmovilidad total: en Cuba no se puede hablar ni expresar nada.

Todas ésas son las cosas que van cambiando la mentalidad de la gente, pues ya ese Fidel que luchaba por el pueblo, ese Fidel desapareció, ahora hay un Fidel que oprime al pueblo de una forma brutal, no le interesa su alimentación, no le interesan sus condiciones, pero sigue tomando al Che como bandera, para ablandar al pueblo, porque sabe que el pueblo ama al Che y a Camilo. Por ejemplo, en las jomadas del mes de octubre, del 8 y del 28, fechas de la muerte del Che y la desaparición de Camilo, son días en que se conmemora su memoria, se realizan campañas de trabajo, se toma a Camilo o al Che como bandera para que los obreros vayan a la agricultura. Esa gente entonces lo único que hace es trabajar, cuando llega a sus casas no encuentra la posibilidad de un pedacito de jabón para bañarse y quitarse el churre que ha cogido en la agricultura. De los dirigentes, hay algunos piadosos que les regalan un dólar a algún trabajador para que compre un jabón de baño en cualquier lugar, pero la verdad es que los obreros cubanos están convertidos unos en limosneros y la gran mayoría no está convertida en sumisa, sino que han logrado llevarla a un punto tal que nuestras masas obreras tienen un miedo terrible, van a trabajar porque no les queda otro remedio, pero no tienen ni en qué invertir su dinero, y por eso han ido

perdiendo el amor al trabajo, hoy día la única manera de trabajar a la que aspira todo cubano es trabajar en una corporación extranjera, que es la única que le brinda la posibilidad de encontrarse con algún dólar y así, de esa forma, sufragar algunas de sus necesidades más imperiosas, como conseguir alimentos para sus hijos y algún detergente para el aseo personal y esas cosas que son de primera necesidad, porque tampoco eso garantiza el gobierno.

* * *

Sobre el periodo especial, decretado en septiembre de 1990, nosotros al principio estábamos convencidos de la situación que planteaba el gobierno, pero pronto vimos que el periodo especial era nada más que para la clase trabajadora, no para los dirigentes. Estos, además, añaden el cinismo a la corrupción, pues para hacer creer que los dirigentes cubanos también hacen uso de las llamadas bodegas, igual que nosotros, tienen ahora también una libreta de abastecimiento, para que el pueblo los vea comprando los víveres que vienen normados en la bodega de su barrio. Pero es una cosa irrisoria, porque a veces pasa el mes y no van a comprar lo que les toca, esperan a que alguien les haga el favor de ir en su lugar, porque a ellos les da vergüenza que los vean en una bodega, junto con nosotros, comprando esas porquerías que nos dan.

Es cierto que a esos dirigentes a los que el gobierno les suspendió el abastecimiento a domicilio que siempre habían tenido —porque también hay que decir que ningún dirigente en Cuba paga ni alquiler, ni paga luz, ni paga gas, eso es ayuda del Estado y, además, nunca le faltan— ahora les pasa doscientos cincuenta dólares a cada casa de dirigente y, como que con doscientos cincuenta dólares cualquier casa en Cuba puede hacer una vida holgada, porque los productos son muy baratos con respecto a Europa y a otros países, y allí los productos que se venden por vía dólar son baratos, siguen siendo privilegiados.

Hablar de las corrupciones de los miembros del Buró Político sería una tarea interminable. Un buen ejemplo es el de José Ramón Fernández, que ya es un viejo de casi ochenta años. La corrupción suya empezó cuando lo quitaron de la preparación combativa de las Fuerzas Armadas, donde estaba trabajando muy bien, y lo nombraron ministro de Educación. Allí comenzó también él a practicar cosas que antes criticaba severamente y solía llamar «perversidad», refiriéndose a todas esas gentes que cogían recursos de sus

direcciones para usos particulares y, especialmente, se acostaban con chicas ajenas a sus hogares. Pues él mismo cayó totalmente en esa forma de actuar. Cuando lo quitaron del Ministerio de Educación, fue porque en aquel momento tenía cuatro queridas, en cuatro lugares distintos de la ciudad y del interior, y además les había acomodado a miembros de sus familias en cargos de su ministerio. En distintas oportunidades se le llamó la atención a José Fernández, pero, además de ser ministro de Educación, tenía todas las responsabilidades en la preparación de los encuentros deportivos, por ejemplo los Panamericanos o los Juegos del Caribe. El fue quien organizó todo eso y le salió muy bien, pero aquello no hizo sino darle un auge mayor a su prostitución.

Es una cosa bastante graciosa que, mientras en el mundo entero se considera el ron cubano como uno de los mejores, entre nuestros dirigentes ninguno toma ron Habana Club, ni Caney, ni cualquier otro que se produzca en el país. Todos son muy adictos al whisky y al coñac Napoleón. También tiene gracia el hecho que, teniendo nosotros manantiales de aguas minerales excelentes, tampoco en las altas esferas se toma agua mineral cubana, sino agua mineral francesa, tanto efervescente como natural. Esa agua llega a Cuba por contenedores dirigidos al Comité Central. A eso se dedican funcionarios cuyo trabajo específico es comprar en distintas partes del mundo las cosas que necesita el Comité Central y hacerlas llegar en valija diplomática, en contenedores que en el país de origen llevan siglas en clave para indicar que son para el Comité Central, y ya cuando llegan al país les ponen un membrete «Comité Central del Partido». Entonces se descarga todo eso en los sótanos del Comité Central, sea whisky, agua mineral, coñac, pero también televisores, vídeos, computadoras, toda esa clase de cosas: en la sede del Palacio existe la técnica más sofisticada que se pueda encontrar en el mundo, sin importar lo que cueste, siempre se hace venir la última técnica.

Otro ejemplo de corrupción relacionada con la actividad diplomática de Cuba en un país extranjero es la del tráfico de oro desde Bolivia. Aquello comenzó a raíz de restablecerse las relaciones diplomáticas Cuba-Bolivia; más o menos por los años ochenta. El encargado de organizar esa operación fue Omar, que era el seudo de Gustavo Ruiz Paz cuando fue dirigente del ELN. Allí comenzaron a presentarse una serie de problemas en tomo a un tráfico de oro tan importante, que obligaba a que hubiera tres funcionarios del Frente América en Bolivia, estableciendo contactos en distintos lugares

de la frontera. Corumbá fue uno de los lugares por donde más se sacó y también Tarija; por Chile no se logró sacar porque por allí era muy difícil; había que atravesar todo el altiplano, ochocientos kilómetros sin carretera, mientras que por las otras vías se hacía por carretera. Ellos habían logrado sobornar a unos cuantos militares que les permitían el paso libre a cambio de dinero; se les dijo que lo que estábamos haciendo era poner a salvo los archivos y documentación de las organizaciones políticas. A los militares lo que les interesaba era el dólar que estaban recibiendo, pero lo que se iba sacando en aquellas valijas eran veintitrés kilos de oro en cada una, eso de acuerdo al peso que se permite internacionalmente para una valija. Basado en eso se estuvo un año traficando casi libremente con ese oro.

Hubo en aquellos momentos una situación y es que la mujer de Omar en La Habana, una cubana que tiene dos hijos con Omar, al ver la desaparición de su marido empezó a protestar sin razón, porque ella tenía algún conocimiento del trabajo que Omar andaba realizando en Bolivia; quiso simplemente aprovecharse de la situación. Ella trabaja en un equipo de Historia del Comité Central, el equipo de historia sobre el Africa, que está situado en el barrio de Miramar. Empezó a querer dar un escándalo si no aparecía su marido. Cuando ella se entera mejor de las actividades de Omar, amenazó exigiendo que le crearan condiciones de vida mejores, puesto que vivía en una casita en el lugar llamado Habana del Este, en las afueras de La Habana, una casita que consideraba no estaba en acorde con su rango y ella exigía una casa en Miramar. Al enterarse de este chantaje, Vilma Espín[75] le resolvió lo de la casa, pero en realidad fue el Frente América, sólo que éste no quería aparecer para no dejar ver que había sucumbido a una presión relacionada con un hecho de contrabando. Es así lo que se plantea. Entonces le dieron una casa en Miramar, allí vive actualmente, y le crearon una serie de comodidades vendiéndole un auto Lada y dándole una tarjeta de técnico extranjero para que pueda comprar en el edificio Sierra Maestra.

Cuando se «quema» lo del tráfico del oro, Omar tuvo que abandonar Bolivia y va a dar a Colombia y no regresa más a su país hasta que es elegido presidente de Bolivia Jaime Paz Zamora, su primo, pero ya el tráfico de oro con Cuba se había cortado.

Después que llega Paz Zamora al poder hay una comisión cubana que va a entrevistarse con él, pero esa comisión se entrevista primero con el embajador cubano, Miguel Braguer (Lino), y le explica la situación.

Entonces le plantean a Paz Zamora el asunto que consiste en que él autorice, a cambio de comisión, el contrabando de medicinas producidas en Cuba. Paz Zamora dice que él como presidente no podía hacer aquello, pero que vieran el asunto con su hermano, que era el ministro de Salud Pública, y se arreglaran con él. Efectivamente se arreglaron con su hermano, se hizo todo, se fue ingresando una buena cantidad de medicina a Bolivia por vía clandestina. A cambio el hermano de Paz Zamora recibía una buena comisión del gobierno cubano, y eso se mantuvo hasta hace poco tiempo.

Si se considera la prostitución de toda esta gente, ya los casos de José Fernández y de Paz Zamora dejan de aparecer como excepciones. Yo conozco tan sólo una personalidad del gobierno de la que se puede asegurar que jamás ha sido corrupta, y es el general de división Sergio del Valle: ese hombre sí que siempre ha sido un revolucionario íntegro.

44

Fidel ha sido una hiena en la forma de actuar y un imbécil en la forma de pensar

Muy lógicamente considero que el elemento más importante para todo lo que sucedió en Bolivia fue la irresponsabilidad política de Fidel, su ambición de convertirse en un nuevo líder más capaz que todos los proceres de las guerras de Independencia sudamericanas. Es en gran parte su exagerada ambición que ha llevado a tanta gente a la desgracia y la desesperación. Lo único que él ha hecho para con todos los movimientos latinoamericanos consiste en su destrucción. Siempre, con todos aquellos movimientos, jugó un juego de frente y otro de espalda. Para mí Fidel es parecido a un Fouché,[76] y este paralelo casi es una ofensa a Fouché, porque en realidad Fidel ha sido una hiena en la forma de actuar y un imbécil en la forma de pensar. De verdad tal es el criterio que yo tengo, en dondequiera que me pare estoy dispuesto a decirlo. Y también que Fidel nos ha llevado a nosotros a la miseria total. Uno puede fallar uno o dos años, pero no cuando lleva treinta y seis años dando cabezazos, demostrando ser un incapaz... Yo puedo entender que un presidente esté cuatro años en el poder y no consiga ningún acierto en esos cuatro años, porque no habrán sido suficientes para poder hacer todo lo que él tenía en la mente. ¡Pero, coño, treinta y seis años son demasiados, eso es toda una vida!

Se puede fallar en muchas cosas, pero en Cuba se ha fallado en todo. Lo único que hemos hecho es hundir a esa isla, aunque, como dicen muchos, sigue flotando porque es un corcho muy grande en medio del Caribe; por eso no se hunde totalmente, aunque las barbaridades que se le han hecho eran para tenerla a doscientos metros bajo del fondo marino. Y se sigue empecinando en que Fidel es el más gran político y el más gran sabio de toda América. Cada vez que oigo esas tonterías de distintas partes de Europa o de la propia América Latina, me indigno.

* * *

Fidel trabaja en una oficina amplia, atascada de papeles. Muchos son de un alto grado de responsabilidad, pero entre aquel papeleo y los

cincuenta o cien bolígrafos de distintos colores, con todo tipo de plumas y demás, sentado allí más tiene la característica de un pintor que de un presidente, pues está continuamente haciendo distintos tipos de dibujos con tres o cuatro computadoras, estudiando cuántos frijoles trae un saco, cuántos granos de arroz trae otro saco, cuántos granos le tocan a la población, o mirar una estadística sobre cuántas toneladas importamos de la China y cuántas libras eso significa *per capita*, y después pararse en una tribuna y dar un discurso. En eso invierte él gran parte de su tiempo de trabajo. El está continuamente recibiendo todo el que llegue del extranjero, sea amigo o enemigo, y, por cierto, no es por el placer de tomar un refrigerio con ellos, sino que es un modo de propagandizarse. Aquel que ya viene con alguna idea, de un negocio u otra cosa, primeramente tiene que oírle su visión política de la situación del país por una parte, del imperialismo por la otra, de lo que están intentando hacer los yanquis, etcétera. Aquel extranjero no tiene más remedio que escucharle, pues, por lo regular, Fidel casi no le deja expresar ni por qué ha venido; después de aquello, el Comandante prosigue proponiendo ir a depositar juntos una ofrenda floral al monumento de Martí o dar una vuelta por La Habana Vieja o lo que sea, cualquier forma de transformarle la mente al visitante. Y cuando ya han llevado al visitante a admirar unos cuantos lugares que en nada le interesan, se le da una cita para otro día, porque ese día el Comandante está muy ocupado. Todo eso sirve como para irle ablandando la mente o sacarle los sentimientos de adentro a la persona —puede ser para que nos ayude en una campaña en el exterior o para mendigarle un poquito de medicinas u otra cosa. Tal es realmente la manera que tiene Fidel Castro de hacer política, a eso se dedica totalmente.

A mí sinceramente lo que me molesta sobremanera es ver tan cambiado a aquel hombre que empezó diciendo que haría tanto bien, que se dedicaría a luchar para el pueblo y con el pueblo en todas las situaciones, enfrentándose a todo. Me recuerdo hoy que en los primeros años de la Revolución no quería oír nada del turismo, considerando que eso sería una cosa funesta para el país, y así perdió miles de oportunidades de haber desarrollado en Cuba un turismo grande. Más tarde, cuando los soviéticos lo abandonaron a mitad del camino y él tuvo que abandonar ciertos principios, también se olvidó de su moral y abandonó al pueblo. Hoy no le importa nada más que el turismo y esos dólares que en realidad no sabemos adónde van a parar.

Porque siempre se plantea de que sirven para sufragar gastos a la población, para adquirir ciertos productos necesarios al pueblo, pero nunca se nota esa adquisición de productos, el pueblo de Cuba no sale del chícharo y el arroz como alimentación básica. No se puede contar siquiera con un jabón de baño. Es un sufrimiento para las mujeres el no poder lavar la ropa de sus hijos por no tener detergente ni poder conseguirlo.

A nivel de consumo, Fidel lo que sí ha hecho es favorecer los llamados. *shopping*, que hacen honor al idioma inglés como si fuéramos ya prácticamente una colonia de Estados Unidos. Se han incrementado tiendas a todos los niveles, pero por vía dólar, y eso que en este país no se le paga a nadie un solo centavo con dólares. El que tiene un dólar le habrá llegado de familiares emigrados, pero el pueblo, los trabajadores, no tienen dólares. Y eso es terrible porque todos los productos de primera necesidad están puestos por dólares, inclusive en actos públicos como, por ejemplo, la llamada Expo Cuba, donde se exhiben todos los «logros» de la Revolución: cuando en la exposición ya hubieron pasado todas las delegaciones extranjeras, en abril de 1995, se abrió Expo Cuba al pueblo, pero se tenía que pagar dos dólares por la entrada, entonces, aquellos que sí debían realmente de visitar Expo Cuba, o sea, los trabajadores cubanos, en su gran mayoría no pudieron entrar por no tener los dos dólares para la entrada.

Esas son cosas que el pueblo las critica porque de verdad le duelen, las ve abusivas y, de hecho, lo son. Lo mismo pasó con la última feria ganadera que hubo, en marzo de 1995. La burla fue peor, porque no sólo había que pagar con dólares la entrada, pero además toda la feria estaba llena de kioscos que vendían cuantas golosinas puedan existir tanto en Cuba como en el exterior, desde los más preciados chocolates hasta el más insignificante refresco, pero todo por vía dólar. Aquello era una pena, ver a padres llegar allí con sus niños para que disfrutaran de la feria, de los rodeos y acrobacias que se hacían con distintos animales, y entonces marcharse sin haber podido comprarles a los niños el más mínimo bombón, caramelo o refresco. Los niños lloraban y los padres les reñían: «¡Carajo, cállate, tú quieres que yo me convierta en dólar, yo no tengo un dólar para comprarte un refresco, eso es para los hijos de papá!». ¿Pero quiénes son los hijos de papá? Pues los hijos de los dirigentes cubanos. Esas son cosas que duelen y molestan mucho, el saber que usted ha hecho una Revolución para un pueblo, pero después aparece que sólo era para un grupo restringido.

Aquí cabe una pregunta que sí tiene su importancia: ¿puede decirse que Fidel, personalmente, también está corrupto? Lo que sí puedo decir es la vida privilegiada que lleva en relación a cómo vivimos los cubanos. Tiene casas en toda la isla, tiene la facilidad de contar no con hoteles, nunca va a ningún hotel, sino a las llamadas casas de descanso, que tiene en todos los sitios, por ejemplo, ya en La Habana conozco más de cinco. También tiene en la zona de Nazareno, al sur de La Habana, una casa que cuida un teniente coronel, que era un campesino cuando lo de la Sierra Maestra. Es una casa de descanso estilo campestre, allí tiene él, además, una selección de ganado vacuno de altísima calidad. La vaquería esa cuenta con más de cuatrocientas cabezas de ganado y con la técnica más sofisticada para fabricar queso: ahí se fabrican veintisiete clases de quesos, mientras que en todo el país falta el pienso y la alimentación para producir la leche de los niños. A las vaquerías de Fidel, que son tres, les sobra todo tipo de medicamentos y alimentos. Esos quesos específicamente sirven para hacer regalos, así como también una granja ovina que tiene en Valle de Picadura con carneros de cierta raza canadiense: ésta es para poder regalar carneros a los diplomáticos acreditados en Cuba, a cada rato llega un carro para llevarse uno. Fidel le da mucho tratamiento a los embajadores extranjeros, a los diplomáticos en general: los colma de regalos, de atenciones; les manda su médico personal cuando se enferman o cuando se les enferma un hijo o un nieto; muchos de ellos le son incondicionales, porque él los seduce así. En aquellas granjas y vaquerías tiene Fidel todos los mejores sistemas de agricultura y un grupo de agricultores altamente seleccionados por la Seguridad. También hay cría de todo tipo de aves, animales vacunos y demás.

Otra de sus pasiones es lo de los ostiones, esas ostras gigantes que han llegado a ser como un entretenimiento para el Comandante. El planteó que un cierto lugar en la provincia de Holguín tenía condiciones para hacer un criadero de esas ostras. De inmediato se comenzaron a crear las condiciones para el Comandante y allá se trasladó un equipo de arquitectos para estudiar qué se podía hacer. Recomendaron construir una casa sobre el mar, reposando parte en la orilla y con madera preciosa pues tiene una durabilidad mayor que el hormigón; para eso fue preciso entonces ir a Africa a buscar toda esa madera. En dos ocasiones se mandó un barco mercante y así se pudo realizar aquel criadero. En aquel lugar se mantienen dos especialistas de la recría y conservación de la ostra. También hay todos

los medios necesarios para la captura de la ostra, dos yates; el llamado *Yate del Comandante* está habilitado con todo lo que se puede pedir, televisión, vídeo, cocina de gas y todo lo necesario para una navegación de turismo.

La ostra que allí se cosecha es mandada al Comité Central con carros equipados de un sistema de congelación y sirve para hacer regalos a distintos diplomáticos y también a algún que otro dirigente, pero a éstos les interesa menos, porque también tienen sus criaderos. La ostra ha desaparecido en cambio entre la población. En las costas, en los cayos, en las ensenadas hay una cantidad incalculable, pero está prohibido cogerlas: según se tiene allí planteado, la ostra está para el turismo.

* * *

Todo lo que ha hecho Fidel, lo hizo para que nuestro pueblo tenga un empeño permanente con él, una deuda. Es una deuda eterna. Lo que él logró lo hizo por su gran habilidad y esto hay que reconocerlo también, es que supo llevamos hasta el límite de la humillación, que es adonde nos ha llevado, y eso es la estampa que yo veo en Marcos, el subcomandante Marcos de Chiapas en México. Yo estoy viendo en Marcos el retrato de Fidel: honradamente, lo veo así.

Yo veo a los europeos con esa simpatía hacia Marcos porque yo, a mi forma de ver las cosas, considero que en él hay un algo que trabaja tocando la sensibilidad humana de la persona para buscar un efecto y utilizarla. Yo veo que la revolución que Marcos está llevando a cabo es una campaña publicitaria. Es más la publicidad que se le da que lo que él está haciendo. Casi siempre los que terminan siendo carne de cañón son los indígenas, tanto de un lado como del otro: los indígenas de la guerrilla y los indígenas del ejército. Es como, por ejemplo, el llevar a esos indígenas a atacar un cuartel con fusiles de madera, sabiendo que los está llevando a una muerte segura, pero a él no le importó eso, sino que lo que le importó fue salir él a la luz pública como un político muy fuerte. Me parece una crueldad. No es más que una crueldad muy parecida a las que practica Fidel, queriendo hacer aparecer a los indígenas como a personas desesperadas, capaces de atacar un cuartel con armas de madera, como si la vida de los combatientes no contara, y a todo ser le importa su vida. Yo he luchado mucho, durante casi cuarenta años, y siempre he apreciado la vida con desesperación, porque la vida es el objetivo del por qué lucho.

Eso sí, yo tengo un arrepentimiento en mi vida y no tengo arrepentimiento de haber hecho una revolución, creo que, si volviera a nacer, volvería a hacer la revolución, lógicamente, la haría de otra manera. Pero de lo único que me arrepiento es de que en estos casi cuarenta años de sacrificio que he llevado entregado a la vida revolucionaria, tanto nacional como internacional, que por esa ceguedad que yo y miles como yo han tenido hayan perdido la vida tantos seres humanos en el mundo; de eso sí me arrepiento. Debo decir que mi sacrificio, tanto como el de miles de personas, prácticamente no ha servido para nada. Si lo analizamos, ha servido para algo, pero para ese algo que ha servido, según mi forma de ver las cosas, es para enseñamos que hemos sido unos imbéciles.

Sin embargo hoy no escatimaría tiempo ni momento para unirme a un movimiento que actúe por dar una vida mejor al pueblo cubano. Porque, hoy día, tengo el pleno conocimiento de que yo soy un revolucionario y dondequiera que yo pueda dar mi aporte lo daría, pero no en un campo armado. Vivo plenamente convencido que la lucha a la que nos han llevado y nos han enseñado a través de tantos años no es la más humana. Creo que es parte de nuestra precipitación; puede ser la más rápida cuando se dirige bien, pero no porque sea la más rápida deja de ser cruel, porque lo único que trae es luto, desgracia, destrucción, devastación en las cosas. Considero que, actualmente, es una virtud que en Latinoamérica hayan ido abandonando las armas, cosa que aplaudo, pues considero que, cuando hay un verdadero guía, cuando hay un verdadero dirigente, con hechos patéticos como los que suceden hoy en todas partes, si se tiene una política, convence y tiene más fuerza que cualquier armamento. Y considero que la vía de actuar debe ser la vía de las negociaciones, de las conversaciones y del entendimiento entre los seres. Creo que no son las armas. Por eso soy renuente a la utilización de cualquier tipo de armas y esto lo dice alguien que ha dedicado prácticamente toda su vida a emplear las armas: lo que digo es el resultado de la experiencia de toda una vida.

45
El bloqueo es lo único que le queda a Fidel para mantenerse en el poder: el día que deje de existir el bloqueo, dejará de existir Fidel

Para mí todo en la vida ha sido duro, es una historia bastante larga. Mi decisión de ruptura va surgiendo poco a poco: es como una pequeña fogata que comienza con la lumbre, luego surge una llama muy pequeña, hasta llegar al límite, hasta convertirse en un fuego devastador. Es así como va transcurriendo mi vida. Voy viendo cosas que van transformando mis ideas, que van transformando mi vida y, desgraciadamente para mí, esas cosas que voy viendo, que voy viviendo, me llevaron a situaciones muy difíciles, pues me obligaron a mantener conmigo mismo un secreto tal, que no podía ni con mi propia señora hablar; tenía que ser muy cuidadoso, porque entonces existía lo otro. Yo seguía queriendo a Fidel con locura, seguía creyendo en él, pensaba que quienes estaban alrededor de él eran quienes le mentían, y eran quienes tenían la verdad y no se la decían. Sin embargo, poco a poco me voy dando cuenta de que algo no andaba bien.

Porque yo tuve una primera clara visión de que todo no era como lo había imaginado a mi regreso de Bolivia, en 1968, cuando quise que me dieran una explicación sobre por qué nos habían dejado sin contactos, por qué nos habían abandonado en Bolivia, y me encontré con evasivas, medias verdades, medias mentiras. Me di cuenta que las relaciones de Cuba con la Unión Soviética habían tenido mucho que ver en el asunto. Fidel había tenido muchas divergencias, incluso públicas, con los soviéticos, y me hizo pensar que las cosas seguían igual, pero al llegar a Cuba me encuentro con que lo que se planteaba era la fidelidad a la Unión Soviética y a todo lo que fuera soviético. Desde 1968 yo sentí una gran repugnancia a todo lo que fuera soviético, aunque tenía que callarlo. Y si me tocara hacer una evaluación entre lo que son los norteamericanos y los soviéticos, tengo que admitir que prefiero a los norteamericanos, porque desde que yo nací he oído decir las cosas más feas sobre ellos, pero ellos han tenido la entereza de aplicar su línea desde siempre y no han variado su punto de vista y

siempre hemos sabido a qué atenernos con ellos, mientras que los soviéticos se vistieron de cura y en el fondo eran Satanás; por eso prefiero a los norteamericanos, porque son como son, mientras que nunca sabré quiénes son los rusos: un día son amigos y otro, enemigos; yo prefiero tener claro quién es el enemigo.

Cuando me jubilé, yo seguí manteniendo mis actividades políticas con el Partido, seguía militando en el Alto Mando del Ministerio del Interior; mi trabajo estaba relacionado con la preparación ideológica de la Juventud. El ser miembro del Ministerio del Interior presenta muchas facilidades, a tal punto que, cuando se le pide a un joven entrar en el ejército, te dice: «Si fuera al Ministerio sí», son muy ambicionadas las prebendas que brinda pertenecer al Ministerio del Interior.

Mi último cargo oficial de responsabilidad fue en prisiones, luego pasé al trabajo ideológico, me mandaron a dar conferencias en los ministerios, Partido, escuelas. Era una manera de utilizarme por haber sido compañero del Che. Luego, cuando se decretó el periodo especial, comenzó también un periodo de mucha oposición, de mucho descontento hacia el régimen: es cuando se decide darle de nuevo vigencia a la figura del Che. Me utilizan como a un ideológico, porque se supone que por mi historia tengo ascendencia ante los jóvenes. Entonces me mandaron a dar conferencias sobre el Che, sobre el ejemplo de su vida sacrificada que había que imitar, sobre su pensamiento en cuestiones económicas —debo decir que sobre el pensamiento económico del Che nunca más se había hablado en Cuba. En esas conferencias daba versiones sobre el Che que no le gustaban al aparato, comencé a cometer errores, dando opiniones delante de gente peligrosa, entonces comencé a ser considerado como sospechoso. Llegó entonces un momento en que me pusieron un chequeo, buscaron a amigos míos para que me hicieran caer en provocaciones. Como tengo la suerte de tener muchos compañeros que me quieren mucho, ellos me previnieron sobre el chequeo. Me di cuenta del peligro y decidí cambiar de técnica: cambié el tema de las conferencias, comencé a decir maravillas de Fidel, le eché la culpa de todo al bloqueo, puse a Fidel en un Olimpo mayor que el que él mismo se había creado, refutaba fuertemente a la gente que veía indecisa, a aquellos que habían venido a mí a quejarse los descuartizaba en mis conferencias, ya no hablaba del Che, sino que impulsaba al trabajo, decía maravillas de los soviéticos y le echaba la culpa de todo a los americanos, me convertí en lo que se llama en Cuba un «come candela»; eso me fue dando mucha fuerza

ante el Partido. Hasta que un día me llamaron del Comité Central para decirme que estaba autorizado a recibir y a hablar con periodistas extranjeros, y es el momento cuando recibo la invitación para ir a Francia.

Esa primera salida a Francia en 1994 sucedió por una casualidad. La invitación me llega a través de Mariano Rodríguez, un periodista relacionado con el Ministerio del Interior con quien yo había hecho mi primer libro sobre la salida de los sobrevivientes de Bolivia. Mariano Rodríguez viajó a París con el manuscrito y, con la ayuda de unos amigos míos franceses, consiguió un contrato con Editions du Rocher, que decidió invitarme para el lanzamiento del libro. Para tramitar la salida fui a la Unión Nacional de Escritores y de Artistas de Cuba (UNEAC), no fui ni al Ministerio del Interior, ni al Partido, ni al Consejo de Estado, me hice el ingenuo, hice el trámite como escritor. Tenía unos dólares que me habían mandado por los derechos de autor, pude invitar al restaurante a la gente de la UNEAC, a uno le regalé treinta dólares para que le comprara un regalo a los hijos, eso los sensibilizó y me tramitaron la salida. Me autorizaron a permanecer tres meses en París y regresé a los veintiún días. Eso les dio confianza, vieron que yo no quería quedarme. Voy de nuevo a la UNEAC a entregarles una donación que les traje de material de oficina, un ordenador y un fax que me habían regalado en París. Aprovecho para plantearles que tenía un nuevo proyecto de libro, que quería que el director de la UNEAC me ayudara a corregirlo y le escribiera el prólogo: eso los puso muy contentos. Les dije que les entregaría los derechos de autor. Pido me tramiten una nueva autorización de salida porque tengo que volver a Francia para la presentación del libro. Al mismo tiempo había recibido una invitación de la ciudad de Nantes para asistir al Festival de 1995 que le dedicaba a La Habana, así que tengo dos invitaciones en la mano. Tramito también el permiso a través del Ministerio de Cultura, que estaba encargado de la participación cubana en Nantes. Lo de Nantes se suspende porque a último momento Cuba decide no asistir. La razón que da es que lo de Nantes era una maniobra de Régis Debray y de Jorge Masetti[77] para reunir a la gusanera y atacar a Cuba. Debo decir que algunos responsables del Ministerio de Cultura no estuvieron de acuerdo con esta decisión; decían que les parecía una cobardía rehuir el debate. Pero me doy cuenta que la gestión con la UNEAC se demora. Utilizo el soborno: con quinientos dólares logro agilizar el trámite. En mi barrio yo me comportaba con absoluta discreción: no le decía a nadie que iba a salir. Sabían lo de la

publicación de mi libro, porque habían dado la noticia por la radio. Yo les decía que no quería ir a Europa porque no me gustaba el frío. Mostraba desinterés, sabía que me estaban observando y cada gesto mío era informado. El 30 de septiembre me dieron los papeles y esa misma tarde cogía el avión. Antes de salir, dejé preparada con la UNEAC la posibilidad de que mi señora y mi hijo pudieran viajar a París en las Navidades y les prometo que les enviaré con ella el resto de material informático que les había prometido. Pero, como mi señora era agente activo del Ministerio del Interior, no podía salir sin autorización del ministro. Entonces le pide al general Sergio del Valle que interceda. Este le da una carta para el ministro y otra para el jefe de Inmigración para que autorizaran también a mi hijo. Ella tuvo la buena idea de proponerle al Ministerio que, mientras durara su estancia en París, ella podía ayudar al jefe de centro de la Contrainteligencia en París, del que dependen todos los centros de Europa; como mi señora formaba parte del departamento, ellos ven un gran interés, porque éste se encontraba sin secretaria. Cuando mi mujer y mi hijo llegan a París es cuando me siento realmente libre y es cuando puedo publicar este testimonio.

Tuve la suerte de haber podido salir de esa manera, porque he podido ver gente que por la desesperación hace cualquier cosa. De las salidas masivas de gente de la isla la primera fue la que se llamó Camarioca, que se dio por presiones de la gente del exilio cubano de la clase media superior: «los siquitrillados de la Revolución», como se les llamó, y el gobierno de Estados Unidos. Se llegó a un acuerdo de «unificación de familias en el exilio»; aunque yo participé en eso, no recuerdo si fue en 1963 o 1964. A raíz de ese acuerdo el gobierno cubano aceptó la llegada de una oleada de yates que llegaban a buscar a sus familiares a un pequeño puerto, entre Varadero y Matanzas, llamado Camarioca; así salió del país un cuarto de millón de personas. Mi participación fue ayudar a transportar a los familiares que se iban en un autobús hasta el lugar de embarque. Me daban una lista en la oficina de emigración del Ministerio del Interior, entonces iba a buscarlos a sus casas. Hay que reconocer que aquello se hizo con mucho respeto, no hubo actos de repudio y se les dio un trato humano.

Se da un segundo caso cuando lo de la embajada del Perú en 1979, cuando una ola de gente se mete por la fuerza en los locales de esa embajada. Lógicamente eso tiene un motivo, y es que en aquellos tiempos se recrudece una represión férrea contra la juventud. Sobre su forma de

vestirse, su forma de ser. Muchos jóvenes fueron encarcelados por usar melena larga, las chicas, por usar falda muy corta, y allí viene una represión feroz; hasta el punto de que muchos dirigentes y miembros del Partido se metieron también en la embajada. El gobierno toma medidas, acuartela el Ministerio del Interior, invade las calles con agentes vestidos de civil para hacer creer que era el pueblo, para controlar las calles, como también las demás embajadas para evitar que también la gente las invada. Se acuartelaron también las Fuerzas Armadas. También el gobierno metió en las embajadas agentes vestidos de civil para provocar disturbios, para forzar a los diplomáticos peruanos a pedir oficialmente la intervención de la policía. Sobre todo provocaban a los que eran militantes del Partido que habían buscado exiliarse. Muchos hubo que llevarlos al hospital. El comandante Armando Acosta Cordero, coordinador de los CDR (Comités de Defensa de la Revolución) en aquel entonces, los movilizó para que realizaran mítines de repudio en todo el país contra los que se querían ir y contra sus familiares. Esta gente fue armada con todo tipo de artefactos, desde huevos, tomates, cabillas, cables, palos. Esos mítines consistían en ir en grupo a insultarlos delante de sus casas, romperles los cristales, tirarles huevos podridos; porque el gobierno se ve obligado a tomar la decisión de dejar ir a todo el que quiera irse. Llega una oleada de barcos de Estados Unidos, el gobierno aprovecha entonces para deshacerse de lo que se llamó la «lacra social», de obligar a los presos comunes a irse del país, para lo que obliga a los que venían a llevarse a sus familiares, a llevarse, por cada persona, cinco presos, cinco homosexuales o cinco personas que el gobierno no quería; aprovechó también para infiltrar así a muchos agentes de la Seguridad en Estados Unidos. Armando Acosta se paseaba por las calles con su gente, armados con bates de *baseball*, apaleando a todos los que se querían ir, al mismo tiempo que los obligaban a irse. Muchos miembros del Partido, familias enteras declaraban tener causas pendientes, o ser ladrones o homosexuales, para poder irse aunque sufrieran las palizas. La pregunta que me hacía era: ¿Por qué si se les invita a irse, por qué se les humilla y golpea de esa forma tan despiadada? En esa época yo estaba en la Seguridad de Industrias Básicas, pero ya comenzaba a no comprender, sobre todo, los actos de repudio. Entonces opté por encerrarme en mi oficina y en mi casa. Todo esto de la embajada del Perú concluyó con los llamados «marielitos», de Mariel, nombre del puerto por donde salían los que se iban.

De ahí hubo una cierta «normalidad» hasta agosto de 1994, cuando se produce otra nueva oleada, esta vez por todas las costas de Cuba. La desesperación era tan grande que la gente se iba en balsas de fortuna, sin saber qué dirección coger. Aquello se convirtió en un negocio: las propias dependencias del Estado vendían madera, tanques de cincuenta y cinco galones, o cualquier materia que flotara; por supuesto que todas estas compras se pagaban en dólares. Así fue como un grupo de jóvenes tuvo la valentía de organizar una manifestación de protesta contra el gobierno en el centro de La Habana, en donde rompieron algunas vitrinas, y Fidel Castro, para demostrar que el pueblo lo apoyaba y lo quería, ordenó a las fuerzas militares de la capital a vestirse de civil, junto con los miembros del Partido, y ocupar el sitio de la manifestación como si fueran manifestantes. Cuando ya tenían todo bajo control, apareció Fidel caminando por el lugar de los hechos y los allí presentes le dieron vivas a Fidel, al socialismo, cantaban la *Internacional* y gritaban: «Abajo la gusanera». Así mostraron en todos los noticieros y a la prensa extranjera todo lo que el pueblo quería a Fidel.

Considero que éste es uno de los crímenes mayores de la Revolución: muchas familias se hicieron a la mar y perecieron en el intento; otros vendieron sus pertenencias y tuvieron que regresar cuando se dieron cuenta del peligro y se quedaron en la calle. Es un acto criminal más de Fidel Castro. Daba ganas de llorar, ver aquella pobre gente con la impotencia de no poder hacer nada. En Cuba ya no existe la solidaridad, el dólar es lo que resuelve cualquier situación. A raíz de todo esto se suicida el ministro de Economía; Fidel lo acusó en una reunión de cometer desfalco cuando él sabe muy bien que un ministro no puede tener ningún control de la economía, porque cada dirigente dirige la economía como se le ocurre.

* * *

En cuanto al bloqueo, es lo único que le queda a Fidel para mantenerse en el poder. Lo de las avionetas sucede cuando precisamente en Estados Unidos estaban dispuestos a darle otro giro a sus relaciones con Cuba; allí es que la aviación cubana decide derribar esas avionetas enviadas por una organización de exiliados de Miami, Hermanos al Rescate, para recoger en alta mar la gente que se va de Cuba en balsas. Después del derribo, por supuesto que a Estados Unidos no le quedaba otro remedio que endurecer de nuevo su posición. El bloqueo es el «Padre Nuestro» de cada día en la

isla; Fidel necesita seguir azuzando a los norteamericanos, y, cuando los norteamericanos ya no hagan nada, él irá a pellizcarlos para que reaccionen. El día en que deje de existir el bloqueo dejará de existir Fidel, de eso estoy seguro, y él sabe que tiene que morirse en el poder porque no tiene cabida en ninguna parte del mundo, ya no hay campo socialista para que lo ampare. ¿Adónde va a ir? A menos que su locura sea tan grande que le dé también por coger un barco e irse a Estados Unidos, no veo a qué país podría irse que pueda garantizarle la seguridad para su vida, no podrá nunca vivir tranquilo pensando que en cualquier momento cualquier cubano puede ajusticiarlo. El se ha acostumbrado a tener un ejército en torno suyo que garantice su seguridad. El tiene que quedarse ahí, tirándole piedras a los norteamericanos para que éstos le mantengan el bloqueo y los pobres cubanos sigamos llevando esa carga de culpabilidad. Creo a Fidel capaz de cualquier cosa. Si los norteamericanos optaran por una actitud neutra, Fidel es capaz de hacer explotar un barco mercante cubano en aguas internacionales para acusar a los norteamericanos. En el fondo, los responsables de lo de Cuba la tienen los norteamericanos. Primero apoyaron a Fidel para que tomara el poder. Cuando toma el poder, Fidel era un muchacho sin ninguna experiencia de gobierno. Se pusieron a hacerle caso como si se tratara de un alto estratega, lo ayudaron a maniobrar, a hacer el juego que él quería, le dejaron mover todas las cartas y lo dejaron llevar la situación a donde él quería. No hay más culpable que los norteamericanos. Se puede decir que ellos le entregaron Cuba a los soviéticos en bandeja de plata; ahora Cuba es una ruina desvalorizada. Veo a la gente ir a Cuba con tanta ilusión y, cuando regresan, algunos vuelven cabizbajos. Algunos conservan la ilusión porque pueden pagar con dólares los grandes hoteles a los que no pueden ir en Europa, pero en Cuba, pagando con dólares, todo es posible y los precios son más bajos.

Mucha gente sigue considerando en el mundo, y en particular en América Latina, la historia de la Revolución cubana tal y como la ha contado Fidel, pero habría que analizar mejor cuál ha sido realmente esa historia. Es cierto que en la época de Batista había una tiranía, que era sanguinaria, pero si no te metías en nada, si no le hacías oposición al gobierno, por lo menos te dejaba vivir. Hoy, si te tomas una cerveza, eres cuestionado, si te comes un puerco, eres cuestionado, mi vicio, que es el tabaco, tengo que comprarlo en el mercado negro. Fidel tiene la gran oportunidad de su vida, que es aprovechar que el pueblo quería derrumbar a

Batista. Yo estoy convencido de que a Batista había que derrumbarlo; Fidel aprovecha esta coyuntura en la que el pueblo se encuentra totalmente disgustado y por eso es por lo que el pueblo le da tanto apoyo desde el principio. Ya después, debido a la existencia de muchos intereses, empiezan a surgir unos cuantos burgueses que van ayudando a Fidel. Se va sumando gente como el propio Gutiérrez Menoyo, que abandonó sus bienes para sumarse a un grupo armado en el Escambray; como Raúl Roa; gente del PSP como Carlos Rafael Rodríguez, Machado Ventura, Osvaldo Dorticós.

Si se hace una revisión de la historia, se verá que el movimiento clandestino en la ciudad estaba integrado, al principio, por la gente menos preparada, más marginal, el trabajador simple, sin profesión: fue entre ellos que hubo la mayoría de los muertos. Al comienzo eran muy pocos los estudiantes que realizaban acciones armadas; ellos empezaron organizando manifestaciones estudiantiles, luego el Directorio Revolucionario empezó con las acciones armadas. El compromiso que llevará al puñadito de estudiantes que se va al Escambray, cuando deciden realizar operaciones armadas, es por la represión que se desencadena después del ataque al Palacio Presidencial; y después del fracaso de la huelga de abril del 1958,[78] como ya no tenían lugar adonde ir, y muchos no pudieron irse al exilio —porque todo el que pudo irse se fue—, decidieron irse al monte.

Cuando se habla de una escalada de violencia, que me parece que fue bastante voluntaria por parte del movimiento revolucionario, a la que el gobierno de Batista respondió de igual manera, me parece que tiene su culminación en los primeros tiempos de la revolución. Los familiares de los asesinados pedían paredón y aquello fue convirtiéndose en un deseo colectivo, por supuesto, propiciado por el gobierno revolucionario, y así mucha gente en Cuba quería más y más paredón. Fidel siempre ha tenido un gran sentido de la manipulación y siempre lleva la situación a donde él quiere; toda la historia de Cuba que se cuenta hoy es un invento de él. El pueblo de Cuba ha sido muy manipulado: al comienzo de la revolución se le convenció de la necesidad del derramamiento de sangre, del enfrentamiento permanente con el imperialismo, con la Iglesia. Se le convence de que las Navidades había que odiarlas porque eso era un vestigio del capitalismo. Hasta que en Cuba se llega al punto de que ningún revolucionario podía celebrar la Navidad; incluso el no revolucionario tampoco la podía celebrar por miedo a ser denunciado.

También se llega al convencimiento de que no había mejores Reyes Magos que el Estado; desaparece el día del Niño, el 6 de enero se cambia para el 26 de julio; julio ha llegado a ser como espejo de los demás meses. Hoy, que es 26, precisamente, 26 de julio, hoy es día de grandes borracheras para todos los dirigentes. Sin embargo, el 10 de octubre, que es el día en que Carlos Manuel de Céspedes, en 1868, lanza el Grito de Yara y se subleva y proclama la abolición de la esclavitud, apenas si sale una pequeña reseña en el periódico, tan pequeña que apenas se nota: se ha borrado la historia. El 24 de febrero que era un día tan esperado en Cuba, porque es cuando se celebra el Grito de Baire, que en 1895 desencadena la segunda guerra de la independencia, también borrado; ya nadie se acuerda que ese día era fiesta nacional en el país; una fiesta que se empezaba a celebrar desde el día 20 de febrero. La historia se ha cambiado como si la historia de Cuba se hubiera iniciado con el asalto al cuartel Moncada; ahora Cuba es totalmente un trozo de tierra que nace en 1953, porque de ahí data ahora prácticamente su historia.

Invito a la juventud de Cuba a la honradez, que es la única credencial ante la vida, de no tomar las armas; hoy, después de casi cuarenta años de vivir como combatiente, puedo afirmar que la guerra no es la verdad, que la guerra no da nada sino que quita, que las armas sólo traen dolor, sacrificio y separación del ser, que debemos hacer uso de la inteligencia para buscar las soluciones por vías del entendimiento, que sé que, por haber decidido no dejarme seguir manipulando por Fidel y sus secuaces, ellos me pueden llamar traidor. Hoy no tengo formas de hacerle ver a mi pueblo que eso no es cierto, puedo asegurar que estoy viviendo gracias a la ayuda de las instituciones y de amigos franceses que me han brindado su solidaridad extendiéndome su mano gratuitamente. Pero tengo tantos hermanos, como dice Atahualpa Yupanqui, que me dolería tanto que digan de mí la palabra traición, pero ésas son las consecuencias que hay que pagar cuando se toma una decisión como la mía, sin embargo puedo estar agradecido de que muchos no lo creerán, porque saben que en Cuba pude tener trato de privilegiado y renuncié a tenerlo. Mis hijos pueden caminar con la frente tan alta que se les puede quemar el sol: ningún hijo mío puede avergonzarse de ser mi hijo, ése es mi único orgullo.

Esta historia tan triste, tan llena de sufrimientos, de muertes, tiene un autor: Fidel, que de humano no tiene un ápice, tiene la sangre de una hiena. Daría cualquier cosa por verlo sentado en el banquillo de los acusados

rindiendo cuentas al pueblo por el martirio al que lo ha sometido, a ver si esta vez encuentra otra historia que lo absuelva.

Epílogo

La publicación de este libro constituye un acto político; en él pongo de manifiesto mi ruptura con el régimen de Fidel Castro. Obviamente, el lector se preguntará: ¿cómo es posible un cambio tan fundamental y tan brusco en un hombre que fue combatiente de la Revolución cubana desde la época de la Sierra Maestra, que fue un compañero del Che Guevara en Africa y en Bolivia?

Empezaré con una aclaración al respecto, dirigida a mi pueblo.

No se trata en absoluto de un cambio brusco, pues mi juicio ya vino modificándose desde que regresé de Bolivia, en el año 1968, muerto el Che y casi todos nuestros compañeros. Sentí la necesidad de hacerme una visión más clara de las cosas. Desde aquel entonces comencé a hacer una serie de preguntas, tanto al mismo Fidel como a los funcionarios del aparato cubano que estuvieron involucrados directamente en la organización de la guerrilla en Bolivia. Y fueron preguntas muy sencillas: ¿acaso no tenía Cuba la posibilidad de enviar a gente a Bolivia para buscar información sobre nosotros?, ¿cómo era posible que hubieran retirado a Francia al único contacto cubano que nos quedaba en La Paz?, ¿por qué siguieron pasando mensajes por radio pidiendo noticias sin hacer algo más?

Y las respuestas que oí no me convencieron; yo entendí que se me ocultaba algo bastante serio. Que estaban disimulando una verdad horrorosa: me surgió la idea de que tal vez el gobierno cubano, fríamente, había decidido deshacerse del Che Guevara.

Algunas personas, antes que yo, ya habían comentado esa idea. Pero me costaba creer que semejante masacre hubiera sido fríamente organizada. Sin embargo, al transcurrir los años, me fui dando cuenta de que la desaparición del Che había significado un alivio para muchos dirigentes cubanos, porque era él quien mejor veía todas las cosas malas de la Revolución, y las señalaba.

Finalmente, por ser miembro del Ministerio del Interior y conocer a muchos miembros de los servicios de Inteligencia y de Contrainteligencia, logré saber, a través de miembros del KGB soviético (entre ellos un teniente coronel hispano-soviético llamado Angel, a quien sobornamos con ron y tabaco cubanos), una información que confirmaba mis sospechas: que en el mes de noviembre de 1966, el secretario general del Partido Comunista

boliviano, Mario Monje, había estado en la Unión Soviética y que de allí había ido a Cuba para después regresar de nuevo a la URSS; que cuando ya ingresó a Bolivia, a fines de diciembre, se había entrevistado con Fidel así como con la alta jerarquía soviética. Más tarde, Armando Campos y Ariel, funcionarios del Departamento América, me confirmaron, muy confidencialmente, esta versión de los hechos. Me dijeron que Mario Monje, en efecto, llegó a La Habana a fines de noviembre, principios de diciembre, lo alojaron en una casa de Protocolo en Cubanacán, y que Fidel lo había acaparado sin dejarlo hablar con nadie. De esto el Che nunca supo nada.

Cabe entonces suponer que, cuando Mario Monje le niega al Che Guevara su participación y la del Partido Comunista boliviano en la lucha armada, Fidel era conocedor de toda aquella situación y tuvo a todo nuestro pueblo engañado durante años. Lo más indigno fue que, después de haber mandado al Che a la selva boliviana a ser matado, lo tomó como bandera para hacer trabajar al pueblo, porque el pueblo de Cuba siempre quiso mucho al Che y sufría por su desaparición. Todo esto me llevó de nuevo a pensar que, de igual manera, bien podía haber desaparecido Camilo Cienfuegos en 1959. Al triunfo de la Revolución, Camilo era, junto con Fidel y el Che, una de las personas de mayor popularidad, por lo que Raúl Castro le tenía mucha envidia. Tal parece que las personas que el pueblo amaba demasiado, de una forma u otra, hábilmente, había que hacerlas desaparecer.

Hoy pienso que en el asunto de Bolivia no hubo ninguna cobardía de parte de Mario Monje, como se creyó, sino que éste actuó respondiendo al pedido de Fidel, el que, a su vez, actuaba bajo presión de los soviéticos que lo amenazaban de suspender su ayuda económica a Cuba si continuaba apoyando a los movimientos revolucionarios de América Latina. Fidel entonces, acorralado entre la presión soviética y su compromiso con la línea de la lucha armada, se dedicó a manipular a todos aquellos movimientos, alimentando divergencias entre ellos para desmoralizarlos, hasta el punto de que todos aquellos que fueron a entrenarse a la isla, al cabo de cuatro o cinco meses se fraccionaban en dos o tres grupos, debilitados, y a veces llegaban hasta disolverse. Verdaderamente Cuba realizó contra ellos, en su propio territorio, un trabajo que más bien le correspondía haberlo hecho a la CIA.

La ambición de Fidel fue siempre la de aparecer como el Bolívar, el Sucre, o el San Martín cubano, con aún más importancia histórica, pero en los hechos no hizo sino traicionar a Latinoamérica. Otro ejemplo de esta traición es su actitud hacia México, el único país que siempre le brindó amistad a Cuba: Fidel aseguraba que jamás daría el más mínimo apoyo a ninguna organización mexicana, pero yo personalmente he entrenado a mexicanos en Cuba, y a petición del Departamento América, y he dado conferencias a los rebeldes de Chiapas para explicarles acerca de mis experiencias junto al Che.

Por otra parte, me iba quedando siempre más claro que mi Revolución se había convertido en algo bastante extraño. En años anteriores solíamos hablar del entreguismo de Cuba a los norteamericanos, pero nosotros igualmente íbamos practicando un entreguismo —ya no a los norteamericanos, sino al llamado campo socialista—, y esta política no hacía más que postergar nuestro desarrollo, de forma tal que nuestra Revolución seguía estancándose, mientras todas nuestras riquezas y nuestros bienes estaban yendo al campo socialista.

Me fui dando cuenta de que el Che tenía toda la razón cuando fue capaz de denunciar aquella situación. Por eso el Che fue acusado de trotskista o de prochino, y aquello derivó en grandes discusiones con Fidel. También así se explica que él hubiese ido a luchar a Africa.

Y a su regreso del Africa, yo empezaba a descubrir por qué el Che no quería regresar a Cuba: por los problemas que tenía con el gobierno cubano, específicamente con Fidel y su hermano Raúl.

En Cuba se desarrollaron situaciones muy turbias y se formaron aparatos como el MC (Moneda Convertible) —departamento que se creó con el objeto de obtener divisas extranjeras a como diera lugar. Una de las primeras cosas que hizo fue la de tomar contacto con un norteamericano que realizaba negocios muy dudosos, Robert Vesco, que fue llamado a Cuba, en donde se dedicó al comercio y al contrabando desde Cuba, a pesar del embargo norteamericano, convirtiéndose en uno de los dueños y señores de Cuba, viviendo en Cayo Largo, la zona destinada al turismo. El 10 de junio de 1995, después de la detención de Vesco en Cuba, Estados Unidos pidió su extradición, pero el gobierno cubano lo amparó alegando que no podía hacerlo porque precisamente Vesco tenía problemas pendientes con la justicia cubana, por lo que debía ser procesado en Cuba; aunque al que sí

devolvieron fue al sobrino de Nixon, parece que también comprometido en ese tipo de negocios turbios.

También se dio el caso del general Arnaldo Ochoa, bastante similar al de Tony de la Guardia y al de su hermano Patricio, pues Arnaldo Ochoa estuvo autorizado a realizar cualquier tipo de negocios en cualquier parte del Africa. A todos nos sorprendió ver cómo sancionaron y fusilaron, el 13 de julio de 1989, tanto a Tony de la Guardia como a Arnaldo Ochoa, por haber cumplido con trabajos ordenados y dirigidos por el gobierno cubano. Aquello, simple y llanamente, se hizo por salvar a Fidel de una situación, cuando quedó claro que el gobierno norteamericano tenía bases suficientes como para demostrar que Cuba estaba haciendo negocios con el narcotráfico y que tenía altos oficiales dedicados a ello. Se sacrificó a esos buenos hijos del pueblo sólo para salvar la imagen de Fidel. No solamente yo me di cuenta de aquello, sino todo el pueblo de Cuba, y aquello fue para el pueblo un luto verdadero, porque todos amaban a Arnaldo Ochoa. Personalmente, yo lo conocía desde el mismo día en que ingresé al Ejército Rebelde, y él fue mi compañero de armas hasta el triunfo de la Revolución.

Raúl Castro, en el discurso que hizo cuando Arnaldo Ochoa iba a ser procesado, dijo que, desde los años setenta, Arnaldo Ochoa había estado cometiendo graves errores, y teniendo en cuenta el poder que tenía, no era de descartar que hubiera caído en casos de inmoralidad. A pesar de que la gente sabe que en Cuba la inmoralidad se encuentra en todos los niveles, los cubanos se preguntaron cómo había sido posible, si se conocían esos errores, que lo hubieran mantenido como miembro del Comité Central e incluso ascendido en 1974 a general de brigada y después a general de división, hasta hacerle el altísimo honor de nombrarlo primer Héroe de la República de Cuba junto al general de cuerpo de ejército Abelardo Colomé Ibarra, conocido por Furry, hoy ministro del Interior.

Es aquí donde acabé de esclarecer que todo nuestro pueblo ha sido manejado durante todos estos años con el propósito de que ame y quiera a Fidel. A eso se ha tendido siempre, buscando todo lo que se pudiera considerar malo del imperialismo sin nunca poner en conocimiento del pueblo las cosas malas que hicieron tanto el gobierno cubano como el campo socialista, quede claro, antes de su derrumbe.

Tomando todo esto en consideración, uno va cambiando su forma de ver y muchas cosas surgen clarificadas. En Cuba, desde 1990, empezó el llamado «periodo especial en tiempo de paz», un plan de reducción del

consumo que hoy día sigue vigente. Bien se ha visto después que este periodo especial es única y exclusivamente para la gente humilde y trabajadora; para el pueblo, no para el gobierno y los dirigentes cubanos. La propaganda para el «periodo especial» se dio a conocer a todo lo largo y ancho del país, en todos los centros de trabajo, fábricas, ministerios, industrias, culpando de la situación que se avecinaba enteramente al bloqueo imperialista de treinta años y al derrumbe del campo socialista. Pero hemos visto morir a muchas personas por falta de auxilio médico, por no tener un litro de combustible para ir al hospital, mientras que los hijos y familiares de los dirigentes iban gastando y malgastando el suyo y el de los demás. Hemos visto al pueblo falto de medicamentos y de alimentación, mientras que a la dirección del gobierno cubano les sobran. Hemos visto una gran cantidad de mujeres cubanas tener que apelar casi a la prostitución para sufragar la necesidad de un litro de aceite o un jabón de baño, mientras que las llamadas tiendas «diplo», en donde se compra en dólares, están llenas de familiares de dirigentes cubanos.

El pueblo, desde la liberación del dólar a fines de 1993, también puede utilizar las «diplo», donde en efecto uno puede adquirir cualquier tipo de productos, incluso el pan, el aceite o el gas. Igualmente, mientras que en 1995 se daban cuarenta litros de gasolina para cada auto particular, en Ciudad de La Habana se han abierto dieciséis surtidores de gasolina, donde con dólar se puede comprar la cantidad que se quiera. Pero el problema del pueblo es que allí se paga con dólares y no se tiene la más mínima posibilidad de adquirir un solo dólar, a no ser por lo que el exilio cubano puede mandar a su familia, sólo cien dólares, porque Estados Unidos no autoriza a más por envío, pero, ya con esto, el exilio cada año manda unos quinientos millones de dólares. El dólar en Cuba fue antes de 1993 una moneda totalmente prohibida, a no ser en manos de los dirigentes; yo, por ejemplo, cuando fui jefe de la Fuerza de Trabajo de las Cárceles de Occidente, tuve a cientos de prisioneros por tráfico ilegal de divisas, siendo un delito poseer tan sólo un dólar; eso bastaba para ser condenado a uno y hasta cuatro años de privación de libertad. Hoy en día, el dólar ha sido despenalizado y se puede utilizar por todas partes (con excepción de los hoteles y restaurantes, reservados exclusivamente al turismo extranjero, a los que los cubanos tienen prohibido el acceso), pero a raíz de esto el pueblo cubano sólo sueña con tener dólares para poder sufragar sus más urgentes necesidades.

Nos fuimos dando cuenta de que el gobierno cubano acusaba mucho a las intromisiones extranjeras que hubo antes de la Revolución, pero en realidad está vendiendo la isla, poniéndola en manos de quienes en otros tiempos fueron nuestros esclavizadores: los españoles. Y no tengo nada en contra de los españoles, pero sí en contra de que se les entregue toda Cuba, hasta el punto de que ya ellos tienen todo el tabaco en sus manos. Es muy triste ver que un ciudadano cubano adicto a fumar tabaco, para sufragar esa necesidad, deba hacerlo a través del mercado negro. La dirección del gobierno cubano, claro está, tiene todo cuanto necesita.

Son todas nuestras riquezas las que se van poniendo en manos del extranjero. En Cuba, en estos momentos, prácticamente el solo hecho de ser cubano es ya un delito: el cubano no tiene derecho más que a pasar trabajo y a ser sometido a la voluntad de Fidel, mientras que al extranjero le basta con llegar a Cuba y ya entonces es dueño y señor de la isla. A un cubano no se le permite invertir ni un solo centavo en una empresa, o sólo se le permite, si recibe una herencia muy bien esclarecida, comprar una casa, y esto únicamente desde unos meses atrás; mientras, a cualquier extranjero, no importa su tipo de ideología, se le permite hacer cuantos negocios quiera y saquear a Cuba, no dejando al pueblo cubano ni el mínimo de economía necesaria para sufragar sus necesidades de primer auxilio.

Todas estas cosas son las que me han llevado a una reflexión muy grande en el transcurso de mi propia vida; me di cuenta de que fui siempre manejado, que mis sacrificios habían sido utilizados para mantener a todos estos señores que se han convertido en los dueños de Cuba, cuyas familias salen a pasear al exterior cuando se les antoja; salen a Panamá, a Canadá, a México, a Europa, aprovechándose del sudor de los hombres que van a cortar caña desde las tres de la madrugada. El pueblo cubano eso lo ve, lo siente y lo entiende, pero lo atemorizan tanto que no puede decir nada. Hoy día existe en Cuba un terror muy grande, y los militares hemos sido manejados para establecer y mantener ese terror, aunque puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que más del noventa por ciento de las Fuerzas Armadas cubanas no está con el gobierno ni con Fidel, simplemente es gente que no tiene otro lugar donde estar, y ellos también viven en el miedo. Yo he conversado con miles de oficiales de alto rango y sus preguntas son siempre las mismas: ¿hasta cuándo durará esto?, ¿qué pensará hacer Fidel? El sentir del pueblo es que no existe escape y que el país tiene que cambiar

de política, pero no lo manifiesta porque basta con una frase para que una persona sea considerada contrarrevolucionaria.

Hoy siento yo bastante vergüenza por no haber hecho estas reflexiones mucho antes, pero, aunque no sea una excusa, bien me acuerdo de lo difícil que eso fue para mí. Admito mi grado de culpabilidad, y a estas alturas considero que, por más que me condene, nunca será suficiente. No es que trate de buscarme excusas, pero mi fe en Fidel era tan ciega que, aun después de mi toma de conciencia, en sueños seguía creyendo en él. Fue muy duro para mí admitir que, después de que Fidel nos hiciera creer en cosas tan hermosas como lo justo de haber hecho la Revolución, el propio Fidel cayera en actos tan despreciables.

Lo que sí verdaderamente me duele es haber sido parte del atropello al que se ha sometido al pueblo cubano, y por eso hoy me siento totalmente arrepentido de haber seguido a un hombre de las ideas de Fidel.

FIN

Apéndices

Cronología de Dariel Alarcón Ramírez, «Benigno»

6 de septiembre de 1939: nace Dariel Alarcón Ramírez, «Benigno», en Manzanillo, provincia de Oriente.

1957

16 de enero: primer contacto con la guerrilla; se convierte en colaborador.

25 de marzo: se incorpora como combatiente.

31 de marzo: participa con la columna de Camilo Cienfuegos en la campaña de los Llanos del Cauto.

1958

Mayo: la Gran Ofensiva.

22. *de agosto*: se funda la Columna 2 Antonio Maceo, comandada por Camilo Cienfuegos, destinada a la llamada invasión de Occidente.

1959

2. *de enero*: entra en La Habana con Camilo.

10. *de enero*: es ascendido al grado de capitán, nombrado jefe de la Policía Militar de La Habana.

22. *de octubre*: se casa con Magaly Esther Cejas López, en Yaguajay.

28 de octubre: desaparición de Camilo Cienfuegos.

1960

Como escolta del Che, lo acompaña en diversas giras por el mundo; responsabilidades diversas.

1961

Combate durante seis meses en Argelia en el batallón cubano al mando de Efigenio Ameijeira.

Comienza su actividad en los PETI, entrenando combatientes extranjeros.

Enviado al Caney de las Mercedes a participar en la construcción de la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos.

1965
En el Congo con el Che.

1966
Entrenamiento con el Che en Cuba.
10. *de diciembre*: ingresa al campamento de Ñancahuasu.

1967
8. *de octubre*: combate en la quebrada del Yuro. El Che es hecho prisionero.
9. *de octubre*: el Che es ejecutado. Los sobrevivientes, entre los cuales está Benigno, emprenden la huida.

1968
16 de febrero: llega a la frontera chilena, junto a «Urbano» y «Pombo».
23. *de febrero*: se entregan a los carabineros.
6 de marzo: llega a La Habana. Se integra en los PETI, continúa entrenando a futuros combatientes extranjeros.
Agosto-septiembre: misión secreta en Perú. Entretanto el «Inti» Peredo ha viajado a La Habana a reorganizar el ELN para emprender de nuevo la lucha en Bolivia.

1969
Finales de agosto: de nuevo en Bolivia con el «Inti».
9. *de septiembre*: muerte del «Inti» en La Paz.
Diciembre: regresa a La Habana.

1970
Contrae matrimonio con María Estrella Rojas.

1970-1974
Entrena a combatientes en los PETI.

1971
Ascendido a primer capitán.

1973
Ascendido a comandante de dos estrellas (teniente coronel).

1974
Realiza tareas de Contrainteligencia en el sector industrial.

1975
Combatiente en Angola.

1976
Ascendido a coronel.

1978 -1983
Integra el Batallón de Seguridad, bajo la dirección del ministro del Interior.

1983 - 1988
Dirige la Fuerza de Trabajo en las prisiones de La Habana.

1988 - 1992
Tareas en la Dirección política del Ministerio del Interior.

1992
Pide la jubilación, continúa asumiendo tareas en el frente ideológico del Partido impartiendo conferencias y charlas en las sedes del Partido, en el Poder Popular, dando a conocer el pensamiento del Che, en particular tras la implantación del «periodo especial».

1994
30 diciembre: primer viaje a París.

1995
Enero: regresa a La Habana.
Septiembre: segundo viaje a París.
Diciembre: logra que autoricen a su mujer y a su hijo viajar a París.

1996

Enero: los tres piden el asilo político a Francia.

Combatientes y participantes de la guerrilla en Bolivia

Cubanos

«Alejandro», comandante Gustavo Machín Hoed de Beche.

Miembro fundador del Directorio Estudiantil Revolucionario durante la dictadura de Batista, participó en la guerrilla del Escambray. Fue viceministro de Hacienda. Jefe Militar de Matanzas.

Muerto en Vado del Yeso el 31 Agosto.

«Antonio», capitán Orlando Pantoja.

Jefe de Vigilancia de Puertos y Costas. Combatiente de la columna del Che en la Sierra Maestra. Miembro del Ministerio del Interior. Muere en el Yuro el 8 de octubre.

«Arturo», capitán René Martínez Tamayo.

Miembro del Ministerio del Interior, egresado de la Escuela de oficiales. Combatiente del Ejército Rebelde en el Segundo Frente. Muere en el Yuro el 8 de octubre.

«Benigno», capitán Dariel Alarcón Ramírez.

Oficial del Ministerio del Interior, en aquel entonces, miembro del batallón de seguridad del ejército, veterano de la Sierra Maestra. Sobreviviente.

«Braulio», teniente, Israel Reyes Zayas.

Oficial del ejército, combatió en el Congo, veterano del Segundo Frente del Escambray. Muerto en Vado del Yeso el 31 de agosto.

«Joaquín», comandante Juan Vitalio Acuña.

Veterano de la sierra Maestra, miembro del Comité Central del Partido Comunista. Segundo comandante de la guerrilla en Bolivia y jefe de la retaguardia. Murió en la emboscada del vado del Yeso el 31 de agosto.

«Marcos», comandante Antonio Sánchez Díaz.

Segundo jefe de operaciones en el Escambray. Jefe del cuerpo de Ejército de Camagüey. Miembro del Comité Central del Partido Comunista. Designado inicialmente jefe de la vanguardia de la guerrilla, fue destituido el 25 de marzo, acusado por el Che de indisciplina. Muere en Peña Colorada-Ticucha el 2 de junio.

«Miguel», capitán Manuel Hernández Osorio.

Veterano de la sierra Maestra, jefe de la vanguardia de la Columna 8 comandada por el Che Guevara. Designado jefe de la vanguardia de la guerrilla en sustitución de Marcos. Muere en La Higuera el 26 de septiembre.

«Moro», «Mugamba», «Teniente», médico Octavio de la Concepción y La Pedraja.

Veterano de la Sierra Maestra, jefe de cirujanos del hospital Calixto García. Muere en Cajones el 14 de octubre.

«Pacho», «Pachungo», capitán Alberto Fernández Montes de Oca.

Miembro de la Columna 8 comandada por el Che en el Escambray. Director de Minas del Ministerio de Industria, marchó a Bolivia acompañando al Che. Muere en el Yuro el 8 de octubre.

«Pombo», capitán Harry Villegas Tamayo.

Nació en Yara en 1940, veterano de la Sierra Maestra, participó en la campaña del Congo con el Che. Sobreviviente.

«Ramón», «Mongo», «Fernando», comandante Ernesto «Che» Guevara.

Veterano de la Sierra Maestra, comandante de la Columna 4 en el valle de la Mesa, comandante de la Columna 8 en Las Villas. Presidente del Banco Central de Cuba. Ministro de Industria. A raíz de su desaparición de Cuba, combatió en el Congo en 1965. Ejecutado en La Higuera el 9 de octubre.

«Ricardo», «Papi», «M'bili», «Chinchu», comandante José María Martínez Tamayo.

Veterano de la sierra Maestra, participó en la organización de numerosos frentes de guerrillas en América Latina, encargado de la preparación del foco guerrillero en Bolivia, interlocutor del Partido Comunista boliviano. Muere en Moroco el 30 de julio.

«Rolando», «San Luis», capitán Eliseo Reyes Rodríguez.

Miembro de la columna del Che, participa en la campaña de Las Villas, y en la batalla de Santa Clara. Jefe de batallón en la fortaleza de La Cabaña. Jefe de Inteligencia y Seguridad de la provincia de Pinar del Río. Muerto en El Mesón el 25 de abril.

«Rubio», capitán Jesús Suárez Gayol.

Veterano de la Sierra Maestra en el Segundo Frente. Director de Recursos Minerales. Viceministro de Industria azucarera. Muerto en Iripiti el 10 de abril.

«Tuma», primer teniente Carlos Coello.

Miembro de la columna del Che en la guerrilla, fue su hombre de confianza y su escolta permanente. Muerto en Florida el 26 de junio.

«Urbano», teniente Leonardo Tamayo Núñez.

Oficial del ejército cubano. Sobreviviente.

Bolivianos

«Aniceto», Aniceto Reinaga Gordillo.

Profesor, se entrenó en Cuba, murió en El Yuro el 9 de octubre.

«Benjamín», Benjamín Coronado Córdova.

Se entrenó en Cuba, destinado a ser el técnico de radio de la guerrilla, murió ahogado en Río Grande el 29 de febrero.

«Camba», Orlando Jiménez Bazán.

Panadero. Militante del Partido Comunista boliviano, recibió entrenamiento en Cuba, capturado en San Antonio el 27 de septiembre.

«Carlos», Lorgio Vaca Marchetti.

Profesor de biología de educación secundaria. Fue entrenado en Cuba, murió ahogado en Río Grande el 17 de marzo.

«Coco», Roberto Peredo Leigue.

Funcionario del Partido Comunista boliviano. Adquirió la finca de Ñancahuasu, murió en La Higuera el 26 de septiembre.

«Chapaco», Jaime Arana Campero.

Maestro de escuela. Miembro del Partido Comunista boliviano; muerto en Cajones el 14 de octubre.

«Chingolo», Hugo Choque Silba.

Vendedor de periódicos. Desertor, capturado en Monteagudo el 20 de julio.

«Daniel», Pastor Barrera Quintana.

Carpintero. Desertor, capturado en Muyupampa el 14 de marzo.

«Darío», David Adriázola Veizaga.

Sin oficio. Sobreviviente, permaneció clandestino en Bolivia y participó en la reorganización del ELN junto con Inti Peredo. Muere en La Paz en un allanamiento, el 31 de diciembre de 1969. Fue el último sobreviviente boliviano de la guerrilla.

«Ernesto», Ernesto Maimura Hurtado.

Médico. Entrenado en Cuba, capturado en Vado del Yeso el 31 de agosto, es asesinado el mismo día.

«Eusebio» Eusebio Tapia Aruni.

Desertor, capturado en Monteagudo el 20 de julio.

«Inti», Guido Peredo Leigue.

Funcionario del Partido Comunista boliviano, comisario político de la guerrilla. Sobreviviente, al reemprender la lucha armada, muere en un allanamiento en La Paz el 9 de septiembre de 1969.

«Julio», Mario Gutiérrez Ardaya.

Militante del Partido Comunista boliviano, estudiante de medicina, becado en Cuba. Muere en La Higuera el 26 de septiembre.

«León», Antonio Domínguez Flores.

Miembro del Partido Comunista boliviano, campesino. Desertor, capturado en Pucará el 27 de septiembre.

«Loro», Jorge Vásquez Viaña.

Realizó estudios de historia y de filosofía en Munich. Miembro del Partido Comunista boliviano, participó en la primera fase de la organización de la guerrilla. Capturado por el ejército el 22 de abril, desapareció el 31 de mayo.

«Moisés», Moisés Guevara Rodríguez.

Dirigente sindical minero, fue militante del Partido Comunista boliviano, luego del Partido Comunista-ML, del que fue expulsado. Muere en Vado del Yeso el 31 de agosto.

«Ñato», José Luis Méndez Conné.

Miembro de Partido Comunista boliviano, muerto en Mataral el 15 de noviembre.

«Orlando», Vicente Rocabado Terrazas.

Mecánico. Desertor, capturado en Muyupampa el 14 de marzo.

«Pablo», Francisco Huanca Flores.

Maestro de primaria, miembro del Partido Comunista boliviano. Muere en Cajones el 14 octubre.

«Paco», José Castillo Chávez.

Tapicero, miembro del Partido Comunista boliviano, capturado en Vado del Yeso el 31 de agosto.

«Pedro», Antonio Jiménez Tardío.

Estudiante de derecho, miembro déla Juventud Comunista Boliviana. Muere en Iñao el 9 de agosto.

«Pepe», Julio Velasco Montaño.

Minero, desertor, capturado y muerto en Iti el 24 de mayo.

«Polo», Apolinar Aquino Quispe.

Panadero. Miembro del Partido Comunista boliviano, murió en la emboscada del Vado del Yeso el 31 de Agosto.

«Raúl», Raúl Quispaya Quispe.

Estudiante, muere en Moroco el 30 de julio.

«Salustio», Salustio Choque Choque.

Campesino, capturado en Ñancahuasu el 17 de marzo.

«Serapio», Víctor González.

Miembro de la Juventud Comunista, muere en Iquira el 9 de julio.

«Víctor», Casildo Condori Vargas.

Chófer, muerto en Ticucha el 2 de junio.

«Waltep», Walter Arancibia Ay ala.

Minero. Muere en Vado del Yeso el 31 de agosto.

«Willy», Simón Cuba Saravia.

Dirigente sindical minero, muerto en la Higuera el 9 de octubre.

«Loyo», Loyola Guzmán.

Estudiante universitaria, militante de la Juventud Comunista, tesorera de la guerrilla. Estuvo en el campamento de Ñancahuasu el 26 de enero, llevando a Moisés Guevara para que se entrevistara con el Che. Capturada por el Ministerio de Gobierno el 17 de septiembre de 1967.

Rodolfo Saldaña.

Miembro del Partido Comunista boliviano y miembro de la comisión de seguridad del mismo. Entrenado en Cuba junto a los hermanos Peredo y Jorge Vásquez Viaña, pertenecía al grupo de cuatro hombres que el Partido Comunista boliviano había destinado para cooperar con los cubanos en la fase preparatoria de la guerrilla.

Peruanos

«Chino», Juan Pablo Chang.

Dirigente del ELN peruano, murió en el Yuro el 8 de octubre.

«Eustaquio», Lucio Edilberto Galván Hidalgo.

Incorporado con el Chino como operador y técnico de radio, muerto en Cajones el 14 de octubre.

«Negro», «Médico», Restituto José Cabrera Flores.

Sobreviviente de Vado del Yeso (31 de agosto), es capturado y asesinado el 2 de septiembre en Palmerito.

Argentino

«Pelao», Ciro Roberto Bustos.

Militante de izquierda, participante del intento de guerrilla en la Argentina en 1964. Llegó a Bolivia en marzo de 1967, ingresó en el campamento de Ñancahuasu acompañado de Tania y de Régis Debray. Capturado en Muyupampa el 20 de abril es sometido a juicio y sentenciado a treinta años de prisión. Expulsado de Bolivia el 24 de diciembre de 1970.

Alemana

«Tania», Haydée Tamara Bunke Bider.

De padres alemanes, nacida en la Argentina. Miembro del Partido Comunista de Alemania del Este. Su doble pertenencia y su dominio del español la llevan, naturalmente, a realizar tareas adscritas al ámbito internacional, entre otras, la de intérprete, por lo que su pertenencia a la Stasi parece verosímil. Reclutada por el Che, después de haber efectuado un entrenamiento en La Habana como agente de Inteligencia, llega a Bolivia el 18 de noviembre de 1964, con la tarea de infiltrarse en los medios políticos e intelectuales. Condujo a Mario Monje a Ñancahuasu el 31 de diciembre de 1966. Luego retornó con R. Debray y Ciro Bustos el 23 de marzo. Denunciada por los primeros desertores, y tras olvidarse de documentos comprometedores en su *jeep* aparcado en la población de Camiri, se ve obligada a permanecer en la guerrilla para no ser detenida. Murió en Vado del Yeso el 31 de agosto.

Francés

«Dantón», Régis Debray.

Filósofo, alumno de Louis Althusser. Invitado a la Conferencia Tricontinental, llega a La Habana en diciembre 1965, decide permanecer en Cuba y afiliarse al proyecto revolucionario continental, en particular, al del foco guerrillero en Bolivia. Realiza una primera misión en ese país en septiembre de 1966 con el objeto de explorar las zonas del Alto Beni y del Chapare y de examinar en La Paz, el pedido de Moisés Guevara, dirigente de una fracción disidente del Partido Comunista marxista-leninista

prochino, que había manifestado sus intenciones de pasar a la lucha armada. En Enero de 1967, antes de su segundo viaje de misión a Bolivia, (febrero de 1967), publicó en La Habana el célebre libro *¿Revolución en la Revolución?* (Cuadernos de la revista *Casa de las Américas*, La Habana, enero 1967, Año del Vietnam Heroico.) Ingresó a Ñancahuasu el 6 de marzo de 1967, fue capturado en Muyupampa, junto a Ciro Bustos, el 20 de abril; sometido a juicio, fue condenado a 30 años de cárcel y expulsado de Bolivia por el gobierno del general Juan José Torres el 24 de diciembre de 1970.

---

notes

Notas a pie de página

[1]El 2 de diciembre de 1956, con un grupo de ochenta hombres, Fidel Castro desembarca en Playa Colorada en el yate *Granma*, procedente de México, donde se encontraba en exilio voluntario, tras ser amnistiado por Fulgencio Batista; la mayoría muere a manos del ejército. Ayudados por campesinos de la zona, los sobrevivientes logran organizarse y bajo el nombre de Ejército Rebelde, al cabo de dos años de lucha, y tras la huida de Batista, en enero de 1959, Fidel Castro se ampara del poder hasta hoy.

[2]Eutimio Guerra. Campesino que se sumó a la causa del Ejército Rebelde, capturado por el ejército regular, salvó la vida a cambio de convertirse en agente colaborador y de comprometerse a asesinar a Fidel Castro; descubierta su traición, fue fusilado en febrero de 1957.

[3]Camilo Cienfuegos. Hijo de emigrantes españoles, de extracción muy modesta, estudió hasta octavo grado, quiso ser escultor, a los catorce años se inscribió en la Escuela de Arte Anexa de San Alejandro, que abandona a los tres meses por verse obligado a trabajar como mozo de limpieza y mensajero en la tienda de ropa El Arte, donde su padre ejercía de sastre. Emigra a Estados Unidos, allí realiza diversos trabajos en Nueva York, Chicago, San Francisco: ayudante en un taller de confección, lavaplatos en un restaurante. Deportado por permanencia ilegal, regresa a Cuba en mayo de 1955 y retoma su trabajo en la tienda El Arte, participa en manifestaciones de protesta contra el gobierno, es herido, regresa a Estados Unidos, de donde viaja a México a tomar contacto con el M-26 y se incorpora al grupo expedicionario que desembarcó en Cuba en el yate *Granma*. Ascendido por Fidel Castro al grado de comandante del Ejército Rebelde, al frente de la Columna 2 Antonio Maceo, realiza, desde la Sierra Maestra (Oriente) la llamada «Invasión de Occidente», lo que le permite, tras la huida de Fulgencio Batista, ser el primero en entrar en La Habana y ocupar el cuartel de Columbia, sede del ejército regular, y luego el palacio presidencial. Gozaba de una inmensa popularidad en el pueblo, tanto como Fidel Castro; desapareció de forma misteriosa el 28 de octubre de 1959, cuando regresaba de Camagüey a La Habana en un avión Cessna. Sus restos nunca fueron encontrados.

[4]Celia Sánchez, hija de un médico de Manzanillo, organiza, junto al doctor René Vallejo y el líder campesino Crescencio Pérez, el apoyo logístico al Ejército Rebelde desde las ciudades. Acompañó a Fidel Castro durante su estancia en la Sierra Maestra, y llegó a ser su principal colaborador. Al triunfo de la Revolución ocupó el cargo de ministra de la Presidencia, y siguió siendo la colaboradora más próxima a Fidel Castro, hasta su muerte acaecida en 1979. Su apartamento de la Calle 11, en el barrio de El Vedado, fue durante mucho tiempo el domicilio, la oficina y el lugar de trabajo del primer ministro.

[5]El Movimiento 26 de Julio toma su nombre de la fecha del ataque al Cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, acto fundacional del castrismo.

[6]Frank País, de origen muy modesto, maestro de escuela e hijo de un pastor baptista, se adhiere a la lucha armada desde el año 1952, antes del ataque al cuartel Moncada, participando en el ataque a varios cuarteles. Pertenecía al Movimiento Nacional Revolucionario del cual pasa al M-26 que él organiza en Santiago y en Oriente. Fidel Castro le encarga que organice las acciones previstas en el momento del desembarco del *Granma*, como la toma de la ciudad de Santiago, que dirigió personalmente el 30 de noviembre de 1956 —día previsto para el desembarco que se retrasó tres días debido a fallos técnicos. Participó en la creación de milicias y en la organización nacional del M-26. Abastecía al Ejército Rebelde en la Sierra Maestra, de hombres, dinero, medicinas y alimentos. Fue asesinado el 30 de julio de 1957. Su muerte provoca una huelga general espontánea, en particular en la provincia de Oriente. Muy respetado, tanto en la Sierra como en la ciudad, era el único verdadero líder del sector urbano clandestino. De haber sobrevivido, su autoridad como organizador y el liderazgo incuestionable que detentaba en las zonas urbanas hubieran llevado a matizar la preeminencia absoluta del liderazgo único de Fidel Castro.

[7]Crescencio Pérez. Líder campesino de la Sierra Maestra, su autoridad moral y su gran influencia en la región hicieron que los campesinos de la zona abrieran sus puertas a la guerrilla. Mantenía una lucha constante contra la Guardia Rural y los latifundistas. Tomó parte activa, junto con Celia Sánchez, y el doctor René Vallejo, en la organización de las milicias en la Sierra del M-26; gracias a ello, pudieron salvar del cerco tendido por el ejército a Fidel Castro, Juan Almeida, Che Guevara y Raúl Castro, y los demás sobrevivientes del *Granma*, y restablecer igualmente el contacto del

grupo con la zona urbana. Les hizo conocer el terreno de la Sierra y los puso en contacto con otros campesinos que llegaron a convertirse en colaboradores activos del Ejército Rebelde. Los hijos de Crescencio fueron combatientes, uno de ellos murió en combate.

[8]René Vallejos. Médico personal de Fidel Castro desde la época de la Sierra Maestra. Ocupaba junto con Celia Sánchez uno de los apartamentos de la famosa Calle 11, lugar considerado durante mucho tiempo como domicilio y lugar de trabajo de Fidel. Tras la muerte de ambos (que hasta ese momento habían constituido el núcleo familiar de Fidel Castro), Fidel ha tenido como personas de confianza a innumerables favoritos, que a la postre han terminado cayendo todos en desgracia.

[9]Haydée Santamaría, una de las personalidades más emblemáticas del núcleo histórico de los dirigente del M-26, fue, junto con Melba Hernández, la única mujer que participó en el asalto al cuartel Moncada. Los soldados le mostraron en la cárcel los ojos de su hermano Abel y los testículos de su novio Borís Santa Coloma, asesinados después de haber sido hecho prisioneros, tras el fallido intento de ampararse del cuartel. Amnistiada en 1954, jugó un papel central en la organización del Movimiento 26 de Julio, miembro de su dirección nacional. Se casa con Armando Hart, hoy ministro de Cultura, dirigente también del M-26. Tras el triunfo de la Revolución fundó La Casa de las Américas, de la que fue presidenta hasta su suicidio en 1979. Fue miembro del Buró Político y del Comité Central.

[10]Armando Hart. Abogado, hijo de un magistrado del Tribunal Supremo, fue primero dirigente del Movimiento Nacional Revolucionario, tras el ataque al cuartel Moncada se adhiere al M-26 y se convierte en uno de sus principales dirigentes. Detenido en 1957, protagonizó una espectacular fuga de los tribunales donde iba a ser juzgado. Primer ministro de Educación del Gobierno Revolucionario, tomó parte muy activa en la organización del Partido Comunista. Miembro del Comité Central, detenta la cartera de Cultura desde 1979.

[11]Tonga: cubanismo que significa mucho, gran cantidad.

[12]Hubert Matos. Profesor y propietario de tierras en la Sierra Maestra, veterano de la guerrilla de la Sierra Maestra, prestó importantes servicios logísticos a la guerrilla. Desde su exilio en Costa Rica organizó una expedición aérea que permitió llevar un cargamento de armas para la guerrilla en marzo de 1968. Jefe de la Columna guerrillera 9 Antonio

Guiteras, tras la toma del poder fue nombrado jefe militar de Camagüey. En octubre de 1959, tras solicitar múltiples veces una entrevista con Fidel Castro para expresar su desacuerdo con la orientación comunista que éste le estaba dando a la revolución, ante la falta de respuesta, le envía una carta personal de renuncia a su cargo. Acusado de conspiración, es detenido, purgó una pena de veinte años de prisión. Vive actualmente en el exilio en Miami.

[13]René Ramos Latour, obrero de las minas de Charco Redondo, en Oriente. Brazo derecho de Frank País en la clandestinidad; lo reemplaza después de su muerte. Antiimperialista, pero también antisoviético, posición que dejó clara en una carta histórica enviada al Che Guevara a la Sierra Maestra. Partidario de privilegiar la organización política, adversario rotundo del caudillismo, defendió con vehemencia el sector urbano de la resistencia, al mismo tiempo que proveía la Sierra de armas, hombres, y dinero. Se oponía a la tesis de Fidel Castro de privilegiar la guerrilla en detrimento del sector clandestino urbano. Llamado a combatir a la Sierra en el momento de la ofensiva de 1958, murió en combate el 20 de julio de 1958.

[14]Carlos Rafael Rodríguez. Economista, fue dirigente del Partido Socialista Popular —antiguo Partido Comunista cubano—, fue ministro sin cartera, junto con Juan Marinello, también comunista, del primer gobierno de Batista (1940). En 1958, tras el fracaso de la huelga de abril en la que el PSP no participa, se incorpora como representante del PSP a la guerrilla en la Sierra Maestra. Fue director de *Hoy*, órgano del PSP. Tras la toma del poder sucedió a Fidel Castro en el cargo de presidente del Instituto de Reforma Agraria; luego fue responsable de relaciones económicas y de las relaciones con los países socialistas. Cuarto en la jerarquía del régimen, llegó a ocupar el tercer puesto después de la desaparición del Che. Ha participado en todas las etapas de organización del Partido Comunista de Cuba. Miembro del Comité Central y del Buró Político, vicepresidente del Comité Ejecutivo del Consejo de ministros y vicepresidente del Consejo del Estado. Como intelectual, goza de un gran prestigio; se ha caracterizado por su fidelidad al régimen y a la línea soviética, sin embargo, en el ámbito de la cultura, se ha caracterizado por defender una posición liberal. También se opuso a las tesis económicas del Che. A los ochenta su estado de salud no le permite detentar ningún cargo.

[15]La prisión de La Cabaña es una fortaleza construida por los españoles en la época colonial.

[16]Manuel Urrutia. Efímero presidente de la República (enero a Julio de 1959), fue una pieza frágil del juego sutil de lucha por el poder puesto en marcha por Fidel Castro desde enero de 1959. Aceptó el cargo de presidente, apoyándose en las promesas hechas por Fidel Castro en el primer Manifiesto de la Sierra (12 de junio de 1957) de celebrar elecciones libres, de instaurar un régimen democrático amparado en un sistema constitucional; al haberse agotado su papel de garantía ante la corriente liberal vigente tras la caída de Batista, fue obligado a dimitir. Como magistrado y presidente del tribunal abogó por la absolución de Fidel Castro en el juicio que se le realizó tras el desembarco del *Granma*, cuando ya éste se encontraba en la Sierra Maestra dirigiendo un movimiento armado contra el gobierno de Batista, apoyándose en un artículo de la constitución que considera que «la resistencia adecuada para la protección de los derechos individuales es legítima».

[17]MIR: Movimiento de Izquierda Revolucionaria, surge en Venezuela en 1960 durante la presidencia de Rómulo Betancourt, de un desprendimiento del partido socialdemócrata Acción Democrática, entonces en el poder. En pleno periodo democrático, iniciado en 1958, tras la caída de la dictadura de Pérez Jiménez; el MIR se suma a la lucha armada decretada por el ala militarista del Partido Comunista venezolano en 1961.

[18]Comandante, se alzó en la Sierra Maestra en 1957, fue el médico de la Columna invasora 2 Antonio Maceo, y ayudante de Camilo Cienfuegos.

[19]Víctor Dreke, uno de los pocos negros en formar parte de la jerarquía cubana. Durante la lucha contra Batista fue miembro del Directorio Estudiantil Revolucionario, combatió luego en la sierra del Escambray. Nombrado por el Che como su segundo al mando de la columna cubana en el Congo en 1965 —atendiendo a su color, ante los africanos era presentado como el jefe—, combatió en Guinea-Bissau. Ascendido a comandante, fue jefe de la Dirección Política de las Fuerzas Armadas.

[20]Rolando Kindelán, miembro de la Columna invasora 2 Antonio Maceo.

[21]Agostinho Neto (1922-1979) fue uno de los fundadores del Movimiento Popular de Liberación de Angola (1957) y su presidente desde

1962. Dirigió la guerra de guerrillas hasta la independencia (1974). Venció en la guerra civil (1974-1976) y fue elegido presidente de Angola.

[22]El 8 de mayo de 1967, tras el desembarco, procedente de Cuba, en el poblado de Machurucuto, en las costas venezolanas del Estado Miranda, a unos ciento setenta kilómetros de Caracas, de un grupo de ocho guerrilleros pertenecientes al Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), muere Antonio Briones Montoto, oficial cubano, miembro de Tropas Especiales, al ser sorprendido por el ejército.

[23]Alphonse Massemba-Debat (1921-1977), político congoleño. Presidente (1959) de la Asamblea Nacional en representación del Movimiento Nacional de la Revolución. Presidente de la República tras la revolución de 1963. Derrocado en 1968 por un golpe de Estado, participó en un complot contra Nguabi, por lo que fue ejecutado.

[24]Gastón Soumaliot presidía, en aquella época, el Consejo Supremo Revolucionario del Congo.

[25]Armando Campos, oficial de Inteligencia, segundo de Manuel Piñeiro en el Departamento América, y Juan Carretero, «Ariel», oficial de Inteligencia, miembro del Departamento América, atendían los asuntos relativos al Cono Sur; en particular el proyecto de la guerrilla en Bolivia.

[26]El primer organismo especializado en las operaciones armadas en el exterior se llamaba Frente Liberación y dependía del Ministerio del Interior, tras la reorganización de los mecanismos de poder emprendida a raíz de la creación del Partido Comunista, y en particular de la formación del Comité Central, en 1974 se dividieron las competencias y atribuciones de dicho organismo; la vertiente política pasó a llamarse Departamento América y a ser un organismo adjunto al Comité Central, mientras que Asia y el Africa pasaron a ser atendidas por las Fuerzas Armadas (Minfar), mientras que las misiones especiales en el exterior, como el entrenamiento de extranjeros (PETI, Punto Cero), pasaron a ser atribuciones de un nuevo organismo dependiente del Ministerio del Interior; la Dirección de Operaciones Especiales (DOE). Benigno al referirse al Departamento América suele decir Frente América, porque, según él, al surgimiento de la nueva apelación, la fuerza de la costumbre lo lleva a seguir diciendo «Frente», fusionando el antiguo nombre con el nuevo.

[27]Llamado también: «Ricardo», «Mb'li», «Chinchu»; José María Martínez Tamayo, primer capitán, agente de inteligencia del Ministerio del

Interior, de origen campesino muy modesto, asistió a la escuela hasta el cuarto grado de educación primaria, tras el triunfo de la Revolución realizó una «Secundaria Abreviada». Miembro del 26 de Julio, veterano de la Sierra Maestra, jugó un papel de suma importancia en la organización de las operaciones revolucionarias en el extranjero dirigidas desde Cuba por el Che, como la de Masetti en la Argentina, en Guatemala, en el Congo y en Bolivia, adonde llegó en marzo de 1966 desde el Congo vía Europa, para encargarse de la organización de la llegada del Che a Bolivia, de las relaciones con el Partido Comunista boliviano y de la selección de la zona de asentamiento del foco guerrillero. Gracias al diario de Pombo, el capitán Harry Villegas —uno de los tres sobrevivientes cubanos de la guerrilla, quien ingresó a La Paz en julio de 1966, también en misión de organización —, se han podido conocer algunas de las peripecias previas al desencadenamiento del foco guerrillero y, en particular, datos sobre la influencia que el Partido Comunista boliviano ejercía sobre Papi, y del grado de improvisación general de todo el proyecto. La estancia de Papi en la guerrilla se puede calificar de dramática; obligado a permanecer en el campamento por haberse «quemado» en La Paz, sometido a reproches constantes y a una agresividad permanente de parte del Che por indisciplina, porque le había perdido la confianza, según el diario de Pombo, fue degradado a la retaguardia, su manera de morir en el combate sorpresa del 30 de julio en Moroco reviste las características de un acto suicida.

[28]*El libro de los tres continentes* se publicó en Cuba en 1966, con entrevistas de dirigentes e historiadores de Africa, Asia y América latina.

[29]Barrio residencial de La Habana.

[30]En octubre de 1962 tiene lugar la llamada crisis de los misiles, desencadenada por Estados Unidos tras el descubrimiento de la instalación de armas atómicas soviéticas en Cuba.

[31]Colaborador muy cercano al Che en temas relativos a la economía; cayó en desgracia cuando, en 1970, siendo viceministro de la Industria Azucarera, puso en duda la capacidad de Cuba para producir los diez millones de toneladas de azúcar requeridas para alcanzar la meta de la llamada «Zafra de los Millones». Formado en la escuela del Che, era reputado por su hablar franco y su rigor intelectual.

[32]A propósito de la carta de despedida del Che, sacada a la luz en octubre de 1965, mientras el Che se encontraba aún combatiendo en el Congo, Fidel Castro declaró al periodista italiano Gianni Miná, en 1987, que el Che «(...) no quería regresar (a Cuba, después de su salida del Congo) porque a él le daba mucha pena (vergüenza en cubano) volver a Cuba después de publicada la carta. (...) Pues era una necesidad política ineludible publicarla, a él, con ese carácter particular, le costaba mucho la idea de regresar a Cuba después de haberse despedido...». Cabe preguntarse las razones por las que Fidel Castro no le consultó previamente al Che si era oportuna para él, dadas su situación y circunstancias, esa publicación. En los papeles del Che en el Congo —hasta ahora mantenidos en el más estricto secreto por las autoridades de Cuba—, de los cuales se han publicado recientemente en Francia algunos extractos, el Che dice a propósito (traduzco del francés): «Después de la carta (de su publicación), los compañeros me vieron de la misma manera que varios años antes, a mis comienzos en la Sierra, es decir, como a un extranjero en contacto con cubanos; en aquella época era aquel que llegaba; mientras que ahora, soy aquel que se va. (...) Esa carta que había provocado tantos comentarios elogiosos dentro y fuera de Cuba me ha separado de los combatientes. (...) Tenía la impresión que después de mi carta de despedida a Fidel, los compañeros comenzaron a verme como a un hombre de otra latitud, alejado de los problemas concretos de Cuba, y no osaba exigirles el sacrificio final de permanecer». Un intento de dilucidar las verdaderas razones por las que Fidel Castro tomó esa decisión requería un análisis cuidadoso del contexto político, tanto cubano como internacional, y no es éste ni el lugar ni el momento, sin embargo pueden puntualizarse rápidamente algunos hechos: los países africanos habían exigido la salida de los cubanos y del Che del Congo, la Conferencia Tricontinental debía celebrarse en La Habana dos meses más tarde, en enero de 1966, para ello se requería obtener el mayor consenso entre las organizaciones y los Estados que acudirían a La Habana, consenso que la presencia del Che y de militares cubanos en territorio africano ponía en entredicho. Es sabido que Nasser manifestó al Che su desacuerdo, cuando éste le planteó su deseo de ir a combatir a Africa. El único en apoyarlo fue Ben Bella, que entre tanto había sido derrocado por Boumedienne, que no compartía en absoluto las tesis intemacionalistas. En cuanto a los dirigentes congoleños, parece que ni siquiera se les preguntó su opinión al respecto: el Che actuó, como más tarde lo hiciera en Bolivia,

imponiendo su presencia como un hecho consumado. Es sabido que Ben Barka, el gran promotor de la Tricontinental, se oponía firmemente a la posición del Che, que no aceptaba más opción que la de la lucha armada, como única salida, en el llamado Tercer Mundo. Para Ben Barka existía también el juego político, para el Che no existía en absoluto. Es en ese hiato, entre la opción militar pura y el rechazo absoluto de la política —posición del Che—, o el empleo de ambas, según lo requirieran las circunstancias —posición representada por Fidel Castro, aparentemente la de Ben Barka también—, donde hay que buscar el origen y causa de los desacuerdos entre el Che y Fidel. Un dato interesante, Ben Barka realizó un viaje a La Habana a finales de septiembre de 1965; la publicación de la carta del Che tiene lugar a principios de octubre de 1965. En todo caso, como bien lo dice el Che, la carta le restó autoridad ante sus hombres, cuando Fidel Castro dio la orden de retirada a los combatientes cubanos, lo acataron a él y no al Che, cuya primera reacción fue la de permanecer en el Congo; así se obtuvo el objetivo buscado: la salida de los combatientes cubanos de Africa. El Che, al renunciar a su cargo, jerarquía y nacionalidad, ya no estaba habilitado para tomar decisiones que incumbían al Estado cubano. Las implicaciones de orden internacional que estaban entonces en juego en el contexto africano eran mucho más explosivas que en el boliviano dos años más tarde: prueba de ello es el rapto de Ben Barka y su desaparición en París a su regreso de La Habana.

[33]Rodolfo Saldaña, miembro del Partido Comunista Boliviano designado por Mario Monje para que participara en la fase preparatoria de la guerrilla en La Paz.

[34]Véase nota 22 del cap. 19.

[35]Loyola Guzmán, miembro del Comité Ejecutivo de la Juventud Comunista boliviano y responsable de las finanzas de la guerrilla.

[36]Ciro Roberto Bustos. Pintor argentino, formó parte del aparato clandestino relacionado con la organización de la guerrilla de Ricardo Masetti en 1964. Detenido junto con Régis Debray, dibujó para el ejército boliviano, bajo el chantaje de la CIA de atentar contra la vida de sus dos pequeñas hijas radicadas en la Argentina, los retratos de todos los integrantes de la guerrilla, incluido el del Che, como también la localización de las cuevas donde se encontraba escondido todo tipo de material: armas, fotos, diarios y medicinas. Condenado a treinta años de cárcel, tras el

proceso de Camiri, fue expulsado de Bolivia al mismo tiempo que Régis Debray, el 30 de diciembre de 1970.

[37]Jorge Ricardo Masetti, primer periodista latinoamericano en subir a la Sierra Maestra (1958) a entrevistar a Fidel Castro y al Che. Fruto de esa experiencia publica *Los que luchan y los que lloran*. Tras la toma del poder por Fidel Castro, viaja a La Habana el 8 de enero de 1959, con su mujer y sus dos hijos, en el mismo avión en el que viajan los familiares del Che. Se radica en Cuba y funda la agencia de prensa cubana Prensa Latina, que se ve obligado a abandonar al instaurarse el periodo llamado del sectarismo. Es enviado a Argelia (1961) como combatiente de la columna militar cubana que presta su apoyo al FLN argelino. Regresa Cuba a preparar un foco guerrillero en la Argentina. A fines de 1962 sale de Cuba vía Argelia, y, a mediados de 1963, convertido en el comandante Segundo (referencia a don Segundo Sombra, la famosa novela de Ricardo Güiraldes publicada en 1926) ingresa primero a Bolivia, donde se establece en una granja cercana a la frontera argentina, luego entra clandestinamente a Argentina con un grupo de combatientes. El grupo prácticamente no combate; infiltrados por dos policías, algunos caen prisioneros, otros mueren de inanición en un sector, entre el Chaco y Salta, llamado La Impenetrable, «donde no entran ni los indios». Masetti, enfermo, casi paralítico, sus compañeros lo dejan cerca del río Bermejo mientras van en busca de ayuda; al regreso no logran localizarlo. Desaparecido, su cuerpo nunca fue encontrado. Tenía treinta y cuatro años.

[38]Vicejefe del Departamento América.

[39]Humberto Vásquez Machicado, conocido historiador boliviano, jugó un papel activo en la creación de instituciones estatales, como la empresa Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, y encabezó la comisión que estableció los límites entre Bolivia y Brasil.

[40]Se trata de los enfermos y de la sobrecarga de material que pudiera obstaculizar la retirada.

[41]Los campesinos de la región de Cochabamba, de donde era oriundo el general René Barrientos Ortuño, estaban armados en virtud del Pacto Militar- Campesino suscrito el 27 de noviembre de 1966 entre las Fuerzas Armadas y los sindicatos campesinos oficiales, en presencia del general René Barrientos, presidente de la República, y del general Alfredo Ovando Candia, jefe del Estado Mayor del ejército.

[42]Teniente coronel de la Dirección de Inteligencia cubana (D.I.), ayudante del general Arquímedes, segundo hombre de los servicios de Inteligencia, desde hace varios años se dedica a investigar y a compilar datos en tomo a la vida del Che, sobre todo relacionados con los acontecimientos concernientes al episodio boliviano.

[43]Ñacahuasu, vocablo de origen guaraní, más conocido en el ámbito internacional como Ñancahuasu, o Ñancahuazú, es el nombre que se le dio a la finca donde se asentó el campamento del foco guerrillero, por su proximidad geográfica al río Ñaca-huasu. En Bolivia misma no existe unanimidad en cuanto a su ortografía: en la región guaraní se le suele transcribir Ñacahuasu o Ñacahuazú; en las regiones bajo influencia Quechua o Aymará se le transcribe Ñancahuzú, aunque entre los autores bolivianos de crónicas y reportajes sobre los acontecimientos de las guerrillas se impuso la transcripción del Guaraní: Ñacahuasu. El Che en su diario lo escribe, al igual que los demás nombres de lugares, según la pronunciación de los habitantes del lugar. Lo mismo sucede con el nombre de la Quebrada del Churo, que también se escribe Yuro. Hemos optado por transcribirlo tal y como emplea Benigno estos dos vocablos: Ñancahuasu y Yuro.

[44]En la segunda fase de la lucha armada en Bolivia, al mando de Inti Peredo, Mónica Ertl se convierte en su colaboradora más cercana. Inti es asesinado después de caer prisionero en un enfrentamiento con las fuerzas policiales en La Paz, comandadas por el coronel Roberto Quintanilla, jefe de Inteligencia del Ministerio del Interior de Bolivia. Nombrado cónsul de Bolivia en Hamburgo, Mónica Ertl lo ejecuta en los locales mismos del consulado. Es reconocida porque en su huida pierde la peluca que disimulaba su fisionomía. Regresa a Bolivia, entra en la clandestinidad; muere asesinada en 1971 durante la dictadura del general Hugo Bánzer.

[45]Periodista chileno, miembro del Partido Socialista chileno, se hizo miembro del ELN. Murió asesinado en Cochabamba en junio de 1970 junto a su mujer, Jenny Koeller, por un miembro del propio ELN. El hallazgo de su cadáver junto al de su mujer causó conmoción en Bolivia, y provocó manifestaciones violentas contra el gobierno que dejaron un saldo de una decena de muertos y muchos heridos, lo que trajo como consecuencia el estallido de una crisis política grave —que no amainó al conocerse finalmente la verdad sobre el origen de esas muertes—, y contribuyó, en

gran medida, al debilitamiento del gobierno nacionalista del general Alfredo Ovando Candia hasta su caída en septiembre de 1970.

[46]Gánder, base aérea del Canadá, en la isla de Terranova, constituyó una escala importante para la líneas transatlánticas antes de la era de los aviones de reacción; único punto del mundo occidental, fuera de México, donde a los aviones de la Línea Aérea Cubana de Aviación les estaba permitido hacer escala tras el bloqueo decretado por Estados Unidos.

[47]De hecho, desde entonces se ha sabido por el propio Mario Monje, que había viajado a La Habana a entrevistarse con Fidel Castro en diciembre de 1966, como también lo hizo Simón Reyes, miembro del Comité Central, y secretario general de la Federación Minera de Bolivia.

[48]Véase la nota 27, cap. 16.

[49]Véase la nota 25, cap. 21.

[50]Osvaldo Dorticós fue, durante varios años, presidente de la República de Cuba, se suicidó sin que se supieran las razones. El cargo de presidente ha desaparecido en la nueva estructuración impartida a la dirección del Estado.

[51]Elmo Catalán, véase nota 45, cap. 25.

[52]Augusto Olivares, Perro Olivares para los amigos, periodista, militante socialista, colaborador muy cercano a Allende; se suicidó junto con él en el Palacio de la Moneda, cuando el golpe de Estado de Pinochet en 1973.

[53]Instituto de Amistad con los Pueblos, organismo encargado de atender a los invitados extranjeros de visita en Cuba, de hecho es una dependencia del Ministerio del Interior.

[54]Humberto Vásquez Viaña, hermano de Jorge Vásquez Viaña, «Loro», participó en el aparato urbano de la guerrilla en La Paz y luego en el reagrupamiento del ELN de Inti Peredo; abandonó la organización por divergencias, tanto con su propia organización como con el aparato cubano. Publicó junto con Ramiro Aliaga Saravia, militante también del ELN, un extenso folleto mimeografiado, titulado «Bolivia: ensayo de revolución continental», en el que daban cuenta de sus puntos de vista discrepantes y las razones de su alejamiento del proyecto a cargo de Inti Peredo. Dirigido principalmente a los medios del militantismo político, el folleto tuvo una difusión restringida; tuvo sin embargo el mérito de haber sido, en aquel entonces, el primer intento crítico relativo a la experiencia boliviana del

Che Guevara y del intento posterior de continuación de la lucha armada; del que se desprenden informaciones muy valiosas sobre el funcionamiento del aparato cubano en aquel entonces, su voluntarismo erigido en línea política y la imposición de lincamientos políticos sin tomar en cuenta la situación y las condiciones específicas de cada país. Humberto, desde entonces, se ha afincado en Suecia. En ese mismo orden vale la pena señalar la carta enviada a Fidel Castro, a finales de los años sesenta, por Teodoro Petkoff, antiguo líder guerrillero venezolano, hoy ministro de Hacienda del gobierno de Rafael Caldera, refutando las críticas emitidas por Fidel Castro contra la línea de Paz Democrática conducida por el Partido Comunista venezolano, al decidir el abandono de la lucha armada.

[55]Movimiento de Izquierda Revolucionario: surge en Bolivia tras el fracaso del ELN, integrado por universitarios, unos cercanos a la Democracia Cristiana, y otros, al Partido Comunista.

[56]Jaime Paz Zamora fue presidente de Bolivia (1989-1993) tras las elecciones celebradas en 1989, en virtud de una alianza concluida entre el MIR y el movimiento político dirigido por el ex dictados, el general Hugo Bánzer.

[57]René Zavaleta Mercado, ensayista y político boliviano, uno de los más brillantes exponentes de la especificidad de la cuestión nacional en Bolivia. Fue miembro del MNR; en 1964, con apenas veintiocho años fue ministro de Minas y Petróleos del gobierno de Paz Estenssoro. Tras la caída del gobierno de Víctor Paz Estenssoro, en 1965, a consecuencia del golpe de Estado perpetrado por el vicepresidente, el general René Barrientos Ortuño, emprende varios años de exilio en Venezuela, Uruguay, México, donde llegó a ser director de Flacso. Adopta el marxismo, se aproxima al Partido Comunista boliviano, tras el surgimiento del MIR, se hace militante del partido. Muere prematuramente a mediados de los ochenta.

[58]Hijo del teniente general Fausto Caamaño Medina, quien llegó a ser secretario de Guerra y Marina durante la dictadura de Rafael Trujillo en Santo Domingo. Inició su carrera militar en la Marina de Guerra y recorrió todos los cuerpos armados y la Policía Nacional hasta el rango de coronel. Encabezó un movimiento popular contra la invasión norteamericana en abril de 1965. Desembarca clandestinamente en Santo Domingo, procedente de Cuba, muere a manos del ejército, tras haber sido capturado, el 16 de febrero de 1973.

[59]Joaquín Balaguer nació en 1907, fue vicepresidente del gobierno del general Trujillo, accedió a la presidencia en 1961 y, a partir de 1966, ha sido elegido para dicho cargo mediante elecciones sucesivamente hasta 1996.

[60]Familia venezolana de origen español, militante del MIR, cuyos miembros, participaron activamente en la lucha armada, en particular se destacó Máximo Canales, que se hizo célebre por las operaciones espectaculares que realizó en la ciudad de Caracas.

[61]Véase nota 22, cap. 14.

[62]César Montes es la mayor figura histórica, con vida, del movimiento guerrillero guatemalteco. Inició, junto con Luis Turcios Lima la lucha armada en los años sesenta, tras la muerte de éste, asumió la comandancia de las FAR. Luego, junto a Mario Payeras y a Ricardo Ramírez, será uno de los fundadores del EGP (Ejército Guerrillero de los Pobres) —una de las organizaciones que conforman la UNRG, interlocutor del gobierno guatemalteco actual para los acuerdos de paz—, organización con la que rompió en 1978. En los años ochenta se integró plenamente en la lucha armada salvadoreña y comandó un frente importante del FMLN. En la actualidad ha abandonado las armas y vive en San Salvador, donde ejerce de profesor universitario.

[63]Holden Roberto, líder del movimiento anticolonial de Angola FNLA.

[64]Jonás Savimbi, líder del movimiento anticolonial de Angola UNITA.

[65]Abelardo Colomé Ibarra, «Furry», actual ministro del Interior.

[66]Uno de los primeros intentos de lucha armada en América Latina organizados desde Cuba: en él participaron militantes del Partido Comunista venezolano, prueba de la complicidad que existió entre la izquierda radical venezolana y el régimen de Cuba. Todos los participantes en esta operación murieron, sobrevivió sólo un cubano, detenido por el ejército dominicano, que fue entregado luego por el régimen de Trujillo a Cuba.

[67]Sato: cubanismo, significa coqueto, seductor.

[68]Fajarse: cubanismo, significa pelearse, irse a las manos.

[69]Juan Almeida es en la actualidad, prácticamente, el tercer hombre de la jerarquía cubana. Es miembro del Consejo de Estado y pertenece al Buró Político, diputado de la Asamblea Nacio nal en los tiempos de antes de la Revolución, participó en el asalto al cuartel Moncada; más tarde fue

expedicionario del *Granma*» en las guerrillas obtuvo el grado de comandante de la Sierra Maestra, donde fue jefe del Tercer Frente Oriental.

[70]Comités de Defensa de la Revolución, integrados por vecinos de los barrios. En cada manzana existe un CDR encargado de la vigilancia y de rendir cuenta al Ministerio del Interior de todo cuanto suceda en el vecindario.

[71]Radio difusora que emite desde Miami hacia Cuba, portavoz del exilio, trata de incidir en la opinión pública de la Isla, transmitiendo informaciones censuradas por los medios de comunicación de Cuba.

[72]Aceres: cubanismo empleado, principalmente, entre la población mulata de la isla para llamar la atención del interlocutor.

[73]En el conflicto que opuso al régimen de Mengistu Haile Mariam, contrario a la autonomía de las diferentes nacionalidades y a una solución negociada en Eritrea, y ante el conflicto que lo opone a Somalia, solicita ayuda militar a la URSS y a Cuba. A finales de 1976 un grupo de militares soviéticos y cubanos llegan a Eritrea y, en febrero de 1977, una fuerza militar al mando del general Arnaldo Ochoa llega al puerto de Asmara, se conforma un mando cubano y soviético, un masivo movimiento logístico de tropas y equipos; en 1978, el general Ochoa, al mando del teatro de operaciones —bajo su mando tendrá a varios generales del bloque soviético —, emprende la ofensiva contra las fuerzas somalíes, cuya fase final, el paso de Kara Marda, protegido por miles de soldados somalíes, son totalmente cercados. Las posiciones claves del territorio del Ogadén pasan a manos de las fuerzas bajo el mando de Ochoa, operación que cambia el rumbo de esa campaña, considerada hoy como una obra maestra de la guerra regular, es tema de estudio en casi todas las academias militares.

[74]Miembro del Buró Político y del Consejo de Estado, encargado de la organización y control de la actividad interna del Partido.

[75]Jimagua, plural, jimaguas: cubanismo para designar a los gemelos.

[76]Antigua Isla de Pinos.

[77]La ascensión de Carlos Aldana fue fulgurante, detentó el cargo de jefe de despacho del ministro de las Fuerzas Armadas, Raúl Castro, pasando por el de responsable del Departamento Ideológico, de Relaciones Internacionales y de Educación y Ciencia y Cultura. Responsable de la delegación cubana que negoció el retiro de las tropas cubanas de Angola, su presencia pública y su autoridad manifiesta alcanzaron tal nivel, que se le

llegó a considerar como el posible delfín de Fidel Castro, hasta su caída estrepitosa por razones no esclarecidas; fue destituido de todos sus cargos en 1992.

[78]Vilma Espín, presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas desde su fundación en 1960, miembro del Consejo de Estado, fue la primera mujer que integró el Buró Político, perteneció al Movimiento 26 de Julio y a las guerrillas del Segundo Frente Oriental Frank País, contrajo matrimonio con Raúl Castro en 1959.

[79]Joseph Fouché (1759-1820), político francés, se alió a las ideas revolucionarias, votó la muerte del rey. Organizador del Terror, personaje intrigante y sin escrúpulos, fue uno de los instigadores del 9 Termidor del año II. Nombrado ministro de la Policía, puso al servicio de Napoleón Bonaparte, para la preparación del golpe de Estado del 18 Brumario, la red de agentes y de espías que él había creado en Francia. Contribuyó a preparar el regreso de los Borbones.

[80]Hijo de Jorge Ricardo Masetti, (véase nota 1, cap. 22), argentino, criado en Cuba. Miembro del Ministerio del Interior, participó en varios movimientos guerrilleros latinoamericanos. Contrajo matrimonio con Ileana de la Guardia, hija de Tony de la Guardia, tras la ejecución de éste y del general Arnaldo Ochoa en 1989 rompe con el régimen cubano y opta por el asilo político en Europa. Publicó en 1993 un libro en Francia, *La loi des corsaires*, que está en preparación, en el original español, en Tusquets editores con el título de *Patente de Corso.*

[81]Huelga general del 9 de abril de 1958, decretada por instigación de la dirección del M-26 de La Habana; aceptada y convocada por Fidel Castro, su fracaso permitió asentar de una vez por todas la preeminencia del poder de la guerrilla, es decir, de Fidel Castro, sobre el Movimiento 26 de Julio en las ciudades.

Table of Contents